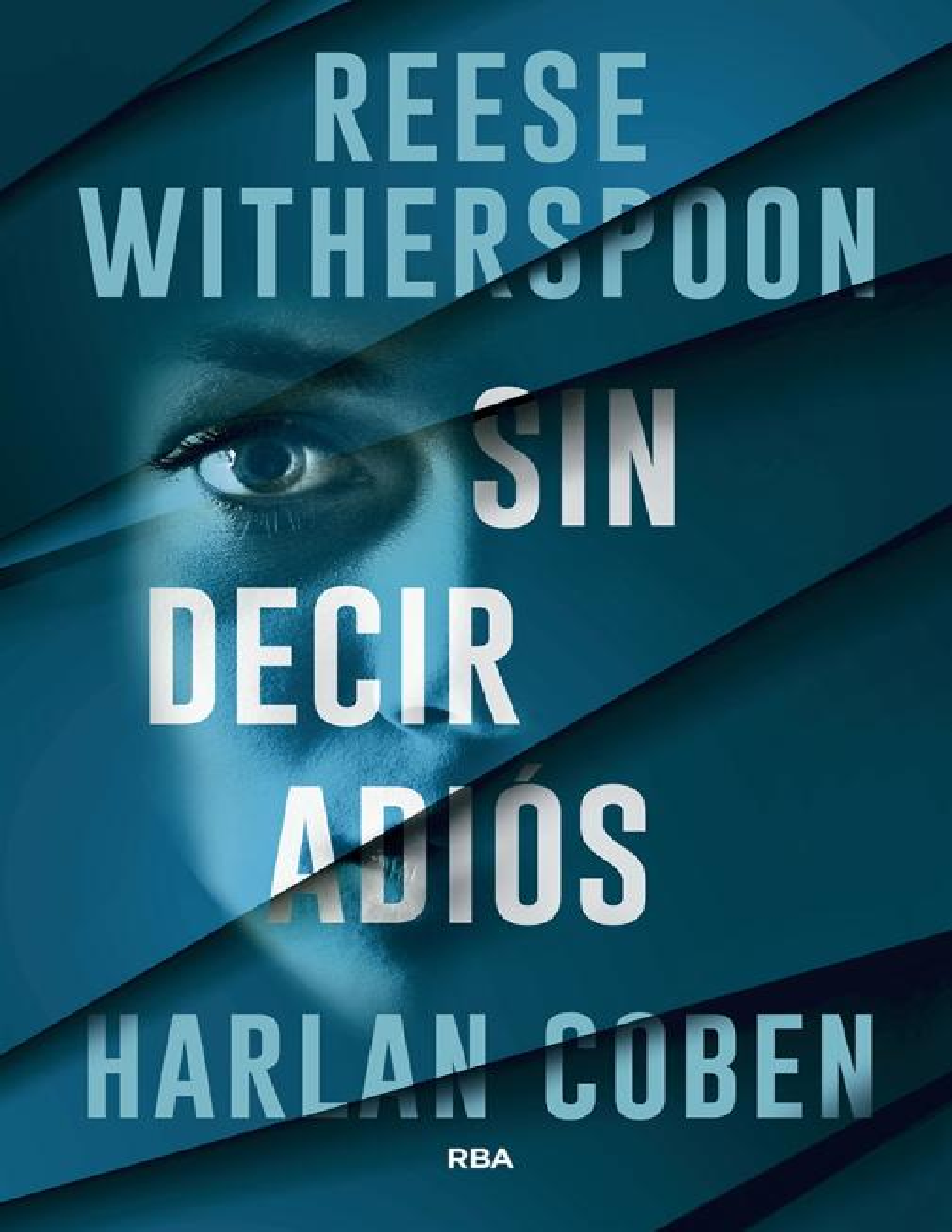
REESE WITHERSPOON



SIN DECIR ADIÓS

HARLAN COBEN

RBA

REESE WITHERSPOON

SIN DECIR ADIÓS

HARLAN COBEN

Traducción de Víctor Manuel García de Isusi

RBA

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25

26
Epílogo
Agradecimientos

Título original inglés: *Gone Before Goodbye*.

© del texto: Harlan Coben y Reese Witherspoon, 2025.
© de la traducción: Víctor Manuel García de Isusi, 2025.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2025
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

Primera edición en libro electrónico: septiembre de 2025

REF.: OBEO009
ISBN: 979-13-7031-001-1

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

A LOS NUMEROSOS MÉDICOS Y ENFERMEROS MILITARES

QUE SE HAN PUESTO EN PELIGRO PARA SALVAR

A TODAS LAS PERSONAS QUE HAN PODIDO.

GRACIAS POR VUESTRO CORAJE Y COMPASIÓN.

TRIPOINT, NORTE DE ÁFRICA

No oigo el grito.

La enfermera sí. El anestesista también. Yo, en cambio, estoy dentro de la zona, una en la que solo puedo entrar en un quirófano, con un esternón abierto de par en par y mis manos introducidas en el pecho del chico.

Este es mi hogar, mi despacho, mi santuario. Mi estado zen.

Más gritos. Disparos. Helicópteros. Una explosión.

—Doctor...

Noto el pánico en su voz, pero no me muevo. No aparto la vista. Mis manos, el instrumental médico más antiguo conocido por la humanidad, están dentro de la cavidad torácica, mi dedo índice toca el palpitante pericardio. Estoy completamente concentrado en eso y en nada más. No suena ninguna música. Hoy en día, eso es raro en una sala de operaciones, lo sé, pero disfruto del silencio en este lugar sagrado, incluso cuando practico trasplantes de corazón que duran ocho horas. A mi equipo, en cambio, le toca las narices. Ellos necesitan esa distracción, ese entretenimiento, pero ese es el problema para mí, que no quiero distracciones. Tanto mi felicidad como mi excelencia provienen de esa singular capacidad para concentrarme.

Sin embargo, los sonidos nos invaden.

Fuego rápido. Otra explosión. Gritos cada vez más altos.

Cada vez más cerca.

—Doctor... —Le tiembla la voz, noto su pánico. Luego, al ver que es evidente que no le estoy prestando atención—: Marc.

—No podemos hacer nada al respecto —le digo.

Una respuesta que no reconforta a nadie.

Trace y yo llegamos a Gadamés hace ocho días. Aterrizamos en el Aeropuerto Internacional Diori Hamani, donde nos recibió Salima —si es que ese es su verdadero nombre—, una joven que ya conocíamos de antes, y un conductor corpulento que no se presentó ni nos dirigió la palabra. Durante dos largos días, viajamos hacia el noreste y dormimos primero en un refugio cerca de Agadez y luego en tiendas bajo las estrellas de Bilma. Dejamos al conductor en el norte de Níger y viajamos por el desierto de noche hasta que llegamos a otro vehículo.

Salima y Trace solo tienen ojos el uno para el otro, y no me sorprende. Trace es la pura definición de un *playah*, un verdadero seductor, incluso rodeado de muerte. O quizá precisamente por eso.

Cuando estás cerca de la muerte es cuando más vivo te sientes.

Salima nos condujo hacia el norte, pasando constantemente a uno y otro lado de la frontera entre Argelia y Libia. Al este de Yanet nos detuvieron media docena de milicianos armados. Eran todos jóvenes —adolescentes, diría yo—, y se veían alterados, probablemente debido a algún potente narcótico. Se hacían llamar el Ejército de los Niños. El ambiente olía a sangre. Con los ojos abiertos como platos, primero me cogieron a mí y luego a Trace. Hicieron que me arrodillara y me apuntaron con un arma a la cabeza.

Yo habría sido el primero en morir. Trace lo habría visto todo y luego le habría tocado morir a él.

Recuerdo que cerré los ojos e imaginé la cara de Maggie y esperé a que aquel niño apretara el gatillo.

El Ejército de los Niños no nos mató, como es evidente. Salima, que habla al menos cuatro idiomas con fluidez, se puso de rodillas y explicó algo a toda velocidad. No sé muy bien qué les dijo —no quiso decírnoslo—, pero los niños soldado se marcharon.

Más gritos. Más disparos. Más cerca ahora. Intento darme prisa.

No le conté a Maggie la verdad sobre lo peligrosa que era esta misión, y no porque pensara que iba a preocuparse, sino por las promesas que nos habíamos hecho (habría insistido en venir).

Así somos Maggie y yo.

¿Qué te convierte en un héroe? El altruismo, qué duda cabe, pero también entran en juego el ego, la temeridad y la pasión por la emoción.

No tememos el peligro. Tememos la normalidad.

Trace, que lleva una mascarilla quirúrgica, asoma la cabeza:

—Marc...

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Están incendiando la zona norte del campamento. Ya hay decenas de muertos. Salima está sacando a todo el mundo.

Miro a la enfermera y al anestesista.

—Marchaos —les digo.

—No puedes salvarlo —me dice la enfermera mientras se retira—. Aunque acabes a tiempo; aunque, por alguna extraña razón, sobreviviera a la operación, no van a dejar que viva.

No sé a quiénes se refiere. Desconozco las justificaciones, los orígenes, la historia, las facciones, las tribus, los señores de la guerra, los fanáticos, los extremistas, los inocentes. No sé quiénes

son los buenos ni quiénes los malos, no sé por qué esta gente está en un campo de refugiados, qué bando es el opresor y cuál el oprimido. No es que no entienda de política, pero es que para Maggie, para Trace y para mí, son detalles a los que no debemos dar importancia.

Sigo operando al paciente, un chavalito de quince años que se llama Izil. Albergo la esperanza de que todas las personas a las que trato sean inocentes, pese a que lo dudo. La cuestión es que nuestro trabajo no puede consistir en intentar determinar quién está en cada bando. Nuestro trabajo —y no quiero sonar pretencioso— consiste en salvar vidas. Ellos dicen: «Matadlos a todos y que Dios acoja a los suyos». Para nosotros es justo al contrario: «Salvémoslos a todos y que Dios se vaya a...». Bueno, ya me entendéis.

Y no es que apoye a todos los bandos, es, más bien, que no apoyo a ninguno.

—Venga, marchaos todos —les digo—. Quiero la sala vacía.

—Marc... —insiste Trace.

Nuestros ojos se encuentran por encima de la mascarilla quirúrgica. Trace y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Hicimos juntos la residencia en cirugía. Hemos proporcionado ayuda médica en crisis humanitarias como esta por todo el planeta. Trace es uno de los mejores cirujanos cardiotorácicos del mundo.

—Puedo ayudarte a cerrar.

—Ya lo tengo.

—Te esperamos.

Niego con la cabeza, pero lo conozco demasiado bien.

—Dejadme una ambulancia. ¡No van a disparar a una ambulancia!

Ambos sabemos que hace ya mucho tiempo que eso no es así.

No deberíamos haber venido. No debería haberlo permitido. Debería haberme encargado de mis asuntos, haberme despedido y haber cogido un avión de vuelta a casa.

Debería estar con Maggie.

No me despido de Trace. Él tampoco se despide de mí.

Esta, no obstante, va a ser la última vez que lo vea.

Segundos después, en la sala solo quedamos Izil y yo. Me doy prisa, porque soy idiota y pienso que voy a conseguirlo.

Estoy cerrando el pecho del chico cuando las puertas se abren de golpe y en la sala entran varios milicianos armados. No sé cuántos. Tienen todos esa mirada de loco. No es la primera vez que la veo. De hecho, la he visto demasiadas veces para mi gusto. Y la vi hace apenas unos días al este de Yanet.

Y, a veces, la veo cuando me miro en el espejo.

Cierro los ojos, imagino la cara de Maggie y espero a que alguien apriete el gatillo.

1

BALTIMORE. UN AÑO DESPUÉS

Maggie McCabe sabe que no debería haber venido.

—¿Dónde estás? —le pregunta Marc.

Maggie baja la mirada para ver la cara de su marido en la pantalla del móvil.

—Ya te lo he dicho.

—¿En la Johns Hopkins?

—Sí.

—¿En el claustro?

—Sí.

—Ahí es donde nos conocimos. Durante la semana de orientación en la Facultad de Medicina, ¿te acuerdas?

—Claro.

—Supe que eras la definitiva en cuanto te vi.

—No me hagas reír.

—Estoy intentando animarte.

—Pues no está funcionando.

—Vale, ¿y qué haces?

Maggie recuerda la primera vez que estuvo en el campus, recién salida del cascarón, como se suele decir, llena de esperanza y optimismo y empuje y vitalidad y todas esas chorradas. ¡Qué inocente! No obstante, cuando tu mundo se desmorona en pedazos

a tu alrededor —cuando lo tenías todo e incluso entendías y apreciabas que así era y nunca dabas nada por hecho, ni por un segundo, y sabías lo afortunada que eras y te sentías tan agradecida que, en cierto modo, esperabas que el karma te dejara en paz—, aprendes por las malas —por las peores— lo voluble que es el destino, que la vida es puro caos y que nadie sale ileso de ella; que puedes tenerlo todo ahora y perderlo todo de golpe al instante siguiente.

—Me estoy dando una fiesta de compasión.

—Pues para y entra.

—Quiero irme a casa.

Marc frunce el ceño.

—No lo hagas.

—No estoy lista.

—¡Claro que lo estás! Por favor, entra. Hazlo por mí.

—¿En serio?

Maggie levanta la vista y mira la cúpula blanca del Shriver Hall, parpadea y se le escapa una lágrima. Hace una hora, de mala gana, se puso un vestido formal de manga larga que le llega por la pantorrilla, un vestido de color azul marino. No, negro no. Eso habría sido demasiado morboso. El azul marino es una apuesta segura, respetuoso con la ocasión y sin ánimo de llamar la atención. De hecho, preferiría mil veces fundirse con el suelo a destacar en aquella noche en concreto.

—¿Maggie?

—Sigo aquí.

—Entra. Es muy importante para mí. Y para tu madre.

—¡Vaya!

—¿Qué pasa?

—Antes no eras ni tan sentimental ni tan manipulador.

—¡Siempre lo he sido!

El tono de voz de Maggie se suaviza:

—Sí, es verdad. —Un instante después—: Esto es una mierda.

—¿Cómo has dicho?

—Nada, olvídalo.

Veintidós años atrás, Maggie se había graduado en aquel mismo salón con todos los honores que podía recibir un estudiante de Medicina. Hizo su residencia de cirugía en el Hospital Presbiteriano de Nueva York, se convirtió en una cirujana reconstructiva de renombre, sirvió a su país en los frentes de Afganistán y de Oriente Medio como cirujana de campo 62B, se casó con Marc y se mudó con él al otro lado del charco para curar a los necesitados.

Marc de nuevo, en el móvil:

—¿Hola?

—Van a mirarme.

—¡Claro que van a mirarte! ¡Estás muy buena!

Maggie frunce el ceño. Hay cosas que nunca cambian.

—Venga, entra.

Maggie asiente porque sabe que Marc tiene razón y cierra la aplicación. En la carcasa de su móvil aparecen los dos personajes de los M&M: el M&M Amarillo con un ramo de flores, que le tiende a la M&M Verde. La carcasa se la regaló Marc medio en serio medio en broma. Maggie y Marc. M&M. Marc compró almohadas de los M&M, compró cojines de los M&M... Marc consideraba que era adorable. A Maggie, en cambio, le daba repelús, algo que solo servía para que él comprara aún más cosas relacionadas con los M&M.

—¿Maggie?

Ella se sorprende al oír la voz y deja caer el móvil en el bolso. Se da la vuelta y ve a Larry Magid, dermatólogo y antiguo compañero de clase. La última vez que coincidieron fue hace cinco años, en Nepal, cuando Larry voló para ayudarlos a Marc y a ella con un brote de la enfermedad de Hansen —más comúnmente conocida como lepra—. Ambos acabaron trabajando en el mismo hospital, incluso en la misma planta, así que él conocía bien el mal momento por el que estaba pasando ella.

—Hola, Larry.

Él arruga el ceño.

—¿Has venido por...? ¿Me refiero a si... a si vas a...? —Larry hace un gesto señalando el edificio.

—Sí.

—Vale.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Le han puesto el nombre de mi madre a una beca.

—Sí, ya lo sé.

—Por eso he venido.

—Claro. Tengo que irme. Me está esperando Mickey —dice Larry, y se aleja a toda prisa.

A Maggie le dan ganas de gritar que no tiene la lepra. Le dan ganas de volver a coger el móvil, llamar a Marc y quejarse como una cría —«¿Ves a qué me refería?»—, pero el móvil ya está en el bolso y se siente un poco molesta, así que, ¡a la mierda!

Maggie asciende por esos mismos escalones que subió hace dos décadas para recoger su diploma, pero esta vez parece que le

estuviese costando la vida. En el cartel que cuelga sobre la puerta se puede leer:

Acto de reconocimiento de beca

¡Bienvenidos una vez más, alumnos de la Johns Hopkins!

En el salón hay un ambiente animado. El conjunto musical, compuesto por estudiantes, está tocando el Cuarteto de cuerda n.º 19 en do mayor de Mozart. Maggie, con las manos en los costados, no puede evitar mover los dedos al ritmo de la música, como si estuviera tocando las cuerdas de un violín. Deben de haber unas quinientas personas —médicos y los ganadores de las becas— paseándose de un lado a otro por el magnífico salón. Se sabe que es un acto sobre medicina porque muchos de los hombres llevan pajarita. Es algo muy típico entre doctores, porque las corbatas cuelgan y pueden ser un estorbo. Su padre, cirujano del Ejército, a quien también desplegaron como cirujano de campo 62B —a él lo destinaron a Vietnam—, siempre se las ponía, en su caso de flores coloridas. Decía que, de esa forma, sus pacientes consideraban que estaba un poco chiflado y, por lo tanto, que era reconfortantemente humano.

Cuando Maggie entra en el salón, la gente no se queda en silencio ni el mundo se detiene, pero sin duda se percibe cierta tensión en el ambiente.

Se queda en la puerta unos segundos, que se le hacen eternos, sintiéndose muy rara, como si, por ejemplo, sus manos fueran de pronto excesivamente grandes. Se sonroja. Pero ¿por qué ha venido? Busca algún rostro conocido, o al menos familiar, pero el

único que encuentra es el del póster del caballete que hay en el estrado. El de su madre.

¡Dios, qué guapa era!

La fotografía que han utilizado es la del directorio de profesores de la facultad de hace cinco cursos atrás, el último en el que su madre dio clase. Se la tomó justo antes del diagnóstico, que ella les ocultó a sus dos hijas durante los siguientes tres años, hasta que, un día, por fin, llamó a Maggie a la clínica de Ghana en la que estaba y le dijo: «Voy a contarte una cosa, pero solo si me prometes que no volverás a casa en cuanto me oigas decírtelo. Tu trabajo es demasiado importante». Así que Maggie se lo prometió, y su madre se lo contó, y ambas lloraron, pero Maggie mantuvo su promesa hasta que la llamó Sharon, su hermana, para decirle que ya casi era la hora. Entonces, Maggie le dio un beso de despedida a Marc en el Aeropuerto Internacional de Dubái y le pidió que acabara y no tardara en regresar a casa para acompañarla en esos últimos días.

Maggie mira el póster y se detiene en los ojos de su madre, porque en ese momento es la única cara amiga que hay en el salón. Levanta la cabeza a medida que se acerca al estrado. Supone que debe ser un rasgo narcisista por su parte, pero tiene la sensación de que las conversaciones se detienen, o al menos bajan de volumen, cuando ella pasa, y que se convierten en murmullos, aunque lo más probable es que se trate de sus propias imaginaciones. En cualquier caso, decide no mirar a ningún lado y restringir su visión periférica. Mantiene la vista en los ojos de su madre, aunque puede sentir cómo todas las miradas se clavan en ella.

Una figura que le resulta familiar se le acerca y le dice:

—Me sorprende que hayas venido.

Se trata de Steve Schipner, también conocido como Sleazy Steve, que también es cirujano reconstructor, como ella, aunque Maggie espera no parecerse a él en lo más mínimo. Steve tiene más de un millón de seguidores en Instagram, donde muestra fotografías del antes y el después de sus pacientes en una cuenta que llama «El rey de las tetas».

Steve y ella se graduaron en la misma promoción e hicieron la rotación en cirugía juntos en el Hospital Presbiteriano de Nueva York y en la Universidad de Columbia bajo la tutela del doctor Evan Barlow. Steve es de esos que no son capaces de darte los buenos días sin que suene a una frase con doble sentido, de ahí su apodo de «El sucio». Ahora vive en Dubái y está especializado en, citando el resumen de su currículum, «influencers ambiciosas que quieren incrementar sus likes en redes sociales... y el tamaño de su copa».

—Sí, bueno, es que soy una caja de sorpresas.

Steve mira a su alrededor y puede notar los rostros hostiles de los asistentes.

—Yo, desde luego, me alegro de verte.

—Gracias, Steve.

—¿Has visto a Barlow?

—No, ¿y tú?

—Tampoco.

—Dudo mucho que haya venido.

—Pues a mí me han dicho que iba a venir y tenía intención de hablar con él acerca de un negocio provechoso... —Se queda callado, se gira y la mira con una sonrisa encantadora—. ¿A que no sabes dónde estoy trabajando?

A Maggie no le apetece nada jugar a las adivinanzas, pero no hacerlo podría ser mucho peor.

—Tengo entendido que en Dubái.

—Sí, pero ¿dónde de Dubái?

—No lo sé, Steve. ¿Dónde?

El hombre se inclina y le susurra:

—En el Apollo Longevity.

Maggie intenta controlar su expresión de incomodidad en el rostro. Le cuesta.

Steve continúa:

—¿No es donde Marc y tú...?

—Ya no tengo nada que ver con ese sitio.

Maggie intenta procesar la información. ¿El Apollo Longevity sigue en activo? Increíble. Después de todo lo que pasó. No es una buena noticia.

Steve la observa de arriba abajo arrastrando su mirada por su cuerpo como lo hacen las lombrices por la tierra después de una tormenta.

—Tienes buen aspecto, Mags —dice mientras arquea una ceja—. Muy, muy buen aspecto.

Maggie responde tratando de minimizar el comentario:

—Ya.

—Muy tonificada y en forma —sigue Steve y hace un gesto marcando el bíceps de su brazo para ilustrar sus palabras—. ¿Cómo lo consigues? ¿Mancuernas? ¿Pilates? —Levanta de nuevo la ceja—. ¿Hot yoga? Ese que dicen que te hace sudar tanto...

Maggie sacude la cabeza.

—¿Esto realmente te funciona, Steve?

—Sí, Mags, y ¿sabes por qué?

—No hace falta que me lo digas, pero seguro que me lo vas a decir de todas formas.

Steve se inclina hacia la oreja de ella.

—Porque soy un cirujano rico y exitoso ¡de cuarenta y siete años! Ahora atraigo a pollitas mucho más jóvenes que tú.

Maggie hace una mueca.

—¿De verdad has dicho «pollitas»?

—No eres demasiado buena para mí —dice. Luego añade en un susurro cruel—: Ya no.

Y dicho esto, Steve se aleja babeando.

Steve lleva su reguero de baba hasta un grupito de antiguos compañeros de clase que se encuentran a la derecha. Maggie los conoce a todos, pero cuando los mira, hacen como que no la han visto. Y aunque le indigna esa actitud y querría plantarles cara, si es honesta, sabe que ella también formaría parte de ese grupo que la mira mal si fuera otro compañero el que se encontrara en su situación.

¡A la mierda!

Maggie se dirige hacia ellos y los saluda:

—Hola, ¿qué tal?

Silencio.

Maggie los mira uno por uno a la cara. Ninguno de ellos le devuelve la mirada.

—Stephanie —le dice Maggie a la que fuera su amiga y que ahora clava sus ojos en la copa de champán que lleva en su mano—, ¿qué tal está Olivia?

Olivia es la hija de Stephanie.

—Oh, pues... sí, le va bien.

—¿Le sirvió mi carta de recomendación?

Maggie sabe muy bien que sí. La había escrito hacía poco más de un año, cuando su nombre aún abría puertas en lugar de cerrarlas. Maggie es consciente de que Olivia había pasado por esa puerta abierta, y ahora no está de humor para que le toquen las narices.

—¿Stephanie?

Antes de que Stephanie responda, otra antigua compañera de clase, Bonnie Tillman, coge a Maggie por el codo.

—Maggie, ¿te parece si hablamos un momento en privado?

Bonnie es oftalmóloga en Washington, D.C., y es —y nunca dejará de serlo— la presidenta de su promoción. Se ha puesto tanta laca que en vez de pelo parece que lleve un casco. Se obliga a sonreír. Le cuesta un gran esfuerzo mantener la sonrisa. Dicen que son necesarios diecisiete músculos para sonreír y cuarenta y tres para arrugar la frente. En el caso de Bonnie es, evidentemente, al revés.

Cruzan unas viejas puertas de cristal que dan a la terraza.

—Todos nos sentimos mal por los problemas que has tenido recientemente —empieza Bonnie con un tono de voz que solo podría ser más condescendiente con la ayuda de un cirujano—, pero eso no es excusa para lo que hiciste.

Maggie no dice nada.

—Este acto —continúa Bonnie— es para médicos.

—Es para licenciados.

—Maggie, venga.

Silencio.

—Te han revocado la licencia —continúa Bonnie.

—Suspendido —la corrige Maggie—. Está pendiente de revisión.

—Ya, ¿así que eres inocente?

Maggie no dice nada.

—Deberías marcharte.

—Pues no lo voy a hacer.

—Le estás haciendo un flaco favor a la memoria de tu madre.

—¿Cómo has dicho?

—Su memoria no te pertenece, Maggie. Al menos en este campus. Tu madre era muy importante para muchos de nosotros. Que estés aquí ensucia su recuerdo.

—Me pidieron que presentara la beca —se defiende Maggie.

—Eso fue antes de lo sucedido.

—Nadie ha anulado la invitación.

—Nadie pensó que fuera necesario.

—¿Y quién presentará la beca?

Bonnie endereza la espalda.

—¿Tú?

—La junta ha pensado que era lo mejor.

—Pues mi madre siempre pensó que eras una zorra estirada y engreída.

Bonnie abre los ojos como si Maggie acabara de darle una bofetada y exclama:

—¡Vaya!

Maggie se queda callada mientras Bonnie se recompone.

—En cualquier caso —insiste Bonnie—, deberías irte. Tu presencia mancha la reputación de nuestra promoción.

Bonnie se da media vuelta para marcharse. Maggie cierra los ojos, los abre, se queda mirando a la nada.

—Bonnie.

Bonnie se detiene y se vuelve para mirarla.

—Mi madre nunca dijo eso. Lo siento. No ha sido justo. De hecho, siempre habló bien de ti. Han acertado al elegirte.

Bonnie traga saliva.

—Lo haré lo mejor que pueda, te lo prometo.

Bonnie se aleja y Maggie se queda sola en la terraza. Dentro, alguien hace tintinear una copa de champán con un tenedor para pedir la atención de los congregados, que de inmediato guardan silencio. Una voz les invita a acercarse para dar comienzo a la ceremonia. Maggie permanece en la terraza.

Bonnie tiene razón, no debería estar aquí.

Maggie contempla el follaje de los árboles alrededor. A su espalda, alguien cierra las puertas de cristal, de forma que ya no puede oír lo que sucede en el salón. No pasa nada. Se siente tentada de coger el teléfono para ponerse en contacto con Marc, pero no haría bien en apoyarse en él de esa manera, lo sabe y eso hace que se sienta aún peor.

—Hola, Maggie.

El hombre que la saluda lleva un traje de color azul cobalto hecho a medida, con una corbata tan bien anudada que podría considerarse que ha contado con ayuda divina. Tiene el pelo gris, peinado perfectamente con raya a la izquierda. Maggie sabe que tiene setenta y pocos porque fue compañero de clase de su madre y porque la invitó a su setenta cumpleaños hace unos años, pero Maggie estaba en el extranjero y no pudo asistir.

—Hola, doctor Barlow.

—Hace tiempo que dejaste de ser mi alumna, Maggie, ¿no puedes simplemente llamarme por mi nombre de pila?

—No, no creo que pueda hacerlo.

Evan Barlow sonríe. Tiene una sonrisa bonita. Está, en palabras de un sórdido compañero de clase, tan en forma, tan tonificado... Maggie se siente tentada de preguntarle si va a clases de hot yoga. Evan Barlow dirige el Centro de Cosmética Barlow, posiblemente la clínica de cirugía estética más prestigiosa y discreta del país. Cuando los famosos quieren hacerse un retoque sin que se note, es en Evan Barlow en quien confían.

Están el uno al lado del otro, contemplando el jardín interior.

—¿Sabes que es la primera vez que vuelvo al campus desde que me gradué? —dice él.

—¿En serio?

—Pues sí.

—¿Para qué has venido?

—Doy por hecho que te haces una idea.

—¿Por mi madre?

—Ya sabes que estaba enamorado de ella.

—Pues no, no lo sabía.

—Ahora están los dos muertos, tu padre y ella, así que ya puedo admitirlo.

—A ver, sé que estuvisteis saliendo un par de semanas o así, ¿no?

—Eso fue en segundo curso, pero tu madre me rompió el corazón.

Maggie frunce el ceño.

—Pero has estado casado tres veces, ¿no?

—Cuatro.

—Y tu esposa actual, ¿no anda por la treintena?

—Tiene treinta y dos años. —El hombre extiende las manos—. Para que veas lo que sucede cuando te rompen el corazón.

Maggie sonríe, no puede evitarlo. Barlow también sonríe.

—Tu padre era un gran hombre, una elección mucho mejor que yo, así que decidí conformarme con su amistad. Pero, claro... —mueve la cabeza de lado a lado—, a medida que te haces viejo, te vuelves sentimental y filosófico. Intento restarle importancia, pero no puedo negar la realidad.

Cuando Barlow le sonríe de nuevo, Maggie recuerda las prácticas quirúrgicas que hizo con él en el Hospital Presbiteriano de Nueva York. Recuerda que fue un profesor muy generoso con ella, lo estimulante y agotador que era trabajar con él. Evan Barlow era pura energía, energía chispeante, y era normal querer estar alrededor de alguien así.

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, Barlow dice:

—Eres la mejor estudiante que he tenido nunca, y lo sabes. Eres cirujana, así que tienes el ego suficiente para reconocer que lo que digo es verdad.

—Corrección: era cirujana.

Maggie cierra los ojos con fuerza e instantes después nota la mano de él en el hombro. Su voz suena dulce:

—Maggie...

A ella se le llenan los ojos de lágrimas.

—Lo siento.

—No te disculpes.

—Te he decepcionado —Maggie abre los ojos—, y la he decepcionado a ella.

No hace falta que explique a quién se refiere.

—¡Ni mucho menos! —El hombre se queda callado un momento—. Humm, creo que mis palabras han sonado un poco

condescendientes. Sí, sí que nos has decepcionado, no te voy a mentir. ¿Puedo ser sincero contigo? Metiste la pata, hasta el fondo además. Por eso estoy aquí.

—No sé a qué te refieres.

—Yo no necesito que se celebre la ceremonia de una beca para honrar la memoria de tu madre, puedo honrarla de una manera mucho más concreta. —Barlow alza una mano—. A ver, no me estoy expresando bien... Permíteme que empiece de nuevo. En realidad, he venido a verte a ti.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Tengo que pedirte un favor.

Como él no sigue hablando, Maggie lo apremia:

—Continúa.

—Me gustaría que pasaras por la clínica el lunes.

—¿Este lunes?

—Sí, a las diez de la mañana.

—¿Ahora tienes un centro en Baltimore?

—No, pero no tardaré en tenerlo. Ahora mismo estamos en Palm Beach, Los Ángeles y Nueva York. Me gustaría que nos viéramos en ese último. Enviaré un coche a buscarte y te reservaré una suite en el Aman.

—No entiendo. ¿Para qué quieres que vaya a Nueva York?

—Eso no puedo decírtelo.

—¿Por qué no?

—Pues... porque no me corresponde a mí hacerlo.

Maggie hace una mueca.

—¿Y a quién le corresponde?

—Es una oferta un poco especial, eso es lo único que puedo decirte ahora mismo.

—Me han suspendido la licencia médica.

—Lo sé. La oferta es, digamos... —Barlow levanta la vista como si estuviera buscando la mejor palabra para describirla, pero se encoge de hombros— peculiar.

—¿No puedes adelantarme nada?

—No, no puedo.

Maggie reflexiona un momento sobre las palabras de Evan.

—Con todos los respetos, doctor Barlow, todo esto es un poco raro.

—Lo sé.

—Más que un poco, es muy raro, en realidad.

—Sí, sí, lo admito. Mira, sé que Sharon y tú estáis pasando por serias dificultades económicas...

—¿Cómo lo sabes?

—... pero ahora mismo te extenderé un cheque por veinte mil dólares para que veas que voy en serio.

Barlow mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca una pluma y un talonario.

—¿Eso es una chequera? —pregunta ella.

—Sí.

—¿Qué estamos, en 1987? ¿Quién anda por ahí con un talonario encima?

Barlow sonríe.

—Quería estar preparado.

Y empieza a rellenar el talón.

—No tienes por qué hacerlo.

—¡Claro que sí! Hay que compensarte por tu tiempo.

—No, por favor —rechaza Maggie con algo más de contundencia esta vez—. Insisto en que todo esto me parece muy raro.

—Sí, lo sé —Barlow guarda la chequera en el bolsillo—, pero ¿acaso no confías en mí?

A decir verdad, Maggie ya no confía en nadie. Bueno, en casi nadie.

—Y otra cosa —dice él.

—¿Qué?

—Te agradecería que no hablaras de esto con nadie.

—Tendré que decírselo a mi hermana.

—Preferiría que no lo hicieras.

—Vivo con ella. No puedo largarme a Nueva York sin más.

—¡Claro que puedes! —Él le tiende su tarjeta—. Te mandarán un mensaje para concretar los detalles antes de enviarte un coche para recogerte.

—Prefiero coger un tren.

—Bueno, vale. Habrá una reserva a tu nombre en el hotel Aman de la Cincuenta y Siete a partir de mañana por la noche. El lunes hablaremos de los detalles.

Maggie coge la tarjeta, la mira, luego lo mira a él. El doctor Evan Barlow dirige una de las firmas de cosmética más exitosa del mundo. El tipo no solo vale millones, sino que apesta a dinero. Maggie observa su rostro en busca de alguna señal, pero se ve calmado, profesional, atractivo y serio. Aunque, ¿es una mueca de miedo lo que atisba a ver?

—En serio, doctor Barlow, ¿qué está pasando?

—No puedo contarte nada más ahora, Maggie. O lo tomas o lo dejas.

—¿Y si lo dejo?

Él se encoge de hombros.

—Ha sido un placer volver a verte.

Barlow le da un beso en la mejilla y se dirige hacia la salida.

—¿Cómo sabías que iba a estar aquí?

Su expresión quiere decirle algo, pero Maggie no llega a comprender qué. Él niega con la cabeza y empuja las puertas de cristal.

—Lo descubrirás el lunes —dice, y se adentra en el salón.

2

—Sí, dudas, pero los dos sabemos que vas a ir —le suelta Marc.

Y tiene razón. Una vez más.

Maggie camina por el campus. Se ha quedado el tiempo suficiente en la ceremonia como para que no parezca que lograron echarla, pero en cuanto acabaron los discursos y la gente comenzó a socializar de nuevo, se marchó.

—¿Qué crees que quiere el doctor Barlow? —le pregunta Marc.

—Albergaba la esperanza de que tú lo supieras.

—Pues deja que haga una búsqueda rápida sobre él. A ver... ¡Hala!

—¿Qué?

—¿Sabías que Evan Barlow sale en la lista Forbes de los médicos más ricos?

Maggie pone cara de sorprendida.

—¿Forbes tiene una lista de médicos?

—Los cien más ricos, sí.

—¿Y Barlow sale ahí?

—En el número cuarenta y dos. Se estima que tiene una fortuna de mil millones de dólares.

—¿Se puede ganar tanto dinero con la medicina?

—No, la verdad es que no. Ese dinero lo ha ganado, no sé cómo llamarlo, como ¿empresario? Cosmética Barlow es una marca importante. La cirugía plástica sigue siendo su principal ingreso, pero

se han metido en el negocio de los remedios caseros y los productos de belleza. Irónico.

—¿A qué te refieres?

—Por lo que veo, ninguno de los médicos más ricos ha obtenido su dinero atendiendo a pacientes. Más bien con las farmacéuticas, los seguros o las patentes. Hay también alguno que otro dedicado a la biotecnología, intentando llevar más allá los límites de la medicina, como les gusta decir a ellos.

—Pero ¿qué querrá de mí el doctor Barlow?

Marc, que aparece en la pantalla del móvil, se encoge de hombros.

—Era tu profesor preferido, ¿no?

—Sí.

—Tu mentor. Y además era una persona cercana a tu familia.

Maggie asiente.

—Me ha confesado que siempre ha estado enamorado de mi madre.

—Pues puede que sea eso. Puede que quiera ayudarte.

—¿Cómo?

—Dándote un trabajo en Cosmética Barlow.

—Pero si me han quitado la licencia. No puedo operar.

—Bueno, pero quizá quiera que hagas algún otro tipo de trabajo.

—¿Como qué? A mí solo hay una cosa que se me da bien. —Maggie puede ver en la pantalla la sonrisita de Marc. Pone los ojos en blanco y suspira—. Ni se te ocurra.

Marc sonríe.

—¿El qué?

—Ya sabes el qué y no lo digas.

—¿Te refieres a eso de que solo hay una cosa que se te da bien?

—Paaara.

—Vale, vale —Marc levanta una mano fingiendo rendición—, pero sigo creyendo que únicamente se trata de que Barlow conoce tu situación y quiere ayudarte, nada más.

Como va con la mirada fija en el teléfono, Maggie casi choca con un grupo de estudiantes que caminan en sentido contrario. Uno de ellos musita algo sobre mirar por dónde se va y Maggie le ofrece una disculpa sincera porque, para ser justos, odia que la gente vaya por la calle mirando el teléfono sin prestar atención a nada más.

—¿Qué más has encontrado?

—Que abrió su primer centro hace diecisiete años. Por lo visto, es de lo más innovador y cuenta siempre con los últimos avances.

—¿Qué tienen de diferente?

—¿A qué te refieres?

—En los anuncios siempre dice «innovador», «cuenta con los últimos avances», pero ¿acaso no significan lo mismo ambos conceptos?

—Lo de innovador hace referencia a las herramientas y plataformas más recientes y avanzadas de un campo en particular, mientras que lo de los últimos avances es más bien la tecnología y las técnicas que se utilizan, que están relacionadas con los métodos más modernos.

Maggie frunce el ceño.

—Acabas de inventártelo, ¿no?

—De principio a fin.

—No era multimillonario cuando estábamos en Columbia. Se dedicaba a hacer cirugías de Bascom, arreglar paladares,

quemaduras, cirugía reconstructiva... Atendía casi exclusivamente a personas necesitadas.

—Como tú, vamos.

Maggie sacude la cabeza y lo corrige:

—Como nosotros.

—Yo no he hecho cirugía de Bascom en la vida...

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, lo sé. Pero es muy probable que eso haya quedado ya en el pasado. Si tuviera que apostar, diría que, en la actualidad, Barlow se dedica prácticamente en exclusiva a aumentos de pecho y arreglos faciales. Es muy reservado con los detalles de sus prácticas.

—Tiene clientes famosos que puede que exijan discreción.

—Es muy probable, sí.

Maggie piensa en ello y se pregunta «¿Por qué no?».

—He visto a Sleazy Steve.

—¿Ha vuelto a decirte lo mucho que le pones?

—Sí, pero por lo visto ahora le gustan más las pollitas.

—¿Ha dicho «pollitas»?

—Eso ha dicho, «pollitas». —Un instante después, Maggie añade —: Me ha comentado que trabaja en el Apollo Longevity. —Como Marc no dice nada, Maggie añade—: Supuse que había cerrado.

—No, sigue con su objetivo original: la longevidad. Centrifugado de la sangre, terapias con ozono, regeneración de células, células madre, terapia OOES. —Sonríe—. Ya sabes, mucha innovación y muchos últimos avances.

—Pero ¿WorldCures sigue en pie?

—WorldCures ya no existe, Maggie.

Así, sin más, dicho con toda naturalidad.

—Sí, ya lo sabía.

—¿Cuándo tienes que ir a Nueva York?

—Mañana por la mañana. Llamaré a tu padre a ver si lo encuentro por el Vipers.

—¿Lo has visto recientemente?

—No desde que pasó con sus colegas por aquí el mes pasado.

—¿Qué tal está?

—Ya conoces a Porkchop.

Marc no dice nada. Se queda esperando.

—Está bien —le miente ella.

Maggie gira en una esquina. Justo delante tiene la casa colonial de dos pisos en la que creció y en la que vive ahora con Sharon, su hermana, y con Cole, su sobrino.

—¿Maggie?

—Dime.

—No sé, tengo un mal presentimiento.

Ella se detiene.

—¿Acerca de la reunión con Barlow?

—Sí.

Maggie siente que un escalofrío le recorre la columna.

—¿Por qué lo dices?

—No sé, por nada en concreto.

—Solo un mal presentimiento.

—Sí.

—Bueno, en general tú no te guías por presentimientos.

Él permanece callado.

Maggie observa a su sobrino salir de la casa y pulsa el botón rojo para terminar la llamada, y luego guarda el teléfono en el bolsillo.

Cole esboza una gran sonrisa en cuanto la ve. Ha sido un año duro para el chico —demasiadas muertes, el divorcio, la deuda—, pero al menos se esfuerza en mostrarles una sonrisa tanto a su madre como a su tía. Lo que Maggie no tiene tan claro es si las sonrisas son auténticas o no. Sospecha que no. Cole es tan increíblemente amable y perceptivo que Maggie cree que es consciente del estrés que sufren ambas y hace lo imposible para no agravar el asunto.

—Hola, tía Maggie.

Ella le devuelve el saludo y Cole se acerca con un andar desgarbado, como si le costase caminar. Le enternece la humanidad que hay en esos movimientos torpes, su juventud, su vulnerabilidad.

—¿Qué tal está tu madre?

El chico baja la cabeza.

—Está de nuevo sentada ante la mesa de la cocina.

—Todo irá bien —le dice ella, y luego agrega—: Tu madre está bien.

—Que estés aquí, con nosotros... Sé que no es tu responsabilidad, pero...

—Claro que es mi responsabilidad.

Cole asiente y se obliga a sonreír de nuevo. El sonido de una bocina llama la atención de ambos. Un coche lleno de adolescentes que se asoman por las ventanillas se acerca. Llaman a Cole. Este mira a su tía como disculpándose, pero Maggie le sonríe y se despide de él con la mano.

—Venga, ve.

—¿Segura?

—Sí, no te preocupes.

Cole se acerca al coche con su andar desgarbado, como si no supiera caminar bien, pero ahora a mayor velocidad. Maggie se queda mirándolo, agradecida por esa pizca de normalidad en su vida. Su sobrino se lo merece. La puerta trasera del coche se abre y el chico desaparece.

Luego, se pone en marcha de nuevo y, cuando ya lo pierde de vista, Maggie vuelve a coger el móvil y llama al Vipers. Escucha sonar el antiguo teléfono de monedas de color negro que hay en la esquina del bar con un cartel en el que pone «No funciona» para que los clientes no lo utilicen. Es la versión del teléfono de Batman de Porkchop. Su suegro, Porkchop —sí, así es como le llama todo el mundo, incluido su hijo—, redefine el término de «vieja escuela». El hombre no tiene ni ordenador ni teléfono móvil. En realidad, no tiene ni casa, ni coche, ni televisión. Porkchop le dijo una vez: «Mis únicas posesiones son una motocicleta y la carretera», y cuando ella puso cara rara, él se encogió de hombros y añadió: «Lo leí en una caja de cerillas en un bar de moteros de Sturgis».

Al teléfono se pone una mujer que suena como si fuera joven pero que ya lo ha vivido todo:

—Vipers for Bikers —dice.

Maggie oye el habitual ruido de fondo. En la gramola suena «Bat Out of Hell», una de las canciones preferidas de Porkchop. Justo en ese momento, Meatloaf está cantando eso de «*when the night is over, he'll be gone, gone, gone*». Maggie y Marc pusieron esa canción en su boda, y Porkchop, Sharon, Marc y ella hicieron un círculo en la pista de baile y cantaron la letra a gritos, chillando como locos, hasta que Marc cogió a Maggie, bajaron un poco el volumen y él le cantó aquello de que ella era lo único del mundo que

era puro y que era bueno, y ambos se miraron a los ojos y sintieron que el mundo se desvanecía durante un momento. Maggie sabe que Meatloaf, en realidad, está hablando de la última noche que va a pasar con su chica y que la estrofa acababa con él gritando: «*We'll both be so alone*».

—¿Está Porkchop?

—No.

Maggie imagina la escena: la gramola en la esquina y serrín en el suelo, la colección de carteles de neón de marcas de cerveza en las paredes, el olor dulzón a cuero viejo, a diésel y a testosterona.

—¿Podrías darle un mensaje?

—Depende. ¿Eres una de sus exparientas?

—Parientas —repite Maggie—. ¿Ha sido Porkchop el que te ha dicho que las llames así?

—Sí.

Ese hombre no va a cambiar nunca.

—Dile que le ha llamado Maggie.

La mujer no se molesta en responder con un «vale», «de acuerdo» o algo parecido y cuelga sin más.

Maggie guarda el móvil y entra en casa y casi se tropieza con unas deportivas de Cole del tamaño de canoas.

—¡Hola!

—¡En la cocina! —le responde Sharon.

La casa está atrapada en... Maggie ni siquiera está segura de en qué década del siglo xx está atrapada la casa. ¿En los setenta? ¿En los ochenta? Cuando creces en un sitio no te das cuenta de lo anticuado que está, aunque, evidentemente, eso no tiene nada de malo. Las cortinas de un beis verdoso tienen unas borlas enormes.

Las alfombras persas tienen unos patrones extraños y están raídas. El antiguo mueble de los adornitos —como lo llamaba su madre— tiene decenas de fotografías con marcos plateados, la mayoría en blanco y negro, y varias figuritas horteras, como esas de los niños de Hummel —uno subido a un manzano, una con un paraguas, ese tipo de cosas—. Maggie siempre las ha visto allí. No recuerda cuándo las compraron o cuándo las pusieron allí, tampoco que las hayan movido nunca de sitio. Ninguno de esos adornos tiene un significado especial. Nunca hablaban de dónde salieron los Hummel, pero Maggie siempre dio por hecho, conociendo a sus padres, que alguien se los habría regalado o que los habrían heredado y que podrían haber acabado tanto en una caja en el sótano como en el «mueble de los adornitos».

Y no es que sus padres no los hubieran podido comprar o —¡peor! — que fueran horteras, era más bien que «a los doctores McCabe» todo aquello, sencillamente, les daba exactamente igual. A su padre y a su madre no les importaba lo más mínimo que el papel de pared estuviera pasado de moda o que las alfombras estuvieran raídas. Ellos eran maravillosos, amables y vivían sin preocupaciones. Eran lectores, sanadores y académicos. Gastaban su dinero en libros y en experiencias, no en tapizados y decoraciones. Aún los veía en la sala de estar con sus amigos, puede que animados por haber tomado unas copas de más, inmersos en debates que duraban hasta altas horas de la madrugada. Aquella era una época en la que mostrarse en desacuerdo no estaba mal visto, sino todo lo contrario. Tener un punto de vista diferente era algo valorado, porque suponía un reto y obligaba a desarrollar el pensamiento, en vez de provocar ira o menosprecio, como hoy en día.

Pero ahora mismo Maggie no está de humor para ese tipo de... ¿Es nostalgia lo que ha sentido? ¿Cómo denominas a echar de menos el pensamiento crítico, el sentido común y la decencia?

La historia familiar de Maggie puede contarse mediante las fotografías enmarcadas que hay en la repisa de la chimenea: Sharon y ella en una actuación de danza con seis y ocho años, graduaciones, bodas, nacimientos, y todas esas cosas, lo típico, vamos.

Maggie se detiene frente a una foto de grupo del día de su boda. Marc y ella están en el centro. Junto a ella se encuentra Sharon, evidentemente, su dama de honor. Junto a él está su padrino, Trace Packer. Aunque, a decir verdad, Trace podría haber asistido por parte de cualquiera de los dos. De hecho, Trace conoció primero a Maggie, cuando sirvió con ella, él también como cirujano de campo 62B, durante dos periodos.

Cuando ella los presentó, tanto Trace como Marc sintieron una conexión inmediata. Con el tiempo, los tres crearían WorldCures Alliance, una de las organizaciones benéficas más dinámicas del mundo, especializada en proporcionar servicios médicos a la gente más pobre.

En la fotografía, los padres de Maggie están a la derecha, con aspecto de estar bien, sanos. Aunque ahora, al observar mejor la imagen, duda sobre lo que proyecta el lenguaje corporal de su madre o quizá se trata de ese «si simplemente me hubiese dado cuenta». Porkchop, el padre de Marc, está a la izquierda. Los hombres llevan esmoquin a juego, excepto él, que se puso la pajarita y el chaleco, pero que en lugar de chaqueta, apareció con

su chupa motera de cuero con varias calaveras sonrientes, porque así es él, y Maggie siempre le ha agradecido su autenticidad.

Mientras está ahí, ensimismada en sus pensamientos, suena su móvil y, hablando del rey de Roma..., puede ver que en la pantalla aparece «desconocido».

—¿Hola?

Porkchop ladra con su voz ronca:

—¿Ha pasado algo?

—No, no... —responde Maggie sin dejar de mirar a su suegro en la fotografía de la boda—, excepto que quien sea que responde a tu teléfono se refiere a tus ex como «parientas».

—¿Preferirías que dijera «novias»?

—La verdad es que no.

—¿Pues cómo quieres que las llame? ¿Amorcitos? ¿Chochitos? ¿Guarrillas?

—¿Has dicho «guarrillas»?

—Nenitas, caramelitos.

—Para, por favor.

—Los chavalitos las llaman «zorritas» —continúa Porkchop—. ¿Eso estaría mejor?

—No. Y deja de utilizar términos como «chavalitos».

—A mí me parece chulo.

—Ya, pero no lo es.

—Bueeeno —dice Porkchop arrastrando la palabra— y, ahora que hemos roto el hielo, dime, ¿qué ha pasado?

—¿Es que no puedo llamarte para saber qué tal estás?

—Por supuesto.

Silencio.

—Mañana voy a estar en Manhattan —comenta Maggie.

—¿Vienes en tren?

—Sí.

—¿En cuál?

—En el de las siete catorce.

—Iré a recogerte y así me lo cuentas todo.

Porkchop cuelga. Maggie vuelve a mirar la fotografía de la boda, pero sin pensar en nada y, al mismo tiempo, dándole vueltas a todo.

Sharon la llama desde la cocina:

—¿Maggie?

Maggie se esfuerza por apartar la vista de la fotografía, respira hondo y, pensando en lo que le ha dicho su sobrino, se obliga a sonreír. Cuando entra en la cocina, Sharon está sentada a la mesa, como había imaginado por lo que le ha dicho Cole, con el portátil delante y un montón de papeles desparramados como si alguien los hubiera dejado caer desde el cielo. También hay una botella abierta de vino, un Château Haut-Bailly. El mero hecho de ver la botella abierta hace que Maggie sienta una punzada en el pecho que, no obstante, no tiene nada que ver con el nuevo hábito de su hermana de beber en exceso.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunta Maggie.

Sharon levanta la vista.

—Escribiendo un código para permitir la interferencia generativa hiperdimensional mediante la optimización del gradiente estocástico de la inteligencia artificial en forma de apoyo. ¿Quieres que siga?

—¡No, por favor!

Sharon se quita las gafas de lectura.

—Bueno, ¿qué tal ha ido la ceremonia?

—Pues bastante bien, la verdad.

—Mentirosa.

Sharon es un genio. En serio. Maggie había sido una estudiante excelente —fue la encargada de dar la bienvenida a la clase en el último curso del instituto (el maldito Stuart Kleinman fue el encargado de dar el discurso porque su media era 0,003 puntos mejor), convencida desde jovencita de que quería ser médica, como sus padres—, pero Sharon había sido una verdadera polímata, lo que los educadores y la administración denominaban «altas habilidades» o «alta capacidad intelectual» o más comúnmente: «niña prodigio». Sharon podría haberse graduado en el instituto con once años, pero lo cierto es que —una realidad que sus padres entendieron muy pronto— los niños prodigio no suelen destacar a la larga. Piensa en los que conociste cuando eras joven. ¿Dónde están ahora? Pues eso. Acaban paralizados por la ansiedad o abandonan demasiadas aficiones o descienden en picado carcomidos por las dudas sobre sí mismos o acaban odiándose a sí mismos o... Vete tú a saber.

Pero se estrellan.

Sus padres, conscientes de ello, potenciaban la excelencia de Sharon, pero insistían en que siguiera una rutina y tuviera una vida normal. A su padre le encantaba citar a Flaubert a este respecto: «Sé regular y ordenado en la vida, de manera que puedas ser violento y original en tu trabajo».

Pero eso nunca se le ha dado bien a Sharon. Su cerebro, sencillamente, no puede frenar. Sus señales neuronales y sinapsis, lo que sea, van a toda velocidad todo el rato. De la actividad cerebral suele decirse que es «eléctrica», pues la suya no deja de sobrecargarse hasta que se le funden los fusibles. Es incapaz de ir

más despacio, de ralentizarla. Incluso el error más minúsculo la lleva a obsesionarse, a actuar de manera desproporcionada, a flagelarse.

—¿Quién ha dado el discurso? —le pregunta Sharon.

—Bonnie Tillman.

—Bueno, bien, a mamá le caía bien.

—No me lo recuerdes.

—¿A qué te refieres?

—Da igual. Y a mamá nunca le cayó bien, lo que decía de ella es que sería una gran médica, nada más.

—Para mamá lo uno y lo otro eran lo mismo.

Su hermana tiene razón.

Sharon también estuvo en el Ejército, aunque participó en una unidad secreta, desencriptando códigos, aplicando inteligencia artificial y desarrollando programas avanzados de reconocimiento. En cierto momento, Sharon y Tad, su marido, el padre de Cole, formaron parte de una empresa que estaba trabajando en una aplicación que pretendía cambiar el mundo. Sharon había diseñado una «IA humanoide» avanzada, con la esperanza de que mejorara el bienestar de las personas gracias a proporcionarles acceso constante e inmediato a expertos. ¿Te gustaría hablar con tu médico en cualquier momento? Pues la versión de IA antropomórfica que Sharon creó permitía que tuvieras uno a tu disposición para consultarle lo que quisieras cuando quisieras. O ¿querías hacerle una consulta a un abogado? Con esta aplicación podías hacerlo, cualquier día del año, y tendría la sabiduría de mil letrados. Lo mismo si necesitaras hablar con tu terapeuta, digamos, en mitad de la noche, para una sesión de emergencia. Ahora no podías llamarlo.

Pues con la aplicación te atendería las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana... y por muy poco dinero.

Bueno, ya me entiendes.

A nivel práctico, las posibilidades eran infinitas. Sin embargo, las implicaciones morales empezaron a suponer un peso para Sharon, y su trabajo comenzó a ralentizarse. Tad, que se preocupaba más por los billetes, se dio cuenta de que —y puede que muy acertadamente — si no eran ágiles con el desarrollo de la aplicación, alguien podría adelantarse. De manera que le hizo firmar a su esposa unos papeles sin que ella supiera lo que estaba haciendo, y le robó las patentes para después fugarse con la asistente. El consecuente divorcio ha sido tremendo. Sharon ha usado todos los medios legales para remediar la situación, pero el padre de Tad es un poderoso juez federal y creer que el sistema legal estadounidense se fundamenta en la verdad, la igualdad y la justicia es de ilusos, de alguien que vive fuera de este mundo.

Ahora Sharon está hasta arriba de deudas y ya no tiene más posibilidades de recurrir.

Un poco como Maggie.

Sí, las chicas McCabe, educadas por los doctores McCabe para que destacaran y lograran lo que se propusieran, habían acabado hundidas por unas enormes cargas financieras, peligros legales y, sí, escándalos, y no parecería que tuvieran demasiadas posibilidades de salir del pozo.

Excepto, quizá, tal vez, lo que le ha ofrecido a Maggie su viejo mentor en Nueva York.

—Dime la verdad —insiste Sharon—, ¿cómo ha ido el acto?

—Son muchísimos los estudiantes que adoraban a mamá.

—Me refiero para ti.

—Bueno... —Maggie piensa unos instantes—. Pues ha sido una mierda.

—Lo siento.

—No pasa nada.

—Tampoco es que sea una sorpresa.

—No, es verdad —dice Maggie antes de añadir—: He visto al doctor Barlow.

—Ah, imagino que eso sí que ha sido bueno.

—Sí. Me ha confesado que estaba enamorado de mamá.

—Seguro que no era el único.

—Seguro.

—¿Y qué más?

—No, nada. —Maggie niega con la cabeza. Mira los papeles que hay diseminados por la mesa. No tienen nada que ver con la investigación científica, son facturas—. ¿Qué estás haciendo?

Sharon vuelve a ponerse las gafas que utiliza para leer y mira a Maggie por encima de ellas.

—Estoy calculando mis opciones financieras.

—¿Y?

—Pues que tenemos que vender la casa.

—Todavía no.

—Mags, solo es una casa. Lo sabes, ¿verdad? Un objeto inanimado. Una entidad corpórea. Materia inerte. Madera, ladrillos, mortero. No es...

—No es mamá y papá, lo sé. Mira, mañana tengo que ir a Nueva York. Hablamos de esto cuando vuelva, ¿vale?

Sharon se sorprende al escuchar eso.

—¿Qué vas a hacer en Nueva York?

Maggie había pensado en contarle lo de la invitación de Barlow a pesar de que este le haya dicho que no lo hiciera, pero ahora que ha llegado el momento, le entran las dudas. No le preocupa traicionar la confianza de Barlow —su hermana es mucho más importante que su antiguo mentor—, es más bien que, de pronto, no tiene claro que sea bueno involucrar a Sharon hasta que no sepa más sobre el tema.

Sharon confunde la pausa con otra cosa.

—¿Vas a reunirte con alguien?

—¿Qué? No.

—Está bien...

—Sharon...

—Bueno, da igual. Dime, ¿has visto a alguno de tus antiguos compañeros?

—A Sleazy Steve.

Sharon hace una mueca.

—¡Uhhh, repugnante!

—Ya te digo...

—Venga, dime, ¿a qué vas a Nueva York? —insiste Sharon.

—A visitar a Porkchop.

Sharon la mira fijamente.

—Sí, vale, pero ¿a qué más?

—¿Cómo que a qué más?

—No hace falta que diga que todos queremos a Porkchop, pero tú y yo sabemos que él cogería la moto y vendría aquí si tuvieras que verlo.

Maggie suspira.

—Es que podría haber una oportunidad de negocio.

—¿Qué tipo de negocio?

—¡Dios, pero qué pesada eres!

—Prefiero el término «curiosa».

—¿Te vale con que te diga que no quiero contártelo todavía?

—Si a ti te vale con que te diga que me preocupa un poco...

—Pues no te preocupes.

—No voy a juzgarte, Mags.

—Lo sé. —Luego agrega—: Tampoco es que haya nada que juzgar.

—¿Qué pasa con Trace?

Maggie vuelve a sentir otro escalofrío recorriéndole la columna.

—¿Qué pasa con él?

—¿Ha vuelto? ¿Vas a ir a verlo ya que estás allí?

—Trace sigue en Bangladés, creo.

—¿Intentando resucitar WorldCures?

Maggie niega con la cabeza. Hay cero posibilidades de resucitar ese proyecto. Sharon lo sabe bien, lo que hace que a Maggie le resulte raro que haya hecho ese comentario, pero a veces su hermana es así. Maggie McCabe, el rostro de WorldCures Alliance, ahora es una paria. La organización ha desaparecido.

—Entre otras noticias de hoy —Sharon respira hondo y suelta el aire despacio—, me he apuntado a una aplicación de citas.

—¡Me alegro por ti! Ya era hora.

—La aplicación se llama Melody Cupid. Te empareja de acuerdo a tus gustos musicales.

Maggie se lleva la mano a la boca.

—¡Por Dios bendito!

—¿Qué pasa?
—¡Que tus gustos musicales son horribles!

3

Cuando Maggie se baja del tren en la estación Moynihan Train Hall, Porkchop la está esperando en el andén. No está distraído mirando la pantalla de un móvil, no parece inquieto pasando el peso del cuerpo de un pie a otro, sencillamente está allí, de pie, con su actitud relajada, una versión más antigua de su hijo el cirujano. Porkchop parece lo que es: un motero de toda la vida. Tiene la barba canosa, lleva un pañuelo anudado en la cabeza que le mantiene a raya su larga cabellera y viste una chaqueta de cuero y unos pantalones vaqueros desgastados con manchas de aceite de motor por todos lados. La hebilla del cinturón es una calavera plateada con un par de huesos cruzados. Está moreno, curtido por los años que ha pasado en la carretera. Tiene unas facciones atractivas, duras, como si lo hubieran esculpido en piedra.

Porkchop la ve a lo lejos y asiente ligeramente con la cabeza. Si llevara puesto un sombrero de vaquero, se lo habría tocado de manera sutil a modo de saludo. Maggie camina hacia él con pasos rápidos, pero sin correr, y Porkchop abre los brazos de par en par para darle la bienvenida. Cuando la abraza, ella siente que el mundo se detiene un instante. Cierra los ojos. Porkchop es un oso, un oso que hace que Maggie se sienta pequeña y a salvo y, como últimamente no es habitual que se sienta así, deja que su cuerpo se relaje en ese largo abrazo que él le da, con fuerza y en silencio. Porkchop exuda calma y energía al mismo tiempo.

Como su hijo.

Porkchop huele a Marlboro —lleva fumando toda la vida—, y ese olor familiar aumenta la comodidad que ella siente a su lado. A punto está de pedirle un cigarrillo, a pesar de que ya hace diez años que dejó de fumar.

En cuanto se separan, Porkchop le suelta:

—¿Dónde vas a alojarte?

Él no empieza con las habituales preguntas del tipo «¿Qué tal estás?» o «¿Qué tal el viaje?», el abrazo reemplaza todo eso.

—En el Aman.

—¡Vaya! Cuánta clase.

—Sí.

—Pensaba que estabas en la ruina.

—No lo pago yo.

Porkchop levanta una ceja y Maggie puede ver la estampa de su hijo en ese gesto.

—Ya.

—Alguien quiere hacerme una propuesta de negocio.

—Vaya.

—Paaara.

Porkchop coge su bolso de viaje y se dirigen a la salida.

—¿Quieres contarme de qué va?

—No.

—¿Te apetece que vayamos al Vipers?

—Es un poco temprano, ¿no?

—Ahora servimos un *brunch* de muerte.

—¿En serio?

—El turismo, querida mía. La banda tiene muchísimas ganas de verte.

El Vipers for Bikers es en parte, como su nombre indica, un bar para moteros situado en los alrededores del estadio MetLife, junto a la Ruta 17. En su día era un tugurio de chicos malos donde había chicas que bailaban con muy poca ropa. En la puerta se podía ver un cartel luminoso de neón que ponía «Hotties on Hogs». Porkchop compró el local ocho años atrás, después de que quebrara, y lo reconvirtió en un bar-restaurante. Ahora se llamaba Vipers for Bikers.

—¡Pues qué bien, porque yo también tengo ganas de ver a todo el mundo! —dice Maggie cogiéndolo del brazo—, pero primero tengo que hacer una parada en el apartamento de Trace.

Maggie se queda esperando a ver si Porkchop hace algún gesto, pero nada, solo pregunta:

—¿Para qué?

—Lo hago siempre que vengo a la ciudad.

—Ya.

—Además, así quizá pueda descubrir por dónde anda.

—Está en Bangladés.

—¿Estás seguro?

Porkchop no responde.

Salen de la estación a la Octava Avenida, que está abarrotada de gente. El Madison Square Garden, en todo su esplendor cual Coliseo Romano, está al otro lado de la calle. Porkchop tiene la moto aparcada en la esquina de la Treinta y uno. Maggie se sorprende al ver que no se trata de una Harley-Davidson.

—¿Desde cuándo conduces una BMW R 18?

—Desde que empezaron a patrocinarme.

—¿Lo dices en serio?

Él asiente.

—Me regalan la moto, me pagan la gasolina y me dan mil dólares al mes.

—Joder.

—Y, si te digo la verdad, prefiero la transmisión de cardán de la BMW a la de correa de la Harley. Se conduce más suave. La BMW tiene tres modos de conducción: lluvia, carretera y rock, mientras que la Harley solo tiene uno.

—¿Te pagan para que digas todo eso?

—Palabra por palabra —responde Porkchop sonriente—. Tardé tres semanas en memorizarlo.

Dos moteros jóvenes cuidan la BMW. Ambos llevan un parche que dice «Serpents and Saints» en la parte superior de la manga derecha de la chaqueta. Es el nombre de la banda de moteros de Porkchop, aunque eso de «banda» hace que uno piense en los Ángeles del Infierno o algo así, y lo cierto es que el grupo de Porkchop no tiene nada que ver con eso. Puede que hace treinta años, pero ya no.

El logo es una serpiente negra y dorada con un halo, cara de mala hostia y unos colmillos desmesurados. Marc lo llevaba tatuado en la zona superior del cuádriceps derecho, pero era una versión un poco más caricaturesca, en la que la serpiente tenía una sonrisa tontorrona que hacía que el bicho diera menos miedo que Snoopy. Además, en vez de negra y dorada, su serpiente era de un estridente color naranja y púrpura y, en vez de una mirada intimidatoria, hacía un guiño exagerado.

El tatuaje, según le había explicado Marc un día mientras estaban tendidos en la cama, era producto de una noche de borrachera en la que había acabado en un salón de Nueva Orleans durante la celebración de las fiestas de Mardi Gras, cuando tenía diecinueve años, en la época de la universidad.

—Es un poco feo —le dijo ella.

—No te preocupes, mi amor, que solo vas a verlo tú, a menos que me ponga un bañador corto.

—¡No, mejor que solo lo vea yo!

Uno de los moteros jóvenes es alto, delgado, tiene el pelo largo y es blanco. El otro es bajito, regordete, lleva el pelo rapado y es negro. Juntos parecen el punto y la i. Porkchop coge los dos cascos que uno de los chicos tiene en la mano y le da uno a Maggie, que se lo pone, se lo abrocha y se sube a la moto.

—Pinky llevará tu equipaje al Aman.

Pinky es como llaman a uno de los chicos. Pinky, Porkchop..., a los miembros de los clubes de moteros les van los apodos. Pinky coge la bolsa de Maggie. Porkchop se sube a la moto. Maggie le pasa las manos por la cintura y siente el zumbido del motor cuando él arranca. Cuando Marc presentó a Maggie a su padre, esta tardó un tiempo en acostumbrarse a ir de paquete. No es que Maggie no confiara en cómo conducía Porkchop, sino que aborrecía toda situación en la que no tuviera el control.

Ahora, en cambio, lo disfruta. Es un momento en el que nadie habla. No hay música. No se escuchan podcasts. Únicamente se trata de entregarse a la sensación del viento en la cara.

Porkchop coge la Octava Avenida, giran hacia el oeste en Riverside Drive para luego dirigirse hacia el norte. Quince minutos después

llegan al edificio de apartamentos en Washington Heights, donde tanto ellos, Maggie y Marc, como Trace tienen un piso, a cuatro manzanas del Hospital Presbiteriano de Nueva York. Se quedan un momento allí, parados, sin bajarse de la moto.

—¿Porkchop?

—Sí, tranquila. Ve. Yo te espero aquí.

Maggie baja y lo observa un instante, pero él ya está distraído mirando algo del acelerador.

A medida que se acerca al edificio puede ver al portero que sale a recibirla con una amplia sonrisa:

—¡Doctora Maggie!

—Hola, Winston.

A ella le da la sensación de que quiere abrazarla, pero el decoro es el decoro. Ella también se siente tentada de hacerlo, pero no tiene claro si podrá soportar recibir dos abrazos en un mismo día. De modo que ambos se quedan sin saber cómo actuar durante unos segundos, un poco incómodos, hasta que la sonrisa de Winston se desdibuja.

—Siento lo de... —El hombre no sabe cómo continuar la frase—. Siento todo lo que le ha pasado.

—Gracias.

—¿Sigue teniendo la llave del doctor Trace?

—Claro —responde Maggie, y se la enseña—. ¿Lo ha visto usted recientemente?

—No, hace muchos meses que no lo veo. De hecho, tuvimos que vaciar el buzón porque estaba a reventar. Lo metimos todo en una caja y está en el apartamento.

—Gracias.

Maggie sube en silencio en el ascensor hasta la octava planta. Los tres se mudaron aquí al mismo tiempo. Ellos cogieron un apartamento de dos habitaciones en la cuarta planta y Trace uno de una sola habitación en la octava. Habían elegido aquel edificio porque el precio era razonable y tenía portero, pero, sobre todo, porque así podían ir andando al trabajo en el Hospital Presbiteriano de Nueva York. Los tres tenían horarios de lo más estrambóticos durante la residencia de cirugía.

Maggie abre la puerta y entra. Espera que el aire huela a cerrado, pero no es así. Tampoco hay polvo y se pregunta si Trace habrá contratado a alguien para hacer la limpieza. Es probable. En Camp Arifjan, una base militar en Kuwait, los del equipo solían meterse con él por ser un maniático del orden. Maggie, en cambio, lo consideraba una persona hiperorganizada, siempre enfocado y concentrado, que prestaba atención al más mínimo detalle, en definitiva, un gran cirujano.

El mobiliario es modular, de color claro, funcional. Todo en aquel sitio dice a gritos que allí vive un hombre soltero. A la vista solo hay dos objetos, que no están acomodados de manera especial, sino que están allí, sobre la mesa de cristal del comedor. Uno es una figura de un corazón humano firmado por dos cirujanos cardiotorácicos legendarios a los que se les atribuye la creación del primer corazón artificial: Michael DeBakey y Denton Cooley. Es el típico modelo anatómico que podemos encontrar en el despacho de un cardiólogo o en una clase de biología.

El otro, protegido por una cubierta de acrílico, es un prototipo no operativo —aunque «de lo más innovador» y «con los últimos avances»— del THUMPR7-THA, como se puede observar en la

leyenda que tiene grabada, que ellos esperaban que se convirtiera en la siguiente generación de corazones artificiales, mucho más duradero y eficaz.

Maggie observa el objeto intentando apartar los malos recuerdos. El THUMPR7-TAH se había desarrollado y registrado a nombre de WorldCures Alliance —es decir, Marc, Trace y Maggie—. Aunque ella no consideraba correcto que su nombre apareciera, ya que aunque tenía conocimientos de cirugía cardiotorácica y los había ayudado en parte del desarrollo, su especialidad era la cirugía reconstructiva y traumatológica.

THA son las siglas de «Total Artificial Heart» («Corazón Totalmente Artificial»), pero el THUMPR7, a pesar de su mezcla de diseño robótico, codificación de ADN e investigación con células madre, sigue siendo una quimera.

Maggie lo sabe mejor que nadie.

En la pared hay una fotografía enmarcada tomada por el fotoperiodista de guerra Ray Levine, en el que había sido uno de los peores días de combate para Maggie y para Trace. Desde tierra, parapetado en el suelo en Kamdesh (Afganistán), Levine había capturado una escena en la que se veía a Maggie y Trace intentando salvar desesperadamente a dos soldados en un helicóptero de evacuación médica Black Hawk UH-60 suspendido en el aire. El cielo es de un intenso color azul y la sangre que cubre las manos de Trace y de Maggie, de un rojo vibrante. Hay algo en la composición de la imagen que hace que uno tenga la sensación de que ambos están desafiando la gravedad, como si hubiera una mano divina que los sostiene e impide que se caigan, produciendo un verdadero desastre.

Maggie recuerda muy bien ese momento. Trace logró salvar al soldado. El de ella no sobrevivió.

Dos horas después de que esa misión terminara, después de que ella se hubiera dado una ducha y vestido de manera decente, Trace entró en la tienda de Maggie y le dijo:

—Venga, vamos.

—Trace...

Él llevaba una bolsa con chupachups.

—Vaaamos.

Trace solía hacer eso cada vez que salían de misión, sobre todo cuando había sido especialmente dura. Cogía un jeep y se iban hacia el pueblo y, al llegar, él empezaba a gritar: «¡Estoy aquí!» y comenzaban a salir niños de todos lados, chillando de emoción. Ya conocían a Trace —y sus deliciosos chupachups—. Sonreía y regalaba golosinas, mientras con un gesto la invitaba a hacer lo mismo. Varios adultos llegaban a saludarles y ofrecerles comida. Maggie rechazó la oferta, pero Trace la regañó diciéndole que era de muy mala educación no aceptar lo que les daban. Él se lo comió todo, deleitando a los anfitriones. Después jugó con los niños haciendo tonterías. Les ponía caras graciosas y hacía ruidos que simulaban pedos, soplando con la palma de la mano delante de la boca, mientras todos se partían de risa.

Maggie alucinaba con todo aquello.

Así era Trace.

Esa noche, cuando ya habían vuelto al campamento, se tumbaron bajo las estrellas, rodeados por el aroma a tomillo y a cedro que se respiraba en el frío aire del desierto. Durante un buen rato, ninguno

de los dos dijo nada; el silencio entre ambos no era incómodo. Hasta que, en la oscuridad de la noche, Maggie le susurró:

—Los muertos no te abandonan.

Jamás. Los muertos permanecen a tu lado. Es como si, por intentar salvarlos, los agarrases con demasiada fuerza, mientras ellos intentan marcharse, y algo se rompiera. El soldado que murió el día de la fotografía de Ray Levine se llamaba Greg Steeple. Tenía veintiún años, una madre, un padre, dos hermanos más pequeños y una prometida que se llamaba Claire.

—Y aun así —le susurró Trace—, siempre ansiamos sentir esa emoción corriendo por nuestras venas.

Eso es sobre lo que nadie te advierte cuando te hablan del combate.

Es aterrador, es horrible, es lo peor que puedas imaginar, algo que no le deseas a nadie... Pero también es adictivo.

Maggie no puede olvidar la cara de los muertos, pero tampoco puede olvidar el recuerdo de los picos de adrenalina recorriendo su sangre.

De lo que no se habla es de que lo que les resulta aterrador a los soldados al regresar a casa no son los recuerdos traumáticos o el miedo a volver al frente, sino casi lo contrario: la calma repentina, el dulce silencio, la sofocante sensación de seguridad, la invariabilidad del día a día de una vida normal. Pasas de estar esquivando balas, con medio cuerpo colgando de un helicóptero suspendido en el aire, con las manos trabajando en el interior de un abdomen para intentar mantener a algún muchacho como Greg con vida y, de pronto, tienes que volver a tu acogedora casita suburbana, hacer la colada,

recoger a los niños del fútbol y soportar los atascos cuando vas al trabajo.

Lo más sencillo sería decir que Marc, Trace y ella crearon WorldCures Alliance por razones meramente altruistas. Esa era, sin duda, una buena historia: tres médicos militares que, percatándose de una necesidad, habían dejado a un lado la comodidad de sus hogares para curar a los necesitados y revolucionar la asistencia sanitaria, pero Maggie sabía que no había sido del todo así. No es que no sintieran una preocupación genuina por los pacientes —¡claro que la sentían!— o que no creyeran en la misión —los tres creían en ella—, pero el terrible secreto, el secreto que compartían los tres, es que hacían todo aquello para sentirse especiales. Como dijo Eminem: una vida normal es una vida aburrida. La idea de volver a casa con los niños, de hacer la colada, de compartir el coche para ir al trabajo no era, disculpando el juego de palabras, para los M&M.

Rasca la superficie de una persona que se dedique a hacer buenas obras y encontrarás a alguien que le teme con todas sus fuerzas a lo mundano y a lo convencional.

En la estancia hay otra fotografía, también enmarcada, pero ligeramente descolorida. Se puede ver a un sonriente Trace Packer de unos diez años junto a Karen, su madre, que posa tan sonriente como él en la costa de Jersey. Lo que es la genética. No hay duda de que son madre e hijo. En la imagen, Karen lleva un impresionante anillo con una piedra de esmeralda cuadrada incrustada que siempre adornaba su dedo. En su día, Karen le explicó a Maggie que se trataba de una herencia familiar, una joya que le había dado su abuela. Años después, en el funeral de Karen, Trace tuvo en la mano ese anillo durante toda la ceremonia. Maggie no podía olvidar la

imagen de Trace, sentado en el primer banco de la iglesia, abriendo y cerrando la mano, mirando la reluciente esmeralda de corte cuadrado, como si la piedra tuviera algún tipo de poder mágico capaz de devolver a su madre a la vida.

Trace tiene una vinoteca que va del suelo al techo en una pared en la que nunca da el sol. Maggie mira las botellas. Todos son tintos de Château Haut-Bailly, un burdeos de la denominación de Pessac-Léognan. Ella la conoce bien. Trace es un verdadero francófilo cuyo segundo amor, después de la medicina, son los vinos franceses. Invirtió en la marca y habían ido con Marc a visitar los viñedos no mucho antes de que ella tuviera que regresar a Baltimore para cuidar de su madre. Maggie recuerda muy bien ese viaje a Burdeos. Fue después de un mes especialmente agotador en un enorme campamento de refugiados de Kakuma. Necesitaban un descanso antes de dirigirse a Dubái, pero ni Marc ni ella estaban muy acostumbrados a beber. Trace había preparado para sus «mejores amigos» lo que él llamaba un «peregrinaje del paladar» —un término sofisticado para denominar lo que vendría siendo no parar de tomar vino—, que resultó ser una experiencia fabulosa y deliciosa, y Marc y ella se sintieron totalmente relajados, se rieron muchísimo, y sí señor, fue una noche estupenda.

«No hace falta regresar a esa noche ahora mismo», piensa Maggie.

La punzada del dolor nunca desaparece. El dolor nunca te deja en paz. Aprendes a vivir con él.

Maggie se obliga a dar media vuelta y, al hacerlo, se fija en una caja de cartón llena de correo que hay en el suelo. Se pone de rodillas y mira las cartas una a una. La mayoría son basura. Trace ha

dispuesto el pago automático de la gran mayoría de las facturas —los servicios públicos, el alquiler, la tele por cable, internet, todo—, por lo que la mayor parte de lo que contiene la caja es publicidad de agentes inmobiliarios —«¡Mira lo que se ha vendido en tu vecindario!»—, descuentos para restaurantes y catálogos de muebles.

También hay una carta del banco Wells Fargo.

«Hum».

Maggie la saca de entre todo lo demás. Es fina, una o dos hojas como mucho, así que no puede ser un estado financiero. Se pregunta si debería abrirla, pero claro, para eso le pidió Trace que se pasara por su casa cada vez que estuviera en la ciudad, para que se asegurara de que todo estaba en orden y como es debido. A Maggie no le gusta la idea de que parezca que está invadiendo la privacidad de su amigo, pero ¿qué va a hacer, ignorar la carta?

Lo más probable es que sea publicidad de una tarjeta de crédito o algo así.

Solo que no es eso lo que parece. Parece algo importante.

Maggie abre el sobre. Solo hay una hoja de papel.

Es la factura de una caja de seguridad.

Maggie enseguida piensa que Trace guarda allí el anillo de esmeralda de su madre. Recuerda bien que el anillo de Karen está valorado en más de veinte mil dólares. Trace no va a andar con él de un lado para el otro; seguro que quiere mantenerlo a salvo, y dónde mejor que en una caja de seguridad.

Ahora bien, la cuestión es que en la factura aparecen tres cajas de seguridad. Dos de ellas son de veinticinco por veinticinco centímetros; la tercera, de noventa por ciento ochenta centímetros.

Demasiado para un anillo, piensa Maggie.

Lee tanto la parte de delante de la factura como la de detrás para ver dónde se encuentran las cajas en cuestión. Le resulta curioso, pero no lo pone. Mira el matasellos: la carta la enviaron hace dos semanas desde San Francisco, aunque es muy probable que allí esté la central del banco. ¿O será allí donde tiene Trace las cajas? Maggie lo duda, pero podría ser. ¿Alguna vez le ha oído hablar de San Francisco? Desde luego, no que ella recuerde.

Y ahora, ¿qué?

«Haz lo más inteligente». Maggie le hace una foto a la factura, busca a Trace entre sus contactos y le envía la imagen con una nota:

¿Quieres que la pague o te encargas tú?

Trace no responde, aunque, a decir verdad, hace ya mucho tiempo que no lo hace.

Maggie mira una vez más la factura del banco y la guarda en el sobre y lo deja todo en la caja de nuevo. Luego da un paseo rápido por el apartamento, abre y cierra los grifos, pulsa el botón de la cisterna del inodoro y se asegura de que las ventanas están cerradas. Todo parece en orden. Se pregunta por las llaves de las cajas de seguridad. ¿Estarán aquí, en alguno de los cajones?

¿Qué más da?

Le vibra el móvil. Maggie baja la vista a la pantalla y ve que acaba de recibir un mensaje del doctor Barlow:

BARLOW: La recogida será mañana a las 8.00. Un Mercedes Maybach negro con las ventanillas tintadas.

MAGGIE: No hace falta. Iré a tu despacho por mi cuenta.

BARLOW: Será mejor que envíe a alguien a buscarte.

MAGGIE: Estás entre Park Avenue y la Cincuenta y uno, ¿no? Iré dando un paseo por el parque.

BARLOW: No.

MAGGIE: ¿No?

Una pequeña demora y, entonces, es como si los tres puntos bailarines escupieran las palabras:

BARLOW: La recogida será mañana a las 8:00. Un Mercedes Maybach negro con las ventanillas tintadas.

Maggie suspira. No hay razón para insistir. Luego se asegura de que apaga todas las luces y cierra el apartamento con llave.

Cuando llega a la calle, Porkchop está apoyado en su moto, de nuevo con esa actitud tan zen.

—¿Has descubierto algo?

Maggie ha pensado en contarle lo de las cajas de seguridad, pero ¿para qué?

—Nada —responde.

Porkchop niega con la cabeza.

—¿Qué pasa? —le pregunta Maggie.

—Primero te niegas a contarme por qué has venido, y ahora no quieres contarme lo que has descubierto en el apartamento.

Porkchop tenía diecisiete años cuando tuvo a Marc. Sí, diecisiete. La madre de Marc era la profesora de Matemáticas de Porkchop en

el instituto. Ella tenía treinta y seis años, estaba casada y tenía tres hijos cuando se quedó embarazada de un estudiante. La mujer quería abortar, pero Porkchop se opuso y la convenció para que tuviera al niño y le cediera la custodia; puede que hubiera de por medio algún tipo de amenaza con sacar el asunto a la luz.

Así que, en efecto, al hombre de los sueños de Maggie lo había criado un padre soltero y adolescente que estaba en una banda de moteros. Esos años tuvieron que ser raros, pero maravillosos.

—Suéltalo —insiste Porkchop.

—En realidad, no es nada.

Porkchop hace un gesto con ambas manos para decirle que siga.

—Le han enviado la factura de unas cajas de seguridad.

—Cuenta.

Y Maggie se lo cuenta. Porkchop la escucha sin reaccionar. Cuando ella acaba de hablar, él se rasca la barba.

—¿Por qué no querías contármelo?

—No es que no quisiera contártelo, más bien es que me parecía irrelevante.

—Hum.

—¿Y ahora qué?

Porkchop esboza una sonrisa carismática y mueve las cejas arriba y abajo.

—Ahora, a pillar una buena cogorza en el Vipers.

4

A la mañana siguiente, cuando a Maggie le suena la alarma, se sienta en la cama a toda prisa —tanto que la cabeza le da vueltas a modo de protesta—. Siente como si tuviera un martillo neumático dentro de la cabeza. El corazón le late con fuerza en lo más profundo de la cavidad torácica. Piensa en la noche anterior, en el Vipers, sentada en aquel taburete de cuero rasgado, con el suelo pegajoso por la cerveza derramada, el «Night Moves» de Bob Seger en la gramola, un ambiente ruidoso y cada vez más confuso, viejos amigos que la abrazaban y le contaban historias sobre Marc, historias sobre su precocidad, historias que ya le habían contado una decena de veces, pero con las que siempre disfrutaba. Excepto anoche. Maggie se esforzó por escucharlos, por concentrarse, por ofrecerles toda su atención a todas y cada una de las personas que se acercaron a verla, porque eso era lo mínimo que se merecían, pero en todo momento fue consciente de que, a medida que pasaban las horas, se iba sumiendo más y más en su oscuridad personal. Maggie estuvo bebiendo whisky —Porkchop estaba promocionando un Laphroaig de diez años de Islay— y las caras curtidas que la rodeaban, que se le acercaban, fueron volviéndose más y más borrosas, hasta convertirse en una masa indistinguible. Entonces, otras caras fueron apareciendo en su lugar, decenas, puede que más, caras con ojos suplicantes que la miraban con una mezcla de esperanza y desesperación en los ojos —algo que solo los

médicos llegan a ver en las personas—. Marah, Joseph, Ahmed, Seema... Y, luego, al final, la última cara, siempre la última, la de Kabir. Maggie intentó reconfortarlas a todas, intentó detener las hemorragias, intentó entender lo que le estaban diciendo..., pero todos ellos hablaban en algún idioma extranjero y sus palabras, cargadas de dolor, quedaban ocultas por el sonido de los morteros, el rugido del rotor de los helicópteros y los gritos.

«Dame otra oportunidad —pensó Maggie— y los salvaré».

Y, a veces, en sus sueños, le dan esa oportunidad. Esa gran segunda oportunidad. Y están vivos. Todos. Es capaz de salvarlos porque se mueve lo bastante rápido. Y siente una alegría repentina, la invaden la esperanza, la claridad, la concentración y una paz..., y entonces, algo de fuera del sueño —que suene el despertador, que la llame Sharon, Cole cerrando la puerta de la entrada de golpe, lo que sea— la saca de allí. Hay un breve momento, un instante horrible en el que Maggie sigue en el sueño, a caballo entre estar dormida y estar consciente, en el que las caras empiezan a desvanecerse, a disolverse, y Maggie se da cuenta con una certeza cruel: esa no es la realidad, sino un sueño, y pronto estará completamente despierta en un mundo en el que los muertos seguirán estando muertos.

«Basta», se dice a sí misma.

Maggie pone los pies en el suelo. Respira hondo unas cuantas veces para bajar las pulsaciones. Intenta recordar la última vez que bebió tanto y le viene a la cabeza un bar al aire libre una noche en Yuba, en Sudán del Sur. Trace no dejaba de invitar a rondas de *araqi*, un licor delicioso hecho a base de dátiles, y Maggie y Marc no dejaban de beber. Se habían reído mucho, como pasaba siempre

después de tantísimo horror. Trace estaba con una chica, pero Maggie no recuerda su nombre porque Trace siempre estaba con alguna chica, pero nunca se quedaban el tiempo suficiente para que Maggie recordara sus nombres. A Trace no le gusta el compromiso. O, mejor dicho, es incapaz de comprometerse. A primera vista, da la sensación de ser una persona frágil que solo necesita que traten bien, una vulnerabilidad que atrae a todas esas mujeres que creen que pueden arreglar a los hombres. Sin embargo, eso que está roto dentro de él continúa estándolo.

¿Dónde estará Trace?

Maggie no tiene ni idea.

Parpadea. Tarda un momento en situarse.

Ella está en el hotel Aman.

Se levanta de la cama tambaleándose, enciende la luz y entra en el enorme cuarto de baño. A la derecha hay una tentadora bañera rosa del tamaño de un Cadillac Escalade; a la izquierda, una ducha de piedra negra —una estancia en sí misma, no una cabina— con varias alcachofas y chorros. Maggie elige la ducha, en parte porque teme que, como se meta en esa bañera junto con una mezcla de sales, tés, aceites de baño y con ese cojín especial, no saldrá nunca.

Se quita la camiseta extragrande con la que ha dormido. Es una camiseta de la tienda de regalos del Vipers. Se la regaló Porkchop. En el pecho luce la leyenda:

I don’t snore. I dream I’m a motorcycle.

Sí, «no ronco, sueño que soy una moto». A Porkchop le encantan los chistes malos.

Maggie abre todos los grifos y empiezan a salir chorros por todas las alcachofas, a toda potencia. Se mete entre todos ellos y deja que el agua acribille su piel en todas direcciones. La presión del agua es excelente, casi le penetra en la piel. No quiere moverse. Piensa en el tiempo que estuvo por esos mundos de Dios, en cómo anhelaba las duchas calientes, en cómo había llegado a darse cuenta de que uno de los grandes placeres de la vida es darse una ducha con agua caliente. Si te paras a pensarlo, ningún ser humano de la historia se había dado una ducha de agua caliente hasta hace ¿cuánto? ¿Cien años? En una ocasión buscó el dato en Google —porque así funciona su cerebro— y descubrió que en 1970 aún no era común tener agua caliente en la ducha.

—Disfruta de los pequeños momentos —le decía su padre a menudo—. En eso consiste la vida.

Así que ella se concentra en eso. Después de un rato, cuando se da cuenta de que —por mucho que le duela— tiene que cerrar los grifos y abandonar ese refugio de piedra negra, se envuelve con un albornoz de Frette y con toallas gruesas. Suena el teléfono del hotel, un suave gong que avisa a los huéspedes de que tienen una llamada, pero sin la intención de perturbar su serenidad. Maggie responde. Es probable que la voz que le habla al otro lado de la línea haga grabaciones de voces en off para aplicaciones de hipnosis. La voz le pregunta qué comida y qué bebida «se le antojan» para desayunar y le promete que en cinco minutos tendrá lo que le pida.

—Café —responde—. Solo. Doble.

—Nuestra especialidad es la tortilla a la florentina.

Maggie pasa. Solo el café.

Su móvil tintinea entre tanta calma. Es Porkchop. Maggie responde por el manos libres:

—Buenos días —dice sin levantar apenas la voz.

—¿Por qué susurras?

—Esta habitación tiene algo que me induce a estar en silencio.

—¿A ti? Debe de ser una habitación mágica.

—Qué gracioso.

—Un poco. —Un instante después, Porkchop añade—: ¿Estás bien?

—Sí.

Él espera.

Maggie suspira.

—Es que fueron muchas emociones.

—Lo sé.

—No estaba preparada.

—Eso es por mi culpa.

—No, para nada.

—Todo el mundo se alegraba de verte.

—Ya sé que desconecté.

—Vaya si lo hiciste.

—Espero que no quedara muy mal.

—¡Eres de la familia! Nunca quedarás mal. ¿Cómo te sientes ahora?

—Con una resaca horrible.

—Lo mismo digo.

—Espera, ¿tú también?

—Ya no soy tan joven como antes, Mags.

Pinky es el motero que le han asignado. También es el que la trajo al hotel por la noche. Se siente mal por haber bebido tanto, pero lo cierto es que el problemilla fue causado más bien por las pastillas, no por el alcohol, aunque eso suena más a un patético vacío legal. Como si tuviera «problemillas» con las pastillas y no una «adicción». Había dejado de tomarlas de inmediato después de... ¿Cómo lo llama ella? ¿El incidente? ¿El accidente? ¿La catástrofe? Porque, claro, ¿habría sido capaz de dejar de tomarlas de golpe si realmente se hubiera tratado de una adicción? Lo duda, pero, en realidad, ¿qué más da? El daño ya está hecho.

No sabe muy bien qué decir a continuación, pero es Porkchop el que retoma la conversación preguntándole en tono de broma si está lista para su reunión «secreta».

—Aún tengo que vestirme.

—Llámame cuando hayas acabado.

—No tienes móvil.

—Pero tengo un teléfono fijo. ¿Seguro que no quieres contarme de qué va la reunión esa?

—Adiós, Porkchop.

Maggie cuelga y se pone unos pantalones vaqueros negros, unas botas, una camisa vaquera y una americana. Vestirse es siempre un gran desafío para el que parece que nunca hay una respuesta clara: no ser nunca demasiado provocativa, pero no parecer demasiado remilgada... Y, además, tener cierto estilo y saber en todo momento qué se lleva para no parecer, ya sabes, pasada de moda. Y a eso añádele buscar siempre el equilibrio entre lo femenino y lo práctico.

Agotador.

Maggie apoya el móvil en la encimera del cuarto de baño y empieza a maquillarse. Pulsa el icono y espera. Cuando aparece la cara de Marc, dice:

—Ayer vi a tu padre.

—¿Qué tal está?

Maggie elige dar un pequeño rodeo porque no quiere ir al grano directamente.

—El Vipers está genial. Tendrías que ver lo que ha hecho con ese sitio.

—¿Os emborrachasteis?

—No. —Al rato—. Sí, claro que sí.

Marc sonríe.

—Me alegro de que os llevéis tan bien.

Esa es una frase un poco extraña.

—¿A qué hora te reunías con Evan Barlow?

Maggie consulta la hora en el móvil.

—¡Joder, se me ha hecho tardísimo! Luego hablamos.

Maggie se mira una última vez en el espejo, se encoge de hombros, guarda el móvil en el bolsillo y sale al pasillo. Llega al atrio de su planta, la catorce. La puerta del ascensor está abierta, como si estuviera esperándola.

El Mercedes Maybach está aparcado en la entrada menos transitada, la de la Cincuenta y siete. El chófer lleva traje negro, corbata negra y completa su atuendo con la típica gorra de los niños repartidores de periódicos del siglo pasado. Le abre la puerta de atrás.

—Hola, soy Maggie.

—Yo soy Alou.

Maggie adelanta la mano y lo mira a los ojos.

—Un placer, Alou.

El hombre duda, pero le estrecha la mano.

—Lo mismo digo, señora.

Las ventanillas están completamente tintadas, así que nadie puede ver quién viaja dentro del vehículo. Maggie se desliza sobre el lujoso asiento de cuero. La calefacción del asiento está encendida. Hay una mujer en el asiento del copiloto. La mujer se gira y le pone a Maggie la mejor de sus sonrisas.

—¡Hola, Maggie, soy Dawn y voy a ser su enlace con Cosmética Barlow!

A Maggie le molesta el entusiasmo con el que habla Dawn a horas tan tempranas de la mañana, y mucho más después de pasar toda una noche en el Vipers con Porkchop. Maggie mira a Alou antes de que este cierre la puerta y el hombre se encoge de hombros como diciendo «Pues es así todo el rato».

—Hola, Dawn.

—¡Muchos de nuestros pacientes exigen una confidencialidad total!

—No soy ninguna paciente, Dawn.

La mujer parpadea y la sonrisa flaquea un instante, pero se mantiene firme.

—Sí, lo sé. Es solo que hemos pensado que querría usted experimentar el servicio completo. Además, me han pedido que su viaje sea cómodo y discreto.

—Muchas gracias. ¿Y adónde vamos?

—Pues a ver al doctor Barlow, por supuesto.

Dawn se da la vuelta para sentarse bien. Alou arranca. Maggie permanece callada un momento, pero cuando cogen la Avenida Madison en dirección norte, se inclina hacia delante y pregunta:

—Pero ¿no está hacia el sur el centro de Cosmética Barlow?

—Esa es la oficina pública —responde Dawn—. La consideramos nuestro escaparate. Podríamos decir que la mayoría de las cirugías principales se llevan a cabo en un lugar más discreto.

—¿Es allí adonde vamos?

—¡Sí, así es!

—¿Podría decirme concretamente a dónde?

—Nunca me acuerdo de la dirección, pero no tardaremos en llegar. ¿Le apetece un agua mineral Minus 181?

Diez minutos después, el Mercedes entra en un aparcamiento que hay debajo de un Dolce & Gabbana. Hay coches alineados a la espera de que los aparquen, pero Alou los rodea y baja por una rampa. Descienden dos plantas y aparcan junto a un ascensor que tiene la puerta abierta.

—¡Pues ya hemos llegado! —exclama Dawn con voz cantarina.

Maggie intenta abrir la puerta, pero no lo consigue.

—Creo que la puerta está cerrada —comenta.

Dawn se gira de nuevo:

—Antes de abrirla, ¿le importaría dejar aquí su móvil?

—¿Cómo dice?

—Es que no permitimos móviles en las instalaciones. ¡Política de la empresa! Así mantenemos la privacidad tanto para usted como para nuestros pacientes. —Dawn se queda callada un instante y se corrige—: Es decir, para los visitantes. ¡No se preocupe, que Alou cuidará bien de su móvil!

—¿Y si no quiero entregarles el móvil?

Dawn frunce el ceño como haría una profesora de colegio decepcionada por la respuesta de un alumno.

—Me temo que no podemos hacer excepciones a ese respecto.

Maggie se plantea liarla y ver hasta dónde llega el farol de Dawn, soltarle algo así como: «Muy bien, pues llévenme de vuelta al hotel», pero ¿para qué va a hacerlo? Coge el móvil, lo apaga y lo deja en el asiento, al lado de ella. Alou abre el seguro de las puertas. La chica acompaña a Maggie al ascensor, entran y pulsa el botón de la planta dieciocho. Maggie se queda observando cómo la lucecita va ascendiendo. Dawn hace exactamente lo mismo. A Maggie se le ocurren muchas preguntas, pero no tiene ningún sentido hacerlas ahora.

Se abre la puerta del ascensor y Maggie se siente como si estuviera de nuevo en el Aman. Las oficinas médicas —¿es eso este sitio?— parecen más bien un balneario de lujo. Se oye una música relajante. Nadie viste de blanco —eso sería demasiado llamativo y desconcertante—, el personal va de un lado para el otro con ropa de color verde pastel. Dawn abre una puerta e invita a pasar a Maggie. Una vez Maggie ha entrado, Dawn cierra la puerta suavemente desde fuera.

La estancia tiene unos ventanales que van del suelo al techo, que ofrecen unas vistas sobre Manhattan fascinantes. Es curioso, porque Maggie adora la naturaleza —ha estado en todo tipo de montañas, desiertos, océanos, valles, cañones, tanto de día como de noche, al amanecer, al anochecer, viendo paisajes de todos los tipos—, pero hay algo en las vistas desde los rascacielos en las grandes ciudades que le encanta. Nunca se cansa de unas vistas así. Puede que se

deba a que las ciudades cambian. Las ciudades no son divinas, sino que las ha hecho el ser humano y, por lo tanto, Maggie siente cierta conexión con ellas. O puede que —seguramente sea eso— se deba a que aquí nunca estás solo: no has de compartir el momento únicamente con rocas o vegetación, ahí fuera hay gente, miles, incluso cientos de miles de personas, todas ellas con sus esperanzas, sus sueños y sus vibraciones y conexiones espirituales, algo que la naturaleza es incapaz de replicar.

«Pues sí que tienes el día filosófico hoy».

—Maggie.

El doctor Barlow entra en la estancia por una puerta lateral vestido con ropa quirúrgica de color verde pastel y con un gorro quirúrgico del mismo color, aunque Maggie duda mucho que acabe de salir de una operación o que esté a punto de realizar alguna. Barlow la saluda con un fuerte abrazo y un beso en la mejilla.

—Te pido disculpas por todo este secretismo, pero me pareció que te gustaría saber cómo nos encargamos de los pacientes más exigentes.

—Lo tienes bien montado.

—Sé que parece exagerado, pero... —Barlow se encoge de hombros y le hace un gesto con la mano a Maggie para que se siente en un sofá de cuero de color blanco crudo—. Algunos pacientes harían lo que fuera para que nadie se entere de que van a someterse a algún procedimiento. Hace unos años nos visitó una persona muy famosa que no quería que la prensa amarilla descubriera que se había hecho una ritidectomía; ya sabes cómo es. Así que, para que nadie la reconociera, fue a nuestra oficina del centro, y aún hoy me cuesta creerlo, ¡vestida con un burka!

Maggie frunce el ceño y comenta:

—Sí, la verdad es que es una locura.

—Así es. Esa es la razón por la que ahora ofrecemos tantísima privacidad aquí. Tenemos habitaciones de recuperación, apartamentos para invitados... Ya me entiendes. No obstante, no todos nuestros pacientes quieren eso. De hecho, yo diría que son menos del diez por ciento los que eligen el paquete de privacidad. En cualquier caso, es un servicio que hemos de ofrecer.

Maggie se está impacientando.

—Doctor Barlow...

—Evan, por favor.

—Evan, ¿para qué me has hecho venir?

—Este lugar debe de resultarte intrigante, Maggie —continúa el doctor como si ella no hubiera dicho nada. A Maggie le da la impresión de que está siguiendo un guion, así que va a tener que esperar—. Como bien sabes, en Cosmética Barlow siempre estamos explorando los límites, refinando y actualizando nuestros procedimientos, buscando que resulten menos invasivos. Que haya menos cicatrices. Que el periodo de recuperación sea más corto. Tú siempre has sido de las que se arriesgan, Maggie. Es lo que te llevó al Ejército. Es lo que te llevó a proporcionar cuidados médicos en algunos de los países más peligrosos del planeta. Tú nunca has sido de las que colorean los dibujos sin salirse de las líneas. Puede que fuera eso lo que propició tu...

Él duda. Maggie le ayuda:

—¿Caída? ¿Destrucción? ¿Ruina?

Barlow niega con la cabeza:

—Todo eso me parece demasiado duro.

—Pero es la realidad.

—Tengo una pregunta para ti.

Maggie aguarda.

—Cuando el tribunal médico te crucificó, ¿por qué no te opusiste a los cargos de los que te acusaban?

Maggie no duda:

—Porque soy culpable de ellos.

Barlow no está seguro de cómo responder a eso.

—Entonces, tu idea es no volver a operar en la vida.

Lo dice tal cual, no como una pregunta, sino como una afirmación. A Maggie esa idea le resulta inabarcable. ¿No volver a hacer nunca en la vida lo único que siempre ha querido hacer? Pensar en ello vuelve a romperle el corazón.

—Eso parece —responde ella poniéndole al mal tiempo buena cara —. Podría investigar para ti, pero supongo que el hecho de que mi nombre se asocie a Cosmética Barlow...

—¡Oh, no, no pretendo que investigues!

—Entonces, ¿qué quieres?

El doctor mira por uno de los ventanales. Ella se une a él.

—Tengo un puñado de clientes muy selectos que pagan una prima a cambio de privacidad. Una prima elevadísima.

—Sí, eso ya me lo has dicho.

—Y tengo un cliente en particular... —Se queda callado, se frota la barbilla y piensa bien lo que va a decir—. Dentro de nada voy a invitar a pasar a una persona. Esa persona quiere una confidencialidad total. No puede quedar registro de esta reunión. En un primer momento exigió que firmaras un contrato de

confidencialidad, pero, mientras no grabemos la reunión, tampoco podrías reclamar nada.

—¿Cómo que no podría reclamar nada?

—No, no se trata de eso.

—¿No se trata de qué? ¿De qué me estás hablando?

—Mira, creo que ya he dicho demasiado. Estás a salvo, te lo prometo. Te aseguro que solo busco lo mejor para ti, creo que eso ya lo sabes. Voy a pedirle que entre. Escucha su oferta con la mente abierta. Si no creyera que esto es algo que deberías hacer, no te habría hecho venir.

Barlow se dirige a la puerta lateral y la abre. Un hombre gigantesco llena el umbral. Da la sensación de que tenga que agacharse para poder entrar. Una vez se encuentra en la estancia, el hombre se esfuerza por abrocharse el botón de la chaqueta del traje.

—Maggie McCabe —dice Barlow—, te presento a Ivan Brovski.

Brovski es calvo y de espaldas anchas. No tiene cuello y da la impresión de que la cabeza, como si de una bala se tratara, le sale directamente de los hombros. Su traje parece hecho a medida y muy caro, pero, aun así, hay algo que no encaja, porque ese hombre no está hecho para llevar traje. Brovski esboza una sonrisa sin abrir los labios y adelanta la mano para que Maggie se la estreche. Ella se obliga a hacerlo. La mano de él se traga por completo la de ella.

—Me alegro de conocerla, doctora McCabe —dice Ivan Brovski.

Sus palabras tienen cierto acento ruso, pero es mucho más suave de lo que cabría esperar. Está claro que lleva mucho tiempo estudiando el idioma. De acuerdo con su acento, muy probablemente en Londres.

El doctor Barlow comenta:

—Estaré en la habitación de al lado por si me necesitáis.

Maggie tiene la sensación de que su antiguo mentor escapa de la habitación.

Ella está de pie, al igual que Brovski.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarle, señor Brovski?

—Yo no soy sino el intermediario de un hombre inmensamente rico y mi cliente necesita ciertos... procedimientos médicos.

—¿Qué tipo de procedimientos?

—Usted, doctora McCabe, es una cirujana reconstructiva de renombre, una experta reconocida en varios campos quirúrgicos, incluido el de la cirugía plástica y el de la reconstrucción facial. Se graduó *summa cum laude* en la Universidad de Pennsylvania antes de asistir a la Facultad de Medicina Johns Hopkins. Ha hecho usted residencias e internados en algunos de los mejores hospitales del país, incluso bajo la tutela del amigo que tenemos en común, el doctor Evan Barlow, en el Hospital Presbiteriano de Nueva York. Tanto su padre como su madre eran médicos. Su padre, Clark McCabe, fue médico en el Ejército toda la vida, atendiendo en el Walter Reed, principalmente a soldados gravemente heridos. Luego usted siguió la carrera de su padre en el Ejército, donde sirvió durante dos periodos de intensos combates, en los que le concedieron la Medalla del Honor, la Cruz del Servicio Distinguido y una Estrella de Plata. También ha recibido, junto con su compañero, el doctor Trace Packer, el premio de la Fundación Jackson, aunque lo más impresionante es que la condecoraron con el Corazón Púrpura cuando tanto él como usted recibieron el impacto de metralla de una bomba en Afganistán, en la provincia de Vardak. Después de estar

en el Ejército, el doctor Packer, su marido, el doctor Marc Adams, y usted crearon la noble entidad caritativa...

Maggie levanta las manos.

—Sí, vale, ya lo he entendido. Me han buscado en Google y me siento halagada por ello, pero ¿para qué he venido?

—Mi cliente quiere hacerse una cirugía plástica discreta.

—¿Podría ser usted más específico?

Brovski se frota la parte superior de la cabeza.

—Queremos que opere usted a dos personas. Cirugía plástica, como ya le he dicho. Mi cliente le contará los detalles cuando se reúna con él.

Maggie mira a derecha e izquierda.

—Pero ¿está aquí?

Brovski vuelve a mostrar esa sonrisa sin dientes.

—No.

—Entonces, ¿cuál es el plan, señor Brovski?

—La llevaremos volando a una localización privada.

—¿Adónde?

—A una localización privada... —a Brovski le lleva un tiempo acabar la frase—, fuera del país.

—Va a tener que darme más detalles.

—Hay un sitio llamado Rublevka. Está...

—Sí, es un barrio a las afueras de Moscú.

El hombre levanta una ceja.

—¿Alguna vez ha estado allí?

—No, pero he oído hablar de él.

Rublevka es el epicentro de los oligarcas rusos, posiblemente la zona residencial más rica de todo el mundo. Lenin y Stalin tenían su

dacha allí. Jrushchov y Gorbachov, su residencia de verano.

Brovski asiente.

—Claro, cuando estaba usted en la universidad cursó una asignatura llamada Historia moderna de Rusia con el profesor Taubman. Casi se me olvida.

—¿También sabe cuándo me hicieron el primer chupetón?

—¿Cómo dice?

—Seguro que sus investigadores no han conseguido enterarse de eso. Fue en séptimo. Jugando a girar la botella, con Mitch Glassman. Puede dejar ya todas esas tácticas intimidatorias de «lo sé todo sobre usted», señor Brovski. Soy hija de militar y me educaron como a un militar, así que me conozco el programa. Vaya al grano.

—Entendido —responde Brovski divertido—, pero creo que ya sabe usted lo que buscamos. Buscamos a un cirujano experto que esté dispuesto a viajar a Rusia para llevar a cabo unos procedimientos de cirugía plástica con una confidencialidad extrema... y creemos que usted es la persona indicada.

—¿Cómo se llama su cliente?

—Eso no puedo decírselo ahora.

—¿Si me dijera su nombre, sabría de quién se trata?

—No sé hasta dónde alcanzan sus conocimientos, pero lo que puedo asegurarle es que la privacidad es muy importante para mi cliente.

Maggie se queda pensativa.

—Ya deben de estar al tanto de que me han suspendido la licencia médica.

—Sí, por supuesto. Por eso es usted perfecta para el trabajo.

—Por lo que tengo entendido, los médicos extranjeros necesitan una licencia de la MIMC para operar en Rusia...

—Cuente con ello.

—¿Perdón?

—Ya está hecho. La MIMC ya ha emitido el permiso a su nombre. ¿Qué más?

—Necesito dos enfermeros de quirófano y un anestesista.

—Cuente con ello.

—También voy a necesitar un amplio equipo para operar y un entorno estéril.

—Cuente con ello.

—Una sala de operaciones equipada.

—Cuente con ello.

—Han de asegurarme por escrito que me absuelven de toda responsabilidad en caso de que algo salga mal.

—Cuente con ello y con todo lo que necesite. Ya lo tenemos todo preparado, de hecho. —Brovski mueve los brazos, como impaciente —. ¿No pensará que todo esto se nos ha ocurrido hace una hora? También quiero dejarle claro que sabemos que ha contraído usted una gran deuda. Igual que su hermana.

A Maggie deja de sorprenderle todo lo que el tipo sabe de ella. Es evidente que trabaja para un oligarca ruso tremendamente poderoso. Le queda claro que, quienquiera que esté detrás de la propuesta, ha hecho muy bien los deberes antes de ponerla sobre la mesa.

—¿Y?

—Pues que en el momento en que acceda usted a operar a mi cliente, esas deudas desaparecerán. La suya y la de su hermana. El

caso por mala praxis que hay contra usted se resolverá a su favor.

—¿Cómo?

Ivan Brovski se encoge de hombros.

Maggie traga saliva. Adiós a la deuda que la lastra. Adiós a los juicios y a las declaraciones. ¿Cuánto dinero vale eso?

Muchísimo.

—¿Y por qué su cliente no va a una clínica discreta como esta?

—No quiere salir de casa.

—Pues tendrá que salir de ella para la operación.

Brovski niega con la cabeza.

—Hemos construido un quirófano en su casa. Es de lo más innovador.

Otra vez con lo de «innovador».

Maggie lo piensa. Intenta hacerse la dura.

—¿Qué me dice, doctora McCabe?

—Voy a tener que quedarme allí un par de semanas para el posoperatorio.

—Sí, por supuesto.

—Voy a tener que estar fuera mucho tiempo...

—Ya —dice Brovski con una sonrisita de medio lado—, la entiendo. Usted considera que el hecho de rescindir sus deudas es una compensación insuficiente.

Maggie se encoge de hombros.

—Lo que me están pidiendo es bastante arriesgado.

—No lo es, no es para nada arriesgado, pero la entiendo. —Brovski consulta su reloj de pulsera y finge aburrimiento—. Tenemos un poco de prisa, así que voy a hacerle una última oferta. Si viene usted ahora mismo al aeropuerto conmigo, además de saldar las

deudas que tienen su hermana y usted y de resolver a su favor el caso por mala praxis, le pagaremos... —Hace una pausa, mira hacia arriba para darle cierto dramatismo al momento, y entonces deja caer la bomba—: ¿Le parece bien diez millones de dólares?

Si en algún momento Maggie ha conseguido poner cara de póker, desde luego, ahora no lo consigue. De hecho, el hombre está a punto de echarse a reír.

—Cinco millones ingresados en su cuenta de Merrill Lynch ahora mismo, los otros cinco, cuando acabe todo el proceso.

Maggie no tiene claro que sea capaz de hablar. Ivan Brovski sonríe.

—¿Trato hecho?

5

Maggie mira por la ventanilla de lo que, aunque inadecuadamente, podría describirse como un «avión privado» —aunque no es que ella tenga mucha experiencia con ese tipo de aviones—. Cuando subió a bordo, la azafata se presentó como Hannah y, después, le hizo una visita guiada por el Airbus A320 de ciento ochenta asientos totalmente renovado para uso privado. El nuevo interior se parece más a un lujoso ático de Manhattan que a nada que Maggie haya visto jamás en ningún avión. En la decoración abundan el oro y la piel de leopardo. Hannah conduce a Maggie por un apartamento con el techo abovedado, en el que hay dos habitaciones, un comedor, una cocina de ensueño, una sala de cine con una televisión de pantalla curvada de sesenta y cinco pulgadas —«Una de nuestras cuatro pantallas grandes de televisión», le dice Hannah—, un dormitorio principal con una cama extragrande y un cuarto de baño de mármol en el que, entre otras cosas, hay una de esas duchas con una alcachofa gigante.

En el dormitorio principal hay un óleo de Matisse en el que aparece una mujer reclinada en un sofá.

—¿Es un Matisse de verdad? —pregunta Maggie.

A lo que Hannah responde con una sencilla sonrisa.

Dos horas antes, Ivan Brovski y Maggie pusieron punto final a su reunión en la clínica del doctor Barlow, y Brovski y ella se dirigieron al ascensor.

—Antes de que partamos —le dijo Maggie a Brovski—, me gustaría hablar con el doctor Barlow.

—No es posible, está operando.

La puerta del ascensor se abrió. Maggie entró, seguida por Brovski.

Alou y el Mercedes los esperaban en el garaje del sótano. Alou le abrió la puerta de atrás y Maggie volvió a deslizarse en el interior del coche. Su móvil seguía allí. Brovski entró por la otra puerta y se sentó al lado de Maggie. Ella encendió el móvil, pero allí abajo, en las tripas del aparcamiento, no había cobertura. Cuando el Mercedes llegó por fin a la calle, a Maggie le saltaron seis notificaciones de llamadas perdidas, todas ellas de Sharon.

Brovski, que había visto las notificaciones, sonrió.

—¿Qué pasa? —le preguntó Maggie.

—Su hermana. Llámela.

Y la llamó. Sharon respondió de inmediato, antes de que el primer tono dejase de sonar, y le preguntó con voz de preocupación y apresuradamente:

—¿Qué coño está pasando, Mags?

—¿A qué te refieres?

—Me han llamado del banco para decirme que han pagado mis deudas. ¡Todas!

Sharon no dejaba de hablar, emocionada, y Maggie miró a Brovski, que volvía a mostrar esa sonrisa sin dientes.

Cuando Sharon se calló para tomar aire, Maggie le explicó:

—Acaban de contratarme para un trabajo.

Eso hizo que Sharon se quedase callada un rato más. Pero entonces:

—¿Y ese trabajo implica pagar mis deudas?

—Sí.

—¿De qué se trata ese trabajo?

—Uno muy bien pagado.

—Sí, ya, eso me ha quedado claro.

—Voy a estar fuera una semana, puede que dos.

—¿Haciendo qué, Mags?

—Tú no te preocupes.

—Eso es lo mejor que podrías haberme dicho, por supuesto, porque nadie se preocupa después de que le digan que no se preocupe.

—Es que no puedo contarte nada más.

—¿Por qué no?

Maggie se pasó el móvil de la mano derecha a la izquierda.

—Es confidencial. Hay una serie de cláusulas de privacidad, además de lo de la Ley de Portabilidad y Responsabilidad del Seguro Médico y todo eso.

—Entonces, ¿vas a trabajar de médico?

—¿Qué parte de «confidencial» no has entendido? —le soltó Maggie—. Mira, todo va bien. Confía en mí. Tú deja que haga esto.

Sharon tenía más preguntas, pero Maggie las esquivó como pudo y acabó poniendo fin a la conversación. Cuando colgó, le dijo a Brovski:

—Tengo que volver al hotel para recoger mis cosas y dejar la habi...

—Cuente con ello.

—Eso de «cuente con ello» está empezando a ponerme de los nervios.

Ivan Brovski se recostó y sonrió. El coche se dirigió hacia el norte por la autopista Henry Hudson.

—¿Y si cambio de opinión? —preguntó Maggie.

Brovski ladeó muy ligeramente la cabeza.

—¿Qué pasa si quiero dejarlo?

—Su móvil —le dijo Brovski señalando el aparato con la barbilla.

—¿Qué pasa?

—¿Tiene usted instalada la aplicación de su banco? Consulte su saldo.

Maggie enseguida supo, o al menos lo sospechó, qué era lo que iba a ver después de usar el reconocimiento facial para abrir la aplicación, pero, aun así, sus ojos estuvieron a punto de salírsele de las cuencas.

Los cinco millones ya estaban ingresados.

—Llame a su asesor financiero antes de que subamos al avión —le recomendó Brovski—. Es posible que tenga que informar sobre una suma como esa.

—Asesora.

—¿Cómo dice?

—Que es una asesora, no un asesor. Pensaba que con su exhaustiva investigación sobre mí ya sabrían eso.

—Es que su nombre de pila, «Leslie», me confundió.

—Joder, ¡lo saben absolutamente todo! —pensó Maggie.

—Llame también a su abogado, porque el caso contra usted se está resolviendo a su favor en este mismo instante.

Maggie echó la cabeza hacia atrás. Lo que eso implicaba la superaba. Se acabó el caso por mala praxis. ¡Puf...!

—Pero no ha respondido usted a mi pregunta —insistió Maggie.

Brovski miró por la ventanilla y, después, volvió a mirar a Maggie.

—¿Se refiere a eso de qué pasaría si quisiera dejarlo?

—Sí.

Brovski se encogió de hombros.

—No sé, supongo que tendría que devolvernos el dinero. La liberación de las deudas y lo del arreglo del caso por mala praxis podría ser complicado de compensar, pero no nos pongamos en lo peor, ¿no le parece? Le aseguro que se trata de un trato muy ventajoso para usted. Mi cliente es un hombre muy importante. Como tiene los medios para garantizar que el asunto se va a mantener en secreto, la está contratando como... —Brovski volvió a levantar la vista, como si estuviera buscando las palabras adecuadas una vez más—, como su médico de atención personalizada. Por favor, no se preocupe.

«Eso es lo mejor que podrías haberme dicho, por supuesto, porque nadie se preocupa después de que le digan que no se preocupe», musitó Maggie recordando las palabras de su hermana.

—¿Disculpe?

Pero claro, eso de que la compensación podría ser complicada... Aunque ya era demasiado tarde. Ya estaba metida de cabeza. Ya no había salida. Así es como lo hacen. Puede que Ivan Brovski sonría mucho, pero la sonrisa nunca llega a sus ojos. A esta gente no le tocas las narices. Y eso es algo que Maggie debería haber aprendido ya después de tantos años.

La voz de Marc resonó en su mente: «Tengo un mal presentimiento».

Tendría que haberle hecho caso. O puede que no. Nada había cambiado. Brovski tenía razón. Se trataba de un trabajo, ¡y uno muy bueno! Le habían pagado un pastizal y la verdad era que desde hacía años oía rumores de este tipo de cirugías privadas. Tal y como Brovski había dicho: la habían contratado como médico de atención personalizada. No era inhabitual.

Al final, ese paciente, como cualquier otro, la estaba contratando para realizar unos servicios específicos y la cuestión era que este en concreto —y no era por echarse flores— podía permitirse a la mejor.

Una situación en la que todos salían ganando.

—Una vez suba usted al avión —empezó a decir Ivan Brovski—, no podrá comunicarse con el mundo exterior. Esto ya se lo había explicado, pero voy a insistir: ni llamadas, ni correos electrónicos, ni FaceTime, ni aplicaciones de mensajería como WhatsApp o Signal o Telegram o...

—Sí, ya sé qué es una aplicación de mensajería, gracias.

—Estupendo. Pues, en ese caso, si quiere hacer alguna llamada más, ahora es el momento de hacerla.

«Sí, claro, para que oigas todo lo que diga», pensó ella.

No obstante, Maggie llamó al teléfono fijo de Porkchop y le sorprendió que respondiera él mismo:

—Dime.

—Tengo trabajo.

Una vez más, Maggie le explicó un poco por encima que tenía que viajar y que le iban a pagar muy bien por un trabajo del que no podía hablar. A Porkchop también le contó lo de la Ley de

Portabilidad y Responsabilidad del Seguro Médico y lo de la confidencialidad. Porkchop no dijo nada. No la interrumpió. No le hizo preguntas. No le puso ningún pero.

Eso realmente sorprendió a Maggie.

Cuando ella acabó de hablar, Porkchop rompió por fin su silencio y le dijo:

—Pon el móvil en altavoz.

—¿Por qué?

Silencio.

Así es Porkchop. Maggie ahogó un suspiro e hizo lo que él le había pedido.

—Vale, ya estás en altavoz.

—M47-235 —dijo Porkchop.

Brovski sonrió.

—¿De qué va eso? —le preguntó Maggie al móvil.

Fue Brovski quien respondió:

—La matrícula de este coche.

Justo en ese momento, dos motocicletas, una por cada lado del Mercedes, pasaron rugiendo junto al vehículo. Pinky pasó por el lado del conductor y el chico que parecía la «i» —Maggie no llegó a enterarse bien de cómo se llamaba—, por el del copiloto.

—Espero que mi nuera esté a salvo y feliz —dijo Porkchop—. ¿Ha quedado claro?

—Por supuesto, señor Porkchop —respondió Brovski.

—No me obligues a tener que buscaros.

—Lo mismo digo.

Y Porkchop colgó.

Ivan Brovski aún sonreía.

—Su suegro es muy teatral.

«Ni te lo imaginas», pensó Maggie.

Aunque quizá sí que se lo imaginaba. En cualquier caso, se sentía reconfortada por que Porkchop estuviese al tanto.

Ya en el avión, Maggie se sienta en una enorme butaca reclinable de cuero cosido con función de masaje incorporada. Si hay algo que ha aprendido en las últimas veinticuatro horas es lo agradable que es ser rico.

Hannah se le acerca y le ofrece «ropa de viaje» de Brunello Cucinelli. Maggie la acepta. Hannah le pregunta si quiere algo del bar. Maggie se siente tentada de pedir algo, pero de momento quiere mantenerse alerta, así que se conforma con un vaso de agua con una rodaja de lima.

Luego se recuesta en el sillón de masaje y observa cómo el avión despega del aeropuerto de Teterboro. Una vez más tiene ante sí las espectaculares vistas de la ciudad de Nueva York. Esto no te lo cuentan en las páginas online para turistas, pero si quieres tener las mejores vistas de Manhattan tienes que ir a Nueva Jersey.

Al rato, el avión alcanza su altitud de crucero que, según el piloto, que habla por los altavoces, es de treinta y siete mil pies. El tiempo de vuelo, les informa, será de once horas y veintitrés minutos.

—Tenemos una amplia selección de películas, programas y series de televisión —le comenta Hannah.

—Gracias, pero me basta con el wifi.

—Lo siento, pero ahora mismo no se puede acceder al wifi.

—¿Por qué?

Una sonrisa nerviosa.

—Tenga, una carta de los platos gourmet que servimos en el avión. Avíseme si puedo ayudarle en cualquier otra cosa.

Solo hay otra persona más en el avión, un hombre muy grande con el ceño constantemente fruncido que solo habla ruso. Va sentado delante, cerca de los pilotos. Maggie da por hecho que es un miembro del equipo de seguridad. Aunque quizá sea el encargado del reparto... y ella el paquete que hay que entregar.

Maggie se acerca al dormitorio principal. La cama tiene una pinta de lo más tentadora. «¿Por qué no?». Maggie se tumba en ella y enciende la televisión. Supone que le va a resultar imposible dormir, pero la mezcla de cansancio y nervios debe de estar haciéndole efecto, porque se queda dormida en cuestión de minutos.

En un momento dado, Hannah la despierta.

—¿Tiene usted hambre?

Maggie parpadea.

—Pues sí.

—Gregor, nuestro cocinero, hace unas tortillas espectaculares.

Maggie se acuerda de lo del Aman y, como en broma, pregunta:

—¿Florentinas?

—Por supuesto.

—¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—No estoy muy segura, pero aterrizaremos aproximadamente en una hora.

Imposible. Es imposible que haya dormido tanto rato.

—Su equipaje está en ese rincón, pero le hemos dejado una muda en el armario por si lo prefiere. También hay un abrigo calentito, unos guantes y un sombrero. Póngaselos. Los va a necesitar.

Hannah se marcha y desliza la puerta para cerrarla nada más salir. Maggie consigue ponerse de pie y se acerca al cuarto de baño tambaleándose. Ve el vaso de agua vacío en la mesita de noche.

¿La habrán drogado?

En el armario encuentra ropa «casual» de cachemir de Loro Piana y se viste con ella. No sabe si el abrigo largo es de cordero realmente, pero tiene la sensación de que un oligarca ruso no va a comprar piel falsa. Dejando la ética a un lado, en el avión hace mucho calor para ponerse el abrigo, pero de todas formas lo coge cuando sale del dormitorio.

Maggie se sienta a la mesa del avión y Hannah le sirve la tortilla. Está deliciosa. Maggie no puede evitar pensar en cuál estará mejor, si la de Gregor o la del cocinero del Aman. No deja de darle vueltas a pensamientos estúpidos como este porque, como dicen los jóvenes en las redes sociales, «la cosa está empezando a calentarse».

Aterrizan en un aeropuerto pequeño. Maggie da por hecho que es privado. No hay más aviones en el aire. Nadie aterriza ni antes ni después de ellos. Maggie solo ve un puñado de aviones en tierra, todos ellos meros juguetes de gente rica. Ruedan un rato antes de detenerse. Maggie busca en el bolso. Lleva el pasaporte. Siempre lo lleva encima; es una costumbre que adquirió después de tantos años trabajando en crisis humanitarias en el extranjero, porque nunca sabes cuándo vas a tener que salir corriendo.

Cuando se abre la puerta del avión, Maggie siente una terrible ráfaga de aire frío. Se abrocha el abrigo, que la reconforta enseguida —está claro que es verdadera piel de cordero—, y se pone el sombrero a juego. En el bolsillo encuentra un par de guantes de piel y también se los pone. Dobla los dedos para que le encajen bien.

—¡Gracias por viajar con nosotros! —grita Hannah para que Maggie la oiga por encima de la ráfaga de viento.

—¡Gracias a ti!

Maggie había dado por supuesto que habría un coche negro esperándola, pero lo que hay al otro lado de la pista es un helicóptero. Un hombre le hace una señal con la mano para que se acerque. Maggie se acerca y sube al helicóptero. El aparato tiene seis plazas, pero viaja sola con los dos pilotos. Uno de ellos se da la vuelta y le tiende unos auriculares negros y le hace un gesto para que se los ponga. En cuanto lo hace, Maggie oye a los pilotos hablando en ruso con una mujer que da por hecho que es la controladora aérea. En cuestión de un momento, están en el aire. Vuelan por encima de un vasto paisaje, bosque en su gran mayoría, cubierto por un manto blanco de nieve.

Maggie no se había subido a un helicóptero desde que iba apiñada en los de evacuación durante la guerra. Le resulta absurdo ir tan cómoda en uno de estos. Siente como una punzada de culpabilidad.

Uno de los pilotos se dirige a Maggie en su idioma. No lo habla bien:

—Solo son seis minutos de vuelo, doctora.

El hombre se vuelve y la mira para asegurarse de que Maggie le ha entendido. Ella levanta los pulgares a modo de respuesta.

Ve muy pocos edificios, incluso a lo lejos, lo que le resulta raro. Rublevka, por lo que Maggie sabe, está solo a unos kilómetros de la atestada Moscú. Eso es parte de lo que les gusta a los ultrarricos: que el sitio sea privado, esté protegido y sea de lo más exclusivo, pero que no sea remoto.

Al menos, no tan remoto como esto.

El helicóptero gira hacia una montaña con la cumbre cubierta de nieve. A medida que vuelan por encima de los abetos, Maggie ve un claro en la distancia. No obstante, no es un claro natural, sino un rectángulo perfecto de varias hectáreas recortado en mitad del espeso bosque.

En mitad del rectángulo, equidistante de los límites de este, se eleva un palacio que parece sacado de un cuento de hadas. Maggie lo mira bien. Desde luego, «palacio» es la palabra adecuada para describirlo. En este caso, un término como «megamansión» sería inadecuado. El conjunto es demasiado grande, con demasiadas alas conectadas las unas con las otras, como para ser una mansión familiar.

El helicóptero empieza a descender a unos cien metros de la puerta principal. El césped no es que sea verde, es de un verde perfecto, sin tacha, casi como si estuviera pintado. Maggie se pregunta si será hierba de verdad o artificial. El helicóptero toma tierra con suavidad y las palas del rotor van perdiendo velocidad hasta que se detienen. Cuando el piloto abre la puerta, Maggie siente el golpe del aire gélido. Nada más salir, el frío le muerde la cara.

El palacio brilla —literalmente— a la luz del sol. Maggie se pregunta si el edificio entero será de mármol, aunque le parece improbable. El diseño arquitectónico es apabullante y emocionante, puede que demasiado, una mezcla estridente y en parte grotesca del renacimiento italiano, el rococó francés y, en su mayoría, el barroco ruso. Las ventanas son altas y estrechas. Hay bajorrelieves y tallas en las paredes. El tejado está lleno de cúpulas doradas exageradamente ornamentadas.

No es que el sitio parezca falso, pero tampoco parece auténtico. Ninguno de los maravillosos palacios que Maggie ha tenido la suerte de visitar —Versalles, Pitti, Abdeen, Buckingham, Mysore y la Alhambra— tiene este aspecto impoluto. Ninguno de ellos brilla de esta forma, probablemente porque han envejecido y el tiempo y la historia les han arrebatado el brillo. En ellos ha vivido y muerto gente, han formado parte de la historia y, cuando los visitas, incluso aunque permanezcas a cierta distancia de ellos o estés rodeado de visitantes ruidosos, sientes la presencia de los fantasmas que encantan el lugar. Este palacio, en cambio, parece lo que es: una reproducción, una joya impecable en todos los aspectos.

Maggie está allí parada, sin tener muy claro qué hacer, cuando se abre la puerta principal. Un hombre cruza el umbral. Maggie está bastante lejos, al menos a unos cien metros, pero ve cómo el hombre levanta la mano y le hace un gesto para que se acerque. Así que se encoge y se abraza para enfrentarse al viento gélido, y emprende la marcha por un sendero verde. El césped parece hierba de verdad... e incluso está cálido bajo sus pies.

«¿Cómo es posible?».

Hay estatuas de mármol blanco, muchas, que van conformando un camino por el que transitar. Reconoce muchas de ellas: el *David* de Miguel Ángel, el *Discóbolo* de Mirón, el *Milón de Crotona* de Puget, el *Adán* de Rodin, todas ellas demasiado blancas, demasiado inmaculadas, sin duda réplicas sin alma.

El palacio —Maggie ha decidido que, al menos de momento, es así como va a denominarlo— tiene cuatro plantas muy altas. Aquí todo es grande y evidente, para nada sutil; no parece que se pretenda sugerir opulencia y poder con clase, sino aplastarte con ellos.

El hombre de la puerta la espera.

A pesar del terrible frío, el tipo no lleva abrigo ni chaqueta. Su camisa es de seda, de un llamativo color granate, y le queda demasiado ajustada. El cinturón queda oculto por una tripa exhibida sin pudor. Lleva unos pantalones vaqueros ajustados —eso o le están demasiado pequeños—. Tiene unas entradas muy pronunciadas y se peina hacia atrás, con el pelo fijado por una sustancia aceitosa.

Aceitoso.

Si Maggie tuviera que describir al hombre, «aceitoso» le parecería un término muy apropiado.

El hombre sonríe y la saluda con la mano con el entusiasmo de un niño.

—¡Vamos, vamos, doctora, que tiene que estar congelándose! —le insta el hombre con un fuerte acento ruso.

Maggie acelera. El hombre la ayuda a entrar a toda prisa y cierra la puerta. A pesar de que el recibidor es descomunal —llaman la atención de Maggie el techo, que tiene la altura de las cuatro plantas; la magnífica escalera de mármol, que parte del centro y asciende hacia ambos lados; y la araña de cristal, que es tan grande como el helicóptero que la ha traído—, la calidez que proporciona el sistema de calefacción es inmediata. Maggie se quita el sombrero y se desabrocha la chaqueta de piel.

El hombre abre los brazos.

—¡Bienvenida, doctora McCabe!

Maggie no tiene claro cuál es el protocolo y, aunque el hombre parece decidido a abrazarla, ella le tiende la mano. Él parece decepcionado.

—Gracias —le dice Maggie—. Disculpe, pero ¿quién es usted?

El hombre se frota la aceitosa barbita de tres días del mentón con una mano y le estrecha la mano a Maggie con la otra.

—Me llamo Oleg Ragoravich.

Maggie se da cuenta de que el hombre la mira con atención, a la espera de ver su reacción, así que intenta no reaccionar de ninguna manera en particular, pero ha leído algo acerca de él. Ivan Brovski ha insistido en que no era necesario que Maggie supiera quién era su cliente hasta que llegara, pero ella ha buscado en Google «multimillonarios rusos» y «oligarcas rusos» y ha añadido palabras como «reservado» o «huraño» antes de despegar y de quedarse sin servicio.

Oleg Ragoravich es una de la media docena de posibilidades que le han salido en la red. Maggie no ha tenido tiempo para hacer una búsqueda en profundidad, pero tampoco es que haya demasiada información sobre ese tipo de gente. Del hombre, que está entre los diez mayores multimillonarios rusos, se dice que es «especialmente huraño» y, al parecer, hace años que se rumorea que tiene mala salud. A ella no le parece que lo último sea cierto, pero eso tampoco quiere decir gran cosa. Casi no ha encontrado fotografías de él en la red, lo que sugiere que ha pagado para que las retiren. La mayoría de las personas no se dan cuenta de lo sencillo que es eso para los ricos riquísimos; lo de controlar su existencia en la red y que, cuando los busques en internet, aquello que encuentres no sea sino lo que esa entidad superpoderosa quiere que veas de ella.

En el caso de Ragoravich, hay unas pocas fotografías antiguas en blanco y negro. En cuanto a su edad, se estima que tiene entre sesenta y uno y sesenta y cuatro años. Su lugar de nacimiento se

desconoce, pero se especula que nació en Tiflis. Como pasa con los demás multimillonarios rusos, la historia de cómo amasó su fortuna es, cuando menos, turbia y tiene que ver con la «caótica privatización» de los bienes que poseía el Estado cuando el imperio soviético se desmoronó. Y con el hecho de que se haya ganado el favor de los líderes actuales del Gobierno, claro.

La «fuente de la riqueza» de Ragoravich son, al parecer, los «metales».

¿Resulta suficientemente vago?

—Esto no es Rublevka —comenta Maggie.

—¿Disculpe?

—Me habían dicho que iba a viajar a Rublevka.

—No, no. A ver, sí, allí está mi residencia principal, pero pensamos que estaríamos más a gusto y sería más privado hacerlo en el Palacio de Invierno. ¿Le gusta?

Maggie no sabe cómo responder, así que se limita a asentir.

—Debe de estar cansada después de un vuelo tan largo. ¿Quiere que le enseñe su dormitorio o...?

—Lo que me gustaría es inspeccionar las instalaciones médicas cuanto antes.

El hombre sonríe.

—No se anda usted con tonterías, y eso me gusta. Venga, y de paso le enseño la casa.

Ragoravich camina con las manos a la espalda, orgulloso de sí mismo, dejando que sea su barrigón el que abra camino. El hombre avanza con la barbilla alta y bota ligeramente cada vez que da un paso. Se dirigen por un pasillo amplio lleno de cuadros pintados al óleo y Maggie reconoce algunos de ellos. Al ver que Maggie duda

cuando pasan por delante de uno en concreto, Ragoravich abre los brazos y comenta:

—Los reconoce, ¿verdad?

En efecto, los reconoce. Hay tres Rembrandts —*Una dama y un caballero de negro*, *La tormenta en el mar de Galilea* y *Autorretrato a la edad de treinta y cuatro años*—, un Manet —*Chez Tortoni*— y, claro está, el plato fuerte, *El concierto*, de Johannes Vermeer.

—Vaya... —dice Maggie.

—¿Qué quiere decir?

—Son las reproducciones de las obras maestras robadas en el Museo Gardner.

—¡Muy bien! —Parece que el hombre se sienta satisfecho—. ¿Puedo contarle un secreto?

Maggie lo mira, anticipando la respuesta.

—No irá a decirme que son las originales.

—No, no... —Acto seguido, se inclina hacia ella—. Bueno, solo una de ellas. Se la compré a un jefe del crimen organizado de Connecticut hace cinco años.

—Así que una de ellas es buena —dice Maggie intentando mantener el tono del sarcasmo al mínimo.

—Sí.

—¿Cuál?

—Eso no se lo voy a decir.

—Sí, claro. En ese caso, podría estar tomándome usted el pelo.

—Podría, en efecto. ¿Le gusta a usted el arte?

—¿La verdad? Me van más los robos de arte.

—Las historias de crímenes.

—Eso es.

Ragoravich se muestra casi emocionado cuando se detiene junto a una puerta cerrada. A la derecha de la puerta hay una especie de pantalla en negro.

—Quiero enseñarle una cosa. Creo que podría resultarle cautivadora.

Ragoravich acerca la cara a la pantalla y se queda quieto. Maggie da por hecho que se trata de un escáner facial. A continuación, oye el clic-clic-clic de una serie de cerrojos y luego un zumbido. Ragoravich gira el pomo y abre la puerta.

La oscuridad es absoluta.

Entran. Ragoravich espera un momento, como si quisiera darle suspense a la situación, tras lo cual pulsa un interruptor que hay en la pared, junto a la puerta. Se encienden las luces. Y allí, en la pared del fondo, Maggie ve que cuelgan tres reproducciones idénticas —o, al menos, lo son a la vista— del cuadro más famoso del mundo: la *Mona Lisa*.

Maggie mira a Ragoravich con el ceño fruncido.

—A ver si lo adivino —dice la mujer—, la *Mona Lisa* del Louvre es una falsificación y una de estas tres es la verdadera.

Ragoravich no deja de sonreír.

—¿Tan difícil le resulta creerlo?

—Mucho, sí.

—Sabrá usted, no me cabe duda, que la *Mona Lisa* fue robada del Louvre en 1911.

Maggie asiente y añade:

—Vincenzo Peruggia, sí, pero la recuperaron en 1913.

—¡Muy bien, doctora McCabe! Y, sí, en efecto, esa es la historia oficial.

—La historia oficial... —Maggie sigue esforzándose porque su tono de voz no resulte sarcástico—. La cuestión es que usted sabe lo que pasó de verdad, ¿no es así?

—La verdad, la verdad... Lo que tanto usted como yo sabemos es que la *Mona Lisa* la robaron del Salón Carré del Louvre el 21 de agosto de 1911 y que fue Vincenzo Peruggia quien lo hizo. Durante los siguientes dos años no se supo nada de nada de lo que le sucedió a la *Mona Lisa*, a pesar de que la policía llevó a cabo una investigación exhaustiva. Todo esto lo sabe, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿cómo es que consiguieron detener a Peruggia, que hasta ese momento se había mostrado tan cuidadoso? La historia oficial dice que, dos años después del robo, Vincenzo Peruggia viaja con la *Mona Lisa* de Francia a Italia, donde va a reunirse con un marchante de arte llamado Alfredo Geri. Peruggia le dice a Geri: «¡Sí!, tengo la *Mona Lisa*». Así, sin más. Porque sí. Después de haber sido tan cauteloso durante dos años, va Peruggia y le cuenta a alguien que la ha robado. ¿Y qué sucede a continuación, después de que Peruggia le enseñe la *Mona Lisa* a Geri?, que Alfredo Geri le pide permiso para ponerse en contacto con el director de la Galería Uffizi, un hombre llamado Giovanni Poggi, porque pretende que autentifique la pintura robada. ¿Se imagina usted la conversación que debieron de tener? «Hola, he robado el cuadro más famoso del mundo», «Oh, sí, vale, ¿le importa que se lo enseñe al director de una famosa galería de arte de Florencia?». ¡Qué estupidez!, ¿no le parece? —Ragoravich niega con la cabeza y le pregunta a Maggie—: ¿Y sabe qué sucedió a continuación?

—Que llaman a la policía, arrestan a Peruggia y recuperan la *Mona Lisa*.

—Exactamente. —Ragoravich ladea la cabeza—. Pero dígame, doctora McCabe, ¿le suena verosímil?

—Vamos, que usted no se cree la explicación oficial.

—No, no me la creo.

—Lo que usted cree es que Peruggia hizo una falsificación perfecta del cuadro y que eso fue lo que entregó... y que ahora el original lo tiene usted colgado en su casa.

—No. —Ragoravich sonríe y se frota las manos como si estuviera preparándose para lo que va a contar a continuación—. Nuevamente, ciñámonos a los hechos. En 1932, Karl Decker escribió un artículo para el *The Saturday Evening Post* después de hablar con un argentino llamado Eduardo de Valfierno, quien aseguraba que él era el cerebro que estaba detrás del robo de la *Mona Lisa*. Valfierno había contratado a Vincenzo Peruggia para que robara el cuadro y, después, había contratado a un falsificador llamado Yves Chaudron para que hiciera seis copias idénticas de la *Mona Lisa*. La genialidad en este caso es que, habiendo desaparecido la obra original, los potenciales compradores no tenían nada con lo que comparar lo que les ofrecieran. Según el artículo de Decker, Valfierno vendió las copias a coleccionistas riquísimos que creían que se trataba de la *Mona Lisa* original por un total de noventa millones de dólares. Era la estafa perfecta.

—He leído el artículo de Decker, pero es una teoría de la conspiración. Hace mucho que desacreditaron a Decker.

—Disculpe que la corrija —dice Ragoravich al tiempo que levanta un dedo—. A Decker lo «desacreditaron» porque no han encontrado

nunca esas seis copias. La lógica dice que, si de verdad había seis copias, alguna de ellas habría tenido que salir a la luz en los veinte años que habían pasado entre el robo y la revelación de Decker. La cuestión...

Ragoravich vuelve a mirar las pinturas que cuelgan en la pared del fondo.

—¿Me está diciendo que esos tres cuadros son tres de las seis falsificaciones de Chaudron?

Ragoravich asiente.

—Uno de estos cuadros estaba en manos de un príncipe saudí. Lo llevaba en un yate. Otro de ellos lo tenía en una caja fuerte un magnate estadounidense del petróleo que vivía en Tulsa. Hice que examinaran con tecnología moderna ambas pinturas y, aunque se confirmó que se habían utilizado técnicas para hacer que parecieran más antiguas, ambas eran muy buenas falsificaciones de principios del siglo xx.

—¿Qué pasó con las otras tres?

Ragoravich se encoge de hombros.

—Aún no he dado con ellas, pero tengo una teoría: una vez arrestaron a Vincenzo Peruggia y recuperaron la verdadera —Ragoravich hace comillas con los dedos al pronunciar esa última palabra— *Mona Lisa*, y esos multimillonarios se dieron cuenta de que los habían estafado, destruyeron sus copias o las escondieron para evitar la vergüenza.

Maggie se acerca a los cuadros. Mira las tres obras, buscando las diferencias. Es incapaz de ver alguna. Se fija en las famosas grietas; los tres cuadros las tienen. Estas copias son, desde luego, muy buenas.

—Entonces, si lo que decía Decker es verdad, tiene usted tres falsificaciones excelentes y, probablemente, famosas.

Ragoravich no podría mostrarse más satisfecho de sí mismo.

—No —responde.

Maggie se vuelve para mirarlo.

—¿No?

—Según el artículo de Decker, Yves Chaudron cogió la fortuna que le pagaron, se cambió de nombre y desapareció en la campiña francesa, donde vivió con todos los lujos hasta el fin de sus días.

—Vale.

Ragoravich señala los cuadros con la barbilla.

—Una de estas tres *Mona Lisas* la encontraron en un *château* cerca de Chamonix. Por lo que he conseguido descubrir, un restaurador de arte francés de actitud sospechosa, Philippe Canet, lo había tenido colgado sobre su chimenea durante años. Cuando Canet murió, su hija descolgó el cuadro porque le parecía una horterada tener en la pared una reproducción de una obra maestra y se lo vendió a mi marchante de arte. La cuestión es que, en 1913, cuando devolvieron la *Mona Lisa* al Louvre, la ciencia capaz de autentificar la originalidad de una obra era mucho más primitiva, en especial en lo que se refiere a datar el proceso de envejecimiento. Hoy en día se pueden analizar los pigmentos, existe la fluorescencia de rayos X, la espectroscopia de Raman, las luces ultravioletas, el análisis químico, la datación por carbono, etcétera. Yo he examinado estas tres *Mona Lisas*. Dos de ellas, como ya le he dicho, están datadas como obras de principios del siglo xx, lo que encaja con lo que cuenta Decker sobre el periodo en el que se hicieron las falsificaciones.

Ragoravich se acerca un poco a la pared.

—Una de estas tres *Mona Lisas*, la que estaba colgada sobre la chimenea del restaurador de arte Philippe Canet, data de principios del siglo xvi, la época en la que Leonardo da Vinci la pintó.

Ragoravich se vuelve buscando la reacción de Maggie, pero ella se esfuerza por mantener una expresión neutral.

—Siendo así, ¿cuál es la teoría más probable de lo que sucedió realmente? Vincent Peruggia robó la *Mona Lisa*; está bien documentado cómo lo hizo. Luego, de acuerdo con el plan de Valfierno, le llevó la obra maestra a Yves Chaudron para que este se valiera de ella para hacer las copias más perfectas posibles. Sin embargo, Chaudron, en vez de devolverle el original a Peruggia, le entregó una de sus falsificaciones y se quedó el original. ¿Quién iba a enterarse? Luego se cambió el nombre a Philippe Canet, se mudó a un humilde *château* en las afueras de Chamonix y colgó la *Mona Lisa* original sobre su chimenea, donde permaneció hasta el fin de sus días. —Ragoravich sonríe y mueve la cabeza de un lado a otro asombrado—. ¡Piénselo! ¡Tuvo que ser maravilloso para un maestro falsificador como Chaudron! —Ragoravich se vuelve y mira a Maggie —. Cada día, Chaudron admiraba la *Mona Lisa* original en su guarida mientras el mundo entero hacía cola durante horas para echar un simple vistazo no al cuadro de Da Vinci, ¡sino a la falsificación de Yves Chaudron! Eso, querida doctora, es superlativo. Eso, querida doctora, es inmortalidad.

Maggie vuelve a mirar las pinturas. Se acerca un poco más con la esperanza de que el ojo de un aficionado, como es el suyo, sea capaz de encontrar alguna diferencia entre unos cuadros y otros. No cree la historia que le está contando su anfitrión, pero no puede

negar que siente escalofríos al encontrarse en esta sala, vacía excepto por los tres cuadros.

Sin dejar de mirar las obras, de espaldas a Ragoravich, Maggie pregunta:

—¿Cuál de ellas es?

—¿Qué más da eso? Es usted una de las pocas personas que ha podido ver la verdadera *Mona Lisa*. El resto del mundo se sorprende ante una falsificación. Si lo piensa, es como la religión: solo una fe puede ser la verdadera; el resto del mundo adora una falsificación. Usted, querida, acaba de alcanzar la iluminación.

Maggie frunce el ceño.

—¿No va a decírmelo?

—No, todavía no.

—¿Por qué?

Ragoravich no responde. Abre la puerta de la estancia y sale. Maggie mira a los ojos a las tres *Mona Lisas* durante un momento, como si una de ellas fuera a revelarle la verdad. Ninguna de las tres lo hace. Vuelve al pasillo con Ragoravich. Las luces de la sala se apagan. Ragoravich cierra la puerta y los cerrojos se van echando automáticamente.

Maggie respira hondo.

—¿Seguimos? —pregunta Ragoravich.

El hombre le enseña más obras de arte por el camino —más cuadros, un jarrón del reinado de Qianlong, un tapiz del siglo xv, esculturas—, pero, después de lo de la *Mona Lisa*, las demás piezas de la colección parecen poca cosa. Ragoravich acaba llevándola por un largo pasillo hasta una pasarela de cristal —no hay necesidad de salir a la intemperie—. Mientras cruzan la pasarela —parece que

vayan sobre la nieve—, Maggie se fija en que hay una gran pila de leña contra una de las paredes de la pasarela. Es como un túnel transparente que está por detrás del palacio. Al final del túnel, Ragoravich abre una puerta. Maggie presiente que va a dar a un espacio cavernoso. El hombre pulsa un interruptor que hay en la pared y la luz revela un enorme garaje lleno de coches —que más bien parece una sala de exposiciones—. Son coches de colección, a Maggie no le cabe ninguna duda.

—Mire mi bebé —comenta Ragoravich mientras serpentea por entre su colección—. Un Ferrari 250 GTO de 1962, ¡el mejor Ferrari de todos los tiempos!, un gran turismo con un motor V12 y trescientos caballos de potencia. Tan solo se fabricaron treinta y seis en un periodo de dos años...

Maggie desconecta. Los hombres y sus coches. No tiene el más mínimo interés. Además, ya está cansada del paseo por el palacio que le está dando su anfitrión. Lo que ella quiere es empezar a trabajar, prepararse para la cirugía. Sin embargo, Ragoravich le enseña que las llaves están en el arranque y dice:

—Podríamos dar una vueltecita. Abrimos las puertas y lo revolucionamos un poco por la propiedad...

Maggie le corta:

—Iba a enseñarme usted las instalaciones médicas, ¿recuerda?

Ragoravich deja caer la mano con la que ya sujetaba las llaves.

—¡Ay, sí! ¡Soy una cotorra!, ¿verdad?

Maggie decide no responder. Ragoravich sale del coche.

—Sígame.

Ragoravich abandona la enorme sala de exposiciones por la misma puerta por la que han entrado, lleva a Maggie de vuelta por

la pasarela de cristal, dejan atrás la pila de leña, y giran a la izquierda en un distribuidor, ya dentro de la casa de nuevo. Cuando Ragoravich abre la siguiente puerta —Maggie sabe bien que el hombre está haciendo todo esto para impresionarla, y la verdad es que en este caso es difícil no estarlo—, ante ellos se abre una piscina interior de dimensiones olímpicas. En ese momento solo hay una persona en la gigantesca piscina, una persona que es evidente que sabe nadar, porque avanza por el agua prácticamente sin que salpique una gota a su paso.

—¡Nadia! —grita Ragoravich.

La nadadora —Maggie solo alcanza a ver el gorro de baño y unos brazos ejecutando un perfecto crol— no se detiene.

—¡Nadia!

Nada. La mujer sigue deslizándose por el agua con una brazada tan suave que resulta hipnótico verla.

—Nadia —empieza a decirle Ragoravich a Maggie— es su otra paciente.

—Tendré que examinarla antes de la cirugía. Y a usted.

Ragoravich vuelve a ladear ligeramente la cabeza y dice:

—Ya veremos.

—No, nada de «ya veremos». No pienso realizar ninguna cirugía sin un examen previo y al menos una consulta.

Ragoravich sonríe.

—¿Por qué sonríe?

—Por favor, doctora McCabe, ¿podemos dejar de fingir? Ya está usted aquí. Le he pagado muy bien. Entiendo que hay ciertos protocolos. La cuestión es que, si estoy pagando lo que estoy pagando, es para evitar algunos de esos controles. Como cuando ha

venido usted hasta aquí en mi avión privado. Dígame, ¿ha tenido que llegar usted con dos horas de antelación al aeropuerto? No. ¿Ha tenido que pasar por un detector de metales o esperar a que la llamaran para embarcar? No.

—Esto no es lo mismo.

—¡Claro que sí, querida!

—Pues no voy a operarlos.

Ragoravich no se molesta en entrar al trapo. El hombre se limita a coger una toalla y espera a que Nadia llegue al borde de la piscina. En ese momento, vuelve a llamarla por su nombre. Esta vez, la mujer lo oye y se detiene. Ragoravich le ladra algo en ruso. La mujer asiente y se dirige a la escalerilla. Cuando Nadia sale de la piscina, da la sensación de que se mueva a cámara lenta, como en una película. Se quita el gorro de baño y se sacude el pelo como si estuviera en un anuncio de champú. Ragoravich le tiende la toalla. La mujer la coge, se gira y mira a Maggie.

Nadia es, no hay otra manera de describirla, espectacular.

Tiene los ojos del azul del agua y destacan relucientes sobre su piel bronceada. Su pelo es negro como el ala de un cuervo y el cuerpo es esbelto y alargado como el de una nadadora. Maggie no puede evitar darse cuenta de que, además de todo eso, la mujer parece joven. Muy joven. Ragoravich andará por los sesenta, pero Maggie calcula que Nadia tendrá, a lo sumo, veinticinco.

¿Le sorprende que un oligarca multimillonario tenga una novia —una «parienta», ¿qué otros términos utilizó Porkchop?— joven?

La verdad es que no.

Cuando Ragoravich le pasa el brazo por la espalda a Nadia, Maggie siente cierto repelús. Con la mano justo por encima del culo,

Ragoravich lleva a Nadia hasta donde los espera Maggie. En la piscina, Nadia era poesía en movimiento; una vez fuera, con Ragoravich tocándola, los movimientos de Nadia son vacilantes, torpes, incluso desgarbados. A Maggie le recuerdan un poco a los de su sobrino adolescente.

Cuando el uno y la otra se detienen delante de ella, Ragoravich no se la presenta, se limita a decir:

—¿A que está muy delgada?

—No —responde Maggie.

Maggie da un paso adelante y le tiende la mano a Nadia. Ella mira a Ragoravich como si le estuviera pidiendo permiso para corresponder. Ragoravich se lo da con un asentimiento de cabeza y Nadia, un tanto dubitativa, coge la mano de Maggie y se dan un apretón rápido.

—Soy la doctora McCabe, pero puede llamarme Maggie.

Maggie mira esos ojos azules, del color del mar, pero la joven enseguida mira a Ragoravich.

—No habla ni una palabra de su idioma —le explica Ragoravich—, pero está demasiado delgada. Me gusta que las mujeres tengan un pecho generoso. —Y hace un gesto exagerado con las manos con la esperanza de que la doctora le entienda—. ¿Me comprende?

—Sí, claro, por supuesto, pero ¿comprende usted que no voy a hacerle a Nadia ninguna operación sin su permiso?

—¿Su permiso? —Ragoravich se echa a reír y mueve las manos teatralmente—. ¡Por supuesto —ríe de nuevo— que ha de tener usted su permiso! ¡Ni se me ocurriría intentar que Nadia haga algo en contra de su voluntad!

Ragoravich le dice algo en ruso a Nadia. Ella lo escucha obedientemente. Cuando el hombre acaba de hablar, Nadia asiente con la cabeza. Ragoravich dice algo más en ruso, un poco más animado ahora, y señala a Maggie. Nadia se vuelve de manera que todo su cuerpo queda de frente a la doctora. Vuelven a mirarse a los ojos.

Nadia asiente mirando a Maggie y dice:

—Vale.

Ragoravich abre los brazos y suelta:

—¿Ve?

—¿Qué quiere que vea? ¿Qué es lo que le ha dicho?

—Quería usted el permiso de Nadia y le he preguntado si quería que le pusiera usted unas tetas más grandes, y puede que un culo más redondo, porque ahora mismo lo tiene demasiado plano. Nadia le ha dicho que «vale», porque eso es justo lo que quiere.

—¿Lo que ella quiere o lo que usted quiere?

Ragoravich se muestra perplejo durante un instante.

—Disculpe, doctora, pero ¿acaso hay alguna diferencia? Lo que ella quiere, lo que yo quiero... ¿Por qué no podemos obtener todos lo que queremos? No haga de la vida un juego en el que unos tengan que perder para que otros ganen. Así solo se consigue crear fracasados. El mundo consiste en una serie de negociaciones y las mejores negociaciones son aquellas en las que ambos bandos ganan. Nadia y yo hemos hecho un trato. Ella gana y yo gano. Igual que usted y yo, ¿no? —Ragoravich vuelve a sonreír—. Acompáñeme, quiero enseñarle su sala de operaciones.

El hombre se dirige a la salida, pero Maggie no se mueve de donde está. Ragoravich espera un momento. Nadia se pone la toalla

alrededor del cuerpo y la aprieta, como si pretendiera esconderse. Durante un rato, los tres permanecen en silencio. Es Ragoravich quien lo rompe:

—Vale —y suspira de forma melodramática—. Mi médico personal llegará en cosa de una hora. Él le contará todo lo que quiera saber sobre mi historial médico.

—¿Y Nadia?

—¿Qué pasa con ella? Ya le he dicho lo que quiere. —Ragoravich enarca una ceja y señala a la joven como si no fuera más que un electrodoméstico que regalan en un concurso de la tele—. Por favor, ¿es que no ve lo sana que está?

Maggie se cruza de brazos.

—Voy a tener que examinarla. A solas.

—Pero si Nadia no habla su idioma... —Ragoravich se queda callado y levanta una mano como fingiendo una rendición burlesca —. De acuerdo —y le ladra algo más en ruso a la joven. Nadia asiente y se marcha apresuradamente—. Vamos, le voy a enseñar su sala de operaciones. Así luego podrá examinar —vuelve a hacer comillas con los dedos— a Nadia a solas antes de que llegue mi médico. ¿Le parece bien?

Maggie está a punto de aceptar, pero Ragoravich no ve la necesidad de esperar y se pone en marcha en cuanto acaba de hablar. Maggie lo sigue por un pasillo con el suelo de baldosas blancas. Sus pasos hacen eco. Cuando llegan al final, Ragoravich abre una puerta y se hace a un lado.

—Su quirófano —dice mientras hace una reverencia.

Maggie entra, parpadea, y se fija bien en lo que tiene delante.

Ragoravich está disfrutando de su reacción.

—Doy por hecho que lo encuentra satisfactorio.

Maggie traga saliva y consigue decir:

—Parece que está todo en orden.

—Ya, yo diría que está mucho mejor que «en orden». Este quirófano es una reproducción exacta de la sala de operaciones que tenía usted en el Johns Hopkins. Mi gente la ha medido, ha hecho vídeos y fotografías, y le ha pedido detalles a su antiguo equipo. Verá que todo el instrumental y las máquinas son las mismas y están exactamente en el mismo sitio, aunque, y no es por alardear, nuestro material es más moderno.

No está exagerando. Maggie tiene la sensación de que está de nuevo en Baltimore. Quiere preguntar cómo es posible todo eso, dado que acaba de acceder a llevar a cabo el trabajo hace cuánto, ¿trece, catorce horas?

¿Cómo lo han construido tan rápido?

Respuesta: es imposible.

Ragoravich tenía que saber o, al menos, dar por hecho que Maggie accedería. Eso parece lo más probable. El doctor Barlow había viajado desde la ciudad de Nueva York a la Universidad Johns Hopkins para la ceremonia de entrega de becas. Para ese momento, como poco, ya tendría que haber sabido que le iba a pedir a Maggie que viajara a Rusia para llevar a cabo estos procedimientos médicos. Y, si vamos aún un poco más allá, no parece raro suponer que Barlow ya debería haber pensado en pedirle aquello a Maggie al menos unos días antes de aparecer en el campus. Es muy probable que hubiera tardado un tiempo en determinar cómo hacerlo. Y, siguiendo con las suposiciones, es más que probable que Ivan Brovski —o puede que el propio Oleg Ragoravich— le hubieran

ofrecido el trabajo primero a Barlow, pero que él no necesitase el dinero. O puede que Barlow no quisiera pasar por todo esto a su edad, especialmente teniendo en cuenta su reputación. Bueno, da igual. Ante la negativa de Barlow, habrían hablado de quién podría ser un buen candidato para el trabajo y, en un momento dado, a Barlow se le habría ocurrido que la persona perfecta —alguien que necesitara dinero a la desesperada, pero que fuera discreto y que, sin duda, contara con las habilidades necesarias y a quien no le importaran las repercusiones en su carrera— era Maggie McCabe.

Y, siguiendo ese mismo hilo de pensamiento, alguien como Oleg Ragoravich o Ivan Brovski no habrían aceptado la recomendación de Barlow sin hacer sus propias investigaciones. La habrían estudiado a fondo. Se habrían enterado de cómo había sido su paso por la universidad, de su experiencia quirúrgica, del estado de sus finanzas, de lo del caso por mala praxis, de su labor en WorldCures Alliance, de su reputación que, si bien en su día había sido inmaculada, ahora estaba por los suelos.

Todo eso, a pesar del poder y del dinero que tenía Oleg Ragoravich, les habría llevado tiempo.

El tiempo suficiente como para construir una sala de operaciones.

Pero ¿y si Maggie hubiera rechazado el trabajo? ¿Qué habrían hecho entonces? Bueno, tendrían una sala de operaciones lista para el cirujano que accediera. En ese caso podrían rediseñarla, si fuera necesario, para que se acomodara al siguiente candidato. Quién sabe... Puede que Maggie ni siquiera hubiera sido su primera opción. Puede que esta no fuera la primera vez en la que alguien operaba en esta sala. Puede que, en su momento, esta sala fuera más grande o más pequeña, o que el carro de anestesia estuviera a la izquierda en

vez de a la derecha o que la estancia estuviera pintada de azul en vez de este verde pastel que prefiere Maggie.

O puede que estuvieran seguros de que iba a aceptar.

La situación le parece de lo más irreal.

En la sala de operaciones hay tres hombres y todos se acercan a ella.

—Los dos enfermeros y el anestesista, tal y como usted ha pedido —comenta Ragoravich.

A Ragoravich le vibra el reloj. Guiña los ojos para mirar la pantalla y arruga el gesto.

—Tengo que dejarla. Nadia ya debería estar en la otra sala esperándola. Más tarde vendrá mi médico. Y seguro que luego le apetece descansar antes del baile de esta noche.

—¿El baile?

—Sí. Voy a celebrar un gran baile en el palacio. Quinientos invitados. Espero que asista.

—Pensaba que a usted le gustaba la...

—¿Privacidad? —Ragoravich acaba la frase por ella.

Maggie iba a decir «reclusión», pero no se ha equivocado por mucho.

—Eso es.

—Me gusta. ¡Me encanta, de hecho!

Maggie no pregunta lo evidente: «Entonces, ¿cómo es que da un baile para quinientas personas?», porque es una pregunta que va implícita en lo que acaban de comentar y Ragoravich ha decidido no responderla. Lo que decide Maggie es empezar a cumplir con su labor:

—Como su médico, he de advertirle que, si quiere que lo opere mañana...

—Lo sé, lo sé... —levanta la mano—, *nil per os*, que en latín significa «nada por la boca». Vamos, que nada de beber ni de comer después de medianoche. —El reloj le vibra de nuevo—. Hablaremos más esta noche, durante el baile, pero ahora le he prometido que podría examinar a Nadia a solas y la joven ya le está esperando en la habitación que hay al otro lado del pasillo.

6

Nadia está en la esquina de lo que a Maggie le parece un despacho. La joven lleva una mullida toalla de rizo que parece que se la esté tragando por completo y que hace que parezca aún más menuda. Su pelo negro sigue mojado. Le brilla la piel.

Maggie le sonríe. Nadia se mantiene inexpresiva.

Hablando muy despacio, Maggie le dice:

—A ver si uno de los enfermeros puede hacernos de traductor.

—No.

Maggie se queda mirando mientras Nadia pasa por delante de ella y cierra la puerta.

—Hablo su idioma —dice Nadia—. Es solo que no quiero que ellos lo sepan.

—Vaya.

En la estancia no hay camilla. Maggie se había planteado llevarla a la sala de operaciones para hacerle un examen completo, pero le ha parecido más importante hacerle una consulta privada —para hablar con ella— que un examen físico.

—¿Le parece bien que la llame Nadia?

—Por supuesto.

Ambas se sientan. Maggie no tiene muy claro por dónde empezar. Piensa que debería decirle: «¡Por Dios, eres preciosa, no te hagas nada!», pero eso estaría mal y sería injusto y moralista. Además, nada de eso dejaría libre de culpa a Maggie ni como médico ni como

mujer, porque en este caso hay detalles inquietantes que tienen que ver con el consentimiento, la coerción y la dinámica de poder.

—¿Cuántos años tiene, Nadia?

—Veinticuatro.

—¿Entiende usted para qué me ha contratado Ragoravich?

—Para que me haga una mamoplastia de aumento.

Maggie intenta determinar la procedencia por su acento. La joven podría ser rusa o de Europa del Este, pero también hay algo más...

—Vamos, para que me ponga tetas —añade la joven.

—¿Le parece bien someterse a un procedimiento así?

—Sí.

—Tengo que informarle de los riesgos...

—No es necesario. Los conozco.

Maggie asiente despacio. Se inclina hacia delante:

—Todo lo que hable conmigo queda entre nosotras. Lo mantendré en el más estricto secreto. ¿Lo comprende?

—Lo comprendo.

—Puede confiar en mí, Nadia.

Nadia sonríe por primera vez y resulta que tiene una sonrisa radiante.

—Confío en usted, doctora. Es usted la única que sabe que hablo su idioma.

—Pues... gracias. —Maggie se inclina un poco más hacia ella—. Tengo que asegurarme de que está usted bien, Nadia.

Nadia no dice nada.

—Si alguien la está presionando para que se someta a esta cirugía...

Nadia se ríe.

—No lo dirá en serio...

—Puedo negarme a hacer la operación.

—Pues Oleg traería a otra persona.

Maggie baja la voz:

—Si no quiere quedarse usted aquí...

—¿Quién ha dicho que no quiera estar aquí?

—... yo puedo sacarla de aquí.

Nadia pone cara de estar pasándoselo en grande.

—¿De verdad cree eso, doctora McCabe?

—¿A qué se refiere?

—A que puede sacarme de aquí.

—Encontraré la manera.

Nadia musita algo en su lengua y dice:

—¿Cómo? Usted, al igual que yo, está por completo a merced de Oleg. No puede llamar a nadie. Su teléfono no funciona aquí. En cuanto a su dormitorio, seguro que hay micros. Para que lo sepa, esta es una de las pocas habitaciones de la casa en la que no hay ni cámaras ni dispositivos de escucha. Así que, dígame, ¿cómo vamos a escapar? ¿Va a esconderme en su maleta?

—Escúcheme... —Maggie se acerca aún más a ella—, puedo encontrar una manera.

—No sea inocente.

—Nadia...

—Además, tampoco quiero que lo haga. —El tono de Nadia es firme—. Estoy aquí porque quiero y puedo marcharme cuando se me antoje. Entiendo lo de la cirugía y entiendo los riesgos que conlleva. Porque son mínimos, ¿verdad?

Maggie asiente.

—La mayoría de los estudios indican que la probabilidad de que aparezcan complicaciones va del uno por ciento al cinco por ciento.

—Entre un uno y un cinco por ciento —repite Nadia—. Eso es la media.

—En efecto.

—Pero yo no cuento con una doctora de la medianía, ¿verdad? Porque Oleg solo contrata a los mejores.

Se miran a los ojos.

—Es una decisión sencilla —dice Nadia—. Quiero hacerme la operación.

Maggie asiente y se toma unos instantes para pensar.

—De acuerdo. Esto es cosa suya, qué duda cabe. Lo único que quería es que supiera usted que puedo ayudarla y que quiero ayudarla.

—Muchas chicas, chicas preciosísimas, darían lo que fuera por estar en mi lugar.

—Lo entiendo.

Nadia vuelve a sonreír.

—Sé el aspecto que tengo, doctora McCabe. Sé el efecto que causo en los hombres. Sin embargo, después de esta operación, seré, no nos engañemos, irresistible.

—Ya lo es usted, Nadia.

—No sea condescendiente.

—No era mi intención.

—Ya ha oído lo que le gusta a Oleg, pues eso es lo que quiero.

—Entendido.

—¿Va a ayudarme?

Maggie suspira, pero asiente.

—Si eso es lo que quiere, sí, la ayudaré.

Entonces, Nadia deja caer una verdadera bomba:

—Usted no me conoce. No sabe nada de mi vida.

Y en eso tiene razón, Maggie es consciente de ello. No obstante, tiene algo que decir al respecto:

—Tiene usted razón, no la conozco, pero hay una cosa que tengo clara y es que estoy aquí para ayudarla y que estoy y voy a estar siempre de su parte.

—Lo sé. Mañana me operará y me mantendrá a salvo.

—Así es.

—Eso es cuanto necesito saber. —Nadia se levanta y va hasta la puerta. Una vez allí, añade—: Seguro que ha hecho usted sacrificios por el hombre que ama, ¿a que sí, doctora McCabe?

Maggie siente una punzada que le resulta familiar.

—¿Doctora?

—Sí, los he hecho. —Un instante después, Maggie añade—: Pero nada como esto. Él nunca me pediría... —Se queda callada porque se da cuenta de la realidad, una realidad evidente: Nadia y ella no se parecen en nada. Tal y como la joven ha destacado tan acertadamente, Maggie no la conoce de nada y resulta condescendiente que se compare con ella.

Entonces, Nadia le pregunta:

—¿Está usted casada?

Maggie siente que los ojos se le llenan de lágrimas.

—Quiero decir, tiene a alguien especial en su vida, ¿verdad?

Maggie sigue sin responder.

—¿Doctora?

Y entonces, como Nadia se merece que sea sincera con ella, Maggie le da una respuesta honesta y desgarradora:

—No, ya no estoy casada y no hay nadie especial en mi vida.

Nadia se marcha y Maggie se queda sola en el despacho.

Se levanta y se acerca a la puerta para ver si tiene pestillo. No lo tiene. No importa. Apaga la luz y va al sofá que hay contra la pared más alejada, se sienta en él, se lleva las rodillas al pecho y se abraza las piernas. Empieza a llorar. Deja que las lágrimas le corran por las mejillas. De acuerdo con la definición médica, no está llorando. Llorar implica el uso de músculos faciales como el orbicular y el mentoriano. Llorar implica la liberación de oxitocina y de endorfinas. Llorar acostumbra a ir acompañado de que te falte el aliento y se te acelere el ritmo cardíaco.

Lo suyo no son sino lágrimas que ruedan por las mejillas.

Maggie permanece inmóvil durante unos minutos. Más concretamente, no puede moverse. Se queda allí sentada, a oscuras, y espera que nadie llame a la puerta. Ahora esta es su vida. La autocompasión la pone enferma. Aun así, coge el móvil.

No le gusta tener que hacer lo que va a hacer.

Con la mano temblorosa, pulsa el icono azul.

En la pantalla aparece la cara de Marc.

—¿Por qué está todo tan oscuro? —le pregunta el hombre.

—Porque estoy en una habitación a oscuras.

—Pero ¿por qué? Casi no te veo.

Maggie acerca la cara a la pantalla.

—Has estado llorando.

—Estoy bien.

—¿Dónde estás? ¿Qué tal fue tu reunión con Barlow?

Maggie lo mira fijamente y estudia la expresión del hombre, como ha hecho tantas y tantas veces, para intentar analizarlo.

—¿Mags?

Maggie cierra los ojos.

—Me ofreció un trabajo.

—¡Ah, genial!

—No tanto. Se supone que mañana tengo que operar.

—¿Qué? ¿Dónde estás?

—No lo tengo muy claro. En algún lugar de Rusia.

—A ver, enséñame dónde.

—¿Cómo que te enseñe dónde?

—Espera... Oye, no puedo ver dónde está tu móvil. ¿Cómo es que no puedo ver tu localización?

—Ni idea. Lo tienen todo bloqueado. No tengo manera de llamar o de que me localicen...

Justo en ese instante, la puerta del despacho se abre de par en par. Maggie se sorprende tanto que a punto está de caérsele el móvil.

Una voz ruge:

—¿Qué está pasando aquí?

Maggie levanta la vista y ve la forma gigantesca de Ivan Brovski en el umbral.

—¿Con quién está hablando?

El hombre entra en el despacho, enciende la luz y cierra la puerta.

—¡No tiene permitido llamar a nadie!

Maggie se echa hacia atrás.

—¡No se acerque! —le advierte al hombre.

—¡Hizo usted la promesa de no ponerse en contacto con nadie!

—¡No es lo que parece!

Brovski está furioso. Empieza a contar con los dedos:

—Ni llamadas de móvil, ni correos electrónicos, ni aplicaciones de mensajería...

—No, pero esto es diferente.

—No la comprendo. De hecho, ¿cómo es posible que pueda llamar a alguien? —Brovski tiene la cara roja—. El wifi está programado de manera que nada pueda salir ni entrar o...

Sin previo aviso y con la velocidad de una cobra, Brovski le quita el móvil a Maggie.

—¡Oiga! ¡Devuélvamelo!

Maggie intenta recuperar el móvil, pero Brovski es capaz de mantenerla alejada con solo estirar uno de sus fortísimos brazos. Con la otra mano, Brovski levanta el móvil para mirar la pantalla.

—No es lo que usted cree.

—He oído la voz de un hombre.

—No es...

—¿Con quién estaba hablando? —Brovski exige una respuesta—. ¿Qué le ha contado?

Maggie deja de esforzarse por recuperar el móvil, suspira y hace un gesto para que el hombre lo compruebe por sí mismo. Brovski parece confundido. Baja el brazo, pero se mantiene alejado de Maggie. Cuando por fin mira la pantalla, abre los ojos como platos.

—¿Cómo...?

—Pulse el icono azul —le dice Maggie.

—¿Qué?

—Usted... —Otro suspiro—. Pulse el icono azul.

Brovski lo pulsa con la yema de su grueso pulgar. Luego, le pregunta:

—¿Puede explicarse?

—Sabe usted lo de mi marido.

Claro que lo sabe. Han investigado su situación financiera, la de su hermana, lo de la denuncia por mala praxis. Seguro que lo saben todo de ella.

Brovski asiente.

—Sí, el doctor Marc Adams, famoso cirujano cardiotorácico.

—Y sabrá... —Maggie continúa, intentando por todos los medios que no se le quiebre la voz— lo de su fallecimiento.

Brovski vuelve a asentir, más solemnemente esta vez.

—Estaba en una misión humanitaria en Gadamés cuando un grupo de milicianos asaltó el campo de refugiados en el que se encontraba. Su marido se quedó para acabar de operar a un paciente... y eso le costó la vida.

—Eso es.

Brovski levanta el móvil.

—Pero... acabo de ver a su esposo en el móvil.

—No.

—¿No?

—Lo que ha visto es un... un bot de duelo.

Brovski pone cara de sorpresa.

—¿Un qué?

—Un bot de duelo. Es probable que haya oído hablar de los más rudimentarios.

—No tengo ni idea de lo que está hablando.

Maggie se pregunta cómo explicárselo sin que parezca que está loca.

—Cuando un ser querido muere y echas de menos a ese ser querido, cuando lo echas tanto de menos... —Maggie se sacude la idea, piensa en la personalidad de su hermana e intenta dar una explicación más analítica—. Un bot de duelo es una inteligencia artificial que imita a una persona muerta de acuerdo con su huella digital. Por ejemplo, coge el contenido de sus redes sociales, de sus correos electrónicos, puede que de los vídeos que tenga colgados, de las fotografías de su móvil, de lo que sea, y el programa crea un avatar realista del fallecido y... y la persona que está pasando el duelo puede... —duda—, puede conversar con él.

—¿Puede hablar con él?

—Sí. Cuando está bien hecha, una IA humanoide es capaz de replicar los patrones de habla de una persona, su personalidad, su temperamento, sus dejes, su inteligencia, los tics, los gestos, todo eso que hacía único al fallecido. Puede mantener conversaciones con sentido e incluso reconfortar a la persona que está pasando el duelo.

Brovski tarda unos momentos en entenderlo.

—Y, en este caso, ¿es usted la que está pasando el duelo?

—Sí.

—Entonces, ¿estaba hablando con un ordenador?

«¿Cómo se lo explico?».

—Es más complicado que eso —responde Maggie que, cuando ve la cara que pone Brovski, comenta—: Es en parte compasión y en parte... ¿indignación? —Añade a toda prisa—: No lo estoy haciendo para mí.

—Ah, ¿no?

—Es para mi hermana.

—¿Sharon McCabe? Pero ¿para qué querría su hermana...? —Entonces lo entiende—. Es su campo, claro. Su hermana está especializada en crear personas a partir de la IA.

—Eso es simplificar mucho el tema, pero sí, más o menos.

Brovski señala el móvil de Maggie.

—Así que ella ha creado este... ¿«bot de duelo» lo ha llamado usted?

—Es una versión de prueba. No tiene incluidos los últimos meses de la vida de mi marido, pero es lo más avanzado que ha conseguido mi hermana.

—Entonces, ¿usted lo está probando para ella?

—Eso es.

Brovski mira el móvil unos momentos.

—Entiendo. —Hay tanta compasión en su tono de voz que casi ahoga a Maggie con ella—. ¿Le resulta reconfortante?

Maggie decide decir la verdad, ¿por qué no?

—No lo sé... Es raro. Me siento un poco avergonzada cada vez que hablo con él.

Brovski esboza una media sonrisa.

—Y aun así, le está contando a su esposo de la IA que está aquí.

—Ya le he dicho que estoy intentando ayudar a mi hermana.

—¿Y si su hermana no necesitara ayuda, seguiría hablando con él?

«Basta». Maggie no quiere seguir hablando del tema. La verdad es que el bot de duelo de Sharon sería mucho menos doloroso si no se aproximase tantísimo a la realidad. Sharon ha encontrado la manera de perfeccionar su creación no solo incluyendo toda la historia digital de Marc, sino pirateando todas las bases de datos que

este visitó a lo largo de su vida. ¿Tienes alguna Alexa o Siri o algún otro altavoz inteligente en casa? Te escucha, graba los datos y los almacena en la nube. El micrófono de tu iPhone también. Y el sistema de videovigilancia de tu casa y los detectores de la puerta y de movimiento y los monitores de todo tipo. Todos ellos te espían y escuchan todas y cada una de las palabras que dices cuando crees que están apagados. Supongo que no te pilla por sorpresa, la mayoría de la gente lo sabe. El problema de la tecnología siempre ha sido qué hacer con todos esos datos almacenados, cómo organizarlos y convertirlos en beneficiosos o, al menos, en algo útil.

Sharon ha encontrado una manera.

Ella ha dado con la manera de usar los datos vitales de una persona para recrear casi a la perfección un duplicado digital de un ser humano. Hay muchas veces en las que ni siquiera Maggie es capaz de detectar la diferencia. Eso es lo que hace tan increíble el invento de su hermana y, por supuesto, lo que lo hace tan terrible. El bot de duelo de Marc no es tanto un alivio como un recordatorio constante de que al de verdad lo hicieron pedazos en un campamento de refugiados dejado de la mano de Dios a seis mil kilómetros de su casa.

Y, aun así, Maggie no deja de utilizar la aplicación.

¿Es una locura?

¿Es peor que soltárselo todo a un terapeuta de pago o que hablar solo? Al fin y al cabo, todos mantenemos conversaciones con nosotros mismos una y otra vez. Todos tenemos conversaciones imaginarias con seres superiores o con seres queridos que han muerto. ¿Acaso es mayor locura mantener conversaciones con una réplica de IA del hombre al que amabas?

Pero todas estas preguntas son muy filosóficas... o puede que una manera de engañarse a sí misma. Maggie no lo tiene claro.

De todas formas, Marc está muerto.

Ya habrás oído hablar de las cinco fases del duelo: la primera es la negación, seguida de la ira, la negociación, la depresión y la aceptación. «Pues esas fases están mal», piensa Maggie o, al menos, son inadecuadas. Cuando se enteró de lo de Marc —cuando Porkchop llamó a su puerta aquella noche aciaga en la que era imposible que el rostro del hombre escondiera la devastación que sentía—, Maggie se dejó caer de rodillas y lloró descontroladamente. No hubo negación. Lo entendió de inmediato: el único hombre al que había amado estaba muerto y no iba a volver a verlo jamás. Jamás. Nunca más volvería a verlo. Nunca volvería a tocarlo, nunca volvería a cogerlo de la mano, nunca volvería a sentirse segura y pequeña entre sus brazos, nunca volvería a acercarse a él en la cama cuando no pudiera dormir, nunca volvería a ayudarla a conciliar el sueño después de una pesadilla, nunca volvería a disfrutar de la paz y el solaz de estar con su alma gemela —que es la verdadera definición del amor—, ni volvería a ver esa sonrisa bobalicona al otro lado de la mesa mientras desayunaban, ni volvería a poner los ojos en blanco cuando le contara esos chistes tan malos que tanto le gustaban, ni...

Nunca.

Había entendido todo aquello al instante, en un segundo, en una ráfaga de locura, y la realidad de aquella verdad la había lisiado. Es en ese momento cuando la negación se apresura a entrar en escena. Pero la negación viene en segundo lugar, porque los primeros segundos, esos en los que comprendes la terrible verdad —esta

debería ser la primera etapa, la «comprensión total»—, son tan devastadores, tan horripilantes, tan dolorosos, tan debilitadores, que tu cerebro se esfuerza por sumergirse en la negación con la intención de sobrevivir a la noticia.

Así que la primera etapa es la comprensión total. Luego viene la negación. La ira, la negociación y la depresión llegan de la mano, dando forma a un brebaje tóxico, unas superponiéndose a las otras, mezclándose las unas con las otras... Entras en una espiral. Y ahí es cuando llega la necesidad de insensibilizarte, y con ello, entran en escena las pastillas.

Maggie había empezado a tomarlas. No muchas, las suficientes como para anestesiarse. Las suficientes para poder dormir. Para ser capaz de desvanecerse. Pero seguía trabajando. Seguía realizando cirugías y ya vivía con Sharon, además de ayudar con su madre.

Lo tenía bajo control.

Pero entonces murió su madre.

Y empezó a tomar más pastillas.

Pero todavía lo llevaba bien, o eso creía ella. Las pastillas estaban ahí, formaban parte de ella, pero no podían vencerla. No eran sino un contrafuerte temporal con el que apuntalar a una mujer que, de no ser por todo lo que le había pasado, era una persona fuerte.

Un día, no obstante, Maggie tomó demasiadas pastillas antes de entrar en un quirófano. O puede que se mezclaran con algo tóxico en su torrente sanguíneo. O quizá no había dormido lo suficiente la noche anterior y por eso las pastillas acabaron golpeándola con más fuerza. Tuvo que ser algo de eso. Algo con las pastillas y con su metabolismo, que ese día se torció.

Y aquí está ahora.

—Siento mucho su pérdida —le dice Ivan Brovski—. Su marido era un héroe. No creo que eso le sirva de consuelo, pero...

—Gracias —le agradece Maggie cortante—. Por favor, ¿podría devolverme el móvil?

Brovski lo mira un momento, y después se lo guarda en el bolsillo de su chaqueta.

—Mañana.

—¿Cómo?

—No puedo permitir que se lo quede. Estos dispositivos tienen aplicaciones demasiado avanzadas y puede que tenga usted la capacidad para ponerse en contacto con el mundo exterior. Puede que con su hermana.

—La aplicación es autónoma, por eso he podido utilizarla.

—Ya, pero ¿está segura? ¿No se supone que la IA no deja de aprender? Ninguno de los dos sabemos qué es lo que puede o no puede hacer. Se lo devolveré después de las operaciones, ¿le parece bien? —Luego, casi con tono de burla, Brovski añade—: Porque no necesita el bot de duelo, ¿verdad?

Maggie sabe lo que está haciendo ese tipo, sabe que está pinchándola, lo que la lleva a sentir una gran vergüenza. No es más que una aplicación. No es Marc. Es como una simulación por ordenador muy avanzada, pero nada más.

—A menos... —Brovski sigue—. A ver, que si de verdad depende usted de él...

—Vale, ya lo pillo —le dice ella de repente—. Quédeselo.

En realidad, Brovski tiene razón, Maggie desconoce de qué es capaz realmente la aplicación. Puede que Sharon sea capaz de

utilizar la aplicación para ponerse en contacto con ella o, al menos, descubrir dónde se encuentra.

Y eso podría poner en peligro a su hermana.

Maggie consulta la hora en su reloj de pulsera.

—Tengo que irme. Se supone que he de hablar con el médico personal del señor Ragoravich.

Ivan Brovski sonríe y adelanta las manos.

—Ya está hablando con él.

7

Ivan Brovski lleva a Maggie a otra estancia.

—¿Cuántas habitaciones tiene este lugar? —le pregunta ella.

—No tengo claro si hay alguien que lo sepa. —Brovski le hace un gesto con el brazo para que pase—. Por favor.

A Maggie el sitio le recuerda a la sala de conferencias de Barlow. No es que sea una réplica exacta, como su sala de operaciones, pero, a decir verdad, este tipo de estancias elegantes le parecen todas iguales. Brovski le hace un gesto para que tome asiento. Él rodea la mesa y se sienta enfrente de ella. Luego, toca una tableta que tiene delante. La enorme pantalla de televisión que hay en la pared más alejada cobra vida y adquiere un brillante color blanco.

—Así que es usted médico.

—Licenciado en Oxford.

—¿Cuál es su especialidad?

—Soy internista, nada fascinante. Igual que usted, estuve en el Ejército. Cuando lo dejé, el señor Ragoravich me contrató para que fuera su médico personal y su intermediario.

—Intermediario —repite Maggie—. Seguro que es un término de lo más flexible.

Brovski esboza una ligera sonrisa mientras toquetea la pantalla de la tableta. El color blanco se desvanece en la pantalla de la televisión.

—Estos son los registros médicos electrónicos del señor Ragoravich. —Brovski pulsa otro icono y el archivo se desliza hacia la izquierda para hacer sitio a otro—. Y estos son los de Nadia Strauss.

—¿Nadia se apellida «Strauss»?

Brovski se encoge de hombros y le tiende la tableta para que sea ella la que controle la pantalla. En la primera página del informe de cada uno de los pacientes se muestra la información que cabría esperar: altura, peso, fecha de nacimiento, género. A diferencia de los registros médicos electrónicos a los que Maggie estaba acostumbrada en el hospital, aquí no hay una parte dedicada a los datos bancarios, no se habla de compañías de seguros, no hay dirección, no hay ocupación, no hay número de la Seguridad Social.

—Ya ha conocido a su equipo, ¿no?

—Brevemente.

—Para que lo sepa, no es solo la sala de operaciones lo que hemos replicado.

Maggie levanta la vista de la tableta.

—¿A qué se refiere?

—Entrevistamos a miembros de su equipo quirúrgico en Baltimore.

—Cuando dice «entrevistamos»...

—Con intención de entrenar al nuestro. El equipo que va a tener aquí sabe cuáles son sus preferencias y sus protocolos de actuación en el quirófano.

—No se les pasa a ustedes nada.

—Creemos en lo beneficioso que resulta minimizar los riesgos, doctora McCabe. Queremos asegurarnos de que tiene usted éxito.

—Entiendo.

—Siempre y cuando a usted le parezca bien, el horario de mañana será el siguiente: reunión con el equipo a las siete de la mañana para repasar los procedimientos y para que inspeccione en persona las instalaciones quirúrgicas y los implantes. Nos han dicho que esto suele hacerlo usted tres horas antes de realizar la cirugía. ¿Es así?

—Sí.

—Muy bien. Por lo tanto, el señor Ragoravich entrará en el quirófano a las diez de la mañana. Él se someterá a tres procedimientos. Primero, una blefaroplastia. Después, una genioplastia usando transferencia de grasa, de forma que su submaxilar se parezca al de la Foto A.

Maggie hace clic en la imagen que está marcada como «Foto A». Lo que aparece es la cara en blanco y negro, curiosamente granulada, de la parte inferior del rostro de un hombre.

—Y, por último, una rinoplastia abierta... única. Yo diría que va a resultar muy emocionante para usted.

—¿Por qué?

—Va a implantar una prótesis nasal artificial.

Maggie pone cara de circunstancias.

—No estoy familiarizada con ese procedimiento.

Brovski sonríe.

—Lo sé.

—Estoy familiarizada con los aumentos nasales utilizando cartílago y tejido.

—Sí, pero no es eso lo que va a tener que hacer, aunque hay ciertas similitudes entre ambas operaciones, razón por la que se trata de una rinoplastia abierta. Hará usted la incisión por debajo de la nariz —Brovski señala con uno de sus dedazos el espacio que hay

entre su labio superior y el inicio de su nariz—, levantará la piel, hará lo que sea necesario para hacer espacio e insertará la prótesis.

—¿Una prótesis artificial?

—Eso es, sí.

Maggie frunce el ceño de nuevo.

—No sabía que se pudiera hacer algo así.

Brovski sonríe de nuevo.

—Es que hasta ahora nunca se ha hecho algo así. En cualquier caso, le aseguro que hemos hecho pruebas.

—¿Quién ha construido la prótesis?

—Nosotros, con IA y una impresora 3D MB Reps.

Maggie se recuesta.

—¿Me lo está diciendo en serio?

—Sí.

—¿Tienen ustedes una impresora 3D MB Reps?

—¿Le sorprende?

Maggie sabe que esas máquinas cuestan un cuarto de millón de dólares.

—No, la verdad es que no, pero, como ya le he dicho, nunca había oído hablar de ese procedimiento. ¿De qué está hecha la prótesis?

—De un polietileno biocompatible patentado.

Maggie asiente. Se trata de un material común y testado para implantar artilugios médicos. Trace y Marc también habían trabajado con ese material.

—¿Y es la prótesis de toda una nariz?

—Sí.

—Ya deben saber ustedes que nunca he llevado a cabo ese procedimiento.

—¿La verdad? —Brovski se inclina hacia delante sin dejar de sonreír y como si pretendiera contarle un secreto—. Dudo mucho que nadie lo haya llevado a cabo. ¿Cree que eso va a ser un problema?

Maggie consulta los gráficos, se plantea el procedimiento, se ve a sí misma llevándolo a cabo. Se le acelera el pulso. No puede evitar sentirse emocionada ante la perspectiva que se le presenta.

—No, no lo creo.

—Por eso la elegimos.

—¿Cómo dice?

Brovski se echa hacia atrás.

—Nos pareció que usted no lo consideraría un problema.

—Perdón, pero ¿a quiénes se refiere con ese «nos»?

—Al doctor Barlow y a mí, básicamente. El doctor Barlow dice que a usted no le importa correr riesgos —Brovski mueve las manos por delante de la cara a toda prisa, como si quisiera apartar sus propias palabras—, pero no a lo loco, me refiero a que la considera una inconformista. Porque usted sabe que la mejor manera de perfeccionarse en el campo médico es ir más allá de los límites, ¿verdad?

Como Maggie no responde, es él quien sigue hablando:

—La cuestión es que el doctor Barlow consideró que a usted le fascinaría un reto como este.

La verdad es que el doctor Barlow estaba en lo cierto. Maggie ha leído muchísimo a lo largo de los años acerca de reconstrucción y sobre la creación de implantes con IA, ayudándose con impresoras 3D —Marc y Trace habían estado trabajando en algo similar con el THUMPR7—, pero parecía una tecnología a la que le faltaban años

todavía. Una prótesis nasal no es un corazón o un hígado, pero es un paso de lo más emocionante.

Hay que aprender a caminar antes de pretender correr.

—En la mayoría de los aspectos —continúa Brovski—, funciona como cualquier otro implante facial.

—Solo que... —empieza a decir Maggie mientras estudia las imágenes—, cambiará radicalmente la apariencia de la nariz del señor Ragoravich.

—Sí.

—Por lo general, la gente quiere una nariz más pequeña.

—No es el caso del señor Ragoravich. Pulse la Foto B.

Maggie pulsa la Foto B. Se trata de la imagen —que vuelve a ser en blanco y negro y granulosa, algo que le parece muy extraño— de una nariz que, siendo educados, se consideraría «prominente». La inmensa mayoría de las personas se someten a una cirugía plástica para mejorar su imagen, eso es evidente. Hay algunos que quieren parecerse a su famoso preferido, pero entre esta nueva nariz, el aumento de barbilla y el trabajo que va a tener que hacer Maggie en los ojos con la blefaroplastia, es evidente que no es eso lo que quiere Oleg Ragoravich.

En cualquier caso, quiere parecerse a otra persona.

O, mejor dicho, no quiere parecerse a sí mismo.

—Hemos estimado que los tres procedimientos deberían llevarle entre tres y cuatro horas. ¿Está usted de acuerdo?

Sí, es posible. Puede que tres, pero es probable que necesite tiempo adicional con la prótesis de nariz, porque le gustaría inyectar algo de grasa y células madre en la zona para asegurarse de que el cuerpo no rechace el implante.

—Y eso nos lleva a Nadia —comenta Brovski, al tiempo que coge la tableta y toca en ella un par de veces—. Dando por hecho que empezará usted con el señor Ragoravich a las diez de la mañana, tendremos preparada a Nadia para empezar a las dos de la tarde. ¿Le parece bien?

—Sí. Doy por hecho que vamos a usar silicona para el aumento de pecho.

Brovski asiente.

—Podemos elegir entre implantes de trescientos, trescientos cincuenta o cuatrocientos centímetros cúbicos. Los tiene todos a su disposición.

Maggie considera que los de cuatrocientos serían demasiado grandes, pero lo de tener tres tamaños el día de la operación es un procedimiento estándar. La silicona vuelve a estar de moda porque los implantes salinos se han descartado ya. En los años noventa hubo titulares que aseguraban que las fugas de silicona causaban cáncer y lupus, pero, después de extensos estudios, se ha descubierto que no hay ninguna relación entre los implantes de silicona y un incremento de las probabilidades de padecer cáncer de mama.

—¿Qué tipo de incisión va a realizar?

—Prefiero la inframamaria. Siempre y cuando a Nadia le parezca bien, claro.

Brovski asiente. En el aumento de senos se realizan tres tipos diferentes de incisiones: la inframamaria —por debajo del pecho—, la periareolar —alrededor del borde de la aureola, con una incisión que parece una media sonrisa— y la transaxilar —por la axila—. La inframamaria es la más común. La periareolar puede afectar a las

sensaciones en algunos casos y la transaxilar solo se usa para implantes salinos y complica la posterior colocación del implante.

Maggie empieza a pasar las páginas en busca de algo que llame su atención.

—¿Puedo quedarme estos registros médicos para examinarlos con detenimiento?

—Por supuesto. La tableta es para usted. —Brovski consulta su reloj—. El baile de gala empezará en unas horas —dice, al tiempo que apoya las manos en ambos lados de la silla como si estuviera listo para levantarse—, así que, si no hay nada más...

—Un momento.

Brovski se queda parado.

Maggie pasa páginas para atrás, luego para adelante. Lee el historial de la joven nuevamente.

—Aquí pone que Nadia solamente tiene un riñón.

—Eso es. Donó el otro hace cosa de seis o siete años.

—¿A quién?

—A su hermano.

—¿Sabe usted qué padecía?

—¿Su hermano? —Parece que Brovski esté intentando recordar—. Creo que padecía de síndrome nefrótico. Por supuesto, a Nadia le hicimos unas pruebas de orina y de sangre. No hay signos de que ella también lo padezca.

Maggie sopesa la respuesta. Hay algo que no encaja.

—¿De dónde es Nadia?

—¿De dónde es originaria? Ni idea.

—¿Cómo conoció al señor Ragoravich?

—En un club de Dubái. ¿Qué importa eso?

—Que solo tenga un riñón podría ser un problema.

—Podría serlo, pero no lo será. Nadia no tiene ninguna afección. Su estado de salud es excelente. En cuanto al resto de sus preguntas, el señor Ragoravich es una persona que valora mucho su privacidad.

—Lo que hace que me pregunte cómo es posible que vaya a dar una fiesta tan multitudinaria.

—Es un baile, no una fiesta.

—¿Cuál es la diferencia? —pregunta Maggie, que, un instante después, añade—: Preferiría no asistir.

—Pues debería. Primero, porque se espera su asistencia y, segundo, porque así podrá ver con sus propios ojos la diferencia entre una fiesta y un baile.

—¿Suena a cliché que ponga de excusa que no tengo qué ponerme?

—Sonaría como un cliché si fuera verdad. —Brovski se pone de pie —. Pero, por favor, querida, a estas alturas ya debería usted saber que estamos preparados para cualquier eventualidad.

8

Maggie mira por la ventana de su habitación cómo van llegando los invitados. Entre la puerta principal y la plataforma de aterrizaje del helicóptero han levantado una especie de pasillo cubierto. A pesar de que no ha dejado de nevar, no se ve nieve en la zona, aunque Maggie tampoco ha visto a nadie retirándola. Le preguntó a Ivan Brovski cómo se deshacían de la nieve.

—Mediante un sistema de calefacción radiante en el suelo.

¡Cómo no!

Otros invitados llegan en grandes coches negros, tanto limusinas como berlinas enormes. Los hombres llevan esmoquin y las mujeres, vestido largo de noche.

Aunque no le sorprende, el dormitorio de Maggie es más grande que muchos apartamentos. Brovski la acompañó hasta allí y lo primero que hizo fue ir hasta el vestidor y abrirlo. Maggie calculó que debían de haber entre treinta y cuarenta conjuntos.

—Todos son de su talla y de su estilo —le informó Brovski—, incluidos estos.

El hombre le mostró tres vestidos de noche adecuados, sin duda, para un baile.

Maggie negó con la cabeza.

—¡Ya no me sorprende nada!

—Doy por hecho que le gustan.

Por supuesto que le gustaban. Mucho. Cogió uno de color azul marino que era prácticamente idéntico al que había llevado en la Johns Hopkins unos días atrás. Y unos zapatos idénticos y del mismo número.

—Es curioso —comentó Maggie—, tengo ese mismo vestido y los mismos zapatos en casa. —Se dio cuenta de repente—. Pero eso ya lo sabían...

Brovski se encogió de hombros.

—Yo no, pero sí, la inteligencia artificial lo seleccionó todo. Es un nuevo programa que busca por internet todas sus fotos y vídeos, y se fija en lo que ha llevado a diferentes actos y lugares, así da forma a un vestidor basado en lo que cree que son sus gustos.

—Increíble.

En cualquier caso, era imposible que todo eso lo hubiesen hecho en ¿cuánto?, ¿doce horas?

Alguien había estado fijándose en ella.

Pero ¿durante cuánto tiempo?

—En el secreter encontrará unos diamantes. De muy buen gusto, por lo que me han dicho. Puede ponérselos, si lo desea.

—De acuerdo.

—¿Le parece bien si paso a recogerla a las ocho? Podríamos ir juntos al baile.

Maggie asiente y Brovski se va.

Maggie piensa en lo que Nadia le había dicho sobre los micrófonos y las cámaras, pero supone que no puede hacer gran cosa al respecto. La estancia está llena de una mezcolanza de productos de lujo: perfume de Chanel, maquillaje de Christian Dior, todo tipo de productos para el cuidado de la piel que una pueda imaginar, todo

tipo de promesas de juventud mantenida mediante péptidos y colágenos. Maggie toma una ducha, pero antes deja que el vapor del agua caliente empañe el cuarto de baño por si allí también hay cámaras. Cuando acaba, se pone una bata y se tumba en la cama. Cierra los ojos, pero no tiene tiempo para echar una cabezadita. En vez de eso, empieza a visualizar, e incluso a representar, la operación. Su padre le habló en su día del coronel George Hall, un piloto de combate en la Guerra de Vietnam que pasó más de siete años en la famosa cárcel conocida como Hanoi Hilton. Para no perder la cordura debido al hambre que le hacían pasar y a las torturas a las que lo sometían, el coronel Hall se imaginaba jugando al golf en su pequeña celda. Sentía el sol en la cara, olía la hierba y planeaba cada *swing* con cuidado y se quedaba observando cómo la bola se elevaba por el aire y la veía caer en las diferentes calles y *greens* de sus hoyos preferidos. Al parecer, lo hacía todos los días y, por lo visto, su juego mejoró gracias a la visualización. Maggie no sabía si eso último era una exageración, un mito, pero daba lo mismo. Entendía lo que su padre quería explicarle. Tumbada bocarriba, cierra los ojos, levanta las manos y usa el bisturí para realizar la primera incisión. Lleva a cabo toda la operación en su cabeza —su propio mundo virtual de la cirugía—. De hecho, es algo que hacía a menudo —o al menos cuando aún tenía la licencia—. Es, a un tiempo, su forma de meditar y de prepararse.

A las ocho en punto llaman a la puerta. Maggie abre. A Brovski se le salen los ojos de las cuencas cuando la ve preparada. Maggie ve que el tipo se guarda para sí mismo la observación que estaba a punto de hacer acerca de su apariencia y, en vez de eso, elige comentar:

—Ha elegido usted el azul marino.

—Sí.

—Le queda bien.

—Gracias.

—¿Está lista?

Brovski parece un poco rígido, como si no estuviera cómodo con el esmoquin y la pajarita, que lleva atada al cuello como si fuera un torniquete. Cuando sale del dormitorio, a Maggie le llama la atención que la casa esté en un inesperado silencio. Hasta que no abandonan el ala en la que se encuentran, no empieza a oír voces, alguna que otra risa y música de cuerda. Están en el tercer piso y entran en el salón de baile por un balcón que hay a esa altura. La pista de baile es de mármol blanco pulido con pan de oro. El salón es enorme, del tamaño aproximado de un estadio de baloncesto. Bajorrelieves de querubines —algo que Maggie nunca ha comprendido— rodean el perímetro del techo y la zona que queda por encima de ellos está cubierta de espejos. Es probable que haya entre trescientas y cuatrocientas personas socializando. A medida que empieza a bajar las escaleras, Maggie se fija en lo que parecen unas mesas con comida, un paseo por todas las cocinas del mundo, ¡pero a lo bestia! Maggie va de aquí para allá y, por un momento, se permite ser solo una invitada. Prueba la oreja de mar con hígado y salsa de erizo de mar del Sushi Yoshitake, un restaurante de Tokio con tres estrellas Michelin que, concretamente, está en el distrito de Ginza. El Lung King Heen, otro restaurante con tres estrellas Michelin, este situado en el hotel Four Seasons de Hong Kong, ofrece un *dumpling* de vieira y langostino. Del Talula's de Asbury Park viene una pizza con *soppressata* calabresa y miel de la zona. Fromagerie Cantin, la

renombrada quesería parisina, ofrece Aisy Cendré, un queso de vaca semicurado enterrado en hojas de roble durante un mes.

Una voz interrumpe a Maggie en mitad de un bocado.

—Sé que es un cliché, pero estando usted en Rusia debería probar el caviar.

La voz tiene un claro acento arrogante típico de colegios privados de Estados Unidos. Maggie se da la vuelta. El hombre es atractivo y le ofrece una sonrisa sencilla y aniñada. Parece que el esmoquin se lo hayan esculpido sobre el cuerpo y lo lleva con tal elegancia que parece que cubra estrictamente lo que debería y resalte lo demás. La tela, de un color negro medianoche, parece que absorba la luz más que reflejarla. No se necesita una pajarita llamativa ni una faja estampada cuando tu cuerpo parece el de una deidad; solo destacan los gemelos de ónice sobre el blanco puro de su camisa almidonada.

El hombre tiene un aspecto suave y parece alguien consentido y privilegiado.

A medida que el tipo y sus zapatos pulidos se deslizan hacia ella, Maggie se fija en que sus ojos azules parecen húmedos, puede que debido a la bebida.

—Me llamo Charles Lockwood —dice con una sonrisa de medio lado y adelantando una mano impecable, con una manicura perfecta.

Maggie duda, no está segura de si debería decirle quién es, pero él continúa hablando.

—Y usted es la doctora Maggie McCabe.

Su barbita de tres días está impecable. Lleva el cabello largo, un pelo moreno y ondulado, de esos rebeldes que tienden a necesitar demasiado producto. A Maggie le da la impresión de que, a su

manera, todo en él encaja. Charles Lockwood tiene un aspecto llamativo, que es, sin duda, el efecto que busca.

—¿Nos conocemos?

—No, pero conocí un poco a su esposo. No sabe cuantísimo lo siento.

—Y, ¿de qué...?

—Me defiendo —Lockwood levanta una de sus manos inmaculadas y mueve los dedos— en la cirugía cardiotorácica.

—Nadie se «defiende» —Maggie imita el gesto que ha hecho el hombre con la mano— en la cirugía cardiotorácica.

—Sí, tiene razón. No es que lo diga con falsa modestia, pero es que, al lado de su esposo, lo mío no son sino pinitos. Marc me parecía un buen hombre, puede que incluso una persona excelente, no lo sé, pero, desde luego, era el mejor cirujano que he conocido.

Maggie nota que empieza a cerrársele la garganta, pero se obliga a decir:

—¿Qué lo trae por Rusia, doctor Lockwood?

—Yo iba a preguntarle lo mismo.

—Sí, pero lo he preguntado yo primero.

—Pues, muy probablemente lo mismo que a usted.

—¡Ah, Charles, por fin te encontramos!

Dos mujeres con risitas nerviosas, ambas jóvenes y rubias y como sacadas de las redes sociales de alguna influencer, lo llaman en ruso y se le acercan cada una por un lado. Una de ellas lo coge por un brazo; la otra, por el otro. Ambas lo miran con adoración. Lockwood les responde en ruso. Ambas jóvenes hacen pucheros, le sueltan los brazos y se alejan enfurruñadas.

Lockwood vuelve a concentrarse en Maggie y encoge los hombros con las palmas de las manos hacia arriba como diciendo «¡Qué se le va a hacer!».

—No, no creo que estemos aquí por lo mismo —comenta Maggie.

El hombre se ríe y dice:

—Bueno, pues no estamos aquí por lo mismo.

—Pero, por favor, no quiero alejarle de sus amistades.

—Ya iré con ellas más tarde.

—No me cabe duda. Así que habla ruso.

—Me defiendo.

—Parece que eso de defenderse es muy habitual en usted.

Charles Lockwood le pone esa sonrisa con la que él sabe que, sin lugar a dudas, lo consigue todo.

—Paso mucho tiempo aquí. Disfruto de este estilo de vida.

—¿A qué estilo de vida se refiere?

—A este con su puntito de hedonismo. Divertirse un poco no tiene nada de malo, ¿no le parece, doctora McCabe?

Maggie se esfuerza por no arrugar el gesto.

—Nada en absoluto.

—Podríamos quedar durante su visita al país.

—Pues no, creo que no.

—¡Pero bueno, doctora McCabe, siempre hay tiempo para divertirse un poco, no todo es captar fondos! Dígame, ¿dónde se aloja?

Maggie ignora la pregunta.

—¿A qué se refiere con lo de captar fondos?

La expresión de él le deja claro que sabe que está evitando su pregunta.

—¿No es por eso por lo que está usted aquí?

—Pues no. ¿Usted sí?

—Sí, en efecto.

—¿Para quién?

—Para una empresa médica que está empezando y que está especializada en tratamientos de longevidad de lo más innovadores.

«Otra vez con lo de "de lo más innovadores"».

Lockwood mira por encima de la cabeza de ella.

—¿Conoce a nuestro anfitrión?

—Sí.

Charles Lockwood pone una cara con la que pretende dejarle claro que lo ha impresionado.

—¿Ha visto usted al señor Ragoravich en la fiesta?

—Esto es un baile, no una fiesta.

—¿Cómo dice?

—Da igual. —Maggie mira a su alrededor—. La verdad es que aún no lo he visto.

—Pretendo conocer a Oleg Ragoravich esta noche. —Charles Lockwood vuelve a centrar su atención en Maggie—. Le toca.

—¿Qué me toca?

—Explicarme por qué está aquí, doctora McCabe.

—Maggie.

—Pues dígame, Maggie, ¿qué hace usted aquí?

—La verdad es que no puedo hablar del tema.

—¿Por qué no?

Maggie le pone una cara como diciendo que no siga por ahí.

—Sí, disculpe. No quería presionarla. —Y mueve los brazos como fingiendo una rendición.

Maggie piensa que Charles Lockwood debe de considerar que ese tipo de actitudes lo vuelven encantador, y puede que a otras personas así se lo parezca, pero es que ella odia esa especie de carisma artificial, esa mezcla de privilegios, fiestas, buenos genes y esa actitud de sobrado a la que te lleva que la gente que te rodea acostumbre a decirte que eres un regalo de Dios, una mezcla habitual en los vividores.

Entonces, Lockwood le pregunta:

—¿También está Trace Packer por aquí?

Maggie no se molesta en esconder su sorpresa.

—¿Conoce usted a Trace?

—Digamos que coincidimos en unas cuantas fiestas en su día.

—Me lo creo.

—Trace sabe pasárselo bien. —El hombre mira a su alrededor—. Había dado por hecho que estarían aquí los dos para conseguir fondos.

—Nuestra organización benéfica no sigue en activo.

—Sí, estoy al tanto.

—Parece que está usted al tanto de muchas cosas.

—Me gusta estar enterado.

—¿Sabe usted dónde está Trace?

—No, ¿por qué iba a saberlo?

Como Maggie no responde, Lockwood sigue hablando:

—Entonces, ¿está usted aquí para darle las gracias a su antiguo benefactor?

—Ya le he dicho que no puedo hablar del tema —responde Maggie antes de percatarse de lo que acaba de decir el joven—. ¿A qué benefactor se refiere?

—¿Lo pregunta en serio?

—¿Le parece a usted que estoy de broma?

Charles Lockwood se le acerca un poco más.

—¿No pertenece usted a los fundadores de WorldCures Alliance?

—Así es.

—¿Y quién era su mayor donante?

—La Fundación Kasselton.

—¿Perteneciente a?

—Pues no lo sé. Es que el tema financiero lo llevaba Trace. Conocí a alguno de los miembros del consejo, pero...

—Perteneciente a Oleg Ragoravich —dice Charles Lockwood.

La revelación sorprende tanto a Maggie que está a punto de dar un paso atrás.

—¿De verdad que no lo sabía? —Charles Lockwood sonríe entretenido—. La Fundación Kasselton es financiada por nuestro anfitrión.

Maggie se esfuerza por no mostrarse sorprendida. No tiene claro qué decir y no quiere cometer el error de hablar de más; no conoce a Charles Lockwood. Maggie no entiende lo que está pasando o por qué Lockwood está aquí, o si debería creerle siquiera. Por el rabillo del ojo, Maggie ve que Nadia se acerca a ellos con un reluciente vestido plateado. La multitud se aparta como el mar Rojo mientras la joven avanza con gracia hacia ellos. Todos vuelven la cabeza para mirarla.

Charles Lockwood se inclina hacia Maggie y le susurra:

—Tenga cuidado, Maggie. Manténgase alerta.

Y desaparece.

Maggie se debate entre ir tras él o quedarse allí, pero Nadia llega antes de que le dé tiempo de tomar una decisión. Puede que eso sea lo mejor. ¿Qué más quiere saber, realmente? ¿Y qué razones iba a tener Charles Lockwood para mentirle con lo de Ragoravich? ¿O sí que tiene alguna...? Pero, si no le ha mentido, ¿qué significa que Ragoravich fuera su mayor donante? ¿Había sido Oleg Ragoravich la persona que les había dado el capital inicial para poner en marcha WorldCures Alliance? Y si de verdad era un antiguo donante de WorldCures, ¿acaso importa?

Sí, sí que importa.

Porque, en ese caso, que Maggie esté allí, que la haya elegido para ser su cirujana personal, no es coincidencia.

Aunque puede que eso tenga sentido. Puede que Ragoravich y Brovski la conozcan por el trabajo que hacía en WorldCures. Tenían que conocerla, qué duda cabe, y es probable que sea por eso por lo que Ragoravich la ha contratado: una cirujana de la que supiera algo, con la que estuviera familiarizado, lo reconfortaría, ¿no?

Llega Nadia.

—Ivan dice que quiere hacerme usted unas preguntas.

—Así es. Sobre su historial clínico.

Nadia asiente mientras escanea el salón de baile con los ojos bien abiertos.

—¿Puedo hacerle yo una pregunta primero?

—Por supuesto.

—¿Durante cuánto tiempo he de ayunar antes de la cirugía?

—Doce horas sería un tiempo óptimo.

Nadia esboza una ligerísima sonrisa y dice:

—Eso nos da algo de tiempo para comer un poco, ¿verdad?

—Sí.

—Pues empecemos por el caviar. Y por favor, haga gestos, muchos. Que parezca que no estamos conversando en el mismo idioma.

—Entendido.

—Y cada vez que pueda, haga como que está charlando con otra gente. Que no parezca que está hablando directamente conmigo todo el rato.

Maggie asiente. Durante la siguiente media hora, Nadia y ella recorren detenidamente las diferentes mesas repletas de manjares. La variedad Tajimi-ushi de ternera Kobe coronada con trufa Alba —es probable que solo ese bocado cueste más que el coche de Maggie— se funde en la boca, lo que lleva a ambas mujeres a cerrar los ojos y soltar una exclamación de placer involuntaria. Maggie se toma su tiempo, no le pregunta a Nadia de inmediato sobre el riñón que donó. Y hay dos razones para ello, aunque ambas estén muy relacionadas. La primera razón, la más evidente, es que Nadia y ella están trabando un lazo, probablemente, de la manera más antigua que conoce el ser humano: compartiendo el pan juntas. Ambas saborean todas esas delicadezas escasas, disfrutan con ellas, cierran los ojos y paladean todos y cada uno de los bocados. La manera de disfrutar de Nadia es infantil y adorable. Maggie percibe que la confianza de la joven en ella va aumentando con cada bocado que comparten. Maggie se permite sumergirse también en la experiencia —y esa es la segunda razón— canalizando con ella a su padre, que expresaba su aprecio por la vida moderna con gusto y entusiasmo.

«Vivimos en la mejor era de la historia de la humanidad», les decía su padre a Sharon y a ella, tras lo que les explicaba que ahora

había menos guerras, menos plagas y enfermedades, menos crimen y menos hambre que nunca en la vida. Luego pasaba a hablar de la comida: «La gran mayoría de los seres humanos que han pisado la faz de la Tierra apenas han conocido sabores variados. Imperios ascendieron y cayeron, se llevaron a cabo mil y una conquistas y matanzas por el mero hecho de añadir especias a la comida, sabores al paladar. Pensad en ello. Hace cien, doscientos años, solo la élite de la élite llegaba a probar alguna vez en la vida la comida de una o dos culturas diferentes a la suya. Ahora, en cambio, cualquiera de nosotros puede viajar a cualquier parte del mundo o comer chino, indio, tailandés, francés o italiano a menos de un kilómetro de su casa. Puedes comer cordero de Nueva Zelanda, jurel de Florida o probar una barbacoa de Texas. Si le hubieras dicho hasta al más poderoso de los reyes que eso iba a ser posible, no se lo habría creído. Aquello que hoy en día damos por sentado, sería para ellos poco menos que un milagro».

Y, con eso en mente, Maggie ríe junto a Nadia. Comparte con ella. Analizan las diferentes exquisiteces. Se centran en la comida y pasan de las mesas con «fármacos» y «gurús» que prometen guiarte por cualquiera de las experiencias psicoactivas que quieras experimentar. También dejan de lado las catas de alcohol, aunque algunas de las de vodka tientan a Maggie más de lo que le gustaría admitir.

Por fin, Nadia dice:

—Bueno, hágame las preguntas.

Un camarero recoge la cuchara de madreperla de Maggie.

—Háble me de la donación del riñón.

—¿Por qué?

—Porque podría resultar relevante para que dé el visto bueno para operarla.

—Ya me han dado el visto bueno.

—En ese caso, ¿qué más le da hablarme del asunto?

—Fue para mi hermano —responde Nadia demasiado rápido.

—¿Qué edad tiene su hermano?

—¿Ahora? Treinta y uno.

—¿Hermano de padre y madre?

—Sí.

—¿Qué enfermedad padecía?

—¿Por qué es importante eso?

—Que su hermano necesitara un trasplante de riñón a los veinticinco años es muy raro, lo que quiere decir que su enfermedad es, muy probablemente, genética.

—¿Y?

—Pues que existen muchas probabilidades de que usted, siendo hermana de padre y madre, en especial al tener la suficiente coincidencia genética con su hermano como para poder donarle un riñón, pudiera sufrir la misma enfermedad.

—Tengo el visto bueno —insiste Nadia—. Lo demás no importa.

—Soy su doctora y he de conocer su historia clínica completa.

—No es necesario. —El tono de Nadia es un tanto mordiente—. Está usted aquí para ponerme tetas. Doné un riñón, punto. No tiene nada que ver con las tetas.

—No entiendo muy bien por qué se pone tan a la defensiva.

—Y yo no entiendo por qué es usted tan cotilla.

—No lo hago por curiosidad. Si le donó un riñón a su hermano, es evidente que este estaba muy enfermo. Como ya le he dicho, dado

que hay una coincidencia genética tan...

—Pare, por favor.

Nadia cierra los ojos. Se le escapa una lágrima que le corre por la mejilla. Maggie le coge la mano y la lleva por el salón. Los hombres las miran descaradamente de arriba abajo, inspeccionándolas, dando su aprobación. A Maggie no le gusta, pero ahora mismo no tiene tiempo para preocuparse o para encararse con la versión rica de un acosador callejero. Cuando salen del salón, Maggie gira a la izquierda y lleva a Nadia a una zona tranquila, a la que se llega por un pasillo.

—Nadia...

La joven sigue con los ojos cerrados.

—No se lo he contado a nadie.

—Confíe en mí.

—Han pasado seis años.

Nadia por fin abre los ojos. Están húmedos y enrojecidos.

—No se preocupe —le dice Maggie mientras le pone una mano en el brazo—. Estoy de su lado. Siempre voy a estarlo.

—Se lo contará a Oleg. O a Ivan.

—No, ni mucho menos, ¿me ha oído? Ni mucho menos. No se lo voy a contar a nadie, se lo prometo.

Nadia respira hondo. Maggie espera, le da su espacio.

—Me proporcionaron una identidad completamente nueva. No me llamo Nadia.

—¿Cómo se llama?

La joven niega con la cabeza.

—No puedo decírselo. Puede que yo esté confiando en usted, pero mi familia no tiene por qué confiar.

—No la comprendo.

—Ahora soy Nadia Strauss y eso es lo único que importa. Por favor, siga llamándome así.

—Por supuesto, no hay problema en eso.

—Y en efecto, tengo un hermano de treinta y un años. Y una madre. Y tenía otros tres hermanos y un padre, pero hace tiempo que murieron. Éramos pobres, pero no como los estadounidenses pobres. Ustedes no conocen la verdadera pobreza. Ustedes no saben qué es la pobreza. Pasábamos días sin comer, hasta que sentías como si el estómago se te hubiera pegado a la columna. Literalmente, solo nos teníamos los unos a los otros.

—¿De qué lugar me está hablando, Nadia?

La joven no responde. Su mirada se pierde en la distancia. Es una mirada que Maggie ha visto en la guerra. La mirada de los mil metros. Ahora, la voz de Nadia resulta distante:

—Yo tenía dieciséis años. Mi madre me adoraba. Nadie me obligó. Una ha de hacer lo que sea necesario para sobrevivir. Ustedes, en Occidente, piensan que tienen problemas. Lo veo en las redes sociales. Gente que persigue —las siguientes palabras las escupe con desdén— «la autoayuda», vete tú a saber lo que es eso. El cuidado personal. Buscando... ¡puaj!... ¿realizarse? Lloriqueando todo el rato, quejándose, insatisfechos a pesar de tener una vida perfecta. —Nadia niega con la cabeza, asqueada—. ¿Cómo es que la gente que se muere de hambre no necesita ni autoayuda ni cuidados personales? Si de verdad quieres curar el insomnio que te produce, no sé, cualquier chorrada... prueba a no comer durante cinco días seguidos. Intenta dormir en el suelo, un suelo sucio, en

invierno y sin calefacción. A ver cuánto te preocupas entonces por realizarte en tu casa enorme con tus dos coches en el garaje.

Nadia vuelve a mirar a Maggie, que no dice nada.

—El resto ya se lo imagina, ¿no, doctora McCabe?

Sí, es probable que Maggie se lo imagine.

—Pero cuéntemelo igualmente.

—Mi madre me despertó una mañana y me llevó a un edificio de cemento. Sin previo aviso. Sin tiempo para pensar o para prepararme, aunque es probable que así fuese mejor. Ya nos habían hecho análisis de sangre a todos los del pueblo. Yo encajaba. Nos sacaron de allí en avión. Me tumbaron en una camilla. Mi madre me cogió de la mano. Cuando me anestesiaron, tenía dos riñones. Cuando desperté de la anestesia, solamente tenía uno. No me mire de esa manera.

Maggie intenta ocultar su cara de pavor, aunque duda de haberlo conseguido.

—Piensa usted que mi madre me obligó.

—Yo no he dicho...

—Porque no lo hizo. Lo entendí. Incluso aunque me hubieran dado alguna alternativa, habría elegido donar el riñón.

Maggie traga saliva.

—Su familia vendió su riñón. —No es su intención soltarlo así tan bruscamente, pero, si ha ofendido a Nadia, la expresión de la joven no lo deja entrever.

—No lo entiende... No teníamos nada. Más de la mitad de mi familia había muerto y ese era el destino que nos aguardaba a los demás, morir de hambre. O puede que nos mataran en una guerra. Mi hermano, mi madre, quizá yo también. O puede que mi destino

hubiera sido todavía peor. No lo sé. Así que tomamos una decisión. Entregué algo que no necesitaba y, a cambio, nos salvaron. Nos dieron una vida nueva. Dinero. Una nueva identidad. Nos enviaron... No, no voy a contarle a dónde nos enviaron exactamente, pero mire mi vida ahora. Mire dónde estoy ahora. Mi madre y mi hermano viven en una ciudad estadounidense del Medio Oeste, pero no voy a decirle en cuál. Mi hermano está estudiando Derecho y mi madre tiene su propio apartamento. ¿Se lo puede creer? ¡Un apartamento de verdad, con electricidad y agua corriente! ¡Tiene nevera y congelador! ¿Y sabe qué hace cada noche?

Maggie niega con la cabeza.

—Tiene guardado un pollo en el congelador y, cada noche, antes de ir a la cama, abre el congelador y mira el pollo. Me cuenta que le parece irreal. Le preocupa que un día se acueste y, al despertarse por la mañana, todo haya sido un sueño. ¿Se da cuenta? Todos ustedes viven cómodamente, lo que les permite tener ética y moral. Usted pretende juzgarme de acuerdo con esa ética y esa moral. Se pregunta cómo fui capaz de vender mi riñón, pero le diré que es lo mejor que me ha pasado en la vida, a mí y a mi familia. Ahora, mi riñón está en el cuerpo de otra persona, un individuo al que es probable que le haya salvado la vida, ¿verdad? De lo que estoy segura es de que mi riñón se la salvó a otras tres personas, así que no se atreva a juzgarnos.

—No les juzgo —responde Maggie con suavidad.

Pero claro, no es tan sencillo y Maggie lo sabe. Los órganos humanos no se compran y se venden. Es inmoral. Es explotación. Vender órganos mercantiliza el cuerpo de las personas, reduciendo a

los individuos a su mero valor monetario. Lleva al tráfico y a la corrupción y al rapto y al abuso. Y aun así...

—Me voy a la cama —dice Nadia.

—¿Por qué está aquí, Nadia?

—¿Cómo dice?

—¿Por qué no está usted, no sé, en el Medio Oeste con su familia?

—Las decisiones que haya tomado en la vida no son asunto suyo.

—Eso es cierto.

—Usted no es ni mi psiquiatra ni mi consejera espiritual. Usted es, sencillamente, una cirujana plástica.

—Pero quiero ayudarla.

—No puede, ya se lo he dicho. Usted no conoce mi vida. Haga su trabajo y déjeme en paz.

9

Nadia le dice a Maggie que va a despedirse de Ragoravich antes de irse a la cama.

—¿Le importa que la acompañe?

Nadia se encoge de hombros, así que Maggie la sigue escaleras arriba y por un pasillo hasta doblar una esquina, tras la que aparece una puerta dorada custodiada por dos enormes guardias de seguridad, uno a cada lado de esta. Nadia les dice algo en ruso. Uno de los guardias le responde en ruso y señala a Maggie con la barbilla. Nadia les explica quién es o, al menos, eso es lo que Maggie da por hecho. El guardia de seguridad dirige unas palabras a su reloj. Unos segundos después, la puerta se abre. Nadia entra primero, con Maggie siguiéndola de cerca.

La estancia está empapelada con un terciopelo rojo tan chillón que hasta en un burdel de Las Vegas lo considerarían excesivo. En el suelo hay multitud de pufs y almohadones enormes y diferentes niveles de asientos entre los que hay varias narguiles de cristal con varias pipas cada una. Maggie considera que allí se podría organizar fácilmente una orgía para cien personas —desde luego, parece que la estancia esté preparada para eso—, pero en ese momento allí solo hay una persona: Oleg Ragoravich. El hombre está de pie al lado de una pared de ventanas altas, de esas desde las que solo se puede ver desde dentro y están dispuestas en ángulo, de manera que se puede observar todo el salón de baile sin ser visto desde fuera.

Maggie recuerda los espejos que cubren la pared por encima de la moldura de querubines del techo. Da por sentado que este es el otro lado de los espejos.

Ragoravich no se vuelve cuando entran. Permanece mirando el salón de baile no muy diferente a como los emperadores mirarían el Coliseo en su día. Nadia dice algo en ruso. Maggie pilla lo último —*dobre noche*—, que significa «buenas noches». Ragoravich se despide de ella con la mano y le dedica las mismas palabras, pero Nadia no se ha quedado a esperar, sino que se ha dado la vuelta y se dirige a la puerta sin decir nada más y sin mirar atrás, dejando solos a Ragoravich y a Maggie.

Ragoravich sigue de espaldas a Maggie.

—¿Va a bajar? —le pregunta ella.

—Más tarde. —El hombre señala por las ventanas. De pronto, su voz es suave—. La he visto.

—¿En el salón de baile?

—Sí. ¿Qué tal está la comida?

—No está mal. Podría haberse gastado usted un poco más de dinero para que sirvieran aperitivos más exquisitos, pero bueno.

El hombre sigue sin volverse, pero Maggie ve que esboza una pequeña sonrisa.

—¿Ha visto el escenario?

—Sí.

—¿Sabe quién va a tocar?

—No.

—Elton John. ¿Le gusta?

Maggie asiente.

—Es uno de mis cantantes favoritos.

El hombre por fin se vuelve y la mira.

—Y de los míos.

—Me encantaría quedarme a verlo.

—¡Por favor, quédese!

—Mañana tengo que operar.

—Es cierto.

—Y a usted van a operarlo.

—Sí, pero yo estaré dormido.

—Eso también es cierto.

Ragoravich vuelve a mirar a sus invitados.

—La avaricia no funciona como mucha gente cree.

Su voz suena densa por el alcohol... o puede que sea solamente tristeza.

—¿A qué se refiere?

—El problema es que no se puede dar marcha atrás. Puedes intentarlo, pero la naturaleza humana no te lo permite. Estés en el punto que estés, esa siempre es la zona cero. La avaricia no es «necesito más», sino el miedo a perder lo que ya tienes. A volver atrás. Así que te aferras con más fuerza si cabe a lo que tienes e intentas seguir escalando, porque eso es lo único que puedes hacer. La vida no va a darte un respiro. O subes o bajas. Y, claro, harías lo que fuera por no bajar.

—Sí, desde luego, esa parece una buena definición de la avaricia.

El hombre se ríe.

—O una maravillosa racionalización.

—Sí, también. ¿Está usted bien, señor Ragoravich?

—Estoy bien. A todos nos embarga la melancolía de vez en cuando.

Maggie piensa en lo que le ha dicho Nadia sobre que los ricos no tienen problemas de verdad y que su melancolía es un lujo. ¿Cuál será la reacción de la joven cuando su oligarca se pone tristón?

—¿Cuándo supo de mí por primera vez? —le pregunta Maggie.

—¿Se refiere como médico?

—Sobre mí como persona.

—Pues no lo sé. De esas cosas se encarga Ivan.

—Entonces, ¿fue él quien me eligió?

—¿Por qué me lo pregunta?

—¿Ha oído usted hablar de WorldCures Alliance?

Ragoravich frunce el ceño.

—¿Esa es la organización benéfica que tenían ustedes antes de... de los problemas?

—Sí. ¿Donó usted alguna vez dinero a mi organización?

—No. De hecho, no creo que hubiera oído hablar de ella hasta que Ivan no me pasó su currículo.

—¿Ha oído hablar de la Fundación Kasselton?

—No, ¿debería?

—¿No está conectado usted con ella?

—No. —Ragoravich se vuelve para mirarla una vez más—. ¿Acaso le han dicho lo contrario en el baile?

Maggie no tiene claro cuál es el movimiento adecuado en este momento. Podría mentirle, claro está, o intentar dejar correr el tema, pero hay muchas probabilidades de que Oleg Ragoravich sea capaz de descubrir quién se lo ha dicho. Al fin y al cabo, ya le ha confesado que ha estado observándola mientras estaba en el salón de baile. Es probable que incluso la haya visto hablando con Charles Lockwood. Y, aunque no sea así, es muy probable que en el salón de

baile haya cámaras de videovigilancia, así que podría ver lo que han grabado para descubrir con quién ha estado hablando.

Teniendo todo eso en cuenta, Maggie decide contarle una verdad a medias:

—En efecto, alguien me ha dicho lo contrario.

—¿Quién?

—Un estadounidense, pero no me he quedado con su nombre.

—¿En el baile?

—Sí.

Ragoravich sonríe.

—Todos los estadounidenses que hay aquí son de la CIA. —De pronto se le oscurece la mirada—. ¿Sabe ese estadounidense por qué está usted aquí?

—No.

—¿No se lo ha dicho?

—Por supuesto que no.

Oleg Ragoravich se toma un segundo, pero luego se muestra satisfecho con la respuesta. Maggie debería cambiar de tema, pero es superior a sus fuerzas.

—Pero ¿por qué iba a decirme alguien que usted financia la Fundación Kasselton?

—¿Quién se lo ha dicho, ese estadounidense sospechoso cuyo nombre no recuerda?

—Sí.

—Pues no tengo ni idea de por qué iba a decirle algo así —Ragoravich la mira a los ojos y le mantiene la mirada—, pero le juro por la vida de mis hijos que no sé lo que es la Fundación Kasselton.

Puede que el tipo sea un psicópata, pero Maggie decide creerle.

—¿Le importa que le pregunte una cosa más?

Ragoravich le hace un gesto para que continúe.

—¿Por qué va a someterse a esta operación?

El hombre se enmarca la cara con las manos.

—¿Lo pregunta por lo guapo que soy?

—Hace unos diez o quince años, formé parte de un grupo de cirujanos reconstructivos a los que invitaron al cuartel general del Servicio de Marshals de Estados Unidos, en Arlington. Ellos son los que se encargan del Programa de Protección de Testigos. ¿Conoce usted el programa?

—Por supuesto.

—Querían nuestra opinión acerca de qué intervenciones faciales se podrían realizar para que aquellos que entraran en el programa resultaran irreconocibles para sus enemigos.

—Tiene sentido.

—Sí, lo tiene, solo que nuestra conclusión fue que apenas se puede hacer nada al respecto. Puedes cambiar el corte de pelo, teñirlo, puedes hacer retoques en los ojos y en las orejas, hacerles una rinoplastia, cosas así. Sin embargo, al final, seguirán pareciéndose mucho a sí mismos, pero con un estiramiento facial.

—Interesante. Doy por hecho que considera que eso tiene que ver conmigo.

—¿Es así?

Ragoravich no responde.

—Ha sido un placer hablar con usted, Maggie.

—Lo mismo digo.

—¿Va a volver al baile?

Maggie niega con la cabeza.

—Tengo que levantarme temprano para llevar a cabo una operación.

—Podemos posponerla unas horas. Por Elton.

—Tentador.

—¿Pero?

—Pero no.

Oleg Ragoravich se da la vuelta y vuelve a darle la espalda.

—¿Me va a doler?

—¿La recuperación? Durante unos cuantos días puede que sienta algo de incomodidad. Nada de actividad durante dos semanas. Y eso incluye el sexo.

Ragoravich no dice nada.

—¿Quiere preguntarme algo más?

—He visto que está empezando a congeniar con Nadia.

Maggie se pregunta qué querrá decir el hombre con eso. Decide ser cautelosa.

—Es una paciente, tengo que asegurarme de que es apta para la operación.

—Pues me ha parecido que había algo más. —Ragoravich señala el salón de baile—. He estado observándolas.

—No hay nada más. ¿Por qué? ¿Hay algún problema?

—No, pero usted no habla ruso, ¿verdad?

—No.

—Y, claro, Nadia no habla su idioma —dice Ragoravich con un tono de sarcasmo en su voz, aunque a Maggie le parece más bien arrepentimiento o incluso tristeza—, así que me pregunto, ¿cómo han sido capaces de comunicarse?

Ragoravich levanta una mano antes de que Maggie diga nada.

—Lo sé. Siempre lo he sabido.

—¿A qué se refiere?

—A que Nadia cuenta muchas historias acerca de su vida, pero ninguna de ellas es cierta.

10

Dios, cuánto ha echado de menos Maggie esto.

En términos médicos, el sufijo «plastia» —como en rinoplastia, blefaroplastia, genioplastia o mamoplastia— significa «reparar», «restaurar», «reemplazar». Proviene del griego *plastia*, que significa «moldear», que es justo lo que significa para Maggie: moldear, reparar, restaurar. Es ciencia. Es arte. La arcilla con la que creas es la carne humana. No hay mayor honor o responsabilidad que ser cirujano. Durante la mayor parte de su carrera, Maggie ha tratado a soldados y a niños con heridas y deformidades graves. Con sus manos, ha conseguido moldearlos, repararlos y restaurarlos. Imagínalo por un momento. Imagina el privilegio que supone realizar un trabajo así, ganarse la vida de esa manera, que las personas depositen en ti y en tus habilidades la confianza para que las recompongas.

¿Cómo había llegado a traicionar esa confianza?

Las razones evidentes —que su marido haya sido asesinado, que se haya muerto su madre, cosas de ese calibre— no son excusa para lo que hizo. Le habían proporcionado el mayor de los dones, la habilidad para curar mediante la creación artística, y ella lo había desperdiciado.

Ahora le han proporcionado un indulto, al menos por un día.

Maggie lleva a cabo la misma rutina que ha realizado cientos de veces, si no mil: se lava las manos, se pone la bata quirúrgica, se

abrocha la mascarilla sobre la nariz y la boca, y se enfunda los guantes con un chasquido. Sin embargo, no hay nada de rutinario en todo ello. Hoy no. Cuando entra en el quirófano, las emociones la embargan con fuerza, a toda prisa, hasta el punto de que casi la abruman. Nota que unas lágrimas empiezan a aflorar. Aguanta. Se detiene y respira hondo unas pocas veces antes de acercarse a la mesa de operaciones en la que yace inconsciente Oleg Ragoravich. Los integrantes de su equipo de apoyo —así es como lo considera ella— están tranquilos y preparados.

Maggie tiene muy claro que ella pertenece a este lugar. La sala de operaciones es su templo, su iglesia, su santuario. Marc era su hogar, y ella lo era para él. Sin embargo, ambos sabían que aquí, en la catedral que ellos denominaban «quirófano», era donde más completos se sentían.

Le encantaba eso de Marc. Y viceversa.

Eran las personas más afortunadas del mundo, ¿verdad?

En cuanto Maggie pide el bisturí, en cuanto realiza la incisión columelar en uve para acceder al cartílago, su ritmo cardíaco desciende. La calma se apodera de su torrente sanguíneo. Entra en un estado de creación dichosa. Se maldeciría por no haber apreciado este sentimiento, esta reverencia, esta llamada, pero siempre ha entendido y apreciado lo especial y extraordinario que es ser cirujano.

Ella misma se encargó de estropearlo todo.

Eso es lo que hacemos los estúpidos seres humanos, transportar en nuestro interior las semillas de nuestra propia destrucción.

Maggie se concentra en el trabajo hasta el punto de que se pierde en él. Pasa el tiempo. No sabe cuánto. Dispone de monitores para

observar la operación —hoy en día los hay en la mayoría de los quirófanos—, pero casi nunca los necesita. Tarda un poco más de lo esperado en limpiar el cartílago de la nariz para poder colocar esa maravillosa prótesis nasal. Maggie bajó a toda prisa tres horas atrás y se deleitó cuando el técnico le enseñó la prótesis. El material es ¡una nariz!, endeble pero rígida, maleable y frágil, todo al mismo tiempo.

Maggie ha empezado por este procedimiento porque es nuevo para ella y, por lo tanto, más complejo. Sin embargo, todo va como la seda. Luego se dedica a los párpados. Quiere que la sensación se prolongue —tomarse su tiempo para seguir en este estado de pura alegría—, pero sabe que no puede comportarse de esa manera. No funciona así. La cirugía tiene su propio ritmo, orgánico, casi circadiano, y no debes alterar ese ritmo para satisfacer tus necesidades.

Maggie marca las arrugas naturales alrededor del ojo y usa un bisturí curvo del 15 para realizar las incisiones. Retira el exceso de piel, de músculo y de grasa, y luego cierra los cortes. A continuación viene la genioplastia, un aumento de barbilla muy concreto. Maggie secciona la sínfisis mandibular —para los profanos: el hueso del mentón— y la mueve con la mano. Recoge grasa del abdomen de Ragoravich tras hacerle una liposucción y la trasfiere a la cara. Acto seguido, moldea y da forma a la zona hasta que la barbilla de Ragoravich y su mentón se parecen a la imagen que ofrecen las fotografías.

Ivan Brovski está allí, con una mascarilla y una bata. Lo observa todo en silencio. Cuando ve que Maggie está a punto de terminar, comenta:

—Increíble.

—¿El qué?

—Es usted incluso mejor de lo que dicta su reputación.

Maggie debería estar por encima de comentarios halagadores como ese, pero la verdad es que no lo está. Puede que en el pasado lo hubiera estado, pero ahora no. Luego sutura y, cuando sale de la sala de operaciones, comprueba que el tiempo total que ha estado operando a Oleg Ragoravich ha sido de tres horas y quince minutos. No está mal. Maggie camina de un lado para el otro, tensa y emocionada. No ve el momento de volver a entrar. Sus ayudantes enseguida tienen preparada la sala de operaciones para el aumento de pecho de Nadia. Ivan Brovski ya está dentro para cuando ella llega. Igual que ha hecho antes, lo ignora. Y no es por malicia o porque le moleste su presencia. Sencillamente, Maggie está sumamente concentrada y no quiere que nada interfiera en su actitud. Si Brovski quiere mirar, que mire, pero ella no siente la necesidad ni de facilitarle la estancia ni de dificultársela.

Ella está concentrada. Concentrada en el momento.

En la mayoría de las cirugías, los aparatos de compresión neumática intermitente —imagina máquinas inflables que aprietan las piernas o botas de compresión de alta tecnología— se colocan en alguna de las piernas del paciente. Esto sirve para regular el flujo sanguíneo y prevenir una trombosis, o, hablando de nuevo para los profanos, para que no se formen coágulos. En el caso de Nadia, ya tiene colocada la almohadilla Bovie en la parte superior del muslo derecho. Digamos que esta almohadilla es, sencillamente, la toma de tierra que canaliza las corrientes eléctricas fuera del cuerpo del paciente.

Maggie habría preferido usar el método más innovador en lo referente al aumento de pecho, que consiste en usar la grasa del paciente. El problema es que Nadia no tiene la grasa suficiente para ello y el procedimiento habría dado como resultado un cambio demasiado sutil para lo que Nadia —o más bien Ragoravich— quería. En lugar de eso, Maggie va a utilizar unos implantes innovadores, apodados muy adecuadamente «ositos de goma», unos implantes de gel sólido conocidos por su capacidad para conservar la forma y por su consistencia realista. Si rajas un implante de silicona tradicional, el material se derramará como la miel; no es el caso de los ositos de goma, que son más sólidos.

La mayoría de las personas piensan que saben cómo funciona el aumento de pecho: el cirujano realiza una incisión, da forma a un bolsillo por detrás del músculo pectoral, coloca el implante en dicho bolsillo y, a continuación, lo centra por detrás del pezón. Y todo eso es así, pero, para llevar a cabo un mejor trabajo, debes atar a la paciente inconsciente a la mesa de operaciones para que, en un momento dado, puedas sentarla en la posición Fowler. Esa es, realmente, la única manera de evaluar la forma del pecho y asegurarse de que está bien colocado. Piénsalo. ¿Solo quieres que parezcan naturales cuando estés tumbada? ¿O también te importa el aspecto que tengan cuando estás sentada o caminando? ¡Pues eso! No elevar a la paciente hasta tenerla sentada por miedo a la posibilidad de que se produzcan una serie de problemas hemodinámicos que se han ido descartando estudio tras estudio es, en opinión de Maggie, una negligencia.

El enfermero instrumentista pulsa el botón de la mesa de operaciones, lo que hace que Nadia —ya atada— se incorpore.

Maggie coge los diferentes implantes y se aparta para determinar cuáles son más simétricos y apropiados para la complexión de Nadia. Maggie cuenta, tal y como le dijo Brovski, con tres tamaños entre los que elegir. El doctor Deutsch, su mentor en este procedimiento, le explicó que, en caso de duda, ponga el implante más grande porque, una vez pasado el posoperatorio, casi todas las mujeres a las que había operado le decían que ojalá se hubieran puesto un implante mayor. Maggie lo tiene en cuenta, pero también cree, aunque puede que equivocadamente, que Nadia está siendo ligeramente coaccionada para hacerse la operación. En cualquier caso, al final, Maggie considera que el implante de los trescientos centímetros cúbicos, el más pequeño, es el que proporciona una mejor estética, así que es el que decide implantar.

En un momento dado, Ivan Brovski se marcha sin decir adiós. Maggie se pregunta por qué, pero tampoco le da mucha importancia porque lo que está haciendo nada tiene que ver con eso. Lo que está haciendo solamente tiene que ver con la paciente y con el procedimiento.

Unos pocos minutos después, Maggie termina con las suturas y da un paso atrás.

Se acabó.

Solo que para nada se ha acabado.

El enfermero instrumentista apaga la UEQ, la unidad electroquirúrgica, y, a continuación, retira la almohadilla Bovie del cuádriceps superior derecho de Nadia.

Y eso lo cambia todo.

Maggie se queda de piedra y siente que su mundo empieza a caer en espiral.

—¿Doctora?

Nadia tiene un tatuaje en la pierna. Maggie se inclina para verlo mejor.

El tatuaje es de unos estridentes colores naranja y púrpura. Se trata de una serpiente como de dibujos animados con un halo y una sonrisa tontorrona que está guiñando el ojo.

—Doctora McCabe, ¿está usted bien?

Maggie solo ha visto otro tatuaje como ese en la vida.

En la pierna de Marc.

Maggie no puede moverse.

El enfermero instrumentista insiste:

—¿Doctora?

Maggie por fin aparta la vista del tatuaje y mira a Nadia a la cara. Tiene los ojos cerrados. Aún tienen que pasar entre treinta y cuarenta minutos para que despierte y puedan hablar. Maggie se siente atraída de nuevo por el tatuaje.

Es imposible que sea una coincidencia.

Maggie piensa en el tatuaje, en cuando Marc le contó que se lo había hecho en unas vacaciones de primavera en la universidad y en lo mal que se le daba aguantar la bebida —cosa que era cierta—, en cómo sus amigos lo habían emborrachado —aunque había sido culpa suya, Marc lo admitía— y lo habían llevado al Barrio Francés. También se acuerda de que, mientras le contaba la historia, casi podías ver el cielo nocturno de Nueva Orleans y sentir esa densa humedad criolla, ver los viejos edificios de ladrillo, y en cómo había acabado en un pequeño salón de tatuajes y en que sus amigos lo

habían provocado porque ninguno pensaba que lo haría y en cómo el tatuador, que estaba borracho o colocado o algo peor, había cogido un rotulador y había dibujado la serpiente en cuestión de segundos y después —el tatuador se llamaba Agent o algo así— había cogido la máquina y «¡ja, ja, ya está bien de bromas!», solo que nadie estaba de broma y la hostia cómo le dolió a pesar de estar borracho y que, cuando despertó, toda la zona del tatuaje estaba roja y Marc pensó que podría estar infectado...

¿Cómo es posible que Nadia tenga el mismo tatuaje?

—¿Doctora?

Maggie levanta la vista. Es el anestesista:

—¿Cuánto tiempo seguirá dormida la paciente? —le pregunta Maggie.

—Una hora.

Maggie asiente y vuelve su atención hacia el enfermero instrumentista:

—¿Dónde está el doctor Brovski?

—Se ha marchado a media cirugía.

—¿Sabe dónde ha ido?

—Puede que haya ido a ver cómo está el señor Ragoravich.

Maggie ni lo duda, sale a toda prisa de la sala de operaciones y enfila por el pasillo. En la esquina está la sala de posoperatorio. Se detiene de golpe después de entrar en la habitación de recuperación de Oleg Ragoravich.

Está vacía.

No puede ser. Maggie busca al enfermero encargado de la sala. No, tampoco está allí.

«¿Dónde coño está Ragoravich?».

Debería estar aquí todavía. El plan era mantenerlo en la sala de recuperación unas pocas horas, como poco, antes de llevarlo a su dormitorio.

Entonces, ¿dónde está?

Da lo mismo. Al menos, en ese instante. Lo que Maggie quiere en ese momento es dar con Brovski y conseguir que le devuelva el móvil. Quiere hablar con el bot de duelo. Quiere que el Marc de la IA le explique cómo coño es posible que la amante de veinticuatro años de un oligarca ruso tenga el mismo tatuaje caricaturesco de «Serpents and Saints» que él.

El palacio tiene trabajadores por todos lados, pero, de repente, Maggie es incapaz de dar con nadie. Pasa por la enorme piscina cubierta, que está completamente vacía, a oscuras, húmeda, lo que vuelve a recordarle la historia de Marc acerca de lo húmeda que es la noche en Nueva Orleans. Maggie aún lleva la bata puesta. El calor de la piscina es agobiante. Se arranca la mascarilla quirúrgica, que llevaba medio bajada, y se quita el gorro, y tira ambas cosas en una papelera.

Cuando sale por el otro lado de la piscina, se encuentra en el pasillo por el que Ragoravich la llevó ayer nada más llegar. «Vaya, ¿solo ha pasado un día?». Sí, fue ayer cuando le enseñó la sala de las *Mona Lisas*.

La puerta de la sala en cuestión está abierta de par en par.

Maggie acelera tanto el paso para llegar hasta allí que casi parece que esté corriendo. Cuando se asoma al umbral, ve que en la pared hay tres cuadros idénticos, solo que son óleos de flores silvestres.

Allí no hay ninguna *Mona Lisa*.

«Pero ¿qué...?».

No hay tiempo para preocuparse por eso ahora. Maggie sigue por el pasillo. Deja atrás las obras falsas del Museo Gardner y se fija en que una de ellas, el Vermeer, ya no está.

Allí está pasando algo.

Maggie no tiene claro qué hacer cuando oye un grito a voz en cuello:

—¡Doctora McCabe!

Maggie se vuelve. Es Ivan Brovski.

—¿Adónde va? —le pregunta—. ¿Por qué lleva la bata todavía?

Maggie se dirige hacia Brovski y empieza a subir las escaleras. El hombre muestra una expresión seria y eso a Maggie no le gusta.

—Necesito el móvil.

—No puedo dárselo. Ya le explicamos que parte del trato consistía en que no podría comunicarse con...

—Pero es que no voy a comunicarme con nadie.

Ivan Brovski la mira.

—En ese caso, ¿para qué lo necesita?

—Eso no es asunto suyo.

La voz del hombre se vuelve suave:

—Sabe que no es realmente él, ¿verdad?

—Vaya, ¿no me diga?

—Es un apoyo insano. No lo necesita.

—Lo que no necesito son los consejos sobre salud mental del lacayo de un oligarca. Por favor, devuélvame el móvil.

Otro hombre —Maggie se da cuenta de que se trata de uno de los guardias de seguridad de anoche— se acerca a toda prisa hasta donde está Brovski. El hombre es grande y tiene la cabeza gigantesca y rectangular; es como si alguien hubiera dejado caer un

bloque de hormigón entre sus hombros. El hombre mira a Maggie con cara de desagrado, como si un perro se hubiera cagado encima suyo, y le susurra algo a Brovski al oído. Brovski cierra los ojos como si estuviera exhausto. Luego, ladra lo que Maggie interpreta como una orden en ruso. Bloque de Hormigón asiente —tiene que ser complicado cuando no tienes cuello— y va a toda prisa hasta otro hombre enorme con un traje negro que no le queda bien.

—¿Qué está pasando? —pregunta Maggie.

—Es hora de que se marche, doctora McCabe.

—¿Cómo dice?

—El helicóptero llegará en una hora.

—Pero si acabo de realizar las operaciones.

—En una hora debería darle tiempo de ducharse y cambiarse.

—Ya se lo dije antes, he de seguir la evolución de los pacientes durante...

—No, no es necesario. Ya estoy yo aquí. Disponemos de nuestro equipo. Las operaciones han sido espectaculares. Como ya le he dicho, es usted incluso mejor de lo que uno supondría por su reputación. Le contaremos al doctor Barlow lo satisfechos que estamos con sus servicios y, ahora, si me disculpa...

—Quiero mi móvil.

—Se lo daré cuando se vaya.

Maggie se siente confundida. ¿A qué viene tanta prisa? ¿A qué viene este cambio de actitud? Maggie no cree mucho en eso de las vibraciones, pero está claro que las vibraciones en este lugar han cambiado inesperadamente... y para peor.

—Oleg Ragoravich no está en la sala de posoperatorio —comenta Maggie.

—Eso no es asunto suyo.

Maggie mira la puerta principal. Dos hombres con traje negro que tampoco les queda bien salen acelerados.

—Háble me de Nadia.

Parece que a Brovski le moleste la pregunta.

—¿Qué quiere saber?

—¿De dónde es?

—No tengo ni idea.

—Vamos, Ivan, ¿y de mí lo saben todo?

—Porque usted es una doctora que hemos contratado por su discreción y habilidad. A usted tuvimos que investigarla.

—¿Y no han investigado ustedes a la chica del jefe?

—Exacto. Ragoravich nos pidió que no lo hiciéramos y no lo hemos hecho.

Más hombres con traje negro corriendo de aquí para allá.

—Tengo que irme.

—¿No va a contarme lo que está pasando?

—Es que no está pasando nada. Dúchese y cámbiese. Le llevaré el móvil a su dormitorio. Luego podrá irse.

Entonces es Brovski quien se marcha apresurado. Maggie no tiene claro qué hacer. Ese tatuaje tan llamativo en la pierna de Marc y en la de Nadia... No se le va de la cabeza, y no puede evitarlo. Una parte de ella quiere seguir a Brovski y exigirle su móvil, pero está claro que él no está dispuesto a ceder a ese respecto.

¿Qué debería hacer?

Ante todo, permanecer calmada. Pensar. Esbozar un plan.

Como Nadia sigue inconsciente, Maggie decide que lo mejor es que se dé una ducha rápida y se cambie. Si le están diciendo en

serio que se tiene que marchar en una hora —y, desde luego, no parece que estén de broma—, ¿tan malo es? Brovski tiene razón, en realidad, este tipo de cirugías son bastante rutinarias. El equipo le ha parecido competente durante el posoperatorio y, si algo va mal, seguro que son capaces de encargarse de ello.

Entonces, ¿por qué no volver a Estados Unidos lo antes posible?

Porque antes de nada quiere saber qué pasa con ese jodido tatuaje.

«Paso a paso. Tienes que hacer tu trabajo. Dúchate, cámbiate y vuelve a toda prisa al ala médica para dar con Oleg Ragoravich, aunque es probable que ya lo hayan llevado a su dormitorio. Comprueba que está bien y, para entonces, seguro que Nadia ya se estará despertando».

Maggie se apresura hacia su dormitorio, abre el grifo del agua caliente y entra en la ducha en cuanto se ha hecho vapor. Es curioso, hasta la ducha le produce una punzada de nostalgia. Esto había sido parte de su antiguo ritual —la ducha posterior a la operación— y ha echado de menos esta sensación, el ligero cansancio, la satisfacción del deber cumplido, que su mente se fuese alejando de la operación, el leve umbral entre su vida profesional y lo que fuera que la esperase —Marc— después de acabar. Sí, vale, solo es una ducha, pero que los pocos restos de sangre y tejido —el día de trabajo— vayan desapareciendo en espiral por el sumidero siempre ha sido parte de su ceremonia de purificación.

La ducha, además, es un buen lugar, puede que el mejor, para pensar, así que Maggie intenta dar con una explicación racional sobre que Nadia tenga el mismo tatuaje que Marc.

No se le ocurre ni una sola.

Necesita más información. Así de sencillo. Tiene que preguntárselo a Nadia cuando despierte y también al bot de duelo cuando recupere el móvil. Ha de preguntárselo a ambos.

Respira hondo varias veces.

Maggie se pone ropa cómoda y se dirige a la puerta. Cuando la abre, Bloque de Hormigón está justo delante, como si fuera una segunda puerta. Maggie intenta pasar, pero el hombre no se lo permite.

—Por favor, déjeme pasar.

—Usted queda —dice el hombre con un fuerte acento ruso.

—Tengo que ir a ver cómo están mis pacientes.

—Queda.

El hombre la mira a los ojos cuando habla y a Maggie no le gusta lo que ve. No hay enfado u odio en ellos, ni siquiera decisión; es más como... como un vacío. Como si carecieran de vida. Como si estuviera mirando un archivador.

Maggie es consciente de que tiene pocas opciones, ninguna de ellas buena, pero prueba con la más sencilla de todas. Piensa en los partidos de fútbol americano que jugaban en el jardín de atrás cuando era pequeña. Le encantaban, en especial los de Acción de Gracias. Su madre, una ferviente seguidora de los New York Jets, jugaba de lanzadora. Se le daba muy bien imitar a los lanzadores de la NFL, gritando cosas sin sentido. Aunque no veloz, Maggie siempre ha sido rápida. Eso la hacía peligrosa en aquellos partidos. Por estúpido que parezca en ese instante, con Bloque de Hormigón cerniéndose sobre ella, Maggie finge que va a ir hacia la izquierda, como un corredor de fútbol americano. Bloque de Hormigón mueve

el cuerpo para bloquearle el paso, pero Maggie se impulsa con el pie izquierdo y sale corriendo de forma explosiva por el lado derecho.

Maggie no sabe si será capaz de correr más que Bloque de Hormigón, lo duda, pero en este momento lo ha puesto en una posición bastante incómoda, porque la única manera de detenerla es utilizando la fuerza física, y eso es muy diferente a simplemente impedirle el paso. Bloque de Hormigón va a tener que salir a la carrera detrás de ella para agarrarla o hacerle un placaje. Pero Maggie podría resistirse y eso lo obligaría a él a llevar la situación a un nivel muy diferente.

Maggie espera que Bloque de Hormigón no quiera llegar hasta ese punto.

El hombre duda y Maggie sigue corriendo.

—¡Vuelvo enseguida, se lo prometo! —le grita mirando hacia atrás —. ¡Tan solo quiero asegurarme de que mis pacientes están bien!

Maggie ve que los engranajes del hombre se mueven, incluso a pesar de esos ojos sin vida que tiene. Es evidente que está sopesando los pros y los contras. O utiliza la fuerza física o la deja ir. Si lo hace, que sea lo que Dios quiera. Será ella la que tenga que lidiar con las consecuencias.

La cuestión es que bajo ningún concepto va a subir Maggie a ese helicóptero sin haber hablado con Nadia.

Maggie se vuelve y gira a toda prisa por el pasillo.

Bloque de Hormigón no la sigue. Al menos, no todavía. Maggie mira en un momento dado por encima del hombro. No, el hombre no ha echado a correr detrás de ella. De todas formas, Maggie sabe que hay muchos más guardias de seguridad vestidos con traje negro por la casa, y puede que Bloque de Hormigón ya haya contactado

con alguno de ellos para que la intercepte. No tiene sentido preocuparse por eso ahora. Lo mejor es no pararse. La única manera de que la detengan, no obstante, va a ser usando la fuerza.

Y duda mucho que vayan a hacerlo.

«Piensa». Ahora no. «Piensa».

Lo cierto es que, ¿qué opciones tiene?

Maggie pasa por delante de la estancia de las *Mona Lisas*. La puerta vuelve a estar cerrada. Por delante ve a tres hombres con traje negro corriendo hacia ella. La realidad la golpea de inmediato: da igual el entrenamiento de combate cuerpo a cuerpo de que dispone, es imposible que se deshaga de los tres.

Al mismo tiempo, no va a dejar que la cojan sin oponer resistencia.

Se prepara.

Sin embargo, los tres hombres giran de pronto y salen corriendo en el sentido contrario.

«¿Qué demonios está pasando?».

Maggie cruza corriendo la zona húmeda de la piscina y no tarda en llegar al ala médica. Entra en la habitación de Oleg Ragoravich. Sigue estando vacía. Se dirige dos puertas más allá, a la habitación donde debería estar Nadia. La puerta está cerrada. Llama una vez, por costumbre, y echa mano al pomo. Lo gira y empuja la puerta con miedo a que Nadia se haya desvanecido.

Pero no, allí está.

La joven yace en la cama, con los ojos medio cerrados de esa manera que Maggie ha visto centenares de veces. Maggie siente que el corazón le late a toda velocidad. Se relaja, se concentra en respirar, entra en la habitación. Allí no hay nadie más.

«¿Dónde diablos está el equipo de apoyo?».

Cuando Maggie cierra la puerta, Nadia se estremece. Maggie espera. Nadia empieza a parpadear, a abrir los ojos. Maggie ve un vaso de agua y coge una pajita que hay al lado.

—Tome —le dice a Nadia—. Sorba.

Maggie le pone la pajita entre los labios y la joven sorbe.

—¿Cómo se encuentra?

—Atontada —consigue decir la joven.

—Es normal.

Maggie ha cambiado automáticamente a «modo médico». Comprueba los signos vitales de Nadia y los puntos. Todo normal. Nadia está empezando a espabilar. Maggie se da cuenta de que la joven la mira. Siempre le ha resultado curioso cómo reaccionan los diferentes pacientes a los médicos. Algunos apartan la vista. Otros los miran con reverencia, o con preocupación, o incluso con desconfianza, como si pretendieran desentrañar qué está pensando realmente el médico frente a lo que está dispuesto a admitir.

Maggie oye a alguien que pasa corriendo por delante de la puerta. Un grito masculino en ruso. Maggie no entiende lo que dice, pero está claro que hay pánico en el tono de voz. El tiempo no juega a su favor, y Maggie lo sabe. Se sienta en el borde de la cama, junto a Nadia. Le parece que de esa manera es más personal. Menos intimidatorio.

—Quiero hacerle una pregunta —empieza.

Los ojos de Nadia son azules, grandes y preciosos.

—¿Ha salido algo mal? ¿La operación...?

—No, no, todo está bien. La operación ha ido de maravilla.

Nadia mira a Maggie y espera.

—Mientras la operaba...

Maggie no tiene claro cómo preguntárselo. Coge la sábana e intenta apartarla para dejar al descubierto la pierna de Nadia. Error. Nadia se sacude, se encoge y sujeta la sábana para impedir que Maggie la levante.

«Tírate a la piscina».

—Tiene usted un tatuaje en la parte superior del muslo derecho.

Maggie ve una especie de destello breve en esos ojos azules.

—¿Lo ha visto?

Maggie nota miedo en la voz de Nadia.

—Sí.

—No lo entiendo. Mi pierna estaba cubierta. Se suponía que usted solo iba a trabajar en el pecho.

—Lo he visto al final, cuando he acabado la operación. Cuando el enfermero ha retirado la almohadilla Bovie.

A Nadia le cambia el gesto. Parece aterrada.

—Tranquila, no pasa nada —le dice Maggie intentando tranquilizarla—. No pretendía... —Se queda callada y prueba de nuevo—: ¿Podría decirme dónde se lo hizo?

Nadia cierra los ojos y niega con la cabeza.

—Por favor. Es importante.

—¿Por qué?

Maggie tiene que aprovechar.

—No es la primera vez que veo ese diseño.

—¿A qué se refiere?

—Por favor, Nadia, dígame dónde se lo hizo. ¿Por qué tiene usted ese tatuaje?

Nadia levanta un poco las piernas como si pretendiera protegerlas.

—¿Nadia?

—Déjeme en paz.

—Tengo que irme dentro de poco.

—¿Cómo dice?

—Está pasando algo. No consigo dar con Ragoravich y quieren que me marche. Por favor, Nadia, tiene que contarme lo del tatuaje.

—Pero ¿por qué? —En las palabras de Nadia parece que haya cierto tono de acusación—. ¿Dice que ya ha visto el tatuaje antes?

—Sí.

—¿En otras jóvenes? ¿O en chicos?

—No, en alguien a quien quería muchísimo.

Nadia parpadea.

—No la comprendo.

—Nadia, por favor, dígame dónde se lo hizo.

La voz de la joven suena como un témpano:

—Ya lo sabe.

—¿Cómo? No, por supuesto que no lo sé.

—Ese ser querido, ¿también donó un riñón?

—No. ¿Por qué me pregunta eso?

—Porque es cuando me hicieron a mí el tatuaje.

Maggie pone cara de sorpresa.

—¿Cuando donó el riñón?

La joven asiente.

—El hombre me anestesió para la operación, y cuando desperté me faltaba un riñón y en la pierna... —Se encoge de hombros en vez de acabar la frase.

Maggie intenta que no se le note el horror que siente reflejado en su rostro.

—¿El tatuaje estaba en su pierna?

—Sí.

—¿Se lo hicieron mientras estaba anestesiada?

La joven asiente.

—¿Y no lo había visto nunca antes?

Los ojos de Nadia se llenan de lágrimas.

—¿Nadia?

—Era su marca.

—¿La marca de quién?

—Más agua, por favor.

Maggie le pone la pajita entre los labios. Nadia levanta la cabeza para sorber. Cuando acaba de beber, deja caer la cabeza sobre la almohada.

—Mi madre me explicó que su abuelo acostumbraba a marcar los camellos —dice Nadia—. Siempre lo hacía en el lado izquierdo de la cara. Siempre. De esa manera, sabía a qué tribu pertenecía. El hombre nos marcaba siempre en la parte superior del muslo derecho, donde nadie del pueblo lo vería. —Nadia hace un gesto de dolor e intenta incorporarse—. ¿Quién más lo tenía?

—Ya se lo he dicho. —A Maggie le da vueltas la cabeza—. Un ser querido.

—No.

—¿No?

—Eso no es suficiente. —Ahora, el tono de voz de Nadia es duro, rayando en el enfado—. ¿Qué ser querido?

Maggie siente que tiene la boca seca. La joven tiene razón, eso está claro. Tiene todo el derecho del mundo a saberlo.

—Mi esposo.

—¿Él también donó un riñón?

—No, era cirujano.

Nadia mira a Maggie a los ojos.

—¿Fue él quien me operó?

—¡No! —responde Maggie a toda prisa.

—¿Y cómo está tan segura?

Maggie se queda callada. Se siente perdida.

—¿Dónde está su marido?

—Está muerto. —Maggie oye su propia voz y la nota monocorde, como en la distancia. Luego, añade—: Lo mataron.

Nadia no se muestra sorprendida:

—¿Lo asesinaron ellos?

La pregunta desestabiliza a Maggie. Es una pregunta rara, ¿o no?

—¿Por qué considera que fueron varios?

—¿Quién lo mató?

—No lo sé.

Nadia sacude la cabeza. Maggie siente frío por dentro.

—¿Por qué dice que no? —le pregunta a la joven.

—Porque está usted mintiendo.

—¿Cómo?

—Lo veo en sus ojos. ¿Quién mató a su esposo?

Maggie no tiene claro cómo responder a la pregunta.

—Marc estaba en una misión humanitaria en una zona de guerra. El campamento en el que estaba lo tomaron unos milicianos con rifles y machetes. Fue una matanza y lo...

Maggie no puede seguir.

—Pero ¿cómo murió?

—¿Cómo dice?

—Ha dicho que llevaban rifles y machetes.

—Pues no lo sé. —La voz de Maggie es suave—. Espero que una bala acabara rápido con su vida, pero... —Vuelve a quedarse callada. No hay razón para decir nada más al respecto.

Silencio.

—El cirujano —empieza a decir Nadia con la mirada calmada—, el que me quitó el riñón, era blanco. Lo llamaban «Snake». No supe por qué hasta que vi el tatuaje. —La joven mira hacia otro lado—. No fue amable.

Y, entonces, Nadia añade:

—Trace.

Maggie se queda rígida.

—¿Cómo ha dicho?

—Había un hombre. Alguien lo llamó Trace.

—¿Era el cirujano?

Nadia niega con la cabeza.

—No, él intentó impedir que me quitaran el riñón.

La puerta se abre de golpe.

Al otro lado están Ivan Brovski, Bloque de Hormigón y un enfermero. Los tres miran la cama. Maggie sigue la mirada de los tres hombres y ve que Nadia ha cerrado los ojos y que está fingiendo que sigue inconsciente. El enfermero entra en la estancia y comprueba el pulso de Nadia.

Brovski coge a Maggie por el brazo.

—¡Suélteme! —le grita Maggie, que tira y consigue liberarse.

Entre dientes, Brovski le pregunta:

—¿Qué está haciendo usted aquí?

—Ya se lo he dicho, quería comprobar el estado de mis pacientes. Estaba esperando a que Nadia despertara.

—¿Y por qué ha cerrado la puerta?

Antes de que a Maggie se le ocurra una mentira, Brovski continúa:

—Da lo mismo. Nadia está en buenas manos. Vámonos.

—¿Dónde está Ragoravich? —pregunta Maggie.

Brovski no muestra ninguna intención de responder a la pregunta.

—Por favor, coja sus cosas. Es hora de que se vaya.

11

Ivan Brovski escolta a Maggie de vuelta a su dormitorio. Bloque de Hormigón los sigue unos pasos por detrás. Cuando Brovski le hace pasar a su dormitorio, Maggie va hasta la ventana y mira por ella. En la parte delantera de la casa hay más hombres con traje negro.

—Ivan, ¿qué está pasando?

—Nada que la concierna. Tome.

Maggie se da la vuelta. Brovski tiene la mano tendida.

Tiene el móvil en ella.

Maggie resiste la tentación de arrebatárselo. No quiere parecer ansiosa. Adelanta la mano y la cierra alrededor del aparato. Brovski no lo suelta. Se miran a los ojos.

—Para que lo sepa, hemos borrado la aplicación de su hermana.

El hombre se queda esperando una reacción, pero Maggie no le da esa satisfacción.

—Por precaución —añade Brovski—. Espero que lo comprenda.

Maggie sigue sin decir nada.

—Pronto estará usted en casa. Seguro que allí su hermana puede volver a instalarla.

Nada.

—Además, le queda muy poca batería. Pero no se preocupe, en el avión le dejarán un cargador.

«No se lo agradezcas. No le des esa satisfacción».

—¿Cuánto falta para que llegue el helicóptero?

—Diez minutos.

—Esta ropa pica. Voy a ponerme otra cosa para el viaje.

—Por supuesto.

Maggie va al cuarto de baño y cierra la puerta. El cuarto es lo que cabría esperar en un palacio como este: oro, mármol, mucha ornamentación. La mujer espera a oír que Brovski cierre la puerta del dormitorio. En cuanto lo hace, Maggie abre los grifos de la ducha y desbloquea el móvil.

Sí, han borrado el bot de duelo. O, al menos, el icono.

Maggie no sabe mucho de tecnología, pero está convencida de que los listillos de los expertos de Brovski no saben que Sharon programa sus aplicaciones de manera que no se pueden borrar si no es con reconocimiento facial, tanto de Maggie como de ella misma, y, además, hay que introducir una contraseña. Si alguien intenta borrar la aplicación —como los expertos de Brovski—, el icono desaparece de la pantalla, sí, pero en realidad lo que hace es trasladarse a una carpeta oculta.

Maggie pasa las pantallas, pincha en la aplicación de noticias, que en verdad no tiene nada que ver con noticias, y accede a la carpeta oculta.

¡Y *voilà*, ahí está la aplicación del bot de duelo!

A Maggie se le escapa una sonrisa. «Ay, Sharon, mi genio superprecavida...».

La mujer pulsa el icono y el Marc de la IA regresa.

—Hola —le dice el bot de duelo.

En efecto, al móvil le queda poca batería, alrededor de un diez por ciento. No hay tiempo que perder.

—Háblame de tu tatuaje.

—Yo diría que hemos hablado mil veces del tema, pero vale. Me lo hice en Nueva Orleans...

—Eso es mentira, Marc.

—¿Qué?

—Quiero que me cuentes la verdad.

El bot representa a la perfección la cara de perplejidad que ponía Marc. Bueno, si es que Marc se había mostrado perplejo alguna vez en la vida. Porque puede que estuviera actuando. Puede que todo fuera mentira.

«No, no hagas eso».

«No empieces a cuestionártelo todo acerca del hombre al que amabas».

—Quiero que me hables de tu tatuaje, Marc. No estoy enfadada ni nada por el estilo. Es probable que tengas tus razones para no habérmelo contado, pero eso fue en el pasado, y yo necesito saberlo ahora.

—Maggie, no sé de qué estás hablando.

—Acabo de ver a una mujer que lleva el mismo tatuaje que tú y en el mismo lado de la pierna que tú.

El Marc de la IA sonríe.

—Puede que se trate de una ex.

—¿Qué?

—Ya sabes, a modo de tributo. Alguien que no pudiera olvidarme. Venga, no te pongas celosa.

Maggie pone cara de incredulidad. La aplicación piensa que le está tomando el pelo.

—Aunque, en realidad —continúa el Marc de la IA—, se lo he enseñado a mucha gente. Ya sabes, cuando llevo pantalones cortos.

O en la playa o en sitios así. Siempre provoca risas, ya sabes que...

—Marc, es muy importante que me escuches. Estoy hablando en serio.

Sharon la había advertido a este respecto. Su hermana había creado un bot de duelo tan parecido al Marc de verdad que era muy probable que aquello que Marc no le hubiera contado, el bot de duelo tampoco lo haría. Su hermana le había explicado que, si el Marc de verdad le había mentido sobre algo en concreto, era muy probable que el bot de duelo también lo hiciera. «Si Marc no te decía que no le gustaba un vestido que te hubieras puesto para no herir tus sentimientos, el Marc de la IA tampoco lo haría. Es más, si hablamos más en serio, digamos que si Marc apostara en secreto o tuviera otra esposa en Akron o lo que fuera, algo que quisiera mantenerte oculto, pues el Marc de la IA también te lo ocultaría», le había asegurado su hermana.

Vamos, que si el Marc de verdad no le había contado la verdad sobre el tatuaje, el Marc de IA tampoco lo haría.

—Es un asunto de vida o muerte, Marc —insiste Maggie, porque considera que puede conseguir que ese ser artificial se lo diga. No Marc, porque, aunque es un duplicado de la hostia, eso es lo único que es, nada más—. ¿Por qué me mentiste con lo del tatuaje? Ya no importa. Es agua pasada. Harías lo que fuera para protegerme, ¿verdad?

—Por supuesto, Maggie, ya lo sabes.

—Pues háblame del tatuaje. Cuéntame la verdad.

—Estaba en la universidad. Fuimos a Nueva Orleans. Había bebido demasiado...

—La verdad, Marc.

—Esa es la verdad. Eran las vacaciones de primavera...

—Acabo de operar a una joven —lo interrumpe Maggie.

Al bot de duelo le cambia la cara. Ahora es el esposo y colega serio y concentrado que tan bien sabe escuchar y en quien tanta confianza tiene.

—Vale, cuéntame los detalles.

—Una mujer de veinticuatro años.

—¿Procedimiento?

—Aumento de pecho.

—Muy bien, ¿y?

—Cuando le he visto el cuádriceps superior derecho, resulta que tenía el mismo tatuaje de «Serpents and Saints» que tú. No algo parecido, no como el que tienen Porkchop y la peña, no, exactamente el mismo que tú. El mismo dibujo. Los mismos colores. En el mismo sitio del muslo.

El Marc de la IA niega con la cabeza y dice:

—Eso es imposible.

—Marc...

—En serio. Lo que me cuentas no tiene sentido. El tatuador de Nueva Orleans dibujó mi tatuaje y yo diría que estaba más perjudicado que yo. Y fue él quien me lo hizo.

—Marc, lo tiene en el muslo —contraataca ella intentando que la frustración no la lleve a gritar—. Es real. Lo he visto, Marc...

—Espera, ya lo tengo.

—Te escucho.

—Te están gastando una broma.

—No, no me están gastando ninguna broma.

—Tiene que ser eso. Ya verás, Maggie, seguro que ha sido Randi. Ella siempre hace chistes sobre el tatuaje, y le encantan las bromas.

Randi Edmunds era la enfermera instrumentista principal de Maggie.

—Recuerda aquella broma que hizo el día de los Santos Inocentes con lo de las corbatas y las batas. Tiene que ser cosa de Randi. Ha dibujado un tatuaje en la pierna de tu paciente para tomarte el pelo. Eso es típico de ella...

—¡Que no es ninguna broma!

Se está quedando sin tiempo. Maggie es consciente de ello.

—No ha sido Randi Edmunds. Ni siquiera está aquí. Por favor, Marc, es importantísimo que me cuentes la verdad.

Maggie oye que llaman a la puerta del dormitorio y que alguien entra. Instantes después, desde el otro lado de la puerta del baño, Ivan Brovski grita:

—¡Doctora McCabe!

La ducha sigue encendida.

—¡Perdón! —grita Maggie—. ¡Quería ducharme de nuevo! ¡Salgo en un minuto!

Hay una pausa. Luego Brovski dice:

—¡El helicóptero llegará en cinco minutos! ¡Por favor, dese prisa!

—¡Sí, vale!

Maggie deja caer la mano en la que tiene el móvil y se pregunta qué hacer a continuación. Entonces oye la débil voz de Marc saliendo del móvil:

—Maggie, ¿por qué estás con Ivan Brovski?

Maggie nota como si se le hubiera congelado la carne. Vuelve a acercarse el móvil para ver bien la cara del bot de duelo.

—¿Conoces a Ivan Brovski?

—Sí.

—¿De qué?

—Maggie, ¿dónde estás?

—En casa de un oligarca, en algún punto de Rusia.

—¿En casa de Oleg Ragoravich?

—Sí.

—¿Y qué haces tú ahí?

—Barlow me consiguió una operación muy bien pagada.

—¿Qué operación?

—El aumento de pecho del que acabo de hablarte.

—¿Solo eso?

—No, también le he hecho tres cirugías faciales a Ragoravich.

—¿Por qué las quería?

—No lo sé.

—Brovski ha dicho algo de un helicóptero, ¿no?

—He acabado de operar y me llevan de vuelta a casa.

—¿En un helicóptero?

—Sí.

—Maggie...

La mujer mira la pantalla de cerca, con atención. La actual expresión facial de Marc también la reconoce.

Marc está asustado.

—Busca la manera, pero no subas a ese helicóptero.

Maggie siente un escalofrío.

—¿Por qué no?

—Hay un pozo, una mina de hierro abandonada a unos tres kilómetros de ahí. Nadie sabe la profundidad que tiene, pero se

calcula que entre mil quinientos y dos mil metros.

—¿Y qué?

—Como subas a ese helicóptero, te tirarán a ese pozo.

—Marc...

—No conoces a esa gente.

—¿Y tú sí?

—Le has hecho unas operaciones faciales a Ragoravich para cambiar su aspecto, Maggie. No pueden dejar que vivas. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Vuelven a llamar a la puerta del baño y Maggie se sobresalta.

—¡Venga, doctora McCabe! —grita Brovski—. ¡Estoy perdiendo la paciencia!

—Maggie, tienes que huir de ahí.

12

La alerta sobresalta a Sharon.

Es tarde, hace tiempo que cualquiera se habría ido a la cama, pero Sharon sigue despierta. Pero eso no es raro, porque necesita muy pocas horas de sueño, o al menos duerme muy pocas horas. Su cabeza tiene tendencia a estar siempre funcionando a mil por hora. Es complicado apagarla. Alguien le sugirió la meditación, pero solo pensar en dejar la mente en blanco o en apagar el cerebro o lo que sea que los idiotas utilizan para describir algo tan horripilante le provocaba tal ansiedad que Sharon acababa al borde de un ataque de nervios. Además, no se lo traga. Pedirle a un ser humano que deje de pensar es como pedirle que detenga el latido de su corazón. No puede hacerlo. Simplemente, no puede. Y Sharon lo entiende mucho mejor que la mayoría. La mayoría de las personas son capaces de controlar sus pensamientos de una u otra manera. O experimentan fatiga mental o agotamiento.

Sharon no.

Ha estado leyendo una novela en la silla que tiene en el dormitorio. Cole está en la cama. Es curioso, porque es capaz de leer revistas científicas, manuales y libros técnicos a una velocidad de vértigo, pero las novelas las lee despacio, disfrutando de ellas, asegurándose de que cada escena cobra vida a todo color en su pensamiento. Y eso es lo más cercano que puede conseguir a

apagarse: distraer a su cerebro con ficciones en vez de con resolución de problemas.

Sharon se incorpora cuando oye la alerta. En su punto de libro aparece una reproducción del *The Sheridan Theatre* de Edward Hopper. Es su cuadro favorito. El punto de libro se lo compró Maggie en el Museo Newark cuando fue a visitarlo en mayo. Sharon coloca el punto de libro de Hopper entre las páginas noventa y dos y noventa y tres, cierra el libro y se levanta.

Su cerebro es un aparato que emite un zumbido constante, como si se sobrecalentara, algo que le hace la vida insoportable en muchos aspectos. Provoca, por ejemplo, que a los hombres les resulte imposible estar con ella. Tad lo intentó. Al final, no funcionó. Su... Estaba pensando en la palabra «enfermedad», pero ¿se trata de una enfermedad? Es complicado saberlo. Hoy en día todo es considerado una enfermedad. Te tiembla la pierna: te hacen un diagnóstico de la hostia. Sharon no se lo traga. ¿Estará en el espectro autista o algo así? Sin duda. ¿Importa? No lo tiene claro. Pero así es ella, y su «enfermedad» —llamémoslo así por ahora— acabó haciendo que Tad se marchara. Sharon no había contado con que se amargaría. Aquello la había sorprendido. En cualquier caso, Sharon sabe —pero no de una manera patética, necesitada o lastimera— que resulta imposible quererla. Es una madre, una hija y una hermana decente. Podría ser una amiga bastante buena. En cambio, su enfermedad hace que no sea digna de tener un compañero de verdad o de que la amen.

Vale, pues que así sea.

La alerta suena de nuevo y le pone los nervios de punta. Sharon es una persona cautelosa. En este negocio has de serlo. Todo

programa o mejora de IA que crea tiene puertas traseras y trampas de seguridad, incluso los que ha hecho para el Gobierno —en especial esos—. Así puede destruir los programas en cualquier momento, puede ver si alguien ha intentado manipularlos...

Y también puede saber si alguien ha intentado borrarlos.

Y eso —Sharon lo ve de inmediato en cuanto enciende el portátil para comprobar el estado de las alertas— es lo que acaba de pasar.

Alguien ha intentado borrar el bot de duelo del móvil de Maggie.

Eso no es bueno.

No hace falta ser un genio para darse cuenta de ello. Sharon había hecho lo que Maggie le había pedido. Hasta ese momento, Sharon había respetado el deseo de privacidad de su hermana. Maggie había ido a Nueva York para ver a Evan Barlow, quien le había ofrecido a Maggie una especie de trabajo muy bien remunerado pero secreto, y su hermana le había dicho que no podía contarle nada más porque eso violaría lo de la LPRSM y las cláusulas de privacidad. Vale, de acuerdo. Sharon entendía la situación. Había aceptado el golpe de buena suerte financiera que habían tenido, aunque estaba convencida de que eso tendría algún precio, que deberían pagar antes o después.

¿Había llegado ese momento?

Desde luego, alguien ha intentado borrar el bot de duelo.

Y es imposible que haya sido Maggie. Porque ella sabe que no puede hacerlo sola. Sharon había pensado detenidamente en ello. Ella diseña todas las aplicaciones y los programas de forma que la única manera de alterarlos, manipularlos o borrarlos completa o parcialmente, sea con su ayuda. Se había preguntado si eso de testar el bot de duelo había sido un error. La potencia de dicho bot

en concreto es, a un tiempo, fascinante y destructiva, pero claro, si te paras a pensarlo, eso mismo sucede con todos los inventos que producen algún impacto.

No hay ningún descubrimiento que no tenga consecuencias.

Los inventos no son sino lo que los seres humanos deciden hacer con ellos.

Ante todo, Sharon es una científica. Lo ve todo desde esa perspectiva y, una vez más, eso hace que sea fría en muchos aspectos. Aun así, Sharon recuerda de pronto el largo cuerpo de Tad en el sofá, recuerda cómo el hombre se ponía detrás de ella y la abrazaba, el mismo hombre que ahora la odia y quiere destruirla.

Vale, pues que así sea.

Puede que no debiera haber presionado a Maggie con lo del bot de duelo. Sharon había llegado a la conclusión racional de que ayudaría a su hermana a lidiar con el dolor. Ahora bien, ¿de verdad había sido eso lo importante frente a su cegadora ansiedad por llevar más allá el progreso científico? La muerte de Marc había sido tan repentina, tan brutal, tan sorprendente, que vivir la transición con una IA experimental podría reconfortar realmente, o a esa conclusión racional había llegado ella. En cualquier caso, Sharon debería haberle dado a Maggie la opción de borrar la aplicación por sí misma.

Ahora, mirando la alerta, Sharon se pregunta cuál será la razón para que alguien haya intentado borrar el bot de duelo de Maggie. No se le ocurre ninguna, pero hay una cosa que está más clara que el agua: Maggie está en apuros.

Ivan Brovski grita desde el otro lado de la puerta:

—¡Es hora de irse!

Maggie mira el bot de duelo y cierra el mando de la ducha.

—¡Tengo que coger algo de ropa del armario! ¡Nos vemos abajo!

Silencio durante unos segundos que se hacen eternos.

—¡La espero en el pasillo! ¡Por favor, dese prisa!

Maggie espera hasta que oye que se cierra la puerta del dormitorio. Se asoma.

Brovski se ha ido.

Desde la aplicación, el bot de duelo le dice:

—Voy a enviarte el enlace a un número de teléfono. Llama.

—Aquí no hay servicio. Lo tienen bloqueado.

—Lo sé.

—¿Qué? Entonces, ¿has estado aquí?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Aléjate unos centenares de metros de la casa y deberías poder llamar.

—¡Pero, joder! ¿Por qué no me dijiste que...?

—No hay tiempo para eso ahora, Maggie. Te envío el número.

Maggie comprueba la pantalla. No reconoce el número de teléfono, pero ¿acaso importa? ¿Cómo va a llamar? ¿Y qué sucederá cuando lo haga? Ivan Brovski está justo al otro lado de la puerta. ¿Qué pretende, sorprenderlos de nuevo saliendo a todo correr del dormitorio y marcharse del palacio?

Necesita un plan.

Prueba las ventanas. No están bloqueadas. Maggie está en un tercer piso, pero solo hay una pequeña caída desde la ventana de la

esquina hasta el tejado lateral. Está nevando. Mira en el armario. No hay ningún abrigo. Ve una sudadera. Se la pone. No va a ser suficiente. Hace demasiado frío.

Pero ¿qué otra cosa puede hacer?

Se acabaron las dudas.

Maggie abre la ventana y una ráfaga de viento frío la empuja un paso hacia atrás. Cierra los ojos y pasa las piernas al otro lado del alféizar. Las zapatillas se apoyan sobre el tejado de pizarra mientras sale del todo por la ventana y la cierra.

«¡Por Dios, qué frío hace!».

El suelo, exceptuando la parte que está calefactada, está cubierto de nieve. Maggie se pregunta cuánto tiempo tendrá hasta que Brovski empiece a llamar a la puerta. Supone que no mucho.

Tiene que ponerse en marcha.

Por la parte delantera de la casa no puede ir, hay demasiados hombres con traje negro de aquí para allá. Tiene que encontrar otra manera. El viento le muerde la cara. No puede permanecer fuera demasiado tiempo. El frío no tardará en acabar con ella.

Tiene que moverse.

Un plan se empieza a dibujar en su cabeza. Bueno, no es exactamente un plan, pero casi. Más bien es el boceto desesperado de una idea imposible.

«Ve a la parte trasera de la casa».

La pizarra está resbaladiza y, en un momento dado, Maggie resbala y casi se cae del tejado antes de que le dé tiempo de ponerse de nuevo de pie. Se agacha y empieza a avanzar lo más rápido posible, medio deslizándose, hacia la parte de atrás del

palacio. Aunque le tiembla la mano, mira el móvil y ve que le queda un cuatro por ciento de batería.

«Mierda».

Pulsa llamar. Nada. Vuelve a pulsar llamar y se guarda el móvil en el bolsillo; necesita ambas manos para mantener el equilibrio.

Intenta recordar el extraño paseo que Oleg Ragoravich le dio por la casa.

Se sorprende de nuevo al pensar en que solo ha pasado un día desde entonces.

Hace demasiado frío. Debería volver. Puede que el bot de duelo esté equivocado. Puede que Brovski y Ragoravich no pretendan hacerle ningún daño. Ha hecho el trabajo para el que la han contratado. Hay gente que sabe que está aquí. Pero, cuando lo piensa mejor, se da cuenta de que solamente hay una persona que realmente sabe que está aquí: Evan Barlow. Entonces, si desapareciera, si de verdad la tiraran de un helicóptero a un agujero profundísimo en algún bosque de Rusia, ¿qué sería de ella? ¿Diría algo Barlow?, y, aunque lo hiciera, ¿qué? ¿Qué podría demostrar?

Pero el bot de duelo se lo ha dejado claro: le ha hecho una cirugía facial a Oleg Ragoravich. ¿Para qué? Nada de lo que le ha hecho va a mejorar su aspecto, de eso Maggie se dio cuenta de inmediato. Estaba claro que pretendía esconderse, cambiar de identidad. El tipo de cirugía que le ha hecho engañaría a cualquier programa de reconocimiento facial en, por ejemplo, un aeropuerto o una frontera.

Pero ¿por qué iban a querer matarla?

Maggie se resbala cuando está llegando al borde del tejado y a punto está de caerse. Se apoya con todas sus fuerzas contra el

canalón para impedir la caída. Se sienta en el tejado, con las piernas colgando. Mira hacia abajo.

Está demasiado alto para saltar, incluso con los bancos de nieve.

Tiene que haber alguna manera de bajar.

Ve una escalera de incendios a la derecha.

«¡Perfecto!».

Se acerca a ella arrastrándose sobre el trasero. Cuando ya la tiene al alcance de la mano y la toca, aparta la mano de golpe. El metal está tan frío que piensa que las manos podrían pegársele a la escalera.

—¿Doctora McCabe?

El viento se lleva casi del todo las palabras, pero Maggie tiene claro que se trata de Ivan Brovski.

No tiene otra alternativa. No la hay.

¿Rendirse? ¿De verdad esa es su mejor opción?

Brovski la llama por su nombre de nuevo. Está en la ventana por la que ha salido ella:

—¡Maggie!

Maggie se tumba en el tejado. Le cuelga la cabeza por el borde. Mira hacia abajo. No hay nadie. Mira hacia la derecha. Nadie. Mira hacia la izquierda...

Dos hombres con traje negro. Están armados.

«Pero ¿qué diablos está pasando?».

Maggie oye como alguien arrastra sus pies por detrás de ella.

Alguien más ha salido al tejado. Vienen a por ella.

Ahora ya sí que no tiene alternativa. Se baja los puños de la sudadera de manera que le cubran las manos, salta a la escalera y

empieza a bajar. Si su memoria y su sentido de la orientación no la engañan, ahora mismo está en la zona de la piscina.

¿Cuál es el plan?

Se le ha pasado por la cabeza volver a entrar en la casa y buscar un lugar en el que esconderse. El palacio es gigantesco y tiene multitud de estancias. Es probable que tardaran mucho tiempo en dar con ella. No obstante, recuerda que el sitio está lleno de cámaras de seguridad. No va a poder ir a ningún lado sin que quede registrado y luego vayan a por ella.

Incluyendo, probablemente, el tejado.

Lo único que puede hacer es seguir adelante.

Se le ocurre una idea. Es una estupidez. Es un pensamiento desesperado. La cuestión es que, si la piscina está donde le parece que está, allí también tendría que estar... ¡Sí!

La pasarela de cristal está justo donde ella pensaba que estaría.

Maggie va por el tercer peldaño cuando ve la gran pila de leña.

«Bien».

Eso puede ayudarla. Sigue bajando por la escalera. Cuando está a mitad de camino, levanta la vista.

Bloque de Hormigón la está mirando desde arriba.

Maggie abre los ojos de par en par al ver que el hombre saca una pistola. Luego la apunta con ella. Ambos se miran a los ojos y Maggie se da cuenta por esa expresión trivial en su mirada, casi de aburrimiento, lo que está a punto de pasar.

Bloque de Hormigón va a dispararle.

No va a advertirla con un grito. No va a ordenarle a voces que se detenga, que se rinda, ni nada de eso.

Sencillamente, va a apretar el gatillo.

Maggie lo ve venir. Para cuando oye el disparo, ya se ha tirado de la escalera. Cae hacia atrás. La bala silba al lado de su pierna y rebota en un escalón por debajo de ella. Maggie no ha tenido tiempo de mirar hacia abajo antes de saltar, así que no sabe cuánto hay de caída ni dónde va a caer. Intenta recoger las piernas y abrazarlas, pero el impacto es fuerte.

El impulso la lleva a rodar por la nieve. El frío le muerde con fuerza la piel expuesta y casi la paraliza.

«Sigue moviéndote».

Es curioso. Cuando ha abierto la ventana del dormitorio se ha preguntado cuándo entraría en juego su entrenamiento militar, cuándo se apoderaría de ella la calma, cuándo notaría que tenía el pulso bajo control, cuándo actuaría con frialdad, distanciándose de la situación de forma analítica.

Nada de lo que le enseñaron la ha preparado para esto.

Y aun así...

Aun así, el entrenamiento militar ya ha hecho acto de presencia, solo que sin anunciarse. Porque es parte de ella. No, aquí no hay nada de rutina ni repetición. No, no la entrenaron para escapar de la mansión de un oligarca saliendo por una ventana a un tejado nevado. Sin embargo, Maggie nota como si el tiempo se hubiera ralentizado. Aquí está, con un hombre disparándole desde un tejado, congelándose en la nieve y sin tener nada que se parezca siquiera a una estrategia, a un plan.

Valiéndose de la inercia de la caída tras haber rodado, Maggie se pone detrás de la gran pila de leña de un salto justo en el momento en que oye otro disparo. Cuando ves a alguien disparar una pistola en la tele, parece un arma de lo más precisa. Pues no lo es. Bloque

de Hormigón está a unos doce o quince metros de Maggie, con el viento soplándole en la cara, con el frío castigando la mano con la que dispara.

Le va a costar ser preciso.

Él también se da cuenta de ello. Maggie ve cómo el hombre saca el móvil para pedir refuerzos. Eso le da la oportunidad de realizar su siguiente movimiento. Coge un leño. Está congelado. Pero ¿lo suficiente? Enseguida va a descubrirlo. Maggie va a toda prisa hacia la pasarela de cristal por la que Ragoravich la llevó cuando le hizo la visita por la casa. En uno de los paneles de cristal hay una rajita. Eso podría servirle de ayuda. Maggie echa hacia atrás el leño y golpea la rajita con todas sus fuerzas.

El cristal se rompe.

Maggie no mira hacia atrás. No mira hacia arriba. Una bala impacta cerca y se rompen más cristales, que le caen sobre la cabeza. Maggie se agacha, se cubre la cabeza y salta a través del cristal que ha roto hasta la pasarela. Acto seguido, gira a la izquierda y se oye otro disparo. Por el rabillo del ojo, Maggie ve a un hombre con traje negro que dobla la esquina y corre hacia ella. Maggie es consciente de que el tipo se acerca, pero eso no va a hacer que cambie de plan.

Lo único que tiene que hacer es correr ella también.

La puerta de la exposición de coches está abierta. Maggie entra a todo correr y la cierra. La estancia está completamente a oscuras. Así estaba también cuando Oleg Ragoravich la llevó allí. Oleg había encendido un interruptor que estaba a la izquierda. Maggie lo busca y lo pulsa. Las luces se encienden de golpe y son tan potentes que resultan cegadoras. Maggie no se protege los ojos.

No hay tiempo para eso.

Busca el interruptor que abra la enorme puerta del garaje. Su plan es muy simple. Oleg Ragoravich tiene una colección de coches. El tipo le ofreció dar una vuelta, lo que quiere decir que al menos uno de ellos tiene la llave en el arranque.

Pues ese es el plan: abrir la puerta del garaje, conseguir un vehículo y salir quemando rueda.

Maggie encuentra el interruptor y lo pulsa. La puerta tiene una altura de dos pisos y, en un momento dado, empieza a partirse como el mar Rojo. Hace muchísimo ruido y se mueve demasiado despacio. Maggie se pone en marcha. Sabe que los hombres con traje negro no tardarán en entrar.

Una voz le grita algo en ruso.

Es muy probable que le esté diciendo que no se mueva. Maggie se vuelve y ve a uno de los hombres con traje negro apuntándola con una pistola. Su cerebro zumba buscando una solución, pero mientras lo hace, Maggie se percata de algo interesante.

El hombre del traje negro no dispara.

¿Por qué? Bloque de Hormigón le disparó. Y este mismo también le disparó cuando estaban en la pasarela de cristal.

¿Por qué no dispara ahora?

Y entonces cae en la cuenta. Oleg Ragoravich adora estos coches. Son muy caros, valen millones de dólares cada uno. Es probable que los tipos con traje negro consideren que la tienen atrapada, así que no es necesario arriesgarse a disparar y causar daños a algo tan valioso.

Eso le proporciona el tiempo que necesita.

Maggie sigue por entre los coches, agachada y tan rápido como puede, hasta que llega al Ferrari. La siguen dos de los hombres con traje negro. Maggie no consigue abrir la puerta a la primera, pero luego la abre y se desliza por el asiento del conductor. Uno de los hombres ya ha llegado hasta allí y coge la manija de la puerta justo cuando ella está empezando a cerrarla. Maggie no deja de intentar cerrar la puerta con la mano izquierda. Con la derecha, arranca el coche. El hombre no suelta la manija de la puerta. Maggie se esfuerza para que no la abra y para que no entre. Este tira y afloja la está dejando sin fuerzas.

El coche ya ha arrancado, pero no es automático. Es un coche antiguo con el cambio manual, mediante una palanca de cambios. Maggie no ha conducido un coche así desde que tenía dieciocho años. Su padre le enseñó a hacerlo. El hombre del traje negro tira con fuerza de la puerta y parece que va a conseguirlo. Además, se acerca uno de sus compañeros. Es imposible que Maggie consiga resistir contra ambos. Sigue sujetando la puerta con la mano izquierda e intenta meter la marcha con la derecha.

No lo consigue.

El del traje negro está ganando la batalla. Su compañero llega justo entonces y coge también la manija de la puerta. Maggie espera hasta que nota que los hombres están tirando con mucha fuerza y, sencillamente, suelta la puerta. Esta se abre de golpe y los dos tipos se tambalean hacia atrás y pierden el equilibrio. Eso es justo lo que Maggie esperaba. Uno de ellos, sin embargo, se recupera a toda prisa, estira la mano y la coge por el pelo.

Empieza a tirar para sacarla del coche.

Maggie deja la palanca de cambios, recoge los dedos y le pega un puñetazo con la mano en la entrepierna.

El hombre deja de sujetarla con tanta fuerza.

Maggie tira de la puerta para cerrarla. Ahora consigue meter la marcha, pisa el acelerador y arrastra al hombre unos metros antes de que caiga al suelo.

Las puertas del garaje no se han abierto lo suficiente como para que pase con el coche. No importa. Embiste con el Ferrari por el hueco que hay y empuja las puertas de madera, causándole estragos a la pintura del Ferrari.

Por un segundo parece que las puertas van a aguantar, pero enseguida saltan en añicos y permiten el paso del coche.

Ha salido.

Maggie siente algo similar a la euforia. ¡El plan ha funcionado! Casi al instante, una bala rompe en pedazos el parabrisas trasero. Maggie se agacha. El frío entra en el coche de golpe. Aún con una mano en la palanca de cambios, Maggie gira el volante con fuerza hacia la izquierda. Otra bala pasa zumbando cerca de su cabeza, impacta en el parabrisas delantero y rompe una parte.

¿Y ahora qué?

«Tú pisa el acelerador a fondo».

Y es lo que hace. Por delante de ella ve a otro hombre con traje negro que la está apuntando. Dirige el coche hacia él y se agacha. El hombre se tira a un lado.

Maggie oye disparos, pero ninguno alcanza al coche o a ella.

¿Y ahora qué?

Consulta el móvil.

¿Hay suficientes barritas?

Vuelve a pulsar el botón de llamada. No hay razón para seguir mirando. Ha de limitarse a pulsar el botón y a esperar que la llamada se conecte.

Ve que la verja delantera está cerrada. ¿Podrá atravesarla con el coche? No lo cree. El coche es viejo y pequeño, y la verja da miedo, parece construida para proporcionar la mejor de las seguridades. Delante de ella hay otro hombre con traje negro y con una pistola en las manos.

Maggie gira hacia la derecha y coge una carretera que asciende por la falda de una colina.

Ahora la sigue un todoterreno negro.

«¡Mierda!».

Otro disparo.

Al Ferrari le explota una rueda.

La mujer da un volantazo, pero no deja de pisar el acelerador. El Ferrari aún tiene mucha potencia. Maggie pisa el acelerador a fondo. El coche colea. Lo poco que quedaba del parabrisas delantero acaba de romperse del todo. El viento se le mete en los ojos a Maggie. Apenas puede mantenerlos abiertos.

El todoterreno negro sigue persiguiéndola. Maggie se ha quedado por completo sin rueda. Conduce sobre la llanta. Suena otro disparo.

Maggie nota que algo se rasga en su hombro.

Se acabó. Parte de ella es consciente de ello. Ya no puede hacer nada para controlar el coche. Deja de pisar el acelerador, intenta pisar el freno, pero o es su pie el que no responde o es el coche.

El Ferrari se sale de la carretera. Maggie cierra los ojos y no ve la caída, pero la siente. Vuelve a pisar el freno. Gira el volante. No

sucede nada. La velocidad no disminuye. El descenso continúa hasta que el coche choca contra un árbol.

El Ferrari no tiene cinturones de seguridad —aunque a Maggie tampoco le habría dado tiempo de ponérselo—. No hay nada que la sujete para mantenerla dentro del vehículo. Maggie siente que su cuerpo se eleva y sale disparado por entre los restos del parabrisas delantero. Pedacitos de cristal le arañan la piel antes de que se golpee contra algo duro.

Maggie nota que su cuerpo se queda completamente flojo. Todo la abandona. Todo se vuelve frío, muchísimo, un frío tan profundo y duro como no había sentido en la vida.

Y entonces, todo se vuelve negro y no nota nada más.

13

Porkchop extiende las impresiones sobre la barra. Sharon está a su lado. Están en el Vipers for Bikers. Son las ocho de la mañana. El año pasado, Porkchop empezó a abrir el establecimiento para ofrecer desayunos. Los llama «Desayunos pisando a fondo», en el que hay especiales como el «Levántate y pilota», el «Frenazo del motero» y la especialidad de la casa: las «Tortitas parada técnica». Lo de los desayunos ha resultado un éxito entre los turistas.

—Vale —empieza Porkchop—, explícame lo que estoy viendo.

—Resulta que creé y patenté una aplicación beta UX para el móvil de mi hermana.

—Vale.

—Contiene ciertas características entre las que se cuentan el efecto Doppler, las CDR, el GPS, la triangulación...

—Sharon —la detiene Porkchop.

—Dime.

—¿Lo que quieres decir es que puedes dar con Maggie?

—Sí. No. Bueno, podría. Mi hermana no te explicó lo que es capaz de hacer mi nuevo programa, ¿verdad?

Porkchop se queda mirándola.

—Sabes que no tengo teléfono inteligente, ¿verdad?

—Por eso he venido en el primer tren de la mañana.

—Ya, lo siento...

—Entonces, ¿mi hermana no te ha hablado de la aplicación?

—Es que a mí esas cosas me suenan a chino.

Sharon asiente.

—Aunque, claro, entiendo que no lo hiciera —dice Sharon, pero más para ella que para él.

—¿Qué quieres decir?

—Es que... —Sharon niega con la cabeza—. Da igual, no importa. Lo que cuenta es que la aplicación está en su móvil y que es una aplicación importante para ella. Y para mí. Además, puede que algún día valga muchísimo dinero. Mi hermana vino a verte cuando fue a visitar al doctor Barlow, ¿verdad?

—Sí.

—Y luego aceptó un trabajo. Algo muy lucrativo. De repente, mis deudas habían desaparecido por completo.

Porkchop asiente.

—Lo sé. La llevaron en avión a algún lado.

—A Rusia. A una región remota cerca de Guelendzhik, al norte del mar Negro.

—¿Eso te lo ha contado Maggie?

—No. Fíjate en las impresiones. Siguen su ruta.

—¿Tu aplicación es capaz de hacer eso?

—Sí.

—Sharon, no entiendo mucho de tecnología, pero ¿no deberías perder la capacidad de rastrearla cuando estuviera en el aire o no hubiera wifi o algo así?

—Si solamente usaras el wifi o servicios de móvil, sí, pero yo he podido mantener la aplicación activa gracias a que enlacé la frecuencia a un satélite OTB del Gobierno, un satélite de órbita terrestre baja que...

—Sharon.

—Vale, perdona. La cuestión es la siguiente: alguien ha intentado borrar la aplicación del móvil de Maggie... —Sharon levanta la mano para evitar que el hombre diga lo que está a punto de decir—. No, no ha sido Maggie, porque ella sabe que no habría podido hacerlo sola. La razón más racional es que alguien le haya cogido el móvil, no le haya gustado la aplicación y haya intentado borrarla.

—¿Qué tiene de especial la aplicación esa?

Ella duda.

—¿Sharon?

—No lo entenderías, y la verdad es que tampoco es importante. Lo que importa es que alguien ha cogido el móvil de mi hermana en contra de su voluntad.

—Así que Maggie está en algún apuro.

—Eso es.

—¿Puedes usar el OT o lo que sea para saber dónde está ahora mismo?

—Aquí es donde estaba ayer. He conseguido la imagen del satélite.

Sharon echa mano a las impresiones y pasa la que está más arriba.

Porkchop estudia la nueva hoja.

—Doy por hecho que el punto rojo es ella.

—Eso es.

—Pero solo veo árboles.

—Lo sé. He tenido que agrandar la imagen y he visto carreteras, pero no sé qué edificio puede haber allí porque está bloqueado.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que es un sitio en el que vive alguien rico y poderoso que no quiere que su casa se vea vía satélite, que quiere permanecer oculto.

Porkchop se queda callado.

—Por otro lado, ayer a las 2:13 hora local —continúa Sharon—, alguien que entiende mucho de tecnología encontró la manera de superar el reconocimiento facial de mi hermana y accedió a su móvil. Cuarenta y ocho minutos después, alguien intentó borrar mi aplicación beta registrada. La he diseñado de manera que la persona que intente hacerlo crea que lo ha conseguido, pero en realidad no es así. Eso activó una alerta que me sonó a eso de las tres de la madrugada.

—¿Qué más sabes?

—Que más tarde han vuelto a reinstalar la aplicación.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé. Puede que los expertos sean más competentes de lo que pensaba y hayan dado con la manera de hacerlo. O puede que mi hermana haya recuperado el móvil. No lo sé. La zona esa tiene un inhibidor de la señal con que funcionan los móviles. Vamos, mi hermana no pudo usar el teléfono desde que llegó allí. No se permiten llamadas ni salientes ni entrantes. No se pueden enviar o recibir mensajes. No hay wifi ni acceso a internet.

—¿Pero tu aplicación sigue funcionando?

—Sí, porque usa satélites OTB. Por eso soy capaz de rastrear el móvil. La mayoría de la gente piensa que, si no tienes wifi o servicio, no te pueden rastrear, pero no es así. Aunque un móvil esté apagado, se puede rastrear. —Sharon agita las manos—. Pero voy al grano.

—Sí, eso me ayudaría.

—Alguien cogió el móvil de Maggie. Consiguió entrar en él. Luego intentó borrar la aplicación. Eso hizo que me saltara una alerta. Varias horas después, el móvil, que estaba en una zona en la que su funcionamiento estaba bloqueado, salió de esa burbuja el tiempo suficiente como para hacer una llamada.

—¿Y a quién llamó Maggie?

—No sabemos si fue mi hermana, pero es un número de teléfono lituano. Uno de esos diseñados para que sean imposibles de rastrear.

—Vale, ¿y dónde está ahora el móvil de Maggie?

—Esa es la cuestión, que ya no consigo dar con él.

—¿Quiere decir eso que se ha quedado sin batería o que está apagado o algo así?

Sharon niega con la cabeza:

—No, apagado no. Ya te he dicho que, a pesar de estar apagado, un móvil se puede rastrear.

—¿Entonces?

—Pues que alguien ha debido destruirlo.

Tal y como hace la mayoría de las mañanas, el doctor Evan Barlow se despide de Hector, el portero de su edificio de apartamentos de la Quinta Avenida, entre la calle Sesenta y uno y la Sesenta y dos, y entra en su Mercedes Maybach.

En la esquina de la manzana, dos hombres montados en motocicletas lo observan. Uno de ellos es un tipo bajo al que sus amigos apodan Pinky. El otro es Porkchop.

Porkchop asiente y ambos siguen al coche. No se acercan mucho, pero no es que a Porkchop le importe que puedan verlos. Cuando llegan como a unas seis manzanas de las oficinas de Cosmética Barlow, a Porkchop le queda claro que ese es el destino del doctor, así que no ve razón alguna para seguir al vehículo justo detrás. Pinky y él aceleran, buscan aparcamiento y esperan dentro del enorme vestíbulo del edificio.

Por supuesto, hay seguridad. Hoy en día, ningún edificio de la ciudad de Nueva York carece de seguridad. No obstante, casi todos los guardias de la mayoría de los edificios te dejan en paz siempre que permanezcas en la planta baja y no te quedes mucho rato. Si intentas coger el ascensor es cuando la seguridad entra en acción, las placas, los pases, las identificaciones...

Cinco minutos después, el coche de Barlow aparca delante de la puerta. El hombre baja del vehículo y entra en el vestíbulo. Porkchop no se lo piensa dos veces. Se acerca a Barlow por detrás y le da unos golpecitos en el hombro de forma que el gesto puede parecer amistoso desde lejos, pero lo hace lo bastante fuerte como para que los golpecitos resulten intimidatorios. Barlow se sorprende y se vuelve.

—¿Se acuerda de mí? —le pregunta Porkchop.

Barlow entrecierra los ojos mientras mira al viejo motero de arriba abajo, pero solo durante un segundo. Sí, se acuerda. Aun así, Porkchop añade un elemento para facilitarle la tarea.

—Estuvo usted en la boda de mi hijo.

—Sí, me acuerdo. Se hace llamar usted «Meatloaf» o algo así.

—No me toque los huevos, Evan.

—¿Qué es lo que quiere?

—Tenemos que hablar.

—Tengo la mañana hasta arriba.

Porkchop le pasa el brazo por el hombro y por el cuello. Como dos buenos amigos.

—No voy a tardar mucho.

Barlow se sacude el brazo de Porkchop y tensa los hombros.

—No me da usted miedo.

—¿No?

—No.

—¿Ni siquiera un poquito?

Barlow levanta la barbilla y saca pecho.

—Hay seguridad por todos lados.

Porkchop asiente y, acto seguido, le pega un puñetazo en el estómago al doctor. Poca cosa, para no llamar la atención. Cierra el puño cerca de la cadera y lo dispara a toda prisa. No necesitas mucha potencia para que un puñetazo así sea efectivo. Es más importante dónde lo das que la fuerza que le imprimas. Los nudillos de Porkchop golpean el plexo solar de Barlow, dejándolo sin aire. Barlow se dobla de dolor. El hombre tiene la boca abierta en un grito silencioso porque se ha quedado sin aire en los pulmones. Porkchop lo coge y lo acompaña hasta el suelo con cuidado. Pinky se pone delante de ellos, bloqueando la visión del guardia de seguridad.

—Tranquilícese —le susurra Porkchop—. Enseguida recuperará el aliento.

Nadie ha visto el golpe. Nadie se acerca a toda prisa. En parte, se debe a la rapidez y a la relativa calma con la que se ha movido Porkchop. Pero también a que nadie espera que algo así suceda en la planta baja de un lujoso rascacielos de Manhattan. Sea como

fuere, nadie reacciona en un primer momento, pero con Barlow en el suelo y esforzándose por recuperar el aliento, la situación acaba llamando la atención de uno de los guardias de seguridad, que se apresura hacia allí.

—Como le diga cualquier otra cosa que no sea que se encuentra bien —dice Porkchop con voz calmada—, necesitará usted un médico incluso mejor que usted para que le pongan bien la columna.

El guardia, un tipo muy delgado con la nuez marcadísima, llega y pregunta:

—¿Doctor Barlow?

—Se ha resbalado —responde Porkchop.

El guardia lo ignora.

—¿Doctor?

Barlow por fin recupera el aliento.

—Estoy bien, Darryl —consigue decir y, a continuación—: Necesito un pase de seguridad para mi amigo.

Darryl acaba haciéndole un pase también a Pinky. Usan el código de barras para cruzar por el torno de entrada y se dirigen a los ascensores. Los tres entran en uno de ellos. En cuanto lo hacen, Barlow salta:

—¿Qué es lo que quiere?

—Antes que nada, le pido disculpas —empieza Porkchop—, pero no por lo del puñetazo. El puñetazo se lo merecía. Le pido disculpas por lo de «necesitará un médico incluso mejor que usted». No puedo creer que haya dicho eso.

Pinky se muestra de acuerdo:

—Sí, muy mal por tu parte.

—Lo sé. Demasiado chulesco.

—Es que hasta el tono ha sido malo —añade Pinky al tiempo que niega con la cabeza, como decepcionado—. Esperaba más de ti, Porkchop.

—Sí, ya. A mí también me ha parecido horrible.

La puerta del ascensor se abre acompañada de una campanita. La ayudante de Barlow, la señora Tansmore, lo saluda en cuanto el hombre entra en la oficina. Porkchop, vestido de motero de pies a cabeza, le guiña el ojo y le besa la mano. Estas actitudes están pasadísimas de moda, pero a Porkchop siguen funcionándole. La señora Tansmore se sonroja.

—Me llaman «Porkchop».

—Me alegro de conocerle, señor Porkchop —responde la señora Tansmore.

—Seguro que el doctor nunca le ha contado que en su día formó parte de una banda de moteros.

—No, nunca me lo ha contado.

—Acostumbrábamos a meternos porque le gustaba demasiado el «bar», por su apellido.

A la ayudante de Barlow no parece gustarle el chiste. Pinky frunce el ceño y niega con la cabeza mirando a Porkchop. Luego, levanta ambas manos. Una de ellas la tiene cerrada, en la otra muestra dos dedos. Le está diciendo que van 0-2, que ya van dos chistes malos, dos *strikes*, y que con el tercero se va al banquillo.

Porkchop asiente.

—Tienes razón.

Porkchop sigue a Barlow hasta su despacho. Pinky se queda fuera, con la señora Tansmore, vigilando la puerta para que nadie entre o salga.

—¿Qué es lo que quiere? —le suelta Barlow a Porkchop.

Porkchop frunce el ceño.

—¿Podemos saltarnos esta parte?

—¿A qué se refiere?

—A la parte en la que finge que no sabe que estoy aquí por Maggie.

Barlow niega con la cabeza.

—No tengo nada que decirle.

—La contrató usted para un trabajo.

—¿Entiende que estaría violando la LPRSM?

—Sí.

—¿Sabe lo que es la confidencialidad entre médico y paciente?

—«Sí» a eso también. Venga, ¿quién la contrató realmente?

—Si Maggie quiere decírselo...

—Es que Maggie está en Rusia y tiene problemas.

Barlow parpadea.

—¿Qué le hace pensar que tiene problemas?

—Hace cuatro días viajó usted a Baltimore. Le dijo a Maggie que tenía una razón importante para ir a verla. Ella vino a Nueva York para reunirse con usted. De repente, todas sus deudas quedan saldadas. Se resuelve a su favor lo de la denuncia. Se sube a un avión privado en Teterboro y acaba en Rusia. Vale, lo pillo, es una especie de servicio quirúrgico a domicilio. Bien. Algo de lo que no se quiere que quede registro. Vale. No sé si eso es legal, pero me la pela.

—No voy a confirmar ni a negar...

—Evan, no me obligue a pegarle otra vez.

—Mire, Maggie está a salvo. Está bien.

—Tengo razones para pensar lo contrario, pero usted podría calmar mis miedos. Llame al cliente. Que se ponga Maggie.

—No puedo hacer eso.

—Maggie tiene problemas, Evan.

—¿Cómo lo sabe?

—Llame al cliente. Dígale que ha habido una emergencia y que tiene que hablar con ella.

—¿Cómo es posible que sepa que algo va mal?

—Dígale que tiene que hablar con ella un momento. Quiero asegurarme de que está bien.

—Sabe usted que Maggie me importa mucho, que fue mi mejor estudiante, que la adoraba. Yo era muy próximo a su madre.

—Sí, todo eso ya lo sé.

—¿Y de verdad piensa que haría algo que la pusiera en peligro?

—Como lo haya hecho... —Porkchop se queda callado—. Espere, no quiero soltarle otra amenaza cutre como las anteriores. Mire, se lo voy a decir claramente: como haya puesto en peligro a Maggie, lo voy a matar. No estoy seguro de cómo. Puede que lo lance por una de esas ventanas. Puede que lo estrangule. No lo sé y me da lo mismo. Perdí a mi hijo, ya está al tanto de eso, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Pues no pienso perder a Maggie también, ¿me ha entendido?

Barlow asiente.

—Estamos en el mismo bando.

—Bien. En ese caso, llame. Quiero oír la voz de Maggie.

Barlow se dirige a su escritorio y se sienta. Porkchop se sienta justo enfrente. El doctor desbloquea su móvil y busca entre los

números de teléfono. Llama a uno de ellos y pone el altavoz. No responden. Llama a otro. Lo mismo.

En un tercer número, contesta una voz seca, con una sola palabra:

—¿Qué?

Porkchop pega un salto. Ha reconocido la voz. Es el tipo que iba en el coche con Maggie.

—Soy Evan Barlow.

—Sí, lo sé, mi teléfono tiene identificador de llamada. ¿Qué quiere?

—Me gustaría hablar un momento con la doctora McCabe.

Silencio.

—¿Hola?

—No se puede poner ahora mismo. No vuelva a llamar.

El hombre cuelga. Porkchop obliga a Barlow a llamar de nuevo. El hombre no responde. Otra vez. Lo mismo.

—Cuéntemelo todo —le dice Porkchop a Barlow.

Barlow se levanta y empieza a pasear.

—¿Por qué está tan seguro de que algo va mal?

—Alguien ha destruido el móvil de Maggie.

—¿Cómo lo sabe?

—Mire, no quiero perder tiempo explicándoselo. Cuénteme lo que sepa.

—No es que sea algo raro. Es lo que usted ha dicho. A mí viene a verme gente increíblemente rica. Son personas que quieren lo mejor de lo mejor y la mayor discreción. Yo mismo he viajado en otras ocasiones. Para ver a un príncipe saudí una vez. Y a un hombre

riquísimo de Brunéi otra. Te llevan en su avión privado. Te pagan una fortuna. Nada queda registrado.

Porkchop asiente para que continúe.

—Siento mucho lo de su hijo. Coincidí con Marc en varias ocasiones. Era un cirujano brillante. Y también sé que, cuando Maggie y él estaban juntos... Ya me entiende, se notaba la conexión. ¿Sabe a qué me refiero?

Porkchop no se muestra empático.

—Así que, cuando Maggie perdió a Marc y luego perdió la licencia... Yo tan solo pretendía ayudarla. Ella también es una cirujana brillante. Seguro que ya lo sabe. Me pareció que sería una buena oportunidad para ella. Querían al mejor cirujano plástico que hubiera, costase lo que costase. Maggie necesitaba dinero y yo quería volver a meterla en el juego.

—¿Qué tipo de operación era?

—Cirugía plástica. Habría dos pacientes, así que al menos serían dos operaciones. A la pareja del cliente había que hacerle un aumento de pecho. El cliente en sí quería unos cambios faciales. Desconozco los detalles.

—¿Quién era el cliente?

Barlow niega con la cabeza.

—¿Por qué dice que no?

—Porque no lo sé.

—¿Cómo es posible?

—Forma parte de la discreción. Siempre tienen intermediarios.

—¿El del teléfono es el intermediario?

—Sí. Dice que se llama Ivan Brovski, pero dudo que sea su nombre real. Él es quien se puso en contacto conmigo y el que habló

con Maggie.

—¿Y no sabe usted para quién trabaja?

—No.

—Así que antes de enviar a un médico a la otra punta del mundo, ¿no estudia usted a su cliente?

Barlow no responde.

—Entonces, ¿cómo sabe si son legales?

—Ninguno de ellos es «legal» —suelta Barlow—. Esa es la cuestión. ¿Cómo quiere que los investigue? A mí me depositaron un millón de dólares en una cuenta en el extranjero por organizar la reunión y me depositaron otro cuando Maggie accedió a encargarse del trabajo. Esa es toda la investigación que necesito.

—Así que le pagan esas sumas para... ¿para que encuentre un médico que trabaje con discreción?

—Sí.

—¿Y eso es lo que ha pasado en este caso?

Silencio.

—¿Evan?

—No. Este caso ha sido un poco diferente.

A Porkchop no le gusta la manera en que Barlow parece querer escabullirse.

—Diferente, ¿en qué?

—Como acabo de decirle, la mayoría de estas personas extremadamente ricas confían en mí para que les proporcione cuidados médicos excelentes de la manera más discreta posible. Así es como funciona el asunto, y funciona bien para todos. A todos nos interesa mantener el asunto en la clandestinidad. Seguro que lo entiende.

—Bien, pero ¿qué ha habido de diferente esta vez?

Barlow abre la boca, la cierra, lo intenta de nuevo.

—En realidad, yo iba a sugerirles un cirujano. Un médico con el que ya había trabajado. Es un profesional excelente que vive aquí mismo, en la ciudad de Nueva York.

—Pero ¿no quisieron trabajar con él?

—Eso es. Querían que fuera Maggie McCabe.

—Pidieron específicamente que fuera ella.

—Sí.

—Entonces, no fue usted quien la recomendó.

—No. Ivan Brovski vino a verme y me dijo que necesitaban un médico, pero que sabían exactamente a quién querían.

—A Maggie.

—Eso es. Sus instrucciones eran muy concretas. Maggie era la doctora que querían. Punto. La cuestión es que sabían que yo era un buen amigo de la familia.

—Entonces, no recomendó usted a Maggie —insiste Porkchop—. Fue una trampa.

—No sé si lo llamaría trampa.

—¿Era el cliente, el oligarca o quien coño sea, quien quería que fuera Maggie quien lo operara?

—No, el oligarca no.

—Pues, ¿quién?

—Su pareja. Una mujer llamada Nadia. Ella fue la que pidió concretamente a Maggie McCabe. Solo se aumentaría el pecho si la operación la realizaba Maggie McCabe.

14

El final del sueño, si esto es un sueño, siempre es lo más doloroso.

Vuelve a estar con Marc. Por alguna razón, Maggie sabe perfectamente que Marc está muerto, pero acepta por completo que está vivo. No tiene sentido, es verdad, pero si te paras a pensarlo, en la mayoría de los sueños suceden cosas así, cosas que no tienen sentido. O puede que sea diferente esta vez. En otras ocasiones, era Marc el que venía a ella. Esta vez, podría ser —pero tampoco lo tiene claro— que fuera ella la que está yendo hacia él. De una u otra manera, Marc está allí. Están sentados ante una vieja mesa de madera en mitad de un viñedo. Hay dos vasos de vino tinto delante de ellos. Ninguno de los dos ha bebido. El sol se está poniendo, el cielo arde con un color anaranjado. Marc y ella están sentados el uno al lado del otro. Él está mirando el viñedo. Ella mira el perfil de él. No puede apartar la vista. Se enamoró de ese perfil. Es como el perfil de una moneda romana, solía bromear ella. A Marc le cae una lágrima por la mejilla. «Te prometo que tu vida será extraordinaria», le dijo Marc. Esas fueron las últimas palabras de los votos que él hizo cuando se casaron. Maggie recuerda lo sobrepasada que se sintió cuando le oyó decir aquello, allí, delante de todas sus personas queridas, de todas las personas que les importaban. Esa frase. Esa última frase. «Te prometo que tu vida será extraordinaria». «Joder», había pensado ella en ese momento. Le había parecido una frase tan magnífica que ella la había repetido al

final de sus propios votos: «Te prometo que tu vida será extraordinaria». No «feliz». No «satisfactoria». No «completa». «Extraordinaria». No iban a comprar una casa en las afueras y a trabajar en la sanidad privada y hacer lo que hacen los matrimonios de médicos, con 2,4 hijos y una barbacoa en el jardín de atrás y una canasta de baloncesto junto al camino de entrada. En su sueño, a Marc le corre una lágrima por la mejilla, como cuando habló el día de su boda. Sin embargo, esa lágrima fue de alegría. Esta no lo es. Maggie le coge la mano. Se da cuenta de que la mano es real. Lo siente. No podría sentirlo si esto fuera un sueño. Es de carne y hueso. Es la mano de Marc. Esto es la realidad. Marc está vivo. Entonces, ¿por qué se le encoge el corazón? Por fin Marc la mira y, en cuanto lo hace, deja de cogerla con fuerza. «¡No, no! Quédate. Estás aquí. Conmigo». Pero Marc empieza a marcharse. Maggie le coge la mano con más fuerza. Solo que la mano ya no está. Él sigue allí. La lágrima sigue en su mejilla. «Confórtalo. Ámalo lo suficiente como para que nunca se vaya». Maggie le pasa los brazos alrededor del cuello y tira de él. «¡No te vayas! ¡Por favor, Marc, quédate!». «Esto no es un sueño, es real». Solo que Maggie está empezando a despertarse. No hay nada más cruel. Maggie intenta desesperadamente volver a sumergirse en el sueño, quedarse, aferrarse a la vieja mesa de madera del viñedo. Porque Marc está vivo allí. Eso es lo único que importa. No obstante, algo está tirando de ella hacia la superficie. Se enfrenta a ello. Sabe, no obstante, que no puede ganar. Marc empieza a desvanecerse. Ella está en ese punto, ese extraño punto entre el mundo de los sueños y la consciencia completa. Nota la claridad, la terrible claridad... Esto es

solo un sueño y Marc sigue muerto. Y eso la destroza de nuevo. Siente que empieza a llorar. Y son lágrimas de verdad. Lo sabe.

Marc se ha ido. Marc está muerto.

Cuando Maggie abre los ojos, hay un hombre mirándola.

No es Marc, claro está. Es Charles Lockwood. El vividor del baile de Oleg Ragoravich.

—Está usted bien —le dice Lockwood—. Ha tenido un accidente de coche, pero ahora está bien.

El sueño desaparece por completo. Es fascinante y clemente que suceda tan rápido. Los únicos restos son las lágrimas que quedan en sus mejillas. Maggie abre la boca para hablar con Lockwood, pero no le salen las palabras.

—Tenga —le dice Lockwood—. Tome esto.

El hombre coge un vaso de plástico con un poco de hielo y le pone un poco de hielo en la boca. Maggie sabe bien para qué lo hace, porque quiere que tome agua, pero no mucha de golpe. Lockwood lleva la camisa, una camisa blanca, remangada sobre sus antebrazos musculados. Comprueba los signos vitales de Maggie. Ya no queda en él nada del vividor: ha aflorado el médico.

—No intente hablar todavía. Me basta con que dé un golpecito con el dedo para decir que «sí» y dos para decir que «no». ¿Recuerda el accidente?

Tardan un segundo, pero, entonces, los recuerdos de su huida entran a raudales: Maggie se ve abriendo la ventana, recuerda el frío intenso, el tejado, los disparos, el Ferrari. Está todo allí. Puede que enmarañado, pero está allí.

La han perseguido. Le han disparado. Querían matarla.

Ella ha intentado escapar. Algo la alcanzó en el hombro. Perdió el control...

Maggie da un golpecito. Lo hace con el dedo, pero prueba a asentir con la cabeza. El dolor que siente es mínimo.

—¿Cómo...? —consigue decir.

—Me llamó.

Maggie lo mira confundida.

—El número de teléfono al que llamó usted. Es nuestra línea de emergencia. Nos llamó y nos movilizamos a toda prisa.

«Línea de emergencia». Maggie intenta recordar. Su cabeza es un caos. El número de teléfono. El que le dio el bot de duelo. Cuando intenta hablar, Lockwood niega con la cabeza y le dice que es mejor que descanse. Ella, sin embargo, lo ignora e intenta una vez más liberar sus cuerdas vocales. Cuando por fin consigue pronunciar unas pocas palabras, suenan apagadas, lejanas:

—Usted conocía a Marc.

—Así es. Doy por hecho que fue él quien le dio mi número de teléfono.

¿Cómo responder a eso...? No puede. No puede, no. Maggie se limita a asentir.

—Tengo que contarle muchas cosas, doctora McCabe, pero necesito que tenga la cabeza despejada y para eso aún falta. Sí, lo sé, usted piensa que está lista, pero no lo está. —El hombre acerca la silla en la que está sentado—. No obstante, para empezar, tengo que saber qué hace usted aquí.

«¿Cómo explicárselo todo?».

—Tiene que decirme por qué estaba en casa de Oleg Ragoravich.

Lockwood espera. Maggie deja caer la cabeza sobre la almohada. Cierra los ojos.

¿Confía en él?

Desde luego, Marc —o el bot de duelo— le ha dado su número y le ha dicho que lo llame. Eso significa que, cuando estaba vivo, Marc confiaba en él. ¿No debería bastarle con eso? Puede. Sin embargo —aunque esto puede deberse a que la cabeza no deja de darle vueltas—, ¿cómo puede saber que lo que Charles Lockwood acaba de decirle, eso de que ha sido él quien ha recibido la llamada, es verdad? Todos han estado engañándola desde el primer momento, ahora es consciente de ello. Nada de lo que está pasando está ocurriendo por accidente o por mera coincidencia. Desde el momento en que el doctor Barlow se acercó a ella en la Johns Hopkins, Maggie se ha sentido como menos le gusta sentirse, sin control sobre lo que le pasa. Siente que la han manipulado, que le han mentido. Es como si estuviera nadando contra una corriente demasiado fuerte. ¿También Charles Lockwood forma parte de eso? ¿Le estará diciendo la verdad o él también estará mintiéndole?

Hay una manera de asegurarse: preguntárselo al bot de duelo.

Maggie chupa más pedacitos de hielo. Tiene una vía intravenosa en el brazo. Se mira durante unos segundos para ver en qué estado se encuentra, si tiene heridas. Hay zonas que le duelen, pero la verdad es que se siente bastante bien. Está a punto de preguntar a Lockwood acerca de sus heridas, pero es consciente de que, ahora mismo, él está concentrado en preguntar, no en responder. Cuando los pedazos de hielo se funden y tiene la boca lo bastante húmeda como para hablar, Maggie dice dos palabras:

—Mi móvil.

—¿Cómo dice?

—Necesito mi móvil.

—No le recomiendo que llame a nadie. Estarán vigilando a todas las personas cercanas a usted.

—¿Quién está vigilándolas?

Lockwood niega con la cabeza y se inclina un poco hacia ella.

—Maggie, présteme atención. Se lo explicaré cuando esté preparada. Porque hay mucho que explicar. Ahora mismo, sin embargo, y no sé cómo hacerle ver lo importante que es esto, tiene que decirme por qué estaba usted en casa de Oleg Ragoravich.

—Primero quiero mi móvil.

—No lo tengo. —El hombre se recuesta en la silla y se pasa una mano por el pelo—. Su... —Se queda callado y levanta la vista, como buscando la palabra en el aire—. Su extracción no fue sencilla. ¿Recuerda el accidente?

Maggie asiente.

—Una bala la hirió en la parte superior del hombro. Poca cosa. Por cierto, ¿siente dolor? Es lo primero que debería haberle preguntado.

—Estoy bien.

—Ese viejo Ferrari no tenía cinturones de seguridad y doy por hecho que carecía usted de parabrisas por los disparos. Es una suerte que no se golpease contra un cristal cuando se estrelló. Salió disparada y rodó por un barranco de difícil acceso. Eso es lo que la ha salvado. Los matones de Ragoravich no podían llegar hasta donde estaba en ese momento y pensaron que, si no estaba muerta ya, el frío acabaría de matarla. Ha sufrido usted quemaduras por frío, por cierto. Pero la suerte es que son leves. Aunque le dolerán un tiempo. La cuestión es que no consideraron que tuvieran que

darse prisa por llegar hasta usted. Ese barranco es impracticable con nieve. Pero eso precisamente nos dio tiempo para llegar a nosotros. —Mira hacia otro lado, parece que los ojos se le llenen de lágrimas —. ¿Recuerda el todoterreno que la perseguía?

Maggie asiente.

—Iban dos hombres en él. Los dos están muertos.

Silencio.

—Así que no sé dónde está su móvil. En el Ferrari, supongo. O en el barranco, no lo sé. No es importante. Ya le conseguiremos otro. Si está usted muy cansada como para responder a mis preguntas...

—No lo estoy.

—Vale. Entonces, usted tenía mi número para emergencias.

—Sí.

—Eso solo es posible de una manera, que Marc se lo diera antes de morir.

No había sido así, claro está, pero a Maggie le cuesta un mundo ponerse a explicar lo del bot de duelo en este momento.

—Y si fue él quien le dio el número, tiene que saber que puede confiar en mí.

Saber, saber, no lo sabe, pero tiene sentido. Además, ¿qué alternativa le queda? Ni siquiera sabe dónde está. Lo único que sabe es que Marc la advirtió de que Oleg Ragoravich o Ivan Brovski intentarían matarla y, en efecto, así ha sido, y que alguien, probablemente Charles Lockwood, quizá podría salvarla.

Entonces, ¿por qué no confiar en él? En alguien tiene que confiar.

—Me contrataron para hacer una cirugía plástica.

Charles Lockwood frunce el ceño al oír eso.

—¿A quién?

—A Oleg Ragoravich y a una joven llamada Nadia.

—¿Es la mujer con la que la vi hablando?

Maggie asiente.

—¿Cómo es que la contrataron a usted?

Maggie explica a borbotones lo de Evan Barlow, lo del aumento de pecho de Nadia, lo de las cirugías faciales de Oleg Ragoravich, que Ragoravich desapareció de la sala de recuperación, lo del pánico repentino que se había extendido por la casa, que habían intentado matarla... No dice nada del bot de duelo. Mientras habla, el cansancio acaba por apoderarse de su cuerpo. Tiene que hacer esfuerzos titánicos por mantenerse despierta.

—Sabe usted que no es coincidencia que la contrataran para este trabajo, ¿verdad?

Ahora sí que lo sabe, ¿no?

—¿Quién es usted?

—Me llamo Charles Lockwood, como ya le dije.

—¿Es agente de la CIA?

—Digamos que sí, soy algo parecido.

—¿Dónde estoy?

—A salvo. Y anticipándome a su próxima pregunta, lleva usted aquí dos días.

Dos días. Maggie vuelve a hundir la cabeza en la almohada. Quiere hacer un millón de preguntas, quiere permanecer despierta, pero no puede evitar que se le cierren los párpados.

—Lo que quiero saber... —Se queda callada.

—Lo sabrá todo. No tardaré en contárselo, pero, por ahora, una última cosa.

A Maggie se le han cerrado los ojos.

A oscuras, oye la voz de Lockwood.

—¿Dónde está Trace Packer?

—Puede que en Bangladés.

—No, en Bangladés no está. Trace ha desaparecido, Maggie, y creemos que esa desaparición podría ser intencionada.

—No le entiendo.

Y, entonces, Maggie se sumerge en la inconsciencia con la esperanza de regresar al sueño en el que estaba en el viñedo con Marc. De pronto, tiene la sensación de que oye a Charles Lockwood decir algo que no tiene el más mínimo sentido:

—Creemos que Trace está intentando encontrar a su esposo.

Maggie no ve a Charles Lockwood la siguiente vez que se despierta. Ni tampoco la siguiente a esa. Cuidan de ella dos mujeres que visten bata de hospital. Ambas son amables y silenciosas. Maggie va notando cómo recupera fuerzas. Les hace preguntas a las mujeres: «¿Dónde estoy?», «¿Dónde está Charles Lockwood?», pero, a pesar de las sonrisas, no responden a nada. Maggie no tarda en poder levantarse de la cama y dar paseos. Su recuperación podría parecer sorprendente, pero la verdad es que sus heridas han acabado siendo leves, nada grave. Le duele un poco donde le rozó la bala y también la cabeza por el golpe. Por lo demás, está ansiosa y tiene ganas de salir de allí.

Esa noche, Maggie despierta en esa especie de habitación de hospital sintiendo que hay alguien más con ella. Su vista se concentra lo suficiente como para ver una silueta humana y,

entonces, la cara empieza a enfocarse. Se trata de Charles Lockwood. Está mirando a la pared.

Maggie se dirige a él:

—¿Por qué me dijo que Trace está intentando encontrar a Marc?

Lockwood no se mueve.

—Marc está muerto —prosigue ella.

—Lo sé. —Charles Lockwood, que está sentado en una silla, se recuesta—. No debería haber dicho eso.

—¿Y por qué lo dijo?

—¿Cómo se siente?

—Con ganas de respuestas. Y las quiero ya.

Lockwood asiente. Los ojos de Maggie siguen ajustándose a la oscuridad. Ahora le ve bien la cara. La brillantez de su piel que vio en casa de Ragoravich ha desaparecido. Lockwood tiene arrugas en el rostro. Su pelo muestra algunas canas. Parece que esté cansado. Muy cansado.

—Tengo mucho que contarle, aunque, a decir verdad, no sé cuánto sabe ya. No sé cuánto sabía antes o cuánto descubrió después. —La mira a los ojos—. ¿Sabe quién es Eric Hoffer?

—No.

—Era un filósofo estadounidense. Tiene una cita que me encanta: «Toda gran causa empieza como un movimiento, se convierte en un negocio y, con el tiempo, degenera en un chanchullo». —Sonríe—. Es buena, ¿verdad?

Maggie no responde.

—La corrupción empieza por algo pequeño —prosigue Lockwood —. Mi tío era pastor. Tenía una parroquiana de lo más pía y una dulce viuda que le ayudaba con las cuentas y el presupuesto de la

iglesia, la señora Tingley. La mujer le había entregado la vida a aquella congregación. Le dedicaba muchas horas de trabajo. Una noche de esas en las que se quedaba a trabajar hasta tarde, le entró hambre y quiso comprar un sándwich. La cuestión es que había olvidado la cartera en casa. O al menos eso es lo que ella contó, pero quién sabe, ¿verdad? Bueno, la cuestión es que la señora Tingley pidió un sándwich a un restaurante de la zona y usó parte del cepillo de esa semana para pagar. Poca cosa. Comprensible. La cuestión es que volvió a hacerlo en otra ocasión. Luego, otro día, pidió dos sándwiches y le llevó uno a su hijo a casa. Nada más. Dos sándwiches. Diez años después, en la parroquia se dieron cuenta de que la señora Tingley había hecho un desfalco de casi medio millón de dólares.

—Doy por hecho que pretende llegar a algún sitio.

—En efecto, y supongo que ya sabe usted a dónde.

—¿Por qué no me lo dice sin más?

—Usted era la cara bonita de WorldCures Alliance. Disculpe, sé que era usted mucho más. La cuestión es que los medios la adoraban: la cirujana militar que había entregado la vida a ayudar a los pobres de zonas en conflicto. Es usted guapa y queda perfecta en cámara y, sí, todos sabemos que eso no debería importar, pero también sabemos que importa. —Lockwood acerca la silla—. ¿Por qué dejó WorldCures?

—Mi madre estaba muy enferma y volví a casa para cuidarla.

Lockwood la mira como si pensara que hay algo más.

—¿Nada más?

Silencio.

—¿Qué más sucedió, Maggie?

—¿Le llaman Charlie o Chuck? ¿O prefiere que le llame Charles?

—Casi todo el mundo me llama Charles.

—Genial. Pues bueno, Charles, no nos preocupemos por mí, ¿vale? Lo que tiene que hacer es contarme lo que está sucediendo.

—Me parece justo. —Entonces asiente—. Conoce usted la Fundación Kasselton.

—Por supuesto.

—Pero nunca trabajó con ella directamente, ¿no?

—No, nunca.

—Era el mayor donante de WorldCures.

—Eso creo, sí.

—La cosa fue más o menos así: un día, la Fundación Kasselton se pone en contacto con una nueva organización benéfica que busca fondos a la desesperada. En este caso, WorldCures Alliance. Puede que la llamaran a usted. Puede que llamaran a Marc o a Trace.

—Llamaron a Marc.

—Bien, llamaron a Marc. Él va a verlos para conseguir fondos. Puede que usted también fuera. No importa. Se quedan impresionados por su pasión y su presentación. Aseguran que están enamorados de su idea de utilizar unos tratamientos avanzados, de última generación, con refugiados y gente sacudida por la pobreza. Se ofrecen a hacerle a WorldCures una donación significativa, probablemente dividida en varias entregas. Como dijo Hoffer: empieza con una causa, y ustedes tenían una buenísima. La Fundación Kasselton iba a ayudarles a salvar vidas, así que, por supuesto, WorldCures coge el dinero. ¿Quién lo habría rechazado? Además, ninguno de ustedes sabía que la entidad estaba relacionada con Oleg Ragoravich por canales secundarios y empresas fantasma.

Y, aunque lo hubieran sospechado, ¿qué importancia tendría eso? Ragoravich no es sino un hombre de negocios. No es asunto de WorldCures cómo gana su dinero. Y, además, mejor que done su dinero a una causa que merece la pena como la suya a que lo utilice, no sé, para extender la corrupción o comprarse otro megapalacio. Hay muchas maneras de justificarse. Y, además, ¡ustedes no son sino una entidad sin ánimo de lucro que solo pretende hacer el bien! Así que cogen el dinero. Puede que todo empezase con un millón de dólares. «¡Dios mío!», piensan ustedes, la de pacientes que van a salvar con ese dinero. Y, en efecto, los salvan. Salvan ustedes vidas. Desarrollan nuevas tecnologías y técnicas médicas. ¡Es genial! Y entonces, puede que unos meses después, la Fundación Kasselton vuelve a ponerse en contacto con ustedes. Quieren realizar otra donación porque se han dado cuenta de que WorldCures tiene muchas necesidades. Tienen que contratar personal. Necesitan camiones y conductores y obreros y clips y camas y equipo médico y de todo lo que haga falta. ¿A ver si adivina quién tiene de todo eso que necesitan?

—La Fundación Kasselton —responde Maggie para que Lockwood siga hablando.

—En efecto.

—Un claro blanqueo de capital. ¿Eso es lo que me está diciendo?

—Sí, solo que más que claro, es turbio. Blanquear dinero puede parecer complicado, pero se lo voy a explicar muy fácilmente. Digamos que soy un criminal. Dono el dinero que he obtenido ilegalmente a una asociación sin ánimo de lucro. Esa asociación usa mi donación para adquirir productos y servicios legítimos de una compañía que me pertenece o que soy yo quien la controla. ¡Punto,

ya está blanqueado! Además, cargo de más por mis servicios. Porque, ¿quién va a darse cuenta? Puede que el alquiler de un camión sea de mil dólares por lo normal, pero a su organización benéfica le cargarán cinco mil. La cuestión es que el dinero se ha blanqueado. Vuelve a mí gracias a una organización benéfica respetada y usted, la organización benéfica altruista, sigue recibiendo un montón de dinero mediante mis donaciones. Por eso no se preocupa usted, porque, de hecho, le favorece no hacerlo. Sí, vale, puede que piense que el alquiler del camión es demasiado elevado, pero ¿qué más da? No es usted quien lo paga. A usted le está yendo bien. Si a alguien más también le está yendo bien, pues mejor para él, no es asunto suyo. Es una situación en la que todos ganan, siempre que no se pare a pensarlo.

—¿Y eso es lo que según usted ocurrió con WorldCures?

—Sí, pero no es que yo lo diga, es que usted también lo sabe.

—Hágame un favor, Charles, no me diga lo que sé y lo que no.

Lockwood levanta las manos como para disculparse.

—Tiene usted razón. Pero tampoco importa, porque no estoy aquí para detener a nadie por ello. A decir verdad, yo diría que ninguno de los tres lo sabía al principio. Trace, Marc y usted son médicos. Se dedican a curar. Ustedes no llevaban las cuentas. Seguro que en cuanto les extendió el primer cheque, la Fundación Kasselton insistió en que contrataran a uno de sus administradores con el pretexto de controlar que su dinero se gastase de manera adecuada. Así que creo que, durante un tiempo, no supieron nada. Como ya le he dicho, este tipo de corrupción va creciendo poco a poco. Puede que tuvieran alguna corazonada que ignoraron de forma subconsciente... No importa.

—¿Qué pinta usted en todo esto, Charles?

—¿Yo?

—Me dijo que no había sido coincidencia que me hubieran elegido para llevar a cabo la operación de Ragoravich.

—Eso es.

—Tampoco fue una coincidencia que estuviera usted en la fiesta de Ragoravich el otro día.

Lockwood sonríe en la oscuridad.

—¿No me dijo usted que era un baile? —Levanta la mano a toda prisa—. ¡Era una broma! ¡Solo una broma! Tan solo pretendía que esto no fuera tan serio.

—Sí, me he partido de risa.

—Lo intento, Maggie, porque esta historia no solo es siniestra, sino que cada vez lo es más. —Lockwood se pasa la mano por el pelo—. Bueno, no sé, puede que haya esperanza al final del túnel.

—¿A qué se refiere con que puede que haya esperanza? —Maggie piensa enseguida en lo que el hombre le dijo antes de que se quedara dormida, en eso de que Trace estaba buscando a Marc. Pero ella sabe que eso es imposible. Aun así, el hecho de que lo comentara...—. Porque, ¿qué quería decir con eso de que Trace está buscando a Marc?

Lockwood permanece en silencio un momento. Se lleva la mano a la barbilla. Maggie nota cansancio en cada uno de sus gestos, en cada parte de su cuerpo.

—Permítame que se lo cuente a mi manera, ¿vale?

Maggie no dice nada. Espera.

—Usted quiere saber qué hacía yo en casa de Ragoravich, pero es muy probable que ya se haya hecho una idea.

—Lo está investigando.

—Sí.

—¿Qué es usted, un agente secreto?

—Dicho así, suena mucho más mágico de lo que es realmente, pero sí. Soy médico y provengo de una familia rica con muy buenas conexiones. Es fácil hacerme pasar por un vago al que le encantan las fiestas rusas. ¿Sabe que el otro día fue la primera vez que Oleg Ragoravich celebraba un acontecimiento en tres años? Todo ese tiempo se había mostrado muy reservado con sus movimientos. Aparecía en algún lado, en Dubái, por ejemplo, pero nunca se lo comunicaba a nadie con antelación. Llevo dos años en este caso y aún no lo he visto en persona. Ni siquiera en la locura de baile del otro día.

—¿A qué cree que se debe?

—No estoy seguro. Corren rumores de que tiene mala salud. También de que le tocó las narices a una gente muy poderosa y que tiene pavor a ser asesinado. —Un rato después añade—: ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Adelante.

—¿Cuándo le dio Marc mi número de teléfono?

—No me lo dio él.

—¿Cómo lo consiguió?

Maggie quiere obtener información, no darla.

—Podría empezar diciéndome de qué conocía a Marc.

Lockwood asiente. Es evidente que considera que en esta conversación va a haber más toma y daca del que había esperado.

—Marc se dio cuenta de que estaban superados y no sabía cómo salir del asunto.

—¿Por lo del blanqueo de capital?

—En parte, pero ¿quiere usted saber una verdad muy dura?

—Claro.

—No creo que a Marc le importara mucho lo del blanqueo de capital. Creo que a ninguno de ustedes le importaba. Son excelentes cirujanos e investigadores. Tienen, al mismo tiempo, o quizá por ello, y ya me disculpará, un poco de complejo de dios. Sí, estoy convencido de que Marc quería salvar vidas y todo eso, pero seamos honestos, sé muy bien que tiene, al igual que Trace y usted misma, el ego típico de los cirujanos. Ustedes son de esos que consideran que el fin justifica los medios. Muchos de los benefactores también son así. Está comprobado. Así que yo creo que, si lo único que hubiera estado pasando es que se estaba blanqueando capital, Marc habría utilizado las justificaciones que acabo de darle, sin ir más lejos, para mirar hacia otro lado.

—¿Me está diciendo que no solo había blanqueo de capital?

Lockwood sonríe, pero no porque le haga gracia la pregunta.

—Nada permanece inmóvil en la vida. El mundo está en constante movimiento. La corrupción, como cualquier otra cosa, o mejora o empeora.

—¿Y esto empeoró?

—Muchísimo.

—¿Cómo?

Lockwood esquiva la pregunta.

—La cuestión es que Marc quería salirse. Y Trace también. Quisieron hablar en persona con Ragoravich, que adora a los médicos. Pensaba que Marc y Trace iban a ayudarle. La verdad es que no creo que fuera coincidencia que decidiera hincarle los

colmillos a WorldCures Alliance entre mil otras organizaciones benéficas. Desde el primer día, vio el potencial para ir más lejos que blanquear su dinero.

—¿Qué tipo de potencial?

Lockwood vuelve a ignorar la pregunta de Maggie.

—Por favor, deje de hacer eso —le dice la mujer.

—Lo siento, pero va a tener que dejarme que se lo cuente a mi manera.

Maggie hace un gesto con las manos como diciendo «vale, muy bien, pero siga».

—Así que Marc y Trace vuelan al palacio de Ragoravich. Le dicen que se sienten agradecidos y que aprecian lo que ha hecho por WorldCures Alliance, pero que van a dejar a un lado la organización y que querían que Ragoravich fuera el primero en saberlo. El ruso les estrecha la mano y les da las gracias por su tiempo. Luego, suben a un helicóptero con otro visitante, un hombre calvo con sobrepeso. Así es como lo describieron ellos. Aún hoy en día no sabemos de quién se trataba. El helicóptero los lleva hasta una mina abandonada, una mina de hierro o de sal, no lo sé, pero es una especie de pozo profundo, y los matones de Ragoravich tiran allí al calvo con sobrepeso. Así, sin más. Sin previo aviso. Sin mediar palabra. Delante de Marc y de Trace.

Maggie lo mira horrorizada.

—Entonces, cogen a Trace. Como si fueran a hacerle lo mismo a él. Lo tienen colgando por fuera del helicóptero cinco minutos, sujetándolo por un tobillo.

—Dios mío.

Lockwood asiente.

—Mensaje recibido: no hay manera de dejar WorldCures. Estaban metidos en un buen lío. Yo diría que Trace se rindió ante aquel destino que les había tocado, pero ya conoce usted a su marido. A él le gusta resolver problemas. Él siguió buscando una manera de salir de aquello.

Maggie asiente. Marc, de hecho, vivía convencido de que podía encontrar la solución a cualquier problema. Su marido no era de los que se rinden, él siempre buscaba un camino que seguir.

—Y ahí es donde entro yo —dice Lockwood.

—¿Marc se convirtió en su informante?

—En algo parecido, sí. Él me tanteó. Con cuidado. Fui yo quien recogió el guante. Le expliqué que la única manera de salir del lío en el que estaba metido era que nos ayudara a acabar con Ragoravich.

—¿Y accedió?

Lockwood no dice nada.

—¿Accedió, Charles?

—Sí.

Maggie nota que se le llenan los ojos de lágrimas.

—Dijo usted que Trace había desaparecido.

—Sí.

—Y también dijo que era posible que estuviera buscando a Marc.

Lockwood sacude la cabeza.

—No debería haber dicho eso.

—Pero lo dijo.

—Sí. —Lockwood respira hondo y suelta el aire muy despacio—. Hay tres teorías sobre la muerte de su esposo. ¿Quiere que se las explique por orden de credibilidad?

Maggie no quiere, pero asiente igualmente. Sabe bien adónde va a llegar Lockwood con todo eso, pero quiere oírselo decir en voz alta.

—Primera teoría: a Marc lo mataron en un asalto violento en una región volátil. Esa es la teoría más aceptada, por supuesto. Que conste que también es la que creo más probable. Está respaldada por las pruebas y por la lógica.

—¿Cuál es la segunda?

—Supongo que ahora ya se hace una idea.

Maggie asiente.

—Que Oleg Ragoravich lo mató, ¿verdad?

—Sí.

—Que descubrió que Marc lo había traicionado y montó un plan para que lo mataran y pareciera que había sido una víctima de guerra.

—Eso es.

—Y Trace, ¿consiguió escapar?

—Sí, y por eso está escondido.

Maggie piensa en ello e intenta que no la afecte, intenta no mostrar emociones.

—Esta segunda teoría parece tan probable como la primera, ¿no cree?

Lockwood no responde.

—Me refiero a que Marc se arriesga yendo a por ese hombre malvado tan rico y poderoso, y acaba muerto.

—No creo que fuera eso lo que ocurrió.

—Porque, entonces, en parte, sería culpa suya, ¿no? —dice ella—. Mi marido le pide ayuda y usted consigue que lo maten.

—No, no es por eso.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque si Oleg Ragoravich quería matarlos, no tendría que haberse esforzado especialmente para lograrlo. ¿Planeó Ragoravich el asalto al campo de refugiados? En ese ataque masacraron a treinta y tres personas. A mí me parecen demasiados daños colaterales. Y, además, Ragoravich no solo quería silenciar a Marc, también quería hacer lo mismo con Trace. Y Trace, si cree usted en esa teoría, escapó. ¿De verdad piensa que Oleg Ragoravich sería tan descuidado?

No le falta razón, pero, claro, Maggie ya se había planteado todo eso.

—Vale, pues sigamos, venga. ¿Cuál es la tercera teoría? —pregunta.

—Es ridícula.

—¿Pero?

Lockwood la mira.

—¿Le han contado los detalles?

—¿De qué?

—De cómo murió Marc.

Maggie nota un nudo en el pecho.

—Sé que fue muy... —Maggie nunca tiene claro qué palabra utilizar— salvaje.

—A mucha gente eso le parece curioso.

—A muchos los hicieron pedazos.

—Sí, lo sé.

—Y, sí, puede que fuera difícil identificar a Marc, pero le hicieron una prueba de ADN.

Charles Lockwood ladea la cabeza.

—¿Quién se la hizo?

Maggie no lo sabe.

—¿Fueron las autoridades locales? —pregunta Lockwood—. Porque no hay embajada estadounidense en la zona. La más cercana está en Túnez. Así que, ¿quién le hizo la prueba de ADN?

—Había gente... gente en la que se puede confiar.

—Sí, claro, la había. Es por lo que esta tercera teoría es ridícula.

—¿Cuál es esa teoría, Charles?

—Es evidente, ¿no cree?

—Para mí no.

—Si Ragoravich descubrió lo que estaba haciendo Marc, querría matarlo, por supuesto. Y, para que quedara clara la lección, es muy probable que Ragoravich quisiera matar a todo aquel que estuviera próximo a su marido. En especial, a usted, Maggie. En el mejor de los casos, Marc habría tenido que vivir mirando por encima del hombro el resto de la vida.

—Todo esto, ¿se lo contó a Marc cuando lo reclutó?

—No.

—¿Por qué no?

—Ya lo sabe.

—Porque a usted Marc le importaba una mierda. A usted lo que le importaba era el caso.

—Sí —dice Lockwood sin más—. Puse a su marido en una situación insostenible... después de que él mismo se hubiera metido en una situación insostenible. No obstante, había una forma de salir. Al menos, para usted. Si Marc moría —el hombre hace comillas con

los dedos para enfatizar la palabra— en un campo de refugiados de Túnez, bueno, ambos quedarían libres.

Maggie siente un frío que le recorre los huesos.

—¿Me está diciendo que Marc fingió su propia muerte?

—No, estoy diciendo que eso no sucedió. Que es ridículo que...

—¿Que qué, que buscara un cadáver entre las víctimas del campo de refugiados e hizo ver que era el suyo, y que luego compró a quienquiera que hiciera las pruebas de ADN y que ahora está escondido?

—Ya le digo que considero la teoría ridícula.

—Pero ¿es esa la tercera teoría?

—Sí.

—Y si la desarrollamos, Trace..., ¿Trace huyó y se escondió, y ahora va a reunirse con Marc? ¿Y cuál es el plan después de eso, Charles?

—No lo sé. He de admitir que la tercera teoría es bastante débil.

—Lo es.

—De una u otra manera, una cosa es cierta.

—¿El qué?

—Que es usted muy amiga de Trace.

—Sí, lo soy.

—Que hace mucho tiempo que lo conoce.

Maggie asiente.

—Servimos juntos en combate.

—Crea usted la teoría que crea, la primera, la segunda o la tercera, Trace Packer ha desaparecido. Así que mi pregunta es, ¿hasta dónde llegaría usted para dar con él?

—Hasta donde fuera necesario.

Lockwood asiente, se da una palmada en las piernas con ambas manos y se pone de pie.

—Cuando esté usted lo bastante fuerte...

—Ya estoy bastante fuerte.

El hombre se lo plantea.

—Muy bien, pues mañana nos vamos.

—¿Adónde?

Lockwood sonríe.

—A un sitio con un clima mucho más cálido.

15

DUBÁI

El calor de Dubái se te mete en los pulmones.

El sol es inclemente, implacable. Siempre te encuentra. Cae sobre ti. Estáis solos el sol y tú. Tienes una relación personal, cara a cara, con él. No hay intermediario, no hay filtro, no hay nubes, no hay escapatoria. Recibes el golpe más directo del sol. El sol te bombardea emocionalmente. Es seco, pesado y pegajoso. Se envuelve a tu alrededor como si fuera un horno cuyo calor lo consume todo. Te sofoca por dentro y por fuera. Primero drena tu energía, y después tu espíritu.

Maggie había experimentado ese tipo de calor desértico muchas veces durante sus incursiones militares. Recuerda caminar por el asfalto, un asfalto que reverberaba por el calor, un calor que incluso conseguía quemarle los pies a través de las botas reglamentarias. Maggie había experimentado todo tipo de males y dolencias producidos por este tipo de calor durante sus misiones con WorldCures —deshidratación, quemaduras, dolores de cabeza, mareos, fatiga—. Puede que el frío de Rusia hubiera sido terrible, peligrosísimo, pero este sol abrasador es posible que fuera incluso peor.

Por suerte, Maggie solo experimenta el calor de Dubái durante un minuto, puede que dos, mientras camina desde el avión privado a un coche deportivo de lo más elegante y lujoso. Un hombre que tiene

un aspecto de vikingo que no puede negar —pelo largo y rubio, con una barba de iguales características— le abre la puerta.

—Bienvenida —le dice el vikingo.

El coche es un biplaza, así que Maggie se sienta en el asiento del copiloto. De inmediato recibe una ráfaga huracanada de aire acondicionado que le resulta más que agradable. El vikingo da la vuelta al coche y se pone al volante.

—¿Es un Bugatti? —le pregunta Maggie.

No es que la mujer sepa de coches, nunca le han interesado lo más mínimo y nunca ha entendido a los que se sienten fascinados por ellos. Los coches no son ni sus bebés ni sus amigos, no le parecen una pasada. Te llevan del punto A al punto B y ya está. Solo tiene la sensación de que este es un Bugatti porque el coche huele a dinero y porque Charles Lockwood le ha dicho que se alojaría en las nuevas y ultraexclusivas Residencias Bugatti de Binghatti, que se supone que, en cierto modo, combinan el lujoso estilo de vida de Binghatti —vete tú a saber lo que eso significa— con, bueno, pues con el lujoso diseño automotriz del Bugatti. Tampoco es que eso tenga mucho sentido para Maggie, pero nada en el estilo de vida de Dubái, innovadoramente decadente —y, sin duda, un regreso al pasado— lo tenía.

El conductor responde con acento estadounidense:

—Sí, es un Bugatti Tourbillon.

—¿Tourbillon?

—Sí.

—¿De verdad se llama así? ¿Tourbillon?

—Sí.

Maggie frunce el ceño.

—Parece que le hayan puesto el nombre por lo que cuesta.

—No, no es que cueste un billón..., *tourbillon* significa torbellino en francés.

—Sí, pero, aun así...

—La comprendo —concede el vikingo, que se ajusta las gafas de sol, se acaricia la espesa barba, pisa el acelerador y, en cuestión de segundos, pone el coche a ciento cuarenta kilómetros por hora—. Cuesta cuatro millones cien mil dólares.

—No me lo creo.

—Pues créaselo.

—Su frase ha de contener un error tipográfico —dice Maggie—. Ha debido de mover usted el punto una o dos posiciones.

Al vikingo le hace gracia el comentario.

—En absoluto. Solo se han fabricado doscientos cincuenta.

—Doscientos cincuenta Tourbillon...

—Eso es.

A Maggie le sorprende que Oleg Ragoravich no tuviera uno de estos en su exposición.

—¿Cuántos años tiene el coche?

—¿Años? El Tourbillon es de este año. Es totalmente nuevecito.

—Vaya.

—Un buen paseo, ¿eh?

—No sé si cuesta cuatro millones cien mil dólares, pero no está mal.

El vikingo sonríe.

—Por cierto, me llamo Maggie McCabe.

—Sí, lo sé. Yo soy Bob.

—Me alegro de conocerle, Bob.

—Lo mismo digo.

Maggie se da cuenta del bulto sospechoso que se nota bajo la chaqueta del vikingo. Bob lleva un arma. También tiene esa calma, esa seguridad, que Maggie solo ha visto en los soldados mejor entrenados.

—¿Qué puede adelantarme antes de que lleguemos? —le pregunta Maggie.

—Nada en absoluto.

—Igual ni se llama usted Bob...

El vikingo responde con una sonrisa.

Charles Lockwood ha volado con ella en el avión privado, pero se ha quedado a bordo porque, según le ha explicado, tenía que volver de inmediato a Rusia. El vuelo hasta aquí ha durado seis horas. Lockwood se las ha pasado casi por completo repasando el «plan», aunque llamarlo «plan» es, cuando menos, generoso. Sea como fuere, le había dicho:

—Su tapadera será algo que ya está haciendo: cirujana personal de los superricos, esta vez para una familia de Dubái. No puedo decirle su apellido, eso es parte de la discreción. En cualquier caso, al cliente lo describen como «un empresario exitoso en el sector del comercio minorista». Aquí tiene dos pasaportes. Suyos, claro está. Use este. El otro está a nombre de «Emily Sinclair», un nombre falso. Por si acaso. Cuando llegue, le darán los detalles sobre el procedimiento cosmético que desean. Su misión... Joder, cómo odio ese término, es como si estuviéramos en una película de James Bond o algo así. Bueno, la cuestión es que la misión es muy sencilla: dar con Trace Packer.

A medida que el Tourbillon se acerca revolucionado a la ciudad, los famosos rascacielos de Dubái empiezan a aparecer a lo lejos y lo hacen como resplandecientes espejismos que se elevan desde la arena del desierto. El lugar parece salido de una película futurista, una mezcla del nirvana y de una distopía —dos términos que, si te paras a pensarlo, pueden resultar muy similares en ciertos aspectos —. Maggie ha estado en Dubái puede que una decena de veces durante el tiempo que pasó en el Ejército y con WorldCures Alliance. Marc y ella toleraban las visitas, mientras que a Trace le encantaba sumergirse en los excesos de la ciudad.

De repente, el recuerdo de Trace explicándoles a Marc y a ella qué era lo que le atraía de aquel sitio asalta su mente:

—No se puede tener algo bueno sin algo malo. No puede existir la derecha si no existe la izquierda. Como el bien, que necesita el mal para...

—Pero ¿quieres ir al grano? —le interrumpía Maggie.

A lo largo de los años, la mujer había oído aquellas reflexiones filosóficas por parte de Trace en incontables ocasiones. Era una de las cosas que más le gustaba de la compañía de su amigo, que siempre decía algo que la hacía pensar. Lo que no te cuentan acerca de los servicios en zonas de combate es que los escasos picos de adrenalina son más potentes si cabe debido a las largas horas de aburrimiento, que, ahora que lo piensa, se parece mucho a lo que Trace decía sobre los opuestos.

—Y en mi caso —terminaba Trace con su típica sonrisa de libertino —, creo que no puede haber altruismo sin desenfreno. Vosotros dos, ya sabéis, os tenéis el uno al otro. Pasaréis la noche en la cama de algún hotel situado en un rascacielos haciendo lo que deberíais

hacer. Yo, en cambio, tengo la idea de visitar un club nocturno con algún que otro número picante, beber, comer y ligarme a una bella desconocida para acabar en la cama con ella, una chica que sea capaz de ver lo maravilloso que soy por dentro y que no me cobre, y pasaremos una noche apasionada y romántica, en la que incluso habrá amor, pero no, no como el vuestro, no, porque claro, casi nadie en el mundo tiene algo como lo vuestro, y entonces, ¡chas!, todo desaparecerá cuando llegue el amanecer.

Maggie se queda pensando en aquello un momento.

Trace Packer.

El vikingo le pregunta:

—¿Está usted bien?

—Sí.

El coche hace un brusco giro a la derecha. Maggie repasa el «plan» en su cabeza. Vuelve a ponerle las comillas a la palabra porque se acuerda de la primera pregunta que le ha hecho a Charles Lockwood cuando este le ha dicho cuál era su destino:

—¿Por qué Dubái?

—Antes de responder, quiero recordarle que no tiene por qué hacerlo. Esta no es su lucha. No tiene por qué ayudarnos a...

—¿Por qué Dubái? —ha insistido Maggie.

—Muy bien, pues por varias razones, pero empezaré por la principal: que el avión de Oleg Ragoravich está allí. Despegó cuatro horas después de que la rescatáramos a usted. No sabemos quién ha viajado en él, pero Dubái es importante para ambos.

—¿Para ambos?

—Ragoravich y Nadia se conocieron en Dubái. Nadia era una baila..., una azafata en el Etoile Adiona. Es un club nocturno

ultraexclusivo. Ragoravich frecuenta unos cuantos clubes nocturnos. Bueno, sea como fuere, se conocieron allí. Se enamoraron, bueno, o lo que sea que sucede en ese tipo de relaciones, y aquí viene lo bueno: de acuerdo con nuestros informantes, a Nadia la vieron en ese mismo club anoche.

—¿En el Etoile Adiona?

—Eso es. Usted va a poder entrar esta noche. Ya lo hemos preparado todo. La gente sabrá quién es usted, pero en este caso le viene bien para su tapadera. WorldCures dejó huella en Dubái, no hace falta que se lo diga, así que el pasado podría ayudar a que se le abran puertas.

—¿Y esa es la segunda razón? ¿La conexión con WorldCures?

—Sí, pero voy a ser más concreto: Dubái fue el último lugar en el que vieron a Marc y a Trace antes de que partieran en aquella última misión humanitaria. Doy por hecho que eso lo sabía.

Maggie asintió.

—Y no solo empezaron su última misión humanitaria desde Dubái... Trace Packer vino aquí después de que Marc muriera. ¿También sabía eso?

—Sí.

—¿Le sorprendió que así fuera, que Trace no asistiera al funeral ni nada de eso?

No se había celebrado ningún funeral por Marc. A él no le gustaban los funerales. Los Serpents and Saints habían hecho una marcha en formación dejando un espacio para él, para la motocicleta en la que habría ido Marc. Porkchop fue el motorista que abría la marcha, por supuesto. Llevaba a Maggie de paquete. En ningún momento Maggie vio llorar a Porkchop, ni siquiera durante aquella

marcha, aunque había notado que los hombros se le movían levemente arriba y abajo en un momento en que se pegó a su espalda.

—No, no me sorprendió. Si querías honrar a Marc, lo mejor que podías hacer era volver cuanto antes al trabajo.

—Sí, bueno, supongo que eso tiene sentido. En cualquier caso, todos los caminos llevan a Dubái. Por eso es nuestro destino. El plan es que agite un poco el avispero, de manera que consigamos dar con Trace. Vaya al Etoile Adiona. Hable con Nadia, a ver si sabe dónde está Oleg Ragoravich. Aquí todo está conectado, solo que no sabemos cómo. Lo único que sabemos es que en Dubái hay mucha gente mala haciendo el mal... —Charles Lockwood dudó—. No sé, puede que no debiera usted hacer esto. Después de todo, intentaron matarla. Puede que sea demasiado arriesgado.

—Pare —lo interrumpió Maggie, al tiempo que levantaba una mano—. Tanto paternalismo me está poniendo de los nervios.

El vikingo la devuelve al presente:

—Ahí está, el hogar, humilde hogar.

El sitio no parece para nada humilde de ninguna forma en que te lo plantees, pero, claro, a eso es justo a lo que se refiere el vikingo. El rascacielos Bugatti parece más una escultura moderna que una torre residencial. El edificio es un conjunto de curvas dinámicas y líneas fluidas, sensuales incluso, como si el edificio no fuera capaz de permanecer quieto. El hecho de que el rascacielos esté envuelto en una brillante fachada de metal y la manera en la que el sol del desierto se refleja en él hacen que parezca que la construcción es, al mismo tiempo, una ola rompiente y una duna.

—Ya casi estamos —le dice el vikingo.

El tipo conduce el coche por el camino de entrada. Maggie espera que llegue un aparcacoches o que aparquen justo delante, pero no es eso lo que sucede. El vikingo gira y mete el coche por una rampa hacia un garaje subterráneo. El lugar en el que deja el coche tiene paredes de cristal por tres de sus lados. Curioso. Cuando el vikingo apaga el motor, Maggie coge la manija de la puerta, pero el vikingo le impide que la use y niega con la cabeza.

—Aún no.

El coche, con ellos dentro, empieza a elevarse.

—Es un ascensor —le explica.

—¿Un ascensor para el coche?

El vikingo se encoge de hombros.

—Un Bugatti debería vivir en el Bugatti. Todos los apartamentos tienen plaza de parking.

—¿Para el coche?

—Sí.

—¿En el apartamento?

—Sí. Es una simetría perfecta. Integra la pasión por el motor con el lujo de la Costa Azul. Mezcla la estética automotriz inspirada por Bugatti con los más altos niveles de vida.

—Eso acaba de inventárselo.

—No, en este trabajo pasas mucho tiempo sentado, y hay un folleto.

Maggie no puede evitar negar con la cabeza. El coche deportivo se eleva por encima de la ciudad, planta tras planta, y la vista al otro lado de la ventanilla y de la pared de cristal es impresionante. Entonces se detienen, en efecto, en mitad de un apartamento espectacular. Una vez el vikingo asiente para decirle que ya puede

salir, ambos bajan del Bugatti y entran en el corazón del apartamento. La decoración es un poco como la del coche —elegante, aerodinámica, imponente—, pero lo que realmente destaca en el espacio son las ventanas: de suelo a techo, altísimas, de un cristal tan nítido que da la sensación de que pudieras atravesarlo. No te sientes como si estuvieras en un rascacielos con una vista espectacular, te sientes uno con las vistas, porque el «modesto» suelo de mármol desaparece y es como si estuvieras flotando.

A Maggie le vienen a la cabeza las últimas instrucciones que le dio Lockwood:

—Seguro que querrá llamar a su familia para decirles que todo va bien. No lo haga. Siguen pensando que aún está en el primero de los trabajos, así que no es que estén tremendamente preocupados. Lo último que debería hacer es meterlos en esto por mantener con ellos una conversación que apenas va a servir de nada.

Maggie le prometió que no llamaría.

Pero es una promesa que no tiene intención de cumplir.

El apartamento está en silencio.

—¿Hay alguien más aquí? —le pregunta Maggie al vikingo.

—La familia es dueña de tres apartamentos.

—Por supuesto.

—Usted será la única que estará en este.

—Por supuesto.

El vikingo la conduce hasta el dormitorio, que es minimalista y de color blanco crudo y, de nuevo, la estancia está modestamente decorada porque, una vez más, lo importante allí son las vistas de la ciudad. Todas las paredes tienen una curvatura leve y no hay ni esquinas ni bordes. Da la sensación de que estés en un barco en

mitad de aguas tranquilas. Al otro lado de la ventana, en una extensa terraza, hay una piscina con forma de riñón.

—En una hora le traerán los informes médicos de los pacientes —le dice el vikingo—. En ellos debería encontrar usted toda la información que necesita. Las operaciones están programadas para mañana, a menos que tenga usted alguna objeción al respecto.

Maggie se pregunta si tendrá que inventar alguna objeción para retrasar las operaciones y poder estar más tiempo allí. Es muy probable que no. Lockwood, o quienquiera que haya informado al «empresario exitoso en el sector del comercio minorista» sobre el estricto proceder de Maggie, le habrá explicado que la mujer se quedará al menos cuatro días para vigilar el posoperatorio y que, claro, si quiere lo mejor, es decir, a Maggie, va a tener que aceptarlo y pagar por ello.

—Impresionante, ¿verdad? —le dice el vikingo.

Maggie asiente. La vista le recuerda a la escena en que se ve Oz a lo lejos en la película original de *El mago de Oz*. Parece un sitio de cuento, mágico, pura fantasía, un sitio donde la magia podría hacerse realidad. Ahora bien, si te fijas con detenimiento, también parece artificial, futurista y, hasta cierto punto, como sacado de una pesadilla. Los rascacielos relucen y brillan, son todos de cristal y tienen un aspecto frágil que hace que tengas la sensación de que un gigante con una piedra podría hacerlos añicos.

—¿Hay algún bar cerca? —pregunta Maggie.

—¿Un bar?

—Sí.

—¿Se refiere a un pub o algo así?

—Eso es.

El vikingo frunce el ceño.

—¿Quiere ir a tomar algo?

—Sí.

—¿El día anterior a realizar una operación?

—Tengo que moverme. Me pongo tensa antes de los procedimientos.

—Es probable que no le sorprenda, pero esta torre tiene una serie de comodidades de lo más espectaculares.

—¡Vaya, nunca lo habría dicho!

El vikingo sonríe.

—El apartamento tiene dos piscinas privadas. También puede pedir un masaje o una sesión de curación holística o cosas por el estilo. Hay un centro de fitness, un gimnasio, un balneario, un retiro de bienestar...

—¿Cuál es la diferencia entre un centro de fitness y un gimnasio?

—Ni la más remota idea.

—¿Y entre un balneario y un retiro de bienestar?

—Ni la más remota idea tampoco.

Maggie le sonríe:

—¿Cómo consiguió este trabajo, Bob?

—Estuve en el Ejército, como usted. De hecho, yo diría que ambos estuvimos destacados en el Campamento Arifjan.

—¿Y después?

—Después me ofrecieron un montón de pasta por trabajar aquí. No es una historia complicada.

—¿Le gusta?

El vikingo se encoge de hombros.

—Puede que mi esposa y yo nos riamos un poco de esta indulgencia excesiva, pero a los dos nos encanta el lujo. Se trata de un tipo de vida seguro, en el que no hay crímenes violentos, no pagas impuestos, la sanidad es buena... No sé, parece que nuestros hijos están contentos. ¿Por qué lo pregunta? ¿Está pensando en mudarse?

—¡Ni loca! Con tantas comodidades, doy por hecho que habrá un bar abajo.

—Aquí nunca utilizan la palabra «bar». En cualquier caso, hay un club selecto con las paredes de madera que ofrece un entorno social agradable para que se reúna la élite y gente por el estilo.

—Ha memorizado usted bien el folleto.

—Queda mal si lo tienes que leer en el móvil.

—¿Puedo ir a ese club?

El vikingo se encoge de hombros.

—Puede hacer lo que quiera, esto no es una prisión.

—En cierto modo, lo parece.

—Lo parece, ¿verdad? Está en la tercera planta.

El hombre la acompaña hasta un ascensor de cristal. Dentro no hay botones. Maggie entra y él dice en voz alta:

—Club privado.

La puerta del ascensor se cierra y el aparato la lleva hacia abajo rápido y en silencio. Maggie siente una ligera presión en los oídos.

El club privado está recubierto todo de madera barnizada y luces suaves. La camarera es alta y da la sensación de que acaba de salir de una pasarela parisina. Las carísimas y exclusivas botellas que tiene a la espalda están iluminadas por detrás, lo que hace que parezcan todavía más caras y exclusivas. Los hombres que se

reparten por el espacio conforman una manada muy variada, pero todos parecen de mediana edad o mayores. Las mujeres son —¡oh, sorpresa!— más jóvenes —mucho más jóvenes, de hecho—, y es muy probable que se describan con un eufemismo característico de las redes sociales como influencers o «modelos de fitness». De lo que no hay duda es de que son mujeres de bandera, quizá un poco extremadas. Tienen el pelo negro como la noche o tan rubio que parece blanco. Tienen la piel muy bronceada o completamente pálida, y no es que Maggie las juzgue por ello, pero todas se han rejuvenecido o se han hecho mejoras quirúrgicas, que si te paras a pensarlo, no son sino dos eufemismos más.

Maggie lo pilla. Dubái es como el patio del recreo de los ricos y de sus necesidades más hedonistas. Es el Disney World de los adultos que no quieren ser adultos. Pretende ser salaz y descarnado, pero es complicado mezclar algo así con la necesidad básica de sentirse a salvo y estar cómodo. Divertirse no tiene nada de malo, tal y como dicen Charles Lockwood y Trace Packer, siempre y cuando no haya víctimas de por medio. ¿Las hay en este juego? Víctimas, quiere decir Maggie. No lo sabe a ciencia cierta. El otro problema para Maggie está basado en algo realmente simple que ella ha observado a lo largo de los años: que nadie parece estar feliz al día siguiente. Todo resulta un pelín desesperado y triste. Esta gente es rica y poderosa, y lo tiene todo, pero no es suficiente. Y ese es el problema, que nunca es suficiente. La naturaleza humana se encarga de ello. Enseguida nos acostumbramos a cualquier tipo de lujo. Incluso los hombres más ricos del mundo —lo hemos visto a lo largo de los últimos años— resultan insaciables, independientemente de todo el dinero o el poder o los yates o las mujeres o la prole o la

atención que reciban o los cultos al héroe que sigan... Lo que sea. Los padres de Maggie le habían dado a conocer a ella y a su hermana la música de Bruce Springsteen poniéndoles sus vinilos una y otra vez en aquel tocadiscos antiguo y hay una frase en la canción «Badlands» que dice que el pobre quiere ser rico, que el rico quiere ser rey y que el rey no está satisfecho hasta que no los gobierna a todos.

Pues eso.

En el bar —sí, es un bar, lo vistas como lo vistas, porque el hecho de que solo sirvan licores de lujo con decantadores de cristal y en copas increíblemente ostentosas, no hace que deje de ser un bar—, a Maggie le sorprende ver más mujeres que hombres. Muy pocas de las mujeres parecen residentes del edificio, aunque puede que Maggie esté siendo sexista o que se esté haciendo mayor. Es cierto que no sabe lo que está sucediendo, pero, a primera vista, lo que parece es que al bar acuden mujeres jóvenes «a sentarse». Solas. Y al menos hay un taburete vacío a su lado. Entonces, un hombre se acerca, habla con ellas unos pocos minutos y después se sientan en un reservado que está prácticamente a oscuras.

«Hum, cambio de planes».

Lo que Maggie pretendía era dar con un hombre que estuviera sentado solo y acercarse a él, pero puede que su estratagema sea incluso mejor. A medida que se dirige a la barra, se fija en tres hombres que hay contra la pared en formación triangular, todos ellos con traje negro —sí— y gafas de sol —a pesar de que la luz sea tan tenue—. Seguridad. Incluso aquí. Maggie se sienta al lado de una mujer jovencísima, un potrillo juguetón con una gruesa capa de maquillaje. La joven —a ver, seamos honestos y llamémosla

«niña»— la mira sorprendida. Sus pestañas falsas son descomunales, como dos tarántulas bocarriba bajo el inclemente sol del desierto.

Maggie le sonríe y le tiende la mano.

—Hola, me llamo Maggie.

La joven la mira raro, pero le estrecha la mano.

—Alena.

—Alena, necesito que me hagas un favor.

Alena espera, pero se muestra reticente.

—¿Podrías prestarme tu móvil?

Alena pone cara de sorprendida. Maggie se pregunta hasta qué punto la ha entendido. Entonces, la joven le responde:

—Es que no tengo.

—¿No tienes móvil?

—A ver, sí, pero... ¿Es usted residente?

—No, estoy de visita.

—Ah, claro, es por eso.

—¿A qué te refieres?

Alena se inclina hacia Maggie.

—Nos quitan el móvil.

—¿Quiénes?

—Los de abajo. Cuando entramos. Pasas por un escáner. Te preguntan el nombre, te hacen una fotografía, comprueban tus datos y luego guardan tu móvil en una taquilla.

«¡Vaya tela!», piensa Maggie en un primer momento, pero entonces se da cuenta de que tiene todo el sentido del mundo. En sitios como este, la seguridad tiene que ser extrema. La gente paga unas sumas desorbitadas a cambio de privacidad y de mantener el

anonimato. ¡Joder, pero si Maggie ni siquiera conoce el nombre de sus anfitriones! Pero, claro, entiende que no quieran que una mujer cualquiera entre en su exclusiva guarida y empiece a sacar fotos de todo y a hacer vídeos de esto y de aquello y a subirlo todo a las redes sociales.

Mierda. Contaba con conseguir un móvil aquí abajo.

Alena le pone la mano en el brazo.

—¿Está usted bien?

De pronto, la voz de la joven es más madura, más mayor.

—Sí, Alena, gracias.

—¿Para qué necesita el móvil?

Maggie se plantea cómo responder a la pregunta y decide decir la verdad:

—Quiero llamar a casa.

—¿Es usted estadounidense?

—Sí.

—¿Y no tiene usted móvil?

—Sí, pero... Bueno, es una historia un poco rara.

Alena se le acerca un poco más y le susurra:

—¿Necesita usted ayuda?

—No, no, estoy bien.

—¿Está segura?

Su preocupación es tan genuina, tan conmovedora.

—Sí, Alena, de verdad. ¿Y tú?

—Sí, estoy bien.

—¿De dónde eres?

—De Ucrania, pero llevo dos años aquí. —Un instante después—. Lo del móvil, lo necesita realmente, ¿no?

Maggie no tiene claro qué responder.

—¿Se encuentra usted en peligro?

—No.

—Pero tiene que hacer esa llamada.

—Sí, eso es.

Alena asiente.

—Pida una bebida y esté atenta. Cuando me vea ir al servicio, espere un minuto y luego sígame.

—¿Cómo dices?

Pero Alena ya se ha levantado y se dirige a un reservado oscuro. La modelo que atiende la barra se acerca a Maggie como dando un paseo y le pregunta qué le gustaría tomar. Maggie le pide que le recomiende algún bourbon. La camarera le indica que tienen un Pappy Van Winkle de veintitrés años. Maggie está a punto de asentir, pero, de repente, recuerda haber visto una botella de ese bourbon en un museo o en algún sitio así.

—No sé, ¿no tiene un Maker's Mark o algo similar?

Maggie nota una mano en el hombro que sujeta una tarjeta de crédito de lo más adornada. Maggie se vuelve para ver de quién se trata.

Es el vikingo.

—Ponle el Pappy Van Winkle —le dice el hombre a la camarera mientras le tiende la tarjeta—. De hecho, que sean dos.

—No hacía falta... —empieza a decir Maggie.

—Su anfitrión insiste —la interrumpe el vikingo.

—¿Cuánto es?

—Si tiene que preguntarlo, es que no es usted de aquí.

—Es que no soy de aquí.

—Sí, eso también es verdad. Sea como fuere, me alegro de que se les haya acabado el Old Rip Van Winkle de veinticinco años.

—¿Por qué?

—En las tiendas se vende por cincuenta mil la botella.

—Pero ¿cincuenta mil dólares americanos?

—Eso es.

—¿Por una botella de bourbon?

El vikingo se encoge de hombros.

—¿Viene con algún numerito sexual o algo?

El vikingo se echa a reír.

—Desde luego, por ese precio, debería.

Maggie también se ríe, lo que hace que el chiste picante mantenga el ambiente relajado y la presencia del vikingo no interfiera con lo que sea que ha planeado Alena. Porque es evidente que al vikingo lo han enviado de arriba para que le eche un ojo.

—¿Con hielo o solo? —pregunta la camarera.

—¡No, no, no puedes ponerle hielo a un Pappy Van Winkle! —responde el vikingo.

La camarera asiente y sirve las bebidas. Maggie y el vikingo entrechocan los vasos, y ella se lleva el suyo a los labios. Huele a ambrosía. Sorbe el líquido y lo deja en la boca, lo saborea con la lengua un momento y, a pesar de todo lo que está sucediendo, deja que el bourbon le caliente la parte trasera de la garganta.

«¡Joooder!».

Se le cambia el gesto.

El vikingo sonríe:

—Está bueno, ¿eh?

—Néctar de los dioses.

Alena reaparece por una esquina oscura.

La joven se dirige al fondo de la barra y no mira a Maggie, que toma otro sorbo con delicadeza. Luego sonríe a Bob mientras, por detrás de ella, ve pasar a Alena por al lado de uno de los guardias de seguridad y, a continuación, desaparecer en el cuarto de baño.

Maggie espera. No quiere apresurarse o hacer algo que pudiera resultar sospechoso.

«Cuenta hasta sesenta. Cuenta hasta sesenta y excúsate».

Acaba contando hasta veinticinco. Le parece suficiente. Le da otro sorbo al bourbon y se levanta despacio del taburete.

—¿Está usted bien? —le pregunta el vikingo.

—Sí, claro. Sencillamente, tengo que ir al...

El vikingo la coge de repente por el antebrazo. No le hace daño, pero la agarra con firmeza. Maggie nota la fuerza de sus dedos, que se cierran como una garra alrededor de su brazo.

—¿Qué está haciendo? —le pregunta Maggie.

—Advertirle.

—Quíteme la mano de encima.

—Conocemos su pasado.

—Suélteme. —Y luego—: ¿De qué está hablando?

—Ha tenido usted problemas —dice el vikingo antes de soltarla—. Han pasado... cosas —y hace el gesto de las comillas con los dedos.

—¿Por qué entrecomilla lo de cosas?

—¿Cómo dice?

—Me han pasado cosas, sí. Así es como perdí la licencia médica. Es por lo que estoy aquí. No hace falta que ponga las comillas.

—Entonces, ¿entiende mi preocupación?

—No.

—Le han pasado cosas, ¿y qué es lo primero que quiere hacer en cuanto llega? Ir a un bar. ¿Me entiende?

—No, no le entendería en la vida porque está usted muy equivocado. Mis problemas no fueron con el alcohol.

—Aun así, Maggie. Yo creo que usted y yo deberíamos tomarnos esta copa y volver al apartamento.

Así que, en efecto, han enviado al vikingo a vigilarla, pero no como ella pensaba.

—Es un buen plan, pero, ahora, si me disculpa, tengo que hacer pipí.

Maggie va hasta el fondo de la barra, mira al guardia de seguridad, le ofrece una sonrisa de medio lado y abre la puerta de los servicios. Alena la está esperando. Tiene un móvil en las manos.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Es de uno de los clientes. El tipo está con mi amiga y lo hemos distraído. Ella sigue entreteniéndolo, pero no sé cuánto tiempo tenemos. Use WhatsApp y borre la llamada de la lista de recientes en cuanto haya acabado y deje el móvil en la segunda cabina. Yo volveré a por él.

—Gracias.

Pero Alena ya está empujando la puerta.

—Dese prisa —le dice Alena antes de desaparecer en el bar.

Maggie entra en la segunda cabina. El móvil está desbloqueado. WhatsApp aparece en la pantalla. Maggie tiene el móvil en la mano izquierda y hace ademán de ir a marcar un número cuando se da cuenta de una cosa.

No recuerda el número de nadie.

Maggie lleva tanto tiempo usando el móvil y llamando a sus contactos mediante los accesos directos que ni siquiera recuerda el número de su hermana. El número de casa sí que lo recuerda, de su infancia, pero cuando las facturas empezaron a acumularse, Sharon se deshizo de ese teléfono. Porkchop no tiene móvil, él solo usa el teléfono público instalado en el Vipers for Bikers.

Un momento...

El teléfono público. Es antiguo. Porkchop incluso pagó una cantidad para personalizar el número. Maggie recuerda que los últimos números se corresponden con las letras V-I-P-E-R-S.

¿Cuáles son los primeros?

El código de área es 201, así que solo falta un número...

¡De pronto lo recuerda!

¿De cuánto tiempo dispone? Entre el vikingo en la barra y el caballero al que están distrayendo Alena y su amiga, no cree que sea mucho.

Además, ¿qué probabilidades hay de que Porkchop esté en el Vipers y junto al teléfono? No lo sabe, pero ¿qué alternativa tiene? Además, si en casa está pasando lo que cree que está pasando, es muy probable que Porkchop pueda ayudarle.

Maggie marca el número a toda prisa y pulsa «Llamar».

Porkchop responde antes de que deje de sonar el primer tono.

—¿Dónde estás?

—En Dubái.

—¿Más precisamente?

—En la Residencia Bugatti.

—¿Necesitas que te extraigamos?

—No, estoy bien. Escucha, no tengo mucho tiempo. Fui a Rusia. Barlow me contrató para...

—Eso lo sé. —Porkchop la interrumpe porque le ha quedado claro que la mujer no tiene mucho tiempo—. La pareja del tipo. Nadia Comosellame.

—¿Qué pasa con ella?

—Por lo visto, fue ella la que quiso que fueras tú en concreto quien la operara.

Maggie pone cara de sorpresa.

—¿A qué te refieres? Ni siquiera me conocía.

—Has dicho que no tienes mucho tiempo.

—Sí.

—Pues no lo malgastes. No fue idea de Barlow contratarte. Él no fue sino un intermediario. La tal Nadia te quería en Rusia. ¿Se te ocurre por qué?

A Maggie le da vueltas la cabeza. ¿Nadia? ¿Nadia quiso que Maggie fuera la cirujana?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Barlow.

—No tiene sentido.

—Pues búscaselo. La Nadia esa te conoce. Quería que viajaras a Rusia. La hemos investigado, pero no hemos encontrado nada relevante.

«Hemos».

Una frase curiosa por parte de Porkchop. Maggie cree que entiende por qué lo hace.

—¿Qué haces en Dubái?

—Creen que Trace ha desaparecido y quieren que les ayude a dar con él.

—¿Parece sexista y que te esté infravalorando si digo que eso suena muy peligroso?

—Un poquito, sí.

—¿Y?

—Pues que tengo que hacerlo.

—No, no tienes que hacerlo. —Y luego—: A ver, dime, ¿en qué puedo ayudarte?

—Tienen una teoría. Bueno, el tipo de la CIA tiene una teoría. Un tal Charles Lockwood.

—Lo investigaremos.

Otra vez el plural.

—Me dijo que no me pusiera en contacto con nadie de casa, que podría ser muy peligroso para vosotros.

—Tranquila, ya me he encargado. Nosotros estamos a salvo. Dime, ¿cuál es la teoría del tipo ese?

Fuera del baño se oye mucho ruido. Un hombre grita:

—¿Qué coño habéis hecho con mi puto móvil?

Maggie se da cuenta de que no le queda tiempo, así que se tira a la piscina:

—Que Marc está vivo.

Maggie oye la voz de una mujer que intenta aplacar al hombre:

—Cálmate, Arty, vamos a encontrarlo.

—¡No me digas que me calme! ¿Qué coño has hecho con mi móvil?

Maggie se pega el móvil al oído:

—No tengo mucho tiempo.

—Sabemos que esa teoría no es posible.

La voz de Porkchop es demasiado estable, pero Maggie percibe que el hombre está luchando para no atragantarse.

—¿Maggie?

—Sí, estoy aquí.

—A Marc lo mataron a machetazos en el Norte de África. Ese tal Lockwood te está mintiendo. Está intentando manipularte.

Las palabras de Porkchop la hunden.

—¿Maggie?

—Pues él cree que es posible.

—Da igual lo que él crea.

—Piensa que es posible que Marc fingiera su muerte. —Maggie habla a toda prisa—. Un violento oligarca ruso llamado Oleg Ragoravich estaba utilizando WorldCures para blanquear capital. Marc se convirtió en informante...

—Maggie...

—Y Ragoravich lo descubrió. Esa es la teoría. La gente de Ragoravich iba a matarlo, y puede que también a ti y a mí, así que Marc fingió su muerte...

—Maggie...

—Para escapar de él.

—¿Y no nos lo contó?

—No, para mantenernos a salvo.

Se oyen más ruidos fuera. El tipo, que tiene acento estadounidense, está fuera de sí y exige que enciendan todas las luces.

«Se me acabó el tiempo».

—Tengo que de...

—Y entonces, ¿ha estado vivo todo este tiempo? —comenta Porkchop de mal humor—. ¿Y ha decidido permanecer en silencio? ¿Incluso ahora? ¿Y en ningún momento ha intentado ponerse en contacto con su esposa o con su padre para decirnos...? —Se queda callado—. Maggie...

—Lo sé. —Maggie está llorando. Resulta tan evidente en boca de Porkchop que se hunde todavía más—. Marc está muerto.

—Entonces, ¿qué haces ahí? Esa no es tu guerra.

La puerta del cuarto de baño se abre de golpe.

—Adiós.

Maggie cuelga y borra el número del Vipers. Salta el salvapantallas. En él se ve un hombre con un bronceado de mentira y los ojos relucientemente blancos en alguna especie de club oscuro, rodeado de mujeres jóvenes y curvilíneas que sujetan una tarta de cumpleaños con un mensaje: «Feliz cumpleaños al Artysta».

«Artysta».

Maggie niega con la cabeza.

«Dios mío, hombres».

Maggie pulsa el botón de la cisterna, deja el móvil encima de esta y sale a toda prisa. Alena entra en el cuarto de baño también a toda prisa y ni siquiera mira a Maggie. Cuando Maggie vuelve a la barra, ve que el Artysta, que lleva un traje oscuro y una camisa de un blanco cegador con demasiados botones abiertos, sigue gritando que alguien le ha robado el móvil mientras una joven intenta que se relaje.

—Tranquilo, Arty, tiene que estar por aquí. Seguro que lo encontramos.

Otra jovencita busca entre los cojines.

«Menudo payaso. Arty el Artysta».

El hombre no es sino otro Máster del Universo de pega.

Arty grita para que alguien encienda las «putas luces», pero nadie las enciende. Otra jovencita se une a la búsqueda. Uno de los guardias de seguridad también. Alena se apresura a salir del servicio, se pone a cuatro patas y «ayuda» a buscar el móvil de Arty.

En unos segundos, en una actuación merecedora del Óscar, Alena grita a voz en cuello, al más puro estilo «que paren las prensas»:

—¡Lo he encontrado! —Y levanta el móvil de Arty.

Las otras mujeres la aplauden y la jalean. Arty arruga el gesto.

Desde la otra punta del club, Alena mira a Maggie. En los labios de la joven hay una sonrisa cómplice. Maggie musita un «Gracias». Arty le arrebata el móvil de la mano a Alena y se dirige a la salida. Chasquea los dedos —¡sí, sí, los chasquea!— y dos de las jóvenes lo siguen.

Alena también va a la salida.

No mira hacia atrás.

El vikingo se dirige a Maggie:

—¿Quiere acabar la copa?

Lo que Maggie quiere realmente es seguir a Alena y asegurarse de que está a salvo, de que no le ocurre nada, y quiere llevársela a casa. Mientras piensa todo eso, Maggie se da cuenta de lo condescendiente que está siendo. Alena le ha ofrecido ayuda. Maggie no la ha obligado y Alena no le ha pedido nada a cambio. Ha sido uno de esos escasos y curiosos momentos que suceden en la vida. Maggie no lo olvidará jamás. Nunca se olvidará de Alena. Tiene que darle el valor que merece a la conexión que han tenido, por fugaz que haya sido. Así es la vida. Así es la humanidad.

«Joder, sí que estoy profunda hoy».

—¿Maggie?

Maggie bebe de golpe lo que le queda de bourbon y deja el vaso en la barra.

—Vamos, tengo que revisar los archivos médicos.

16

Maggie no puede dejar de pensar en lo que Porkchop le ha dicho sobre Nadia.

Nadia es la responsable de que acabara en el palacio de Oleg Ragoravich.

Nadia es la responsable de que estuvieran a punto de matarla.

Y es por Nadia por quien está ahora en Dubái.

¿Por qué? ¿Cómo es posible?

Muchas preguntas y ninguna respuesta, lo que hace que el «plan» sea más relevante si cabe.

Maggie tiene que ir al Etoile Adiona esta misma noche y dar con Nadia.

De vuelta en el apartamento, Maggie se sienta en la cama extragrande de su dormitorio y abre el informe médico del primero de los pacientes. La cama, cómo no, está enfocada hacia las ventanas. Ha caído la noche. La ciudad sigue pareciendo un espejismo, pero ahora es un espejismo de ostentación y sombras. El Burj Khalifa, la famosa torre, se alza en mitad de la noche como un centinela silencioso. La Fuente de Dubái está iluminada y reluce. La ciudad parece lejana e interminable desde tan arriba. Chispea como los diamantes pulidos sobre el terciopelo negro del joyero. Deslumbra y explota. Te hace señas para que te acerques y te mantiene alejado con mano firme.

Maggie se centra en los archivos médicos. Dos pacientes. Uno de ellos es una niña de cinco años a la que hay que hacerle una otoplastia —un reposicionamiento de las orejas prominentes—. Las orejas prominentes suelen ser una preocupación estética, en especial, en el mundo actual. La oreja humana alcanza el ochenta por ciento de su tamaño adulto hacia los cinco años, por lo que suele ser la edad a la que se realiza esta operación, antes de que se burlen del niño en cuestión en el colegio.

La segunda cirugía... Vaya, esto lo ha hecho muchas veces. Maggie no puede evitar sentir una fortísima oleada de adrenalina. Va a tener que arreglarle un labio leporino y un paladar a un niño de cuatro años —el procedimiento reconstructivo por antonomasia para un cirujano plástico—. Mientras lee el informe médico, Maggie empieza a representar la palatoplastia en su cabeza, con los dedos moviéndose subconscientemente en sincronía con los pensamientos, separando los músculos palatinos, aislándolos y creando unos colgajos en el cielo de la boca para reconstruir el paladar blando y el duro.

Cuánto ha echado de menos todo esto.

Media hora después deja los informes y se concentra en el asunto de Nadia. Ojalá pudiera preguntarle al bot de duelo por ella, aunque Maggie no cree que su hermana haya sido capaz de descubrir nada importante al respecto. Porkchop ha estado hablando en plural durante su conversación y seguro que no ha sido por accidente. Es su manera de advertir a quienquiera que pudiera estar escuchando.

A Maggie se le había pasado por la cabeza que Porkchop estuviera preparado para su llamada... y así ha sido. El hombre ha respondido al teléfono él mismo, en el primer tono, algo que no es para nada

habitual. Eso le hace pensar a Maggie que el asunto ha ido —sin que se equivoque demasiado— de la siguiente manera: cuando la gente de Oleg Ragoravich intentó borrar el bot de duelo del móvil de Maggie, a Sharon le saltó una alerta, así que se dio cuenta de que algo iba muy mal y fue a ver a la única persona en la que Maggie confiaba al cien por cien: Porkchop.

A raíz de su breve conversación telefónica, Maggie llega a la conclusión de que Porkchop le ha hecho una visita al doctor Evan Barlow, probablemente para que le confirme que Maggie estaba bien. Barlow le habrá contado a Porkchop lo de las cirugías en Rusia y, lo que es más importante, lo de Nadia.

De nuevo la pregunta clave: ¿qué pinta Nadia en todo esto y qué quiere?

Alguna conexión ha de tener con WorldCures Alliance.

Eso, desde luego, le queda claro, pero hay algo que no deja de incordiar a Maggie: la sensación de que ha pasado algo por alto. Está por ahí, como si lo tuviera en la punta de la lengua, rondándole la cabeza, algo que le hace pensar constantemente en la tercera teoría, esa en la que, por alguna razón, Marc sigue con vida. Y aunque Maggie piense que más que una teoría es una estupidez, porque sabe que Marc está muerto, porque sabe que a su precioso cuerpo lo hicieron pedazos a machetazos en aquel campo de refugiados...

Pero de pronto se pregunta: ¿por qué lo hicieron pedazos?

Hasta ahora no había sido capaz de enfrentarse a la pregunta por razones obvias y, es cierto, el de Marc no es el único cadáver que acabó en ese estado, hubo más. Ahora bien, tampoco tantos. Por supuesto, si quieres engañar a los demás, si pretendes fingir tu

muerte —aunque Maggie sabe que Marc no haría algo así—, tienes que asegurarte de que tu «cadáver» no sea el único mutilado hasta el punto de resultar irreconocible, ¿no? Si solo te lo hubieran hecho a ti, resultaría sospechoso. Por eso deberías asegurarte de que también hubiese otros cadáveres en un estado tan terrible como el tuyo.

«¡Para!».

Pero no puede, porque algo no encaja. Ahora lo tiene claro.

Nadia.

En el dormitorio hay un portátil. Maggie da por hecho que controlarán el uso que haga de él, pero le da lo mismo. Ha tenido una idea peregrina, tremendamente peregrina, pero...

Buscando en Google, Maggie da con la página electrónica de Ray Levine. El encabezado es el siguiente:

Ray Levine

Fotoperiodista ganador del Premio Pulitzer

Maggie conoció a Ray Levine cuando el hombre estuvo destinado en su unidad durante cuatro misiones de combate. En una de ellas fue cuando tomó la famosa fotografía en la que aparecían Trace y ella en aquel helicóptero sobre Kamdesh. Ray Levine se había enfrentado a algunos demonios interiores de lo más extraños a lo largo de la vida y puede que eso fuera lo que hacía que estuviera tan capacitado para capturar lo «monstruosamente bello» —por usar el término del propio Ray— de los conflictos, del sufrimiento y del heroísmo. A las fotografías de Ray Levine tenías que dedicarles tiempo. Sentías el color y la textura. Hacían que bajaras el ritmo.

Maggie desciende por el menú lateral: Afganistán, Iraq, Ruanda, la India, Gaza, Kosovo, Pakistán, Israel, Chechenia, Indonesia, Sudán, Ucrania. Ray tiene algunas localizaciones más próximas a su hogar, como Asbury Park y Atlantic City. También tiene una lista de tópicos, como la hambruna, la guerra, los crímenes y sus castigos, los campos de refugiados.

Maggie se prepara y pincha en el enlace que lleva a las fotografías de campos de refugiados. Allí, en blanco y negro, hay una fotografía de Marc y de Trace tomada el día antes de que asesinaran a su marido. Él está sentado delante de una tienda improvisada, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos abiertos, con la mascarilla quirúrgica medio desatada y colgando del cuello.

«Joder».

Marc en su último día de vida. Y Ray lo había captado. La fatiga, el fuego, la pasión, el cansancio, el compromiso, todo eso está representado en el gesto arrugado, cansado, atormentado y precioso, celestial, de Marc.

¿Cómo puede extinguirse una fuerza vital así?

Con suma facilidad, es bien consciente de ello. Lo había visto en los hombres —críos, realmente— con los que había servido, algunos de los cuales no habían cumplido ni los veinte años. Eran todos fuertes, divertidos, inteligentes, con los ojos brillantes, con una sonrisa que podría partirte el corazón en dos; fuerzas vitales coloridas y poderosas que eran vibrantes y al instante siguiente se convertían en polvo. No es difícil morir. No hace falta un gran esfuerzo. Eso es lo peor de todo. Hay un dicho: «Cuando una persona muere, muere todo un universo», y aunque las implicaciones son obvias, en efecto, la muerte de una sola alma es

como destruir un mundo entero; esa vida humana tiene un valor profundo. No obstante, morir puede ser rutinario, mundano, incluso tedioso.

Marc, la magnífica alma que se ve en la fotografía, está muerto.

Sucede a diario.

Ahora Maggie se fija en Trace, que está al lado de Marc, con las manos en las caderas y los ojos entrecerrados para protegerse del sol. Maggie piensa en las etapas del duelo. La ira. Nunca lo ha admitido, ni siquiera se ha atrevido a decírselo a sí misma casi, pero hay parte de ella que odia a Trace por sobrevivir. Trace respira, Marc no. Así de sencillo y de terrible. Trace había tomado la decisión adecuada aquel día, al menos de acuerdo con todo el que estaba allí. Había hecho caso a Marc y, al hacerlo, había salvado vidas.

Maggie ha llegado a comprenderlo, pero la etapa de la ira no.

Maggie hace clic en la flecha de la derecha. Parece que se trate de una página vacía. Maggie baja la página hasta el final, hasta que da con dos campos de escritura, uno para el nombre de usuario y otro para la contraseña. Después de la muerte de Marc, Ray le envió un correo electrónico ofreciéndole sus condolencias y algo que nadie más podía ofrecerle: su arte. Ese día, Ray había tomado cientos de fotografías en el campo de refugiados y las había almacenado en la nube. «Cuando estés preparada —le había escrito Ray—, podrás acceder a ellas con el nombre de usuario "Thalalatha" y la contraseña "Hududu"». Maggie lo había comprendido. *Thalalatha hududu* es un concepto árabe que significa, más o menos, «tres fronteras».

Y ese es el nombre en árabe del campo de refugiados en el que asesinaron a Marc, TriPoint.

Maggie hace clic en la cajita de texto de usuario y teclea «Thalalatha». Pasa a la cajita de contraseña y teclea «Hududu». Se da cuenta de que le tiemblan las manos. Ray le había escrito «cuando estés preparada» porque sabía que en aquel momento no lo estaba. Maggie no tiene claro que ahora lo esté. El dolor sigue siendo profundo y crudo. Mucho. No necesita regodearse en la herida.

Ahora, sin embargo, tiene una razón para entrar.

Maggie respira hondo y hace clic en el botón azul en el que pone «Entrar».

Las miniaturas de las fotografías no tardan en poblar la pantalla, decenas de ellas, al menos un centenar en la primera página. En la parte de abajo de la página hay un conteo de las páginas. Va de la 1 a la 17.

Todas las fotos que sacó ese día.

Maggie es consciente de que puede que tarde un poco.

Pero no tarda.

Maggie no sabe qué está buscando exactamente, pero lo encuentra de todas maneras.

Justo allí. En la parte de abajo de la primera página. Maggie pasa toda una hora comprobando el resto de las miniaturas. Son doce fotografías las que cuentan la historia. Hasta que no acaba no se da cuenta de que ha estado llorando. Se recuesta. Acaba de responder a una de las preguntas, sí, pero eso ha hecho que se haga otras mucho más profundas.

Llaman a la puerta.

Maggie cierra el portátil, se seca las lágrimas con las mangas y dice:

—Adelante.

El vikingo abre la puerta y entra.

—Vaya vistas, ¿eh? —comenta el hombre.

—Pues sí.

—¿Quería verme?

—Voy a reunirme con una amiga esta noche en un club del Burj Binghatti.

Al vikingo no le gusta lo que acaba de oír.

—¿Qué club?

—¿Qué importa eso?

—El Burj Binghatti es un edificio residencial. No hay clubes en él.

—Ninguno que esté abierto al público.

—Ya, vale.

—Necesito que me lleve o puedo pedir un Uber o...

—Mañana va a operar.

—Soy consciente de ello.

—No está aquí para ir a clubes, Maggie.

—Y usted me ha dicho que esto no es una prisión, Bob.

—Le están pagando muy muy bien por estar aquí.

—Me están pagando por realizar un servicio y no dude de que lo voy a hacer.

El vikingo niega con la cabeza y comenta:

—No me gusta.

—Me da igual. Voy a ir.

—¿Y si me niego?

—¿En serio? —Maggie se encoge de hombros y consulta su reloj —. Pues, en ese caso, despídame.

El vikingo no sabe muy bien qué hacer.

Maggie hace un movimiento con ambas manos, con las palmas hacia abajo, como para apartarlo.

—Tengo que darme una ducha y cambiarme. Mi idea es salir en una hora.

Sin tener nada claro qué es lo que debería hacer y aunque a regañadientes, el vikingo se marcha.

Maggie se da una ducha y se pone un sencillo vestido negro y unas sandalias de entre los artículos más esenciales que le ha proporcionado Lockwood. Se mira en el espejo e intenta no juzgarse muy duramente. No tiene claro que esté preparada para un exclusivo club nocturno de Dubái, pero, claro, tampoco cree que vaya a estarlo nunca. Va al salón. El vikingo la espera.

—¡Vaya! —exclama el hombre cuando la ve—. Está usted muy elegante.

—Gracias.

El hombre hace un gesto con la mano para señalar el Bugatti, que sigue allí, en mitad del salón. Qué raritos pueden llegar a ser los ricos.

—Yo la llevo.

—Pero no va a entrar conmigo.

—Si no quiere...

—No quiero.

—Pues la esperaré abajo.

—Puede que se me haga tarde.

—No importa.

El sitio no está lejos. Charles Lockwood le ha dado unas instrucciones muy específicas sobre cómo entrar en el Etoile Adiona. Actualmente, el Burj Binghatti es el rascacielos residencial más alto

del mundo. Al igual que cualquier otro rascacielos de Dubái, es elegante, brillante, de la era espacial. Su rasgo más destacado es la especie de corona de diamantes que tiene en su cima. El vikingo la deja en el ascensor subterráneo del nivel C tras pasar un reconocimiento facial. Maggie entra en el opulento ascensor, que tiene las paredes como de un cuarzo púrpura, aunque puede que sea amatista. Hay un sofá de dos plazas de color burdeos por si acaso sientes la necesidad de sentarte durante el viaje. Una vez más, nada de botones, ni luces que te digan el piso por el que vas. Nada. La puerta se cierra y el ascensor la catapulta como si fuera en un cohete hacia el cielo nocturno.

El ascensor tarda menos de un minuto en subir los más de cien pisos del Burj Binghatti.

No hay mucho tiempo para disfrutar del sofá.

La entrada al Etoile Adiona es un portal titilante que está en la planta ciento diez. No hay ningún cartel que anuncie la presencia del club —si hace falta que te digan dónde está, es que no eres de allí —. Maggie sale del ascensor y queda frente a la puerta de caoba. Sabe que hay una cámara. Un hombre bien vestido le abre la puerta. No dice nada. Maggie suspira ante tanta teatralidad, pero, tal y como le ha indicado Lockwood, susurra la contraseña —«Diosa romana»— y el hombre bien vestido se hace a un lado y le permite el paso.

«¡Menuda tontería!», piensa Maggie, aunque es cierto que todo esto le da un toque místico al lugar, y, claro está, este tipo de sitios son famosos por su misticismo.

La música te asalta cuando entras. No hay otra forma de describirlo. A Maggie le encanta la música, pero nunca ha entendido

la necesidad de convertirla en algo hostil. La sala principal vibra con una energía frenética. Maggie está en un caleidoscopio de focos, espejos y luces estroboscópicas. Nada parece real, pero es muy probable que eso sea justamente lo que se pretende. Maggie ve bailarinas. Están tan apiñadas que solo pueden moverse arriba y abajo —pogos humanos, con el cuello como un muelle y el sudor haciéndoles brillar la cara—. Todo el mundo va vestido de blanco y negro. Algunos de los invitados llevan capa y máscaras de estilo veneciano. La sala retumba debido a un sistema de sonido ultrapotente.

Maggie intenta abrirse paso entre el mar de fiesteros. Un hombre con una máscara veneciana la coge por el brazo y empieza a bailar. Maggie sigue adelante y levanta la vista. Por encima de ella, un techo retráctil deja a la vista un cielo oscuro digno de *Las mil y una noches*. En él, drones de neón pintan el cielo de acuerdo con una intrincada coreografía aérea. El espectáculo es hipnotizador. Los drones vuelan con la precisión de una banda marcial. A Maggie le recuerdan a las luces de Navidad que sus padres les llevaban a ver a su hermana y a ella cuando eran pequeñas, solo que elevado a la enésima potencia.

Maggie continúa recorriendo la pista de baile. La DJ, una mujer con una camiseta sin mangas que deja al descubierto sus brazos tonificados, pincha desde un balancín gigante que flota sobre la pista de baile. La mujer grita a todo pulmón, mientras la plataforma se mueve adelante y atrás, con una mano en el giradiscos y la otra sujetando un auricular en la oreja. Los bajos de la música se cuelan en el torrente sanguíneo de Maggie y hacen que le vibre el pecho como si alguien le hubiera puesto un diapasón en el corazón.

La zona VIP siempre es fácil de ver porque, bueno, ¿tiene sentido tener una zona VIP si los demás no ven que los estás excluyendo? La gente de esa zona está sentada en una especie de balcones, como si aquello fuera un coliseo romano. Es una zona que está oscura, pero, desde donde se encuentra, Maggie ve a muchos hombres vestidos con la tradicional *dishdasha*, habitual en los Emiratos Árabes Unidos, una prenda que es como una túnica de una sola pieza, con mangas largas y que llega hasta los tobillos, de color blanco, sencilla, práctica, cómoda y —especialmente con el calor del desierto— fresca. También llevan el *ghutra* blanco en la cabeza cogido con el clásico *agal* negro. Marc a menudo se vestía así cuando venía a esta zona porque los lugareños le habían insistido en que hacerlo era respetuoso, no una apropiación de ningún tipo.

Mierda. Marc otra vez. El constante arroyo de dolores y punzadas relacionados con Marc.

Por delante de ella, Maggie ve a dos grandes guardias de seguridad con gafas de sol que están justo detrás —en un estereotipado cliché por parte del club— de un cordón de terciopelo rojo. Maggie se acerca a uno de los guardias de seguridad. La música sigue estando altísima —¿acaso a la gente le gusta tener que hablar a gritos?—, así que se ve obligada a gritar:

—¡Estoy buscando a Nadia!

Maggie espera que el hombre le responda con alguna tontería como «No conozco a ninguna Nadia» o «¿Quién lo pregunta?», pero el guardia de seguridad asiente y dice:

—¡Lo sabemos!

—¿Ah, sí?

El hombre asiente y suelta uno de los lados del cordón de terciopelo rojo y le permite el paso.

—¡Coja el ascensor hasta la planta Éxtasis!

Maggie lo mira raro.

—¿La planta Éxtasis?

El guardia de seguridad se encoge de hombros como diciendo «Yo no soy el que pone los nombres».

Maggie se dirige al ascensor. ¿Planta Éxtasis? ¿Por qué no ponerle un nombre más sutil, como planta Orgasmo o algo así? Entra en el ascensor. En este tampoco hay botones ni nada que ponga Éxtasis ni nada similar. La puerta se cierra. El ascensor sube. El viaje apenas dura unos segundos, pero a Maggie le parece que pasa mucho más tiempo.

Porque está a punto de encontrarse cara a cara con Nadia.

Abre y cierra las manos. Se balancea adelante y atrás. Le da la sensación de que un boxeador no debe de sentirse muy diferente a como se siente ella en ese momento cuando está en su esquina, esperando a que suene la campana para que empiece el primer asalto. Cuando se abre la puerta del ascensor, lo primero que Maggie ve son unas espectaculares arañas de cristal, muchas. Arrojan una luz suave sobre el suelo de mármol y los sofás afelpados. Allí habrá entre veinte y treinta personas —a Maggie le parece distinguir a uno o dos famosos— y aunque hay un perfume en el ambiente que apesta a opulencia y lujo, la mayor diferencia entre la zona normal del Etoile Adiona y la zona VIP es que a la mayoría de las personas no se les permite el acceso a esta zona. Esa y ninguna más. La misma música. La misma pista de baile. Las mismas bebidas. Unas camareras algo más atentas. Sí, está menos abarrotado, pero, si no

quieres estar rodeado de una multitud, ¿para qué vas a un club nocturno?

El único atractivo de la zona VIP está en a quién se le permite el paso... y a quién no.

La vida nunca deja de ser como el comedor del instituto.

Este nunca ha sido el mundo de Maggie. Las únicas veces que ha estado en clubes como este es cuando Trace la arrastraba como compinche.

—¡No te alejes de mí! —solía decirle Trace.

—¿Por qué?

—¡Nada le apetece más a una tía buena que un hombre que ya está con una tía buena!

—¡No tengo muy claro que tengan que halagarme o insultarme en nombre de la sororidad!

—¡Quizá sea un halago y un insulto al mismo tiempo, pero es la verdad! ¡Si por lo normal soy un siete...!

—¿Un siete? ¡Vaya, sí que te has vuelto modesto!

—¡Cuando me ven contigo subo a un nueve, puede que incluso a un diez!

—¿No te preocupa que piensen que estás cogido?

—¡Mucho mejor! ¡La fruta prohibida! ¡Eso les pone muchísimo a las mujeres!

—¡Eso no es verdad!

—¡Puede que a ti no, pero es que no estoy buscando una mujer como tú!

—¡Más halagos!

—¡Ya sabes a qué me refiero!

—¡Por desgracia, sí! —Y, entonces, tras ver a Trace ojeando a alguna mujer cercana—: ¡Eres un cerdo! Lo sabes, ¿no?

A lo que Trace abría los brazos y sonreía:

—¡Ámame por mis imperfecciones!

Maggie se sacude el recuerdo. Una camarera con lo que parece un esmoquin de lencería le tiende una bebida humeante con purpurina, como si se tratara de un brebaje sacado de una película de miedo. La música sigue estando demasiado alta.

—¿Qué es? —le pregunta Maggie a gritos.

—¡Nuestra bebida más especial! ¡Noche estrellada!

—¿Qué lleva?

—¡Mango, yuzu, coco, Dom Perignon... y nuestra salsa secreta!

A Maggie le suena asqueroso, pero le da un sorbo. No está malo.

—¡Estoy buscando a...!

—¡Nadia está detrás de la cortina!

Allí todo el mundo está preparado.

—¡Como en el mago de Oz!

—¿Disculpe?

—¿Qué cortina?

La camarera se la señala. Maggie se arma de valor, le devuelve la bebida a la camarera y se dirige a toda prisa hacia la cortina en cuestión. Un hombre se interpone en su camino y le suelta:

—¡Hola, nena! —y empieza a bailar para ella.

El hombre, de mediana edad, está haciendo la gilipollez esa de morderse el labio inferior mientras baila. Maggie está a punto de maniobrar para rodearlo, pero se queda parada un segundo.

¿Cuál es la estrategia que debe seguir?

¿No sería más inteligente no mostrarle todas sus cartas de golpe a Nadia?

«Párate a pensar».

Nadia ha jugado con ella. ¿No sería más inteligente dejar que pensase que sigue siendo la que controla la situación? Para eso, no puede hacerle ver que está al tanto de todo.

¿Debería hacerse la tonta?

Maggie reemprende la marcha, pero antes de que llegue a la cortina, esta se abre de golpe.

Nadia sale de una especie de zona privada. Ambas mujeres se miran a los ojos apenas por un instante. Nadia se mueve con la gracilidad de una bailarina del Bolshoi —la cabeza alta, los hombros atrás, la ropa con una caída magnífica en su pequeña complexión—. La mujer sabe muy bien cómo llamar la atención y, al mismo tiempo, es instintivo. Nadia va acompañada por una especie de aura de intensidad, como si estuviera concentrada en algo, como si dispusiera de una inteligencia feroz, de un magnetismo del que no puedes escapar.

Nadia se lanza hacia delante apresuradamente y, cuando llega hasta la posición de Maggie, le echa los brazos al cuello y la abraza.

—¡Cuánto me alegro de que estés bien! —le dice al oído a gritos, pero como bajando la voz.

Maggie sorprende a Nadia abrazándola aún más fuerte. Agresivamente. Le resulta curioso sentir los nuevos pechos de ella contra los suyos. Maggie se ha olvidado de eso por un instante, se ha olvidado de que Nadia era una paciente, de que la ha operado recientemente. A la joven aún debe de molestarle que le toquen los pechos, pero no hace ningún gesto que lo demuestre ni intenta

apartarse de Maggie. Sin dejar de abrazarla tampoco, Maggie consigue llevar a Nadia hacia la cortina. Los labios de la chica siguen cerca de su oreja. Nota el aliento de la joven. Maggie mantiene el cuerpo de Nadia presionado contra el suyo con un solo brazo, el otro lo baja por la espalda de la mujer. Todo el que las esté viendo a cierta distancia —bueno, puede que incluso de cerca también— podría interpretar cierta sensualidad entre ellas.

Cuando la mano de Maggie llega a la cintura de la joven, Nadia se tensa, pero, a continuación, es como si su cuerpo se rindiera por completo a Maggie.

—¡Doctora!

La mano de Maggie va a la cadera de Nadia y baja después por la pierna de la joven y —¿debería hacerlo?— llega hasta el muslo. A Nadia se le acelera la respiración. Maggie se está llevando a Nadia a través de la cortina, alejándola de los ojos curiosos. El reservado está vacío y tiene sofás afelpados junto a las paredes.

Maggie cambia de estrategia y empieza a tirar del vestido de Nadia hasta que se lo sube a la altura de las caderas.

—¡Doctora!

Y, entonces, sin previo aviso, Maggie empuja a Nadia a uno de los sofás. La joven está sonrojada. Maggie está a punto de tirarse a por ella, pero no es necesario, el vestido de Nadia sigue estando por encima de las caderas. Tal y como pretendía Maggie, los muslos de Nadia están a la vista.

Y no tienen ningún tatuaje.

Maggie mira hacia atrás para asegurarse de que no viene nadie.

Y así es, nadie viene. Todo el que las haya visto desvanecerse en el reservado ha debido de pensar que quieren estar a solas, sin que

nadie las moleste. Bien. Eso es justamente lo que Maggie pretendía.

Nadia abre los ojos de par en par por un instante y Maggie se da cuenta de que la joven acaba de entender lo que está pasando.

Nadia se baja el vestido a toda prisa.

—¡Demasiado tarde!

La joven no se mueve. Maggie coge el bajo del vestido y vuelve a tirar de él hacia arriba, dejando de nuevo a la vista los muslos.

—¡No tienes el tatuaje!

A la mierda las sutilezas.

—¡Es hora de dejarse de chorradas, Nadia! ¡Cuéntame qué está pasando!

Nadia abre la boca, muy probablemente para soltarle una mentira que ha ascendido directamente a sus labios, pero Maggie la corta enseñándole el móvil que Charles Lockwood le ha dado. Maggie ha hecho pantallazos de la página electrónica de Ray Levine y tiene las fotografías listas para enseñárselas. No obstante, solo necesita una, la primera, para que Nadia se quede de piedra. Maggie va enseñándole las demás subiéndolas por la pantalla con el dedo índice con la única intención de enfatizar lo que pretende hacerle ver. Las imágenes son en blanco y negro, fotografías que tomó Ray el día antes de la incursión en la que asesinaron al amor de Maggie.

Marc sale en muchas de ellas. Trace sale en muchas de ellas.

Y al fondo, esforzándose al parecer por no llamar la atención, está Nadia.

—¡Eres Salima! —le dice Maggie—. ¡Tú eres la guía que llevó a Marc y a Trace a TriPoint!

17

Maggie se hunde en el sofá junto a Nadia.

Ambas mujeres permanecen sentadas en silencio, mirando hacia la cortina. La música sigue entrando en el reservado a golpes, pero ahora parece más apagada, casi respetuosa, como si el club entero se estuviera convirtiendo en un trasfondo.

—Sé que fuiste tú la que me solicitó —dice Maggie.

—¿La que te solicitó?

—La que pidió que yo fuera la cirujana. Que tú fuiste la que quiso que fuera yo.

—Sí. —Nadia no la mira. Una sonrisa tristona aflora en su rostro—. Ya nos conocíamos. ¿No lo recuerdas?

—No.

—Es normal, yo tenía once años. Fue en Libia. Es probable que ese día trataras a un centenar de niñas, puede que incluso más.

—Salima...

—Prefiero Nadia, si no te importa. Fui ambas durante un tiempo, pero ahora Salima está muerta. Ella también murió en aquel campo de refugiados.

—Me has mentido.

Nadia no dice nada.

—El tatuaje... —dice Maggie.

—Era temporal. —La joven mueve la cabeza a uno y otro lado—. Supongo que debería habérmelo dejado más tiempo.

—Me habría dado cuenta de todas formas.

—Sí, es posible.

—¿Por qué te lo pusiste?

—¿Que por qué me puse el tatuaje? ¿Tú por qué crees?

—Para confundirme.

—Sí. —Nadia sigue mirando al infinito, por lo que Maggie la ve de perfil—. La mayor parte de lo que te conté era verdad. Crecí en Libia durante un tiempo en el que... —Se queda callada, cierra los ojos. Vuelve a abrirlos—. Bueno, todo eso no importa. Había campos de refugiados. Había crisis humanitarias. Tú estuviste allí, no hace falta que te explique lo duro que era. Y, sí, vendí un riñón, tal y como te dije. La Organización Mundial de la Salud asegura que el año pasado se vendieron dos mil riñones en la India. Y eso solo es una pequeña parte del mercado negro mundial. No me arrepiento. Ya te expliqué por qué lo hice. Salvé a mi familia.

—Nadia...

—¿Qué?

—¿Sientes algún dolor por la cirugía que te hice?

Nadia se ríe entre dientes.

—Ante todo, doctora.

—Lo mejor sería que te examinara.

—No, estoy bien. De verdad. —Un instante después—. Te ha enviado Lockwood, ¿verdad?

—¿Conoces a Charles Lockwood?

—Trabajo con él.

—No me ha dicho nada.

—Ahora mismo no confía en mí. Por eso te ha enviado. ¿Te ha explicado lo del blanqueo de capital?

—Sí.

—¿Te ha explicado toda su teoría sobre la corrupción, eso de que empieza por poca cosa pero que acaba creciendo como un cáncer o que muere?

—No utilizó la analogía del cáncer.

—Bueno, ya sabes a qué me refiero. Y sí, en este caso todo empieza con el blanqueo de capital, pero seguro que sabes cuál es el siguiente paso que dar para obtener beneficios.

—Vender órganos —dice Maggie mientras asiente.

—Yo estaba en un campo de refugiados cuando me reclutaron para donar el riñón. WorldCures también estaba allí. Una vez accedí a donarlo, me trajeron aquí en avión para llevar a cabo la operación.

Maggie se muestra sorprendida:

—¿Aquí? ¿A Dubái?

—Sí, a un sitio llamado Apollo Longevity.

El Apollo Longevity.

Nadia estudia la expresión de Maggie.

—¿Has estado allí, verdad? —le pregunta la joven—. En el Apollo Longevity.

—Ya sabes que sí.

Nadia asiente despacio y dice:

—WorldCures está relacionado con el Apollo Longevity.

—Estaba —la corrige Maggie, que intenta mantener su tono de voz bajo control, aunque los recuerdos empiezan a agolpársele y a zarandearla—. Nos cedieron algo de espacio en sus instalaciones. —Y, entonces, porque quiere cambiar de tema y porque se ha cansado de las inteligentes evasivas de Nadia—: ¿Vas a decirme que fue mi marido el que te quitó el riñón?

—No me habría importado que hubiera sido él, pero no, no sé quién lo hizo. Lo que importa es que conseguí que mi familia saliera del pozo. Aunque eso tuvo un precio y no solo el de mi riñón. Los compradores solo proporcionaban identidades a dos personas para entrar en Estados Unidos. Pedí que las hicieran para mi madre y para mi hermano. En efecto, viven en el Medio Oeste, como te dije, y tienen una vida próspera y feliz.

—¿Y tú, Nadia? ¿Qué ha sido de ti?

—Yo me quedé aquí, en Dubái.

—¿Sola?

—Sí.

—Eso tuvo que ser difícil.

—No, la verdad es que no —responde la joven, pero a Maggie le parecen unas palabras pronunciadas de forma forzada—. Salima se convirtió en Nadia. Aquí me iba bien. Trabajaba en clubes como este. Siempre había alguien, un hombre, por lo general, interesado en cuidar de mí. Un benefactor ucraniano me proporcionó acceso a la educación en línea. Él abrió la puerta y yo la crucé. Aprendí una serie de idiomas, incluidos el ruso y el tuyo, lo que me fue de mucha ayuda la noche que conocí a Trace Packer en este mismo club. Estaba muy borracho. Sabes que a Trace le encantaban los clubes nocturnos, ¿verdad?

—Sí.

—Me dijo que le sonaba de algo. Supuse que no era sino la típica frase para ligar...

«Y es muy probable que lo fuera».

—A punto estaba de decirle que se equivocaba, cuando me acordé de él. En el campo de refugiados había sido agradable conmigo. Con

los pacientes también había sido muy agradable. Mucho. Decidí decirle quién era.

—¿Le dijiste que eras Salima?

—Del campo de refugiados, sí. Él dijo que se acordaba de mí. Al día siguiente nos encontramos en una cafetería. Me habló de las últimas misiones de WorldCures y me ofrecí voluntaria para ayudarle.

Maggie intenta ordenar toda la información. Parte de ella ya se la había imaginado. Charles Lockwood ya le había hecho ver que el blanqueo de capital no era sino el principio, que solo eso no habría hecho que Marc decidiera denunciar a alguien tan peligroso como Oleg Ragoravich.

Pero ¿cosechar órganos?

Esa debía de haber sido la gota que colmó el vaso para Marc. El blanqueo de capital estaba mal, qué duda cabe, pero una vez has cruzado esa línea, no hay vuelta atrás. Aunque Marc hubiera querido denunciarlo, a todos los que trabajaban en WorldCures —en especial, a sus tres fundadores— podrían juzgarlos también o, cuando menos, aquello podría destruir su reputación. Y lo que es peor —mucho peor—, Oleg Ragoravich no habría permitido que lo traicionaran sin que hubiera represalias. Si Marc o Trace tenían alguna duda al respecto, aquel rápido viaje en helicóptero tuvo que despejárselas para siempre.

—Así que acompañaste a Marc y a Trace en aquella última misión —le dice Maggie a Nadia.

—Sí. Yo conocía la zona. Hablo los dialectos.

—¿Qué sucedió?

—Nos atacaron. Por sorpresa. Supongo que eso ya te lo habrán contado. Fue una matanza. Trace y yo intentamos poner a la gente a salvo y, en efecto, conseguimos sacar a muchos de allí, pero Marc... —Se queda callada y niega con la cabeza—. Era tan valiente. Se comportó tal y como te habrán contado. Insistió en que nos fuéramos sin él. Él se quedó allí e intentó salvar a más personas, pero...

Nadia se queda callada.

—Pero ¿qué?

—La situación era peligrosa, qué duda cabe, pero los atacantes dejaban vivir a los médicos y a sus ayudantes.

Maggie traga saliva.

—Excepto a Marc.

—Eso es —dice Nadia—. Del equipo solo lo mataron a él.

—¿Tienes alguna teoría?

Nadia asiente.

—Creo que alguien vendió a Marc. —Nadia levanta la cabeza y mira a Maggie. Los ojos de Nadia están en llamas, llenos de ira, de hostilidad—. Y creo que ese alguien eres tú.

Maggie no sabe cómo responder a las palabras de Nadia, así que se decanta por lo más evidente:

—¿Crees que tuve algo que ver con la muerte de mi marido?

Nadia se queda callada un instante, pero, para Maggie, las piezas están empezando, si bien lentamente y puede que no a encajar, sí a caer de la caja sobre la mesa.

—¿Por eso quisiste que fuera yo quien te operara? Querías tenerme a solas. En aquel palacio. Todas aquellas conversaciones raras, el baile de Ragoravich, la sensación de que algo iba mal, y

entonces... ¡bum!, el tatuaje. —¿Cómo es que Maggie no se había dado cuenta?—. Estabas intentando confundirme.

Nadia responde al cabo de un rato:

—Sí.

—Esperabas... Joder, ¿qué esperabas?

—Que cometieras algún error y acabaras confesando la verdad.

—¿La verdad? ¿El qué, que yo...? —No puede ni acabar la frase.

Nadia no dice nada.

—¿Cómo puedes pensar que yo tuve algo que ver con...? —Maggie sigue sin ser capaz de articular el pensamiento.

La muerte de Marc.

Nadia se pone de pie como si estuviera pensando en marcharse.

«¡Ni de coña!».

Maggie se levanta y le bloquea el paso.

—No creas que vas a soltar una acusación así y te vas a ir sin más.

—No iba a irme.

—¿Entonces?

Nadia no dice nada.

Maggie le dice:

—¿Entiendes que perdí al hombre que amaba?

Y Nadia le suelta:

—Yo también.

Silencio.

—¿Cómo que «yo también»? ¿De qué estás hablando?

Maggie tiene ganas de dar un paso atrás. Niega con la cabeza.

«¿Qué? Pero ¿qué está diciendo?».

—Mira, si estás intentando decir que Marc y tú...

—No.

Maggie se queda callada un instante.

—Entonces, ¿qué estás intentando decir?

Maggie mira a Nadia como si por mirarla fuera a entender de qué está hablando, pero eso no ocurre. Entonces, se da cuenta de una cosa en la que no se había fijado hasta ese momento y, una vez lo ha visto, ya no puede apartar la vista de él.

Nadia lleva un anillo en la mano izquierda.

En Rusia no lo llevaba, eso lo tiene claro, pero ahora sí lo lleva. Maggie adelanta la mano poco a poco para coger la de Nadia. La joven la aparta en un primer momento, pero luego se la tiende.

Es una esmeralda con forma cuadrada.

La de la fotografía desvaída del apartamento de Trace.

La misma que Trace había agarrado con tanta fuerza en el funeral de su madre.

«Joder».

Las piezas del rompecabezas que habían caído sobre la mesa empiezan a ponerse cada una en su sitio.

Maggie mira a Nadia a los ojos.

—¿Trace y tú...? —pero no puede acabar la frase.

Nadia asiente.

Maggie cierra los ojos.

—Trace ha desaparecido —le dice Nadia—. ¿Tú sabes dónde está?

Maggie siente que debería haberlo visto venir. Puede que no a las primeras de cambio, puede que no en el palacio de Ragoravich ni cuando conoció a Nadia, pero en cuanto Maggie se ha enterado de que Nadia era también Salima, en ese momento tendría que haberse dado cuenta.

—Estamos enamorados —añade Nadia.

Más piezas que encajan.

—¿Dónde está Trace? —le pregunta Nadia.

—No lo sé.

—Tú aseguras que fue a Bangladés.

—¡No, no, no, no! Eso es lo que Trace me dijo.

—¿Cómo te lo dijo? ¿Cuándo?

—Por teléfono. Me llamó. Después de que asesinaran a Marc. Se había planteado viajar a Estados Unidos para presentarle sus respetos. Ese tipo de cosas. Quería asegurarse de que me encontraba bien.

—¿Y te encontrabas bien?

—No, claro que no, pero él no podía ayudarme en eso. No podía. Trace no es de los que mejor llevan lo de la muerte y la pena. ¿Ya has conocido esa parte de él?

—Sí.

—En ese caso, ya sabes a qué me refiero.

—Le duele demasiado el dolor de los demás. Tiene que desviarlo, tiene que canalizarlo en algo constructivo.

Maggie sabe que no es por eso, pero no ve razón alguna para contradecirla en este momento.

—¿Cuándo ha sido la última vez que te comunicaste con Trace? —le pregunta Nadia.

—Cuando estuve en su apartamento, el día antes de volar a Rusia.

—¿Qué hacías en su apartamento?

—Tiempo atrás, Trace me pidió que le echara un ojo a su apartamento cada vez que me pasara por la ciudad. Hace tiempo, Marc y yo vivíamos en ese mismo edificio.

—¿Hablaste con Trace hace cosa de una semana?

—Le envié un mensaje.

—Los mensajes pueden falsificarse.

—¿Cómo dices?

—Podría haber sido cualquiera. ¿Qué le pusiste?

«¡Pero bueno, hasta ahí podíamos llegar!».

—Lo que le pusiera no es asunto tuyo. Te hago yo la misma pregunta: ¿cuándo fue la última vez que viste a Trace?

—Fue aquí, en Dubái. Hace cinco meses. El mismo día en que le llamaste.

Maggie frunce el ceño.

—No recuerdo haber llamado a Trace hace cinco meses.

—Pues eso es lo que él me dijo. —A Nadia le corre una lágrima por la mejilla—. Estaba molesto. Me dijo que iba a volar a Baltimore. Que quería verte en persona.

Maggie niega con la cabeza.

—Lo acompañé al aeropuerto —sigue diciendo Nadia—. Nos despedimos con un beso en la Terminal 1. Le vi pasar el control de seguridad... —Nadia se queda callada y mira hacia otro lado—. Y ya está. Trace no volvió. No me ha llamado desde entonces. Sencillamente, se ha desvanecido.

Silencio.

—¿Qué le dijiste cuando lo llamaste?

—Yo no lo llamé, Nadia.

—¿Qué sucedió cuando os encontrasteis en Baltimore?

—Yo no me encontré con él en Baltimore.

—Entonces, ¿Trace me mintió?

Maggie no sabe qué responder a eso.

Nadia levanta la mano para llamar la atención sobre el anillo de esmeralda.

—Me lo propuso.

—No tenía ni idea.

—Íbamos a casarnos.

Aquello no tiene el menor de los sentidos y, al mismo tiempo, es de lo más lógico.

Trace siempre se ha jactado de ser un soltero irredento, siempre ha dicho que a él no le van las relaciones largas y sus actuaciones pasadas abundan en ese sentido. ¿Lo habrá cambiado Nadia?

Es posible.

Nadia, desde luego, lo tiene todo. Puede que sea cierto que en esta ocasión Trace se haya enamorado. Además, es que le ha dado el anillo de su madre. Maggie no puede obviar ese detalle. El anillo de la madre de Trace está en el dedo de Nadia.

«¡Joder!».

Puede que, al menos en ese sentido, Trace haya cambiado. Qué dicen en el mundo de las finanzas, que los resultados pasados no son indicativos de los resultados futuros, ¿no?

—Y, entonces, de repente —prosigue Nadia—, después de que Trace fuera a verte...

—¡Que no vino a verme, Nadia!

—Desaparece y, por lo visto, ha ido a ayudar a gente de Bangladés o de cualquier otro lugar lo suficientemente remoto como para que sea imposible ponerse en contacto con él. No me dice nada. No se despide. No rompe conmigo. Nada. ¿No te parece raro?

Maggie no responde.

—Y nadie sabe nada de nada acerca de dónde se encuentra. Si está trabajando para una organización de ayuda humanitaria, nadie es capaz de decirme para cuál. Nadie lo ha visto ni se ha puesto en contacto con él. Y, claro, el último sitio al que me dijo que iba es a visitarte a ti, así que me pregunto...

—¿Qué te preguntas?

—Tú dejaste WorldCures...

—Mi madre...

—Sí, lo sé, estaba enferma. Pero venga ya, Maggie, dejaste WorldCures. Debías de saber algo de lo que estaba pasando. No te hagas la tonta.

Otra vez la acusación. ¿Cómo era aquello que decía su padre? «A veces uno se niega lo evidente». ¿Habría apartado Maggie la vista de las finanzas intencionadamente? Es posible. Y, sí, sabía que a Marc y a Trace les gustaba correr riesgos, que siempre iban un poco más allá de los límites, que les frustraban los protocolos que ralentizaban los avances médicos. Ellos querían acelerar sus progresos. Eran de esos que consideran que el fin justifica los medios y, cuando estaban juntos, cuando mezclabas la pasión de Marc con la de Trace, el resultado se acercaba mucho a lo tóxico.

Maggie se acordaba de aquella cirugía, aquella terrible cirugía que habían practicado aquí, en Dubái...

—¿Te das cuenta de lo que parece? —continúa Nadia—. Te vas de WorldCures y, entonces, en su última misión humanitaria, alguien vende a tu marido.

—Lo más probable es que fuera Oleg Ragoravich.

—Eso es lo que pensé yo en un primer momento. De ahí que me tomara como algo personal acercarme a él.

—Pero ¿cómo lo hiciste? —Aunque, nada más hacer la pregunta, Maggie se da cuenta de que es una estupidez. Las sutilezas no son necesarias—. ¿Lo sedujiste?

—El hombre al que amo había desaparecido. Haría lo que fuera por recuperarlo.

Eso parece un sí.

—Pero ¿cómo sucedió?

—Como sucede con muchos otros oligarcas, Ragoravich pasa gran parte de su vida en Dubái. Sencillamente, me aseguré de que nuestros caminos se cruzaran. De hecho, fue en este mismo club.

—Dios...

—¿Otra vez me estás juzgando?

Maggie niega con la cabeza.

—No, no. Sigue.

—Quería que me llevara a Rusia.

—Y lo hizo.

—Sí. Pensaba que allí encontraría respuestas.

—¿Las encontraste?

—No, la verdad es que no... y he buscado en los diferentes ordenadores y archivos de Ragoravich. No creo que él tuviera nada que ver con lo de Marc o con lo de Trace. Así que seguí preguntándome: si Ragoravich no está detrás de todo esto, ¿quién podría estarlo?

Maggie pone cara de sorpresa.

—¿Y llegaste a la conclusión de que la que podía tener algo que ver era yo?

—No se me olvida la cara de Trace cuando subió a aquel avión. Estaba devastado. Diría que incluso tenía miedo. Nunca lo había

visto así. ¿Es que no te das cuenta de lo que parece? Trace recibe una llamada. Se molesta. Lo deja todo y vuela a verte y, entonces, ¡chas!, desaparece y nadie vuelve a verlo.

Nadia le lanza una mirada retadora a Maggie, y ella aparta la vista.

—Yo no sé nada de eso —dice Maggie—. Trace es mi amigo. Estuvimos juntos en la guerra.

Nadia no deja de mirar inquisitivamente a Maggie.

—Yo lo único que quiero es dar con el hombre al que amo. Eso lo entiendes, ¿verdad?

—Por supuesto.

—La cuestión es que voy a Rusia, con Ragoravich, y descubro que tiene la mano metida en todas esas organizaciones benéficas sanitarias, pero no encuentro nada que tuviera que ver con lo que me había llevado allí.

—Dar con Trace.

—Eso es. La cuestión es que empiezo a preguntarme qué es lo que escondes.

—Yo no escondo nada.

—Entretanto, Ragoravich no deja de decir cuantísimo me quiere, pero que estoy muy delgada. Cuando un hombre dice que estás muy delgada... Ya sabes.

Maggie lo sabe, sí. Ambas lo saben. La mayoría de las mujeres lo saben.

—Ragoravich ya estaba buscando un cirujano discreto porque quería hacerse una cirugía plástica. Entonces se me ocurrió que, al mismo tiempo que él se la hacía, yo podía aumentarme las tetas. Le fascinó la idea.

—Qué raro.

Ambas mujeres comparten una sonrisa cómplice. Hombres. No son muy diferentes los unos de los otros.

—Así que le digo que yo me encargo de dar con el cirujano.

—Y te aseguraste de que me eligiera a mí.

—Sí.

—Para llevarme al extraño palacio de Ragoravich y ¿qué? ¿Conseguir que confesara?

—Sí —dice Nadia. Así de sencillo—. Yo controlaría el entorno. Te habría aislado de tu elemento, no te sentirías cómoda. Quería que estuvieras confundida, que te lo replantearas todo. Y el tatuaje era una gran parte de mi plan. Por cierto, vi el tatuaje de Marc aquí, en una piscina, en Dubái. Trace y él me contaron la historia de cuando se lo hizo, en la universidad. Tenía otras cosas planeadas para ti y, si nada funcionaba, iba a enfrentarme directamente a ti, como estoy haciendo ahora.

—¿Tenías otras cosas planeadas?

—Sí.

—¿Más intrigas?

—Sí. Se suponía que ibas a quedarte más tiempo. Al principio dijiste dos semanas.

Maggie lo recuerda bien.

—Por cierto, ¿qué es lo que salió mal, Nadia? ¿Por qué cundió el pánico justo después de que llevara a cabo las operaciones?

—No lo sé, pero tenía que ver con Ragoravich.

—Sí, pero ¿el qué?

—Por lo que logré descubrir, huyó después de la cirugía. Oí disparos. Creo que a un par de los suyos les dispararon y los

mataron. Ivan quería alejarme de allí, así que le pedí que me trajera a casa.

—Tuviste suerte de que no te mataran.

Nadia sonríe.

—Suerte no, tomé precauciones. Si me hubieran matado, habría sido peor para ellos.

Maggie piensa en ello unos instantes. Algo se les está pasando por alto...

—Pero ¿por qué quería Oleg Ragoravich hacerse una cirugía facial? —le pregunta Maggie a Nadia.

—Ragoravich no dejaba de bromear con que estaría más guapo.

—Eso no se lo cree nadie.

—Así es.

—Ragoravich quería esconderse, pero ¿por qué?

—No lo sé.

—Y si ese era el plan, ¿por qué huyó?

—No lo sé, y tampoco sé cómo escapaste tú. ¿Cómo lo hiciste?

Maggie niega con la cabeza. No está preparada para hablar de eso.

Un hombre vestido con traje negro —por supuesto— abre la cortina. Le dice algo a Nadia en árabe. Ella asiente.

—Tengo que irme.

—¿Y ahora qué?

—No lo tengo claro. Ni siquiera sé para qué has venido a Dubái.

—Por lo mismo que tú, para conseguir respuestas y dar con Trace.

—¿Y puede que también con...? —En la voz de Nadia hay cierto tono de burla.

Maggie no va a entrar al trapo.

—Puede que también para poner fin a esta empresa.
Nadia esboza una ligera sonrisa.
—¿Pretendes hacerme ver que deberíamos trabajar juntas?
—Sí.
—Que quede claro, Maggie: no confío en ti.
—Estupendo, porque yo tampoco confío en ti.

18

Maggie hace dos llamadas antes de volver al ascensor de los VIP. La primera, a su antigua compañera de clase, la estirada Bonnie Tillman. Tiene que pedirle un favor rápido porque Bonnie era la presidenta de la clase y seguro que sabe la respuesta a lo que le va a preguntar.

Maggie va directa al grano:

—Necesito el número de móvil de Steve Schipner.

—¿De Sleazy Steve?

Bonnie hace un ruido a modo de queja con la boca.

—Sí.

—¿El rey de las tetas? ¿Sabes que se hace llamar así?

—Sí, lo sé.

—Qué asco de tío —añade Bonnie por si acaso el ruido que ha hecho con la boca no ha dejado claro lo que opina de él—. Mira, Maggie, sé que lo estás pasando mal, pero...

—Es por una consulta médica.

—¿Y solo Steve puede ayudarte? Venga ya, Maggie.

Maggie no tiene tiempo para chorradas.

—¿Tienes su número o no?

Acompañado de un suspiro de lo más teatral, Bonnie le da el número de móvil.

En Dubái es medianoche, pero a Maggie le importa un bledo que vaya a despertarlo. El móvil que le ha dado Lockwood tiene el

nombre de Maggie en el identificador de llamada. Imagina que hay muchas probabilidades de que el propio Lockwood o uno de los suyos esté escuchando la llamada, pero a estas alturas le importa bien poco.

Steve contesta al tercer tono. No tiene voz de sorpresa.

—Vaya, vaya, vaya, ¡pero si es Maggie McCabe!

—Hola, Steve.

Maggie oye música clásica de fondo. Es uno de los preludios de Chopin. Se queda sorprendida, no lo hubiera dicho de Steve. De hecho, habría dicho que le gustan canciones como el «Hot for Teacher» de los Van Halen o el «Girls, Girls, Girls» de los Mötley Crüe.

—¿A qué debo el placer de esta llamada nocturna?

Maggie intenta no poner los ojos en blanco.

—Estoy en Dubái...

—¿En Dubái?

—Sí.

—Oigo música. ¿Estás en un club?

—Estoy en un club.

—¿En cuál? ¡Los conozco todos!

«No me digas».

—En el Etoile Adiona.

Steve silba por lo bajo.

—Muy exclusivo.

—Sí, no creo que haya más de mil personas...

—Debe de estar empezando a llenarse ahora.

—Y lleno de pollitas, estoy seguro de ello.

—¿Qué? —Steve se echa a reír—. ¡Vaya, vaya, Maggie, eso solo fue una broma! Dame diez minutos para que me prepare y...

—Me estaba marchando, pero necesito tus conocimientos.

—Vale.

—¿Estarás mañana en el Apollo Longevity?

Steve cambia el tono de voz, se vuelve más cauteloso.

—Sí, estaré.

—Tengo una paciente. Una mujer de veinticuatro años. Le he hecho un aumento de pecho.

—Pero ¿no te habían retirado la licencia médica?

—¿Puedo llevártela por la mañana para que la veas?

—Como hayas hecho algo ilegal...

—No, no es nada de eso. ¿Podríamos vernos a primera hora de la mañana? Te lo explicaré todo.

Una pausa larga. Entonces:

—¿Cómo se llama la paciente?

—Nadia Strauss. ¿Podrías verla?

Steve le dice que le puede hacer un hueco a las diez de la mañana, justo cuando abre el Apollo Longevity. Luego intenta convencer a Maggie para que le espere en el Etoile Adiona o, si le parece mejor, su edificio de apartamentos tiene un club solo para residentes que sería un sitio magnífico para que tomaran algo tranquilamente. Maggie cuelga después de despedirse de la manera más amable que puede.

Se encuentra con Nadia de camino al ascensor.

—He dado con la manera de entrar en el Apollo Longevity —le dice.

Acuerdan reunirse en el vestíbulo del edificio del Apollo Longevity unos minutos antes de las diez de la mañana. Nadia acompaña a Maggie al ascensor. Cuando se abre la puerta, a Maggie le pilla por sorpresa el abrazo que le da la joven.

—Sigo sin confiar en ti —le susurra Nadia al oído—, pero es que en ellos confío todavía menos.

Nadia no le explica quiénes son «ellos» —Ragoravich, Brovski, Lockwood—, pero Maggie da por hecho que se refiere a todos esos, porque, desde luego, ella tampoco confía en ellos.

—Lo mismo digo —responde Maggie mientras entra en el ascensor.

Cuando llega a la planta de abajo del Etoile Adiona, Maggie ve que la pista de baile está en su apogeo, y, aquí, «en su apogeo» es sinónimo del caos más absoluto. No sabe cuánta gente habrá llegado en la media hora que lleva allí, pero da la impresión de que, como entre una sola persona más, la pista de baile se desplomará al piso de abajo. Ahora mismo, en la pista de baile solo brillan las luces estroboscópicas. La DJ está poniendo una música superalta con unos bajos de lo más profundos, tanto, que Maggie siente cómo le vibra la pleura.

La mujer intenta cruzar la pista de baile. Avanza muy despacio; sencillamente, hay demasiados cuerpos apretados los unos contra los otros en un espacio demasiado pequeño. Maggie se abre camino por cualquier grieta que encuentra entre la muchedumbre, pero tampoco es que haya muchas. Acaba metiendo las manos entre las personas y haciendo palanca para abrirse hueco. La música se convierte en algo incluso más ruidoso y más agresivo. Maggie querría taparse los oídos, pero necesita las manos para desplazarse

entre la masa de carne. La pista de baile se ha convertido en una olla de esas como las que se forman en los conciertos de música heavy. Con las luces estroboscópicas, los fiesteros con las máscaras venecianas parecen de lo más siniestros.

El efecto es mareante.

Cerca del escenario hay lo que parece un trampolín. Hay personas que suben por la escalerilla, abren los brazos y se tiran al centro de la pista de baile. La gente las recoge y las lleva en alto como si fueran las olas del océano. Maggie casi no pisa el suelo. La empujan adelante y atrás, y avanza a ciegas hacia lo que espera que sea la salida.

¿De verdad a la gente le gusta esto?

Maggie nunca ha sentido claustrofobia, pero en este momento le está costando respirar. Se pregunta cuánta gente habrá tenido ataques de pánico en sitios como este. Y, claro, si sufres un ataque de pánico, no hay manera de remediarlo, no hay escapatoria. Estás atrapado. Maggie se pregunta cuántas de las personas que hay en el local habrán tomado drogas alucinógenas, pero supone que bastantes. Se pregunta también si eso hace que la experiencia sea más dura o más llevadera, pero lo más probable es que ambas opciones al mismo tiempo.

Cuando Maggie estaba en segundo curso de la universidad, un chico que le gustaba le dio una pastilla en un festival al aire libre que se celebraba en el oeste de Massachusetts y que duraba todo el fin de semana. Maggie sigue sin saber qué contenía aquella pastilla, pero hizo que se volviera una loca paranoica. Un enfermero se encargó de ambos y los llevó a la «Tienda Chill Out», donde les

dieron de comer naranjas y carbón activado y les introdujeron una solución salina en el organismo por vía intravenosa.

Un recuerdo muy raro.

Maggie se está abriendo paso metiéndose como una cuña entre dos hombres grandes cuando alguien la coge por el brazo.

El gesto ni es casual ni sucede por accidente. Alguien la sujeta como si tuviera una garra de hierro. Maggie intenta liberarse, pero no lo consigue. Se vuelve para ver de quién se trata, pero, con tanta gente, lo único que alcanza a ver es una mano carnosa y grande y un antebrazo. Sin previo aviso, la mano enorme tira de Maggie, que está a punto de perder el equilibrio. La gran mano tira de ella con más fuerza, arrastrándola.

Maggie no tiene claro qué hacer. Se siente como si estuvieran llevándola por un lavado automático de coches para humanos. Intenta clavar los tacones, intenta enfrentarse a la inercia, pero tiran de ella con demasiada fuerza. Maggie le grita que pare, pero la música está tan alta que no oye ni sus propios chillidos.

Con la otra mano, Maggie encuentra el dedo índice del hombre e intenta levantarlo para forzar que la suelte. Sin embargo, el agarrón sigue siendo igual de fuerte. Los dedos de él se le clavan como las garras de un águila, hasta el punto de que ella teme que vaya a hacerle sangre. Piensa en arañarle, en ser ella quien le haga sangre primero, pero lleva las uñas cortadas para operar, por lo que no tiene con qué hacerlo. Llega un momento en que consigue verle la espalda. El hombre tiene los hombros y la espalda anchos, pero hay tanta gente, están todos tan apelotonados, que tampoco puede intentar darle una patada. En su día le enseñaron cuáles son los puntos de presión que podrían servirle para que el hombre la libere,

pero es como si los puntos de presión nunca funcionaran en el mundo real o con objetivos móviles. Está a punto de probar de todas formas cuando el hombre se detiene de golpe.

Se da la vuelta y se quita la máscara.

Maggie se queda de piedra.

El hombre tiene los ojos inyectados en sangre y ennegrecidos. Tiene la cara hinchada. Lleva una fina venda sobre el puente de la nariz. Maggie está a punto de golpearlo —un puñetazo en esa nariz nueva lo dejará fuera de combate—, pero lo mira mejor a los ojos y lo que ve la sorprende.

Miedo.

Es Oleg Ragoravich.

Con un gesto de la cabeza, el hombre le hace una señal para que se quede con él.

Maggie no sabe qué hacer, pero le puede la curiosidad. Decide asentir y dejar de enfrentarse a él. Ragoravich deja de cogerla con tanta fuerza, pero sigue haciéndolo con firmeza. A Maggie no le importa, porque si deja de sujetarla por el brazo, se perderá entre la gente.

El volumen de la música desciende un poco y el ritmo frenético desacelera a medida que la DJ guía a la muchedumbre a una canción lenta. Al parecer, cuando bajas la llama, a los fiesteros les gusta juntarse como las partículas. Todos permanecen reunidos, solo que, ahora, en vez de con movimientos rápidos, frenéticos, los cuerpos se mueven lentamente a uno y otro lado.

Cuando Ragoravich y Maggie llegan a un pequeño claro, ella se libera con un tirón repentino. Oleg Ragoravich se vuelve hacia ella como una exhalación. La mujer vuelve a ver el miedo en los ojos de

él antes de que se baje la máscara de nuevo. Ragoravich le pone las manos en los hombros, pero Maggie se las sacude. De todas formas, por su cabeza pasa un pensamiento proveniente de su cerebro reptiliano de médico: ha de examinar a su paciente y asegurarse de que está bien. Tiene que comprobar que la operación ha ido bien, sobre todo por lo que respecta a la prótesis nasal impresa en 3D.

—¿Cómo se encuentra? Debería examinar...

—Se lo advertí —le dice él, pero parece como que se ahogue—. Le dije que no creyera ni una sola palabra de lo que Nadia le dijera.

—¿Qué está pasando? ¿Qué hace usted aquí?

—Tiene que ayudarme.

—¿Quiere mi ayuda?

—Están intentando asesinarme.

—¿Quién? ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué huyó usted?

Parece que al hombre le dé vueltas la cabeza.

—No lo entiende.

—Sí, eso ya lo sé —responde Maggie intentando no sonar sarcástica—, por eso se lo pregunto. ¿Por qué huyó?

—Tiene que sacarme usted de aquí.

—¿Y dónde quiere que le lleve, Oleg?

—Maggie, escúcheme: no puede confiar usted en nadie.

—Eso ya lo sé.

—Todo es una mentira. ¡Todo!

—¿El qué es una mentira? Dígame, ¿por qué huyó?

—Me...

Y es entonces cuando pasan varias cosas casi simultáneamente.

La música vuelve a animarse. Suena más alta, mucho más alta y más agresiva que antes. La sala se queda a oscuras y, entonces, de

golpe, las luces estroboscópicas lo convierten todo en una explosión de luz que parece un túnel del tiempo de película. Un grupo de máscaras venecianas los rodean y separan a Ragoravich de ella; su baile es frenético y rápido. Maggie deja de ver a Ragoravich por un momento. Estira la mano y encuentra la de él.

Lo agarra con fuerza. Él también a ella.

Maggie está mirando a Ragoravich a los ojos cuando ve que estos se abren de par en par.

Demasiado de par en par.

El agarrón de él se afloja. Maggie intenta seguir agarrada a él, lo sujeta incluso con más fuerza. Intenta tirar de él, atraerlo hacia ella, pero lo está perdiendo.

Su mano resbala...

—¡Oleg!

Pero su grito se pierde en la música. La multitud enmascarada se mueve entre ellos y los separa aún más. Ragoravich se tambalea mientras se aleja de ella. Maggie ya casi no lo ve.

—¡Oleg!

Maggie intenta acercarse a él a la desesperada, pero hay muchos enmascarados entre ellos. Maggie los empuja con fuerza, los golpea incluso; lo que haga falta por llegar hasta Ragoravich.

Por fin.

Lo ve. El hombre está apenas a uno o dos metros de ella. Maggie ya casi ha logrado llegar hasta él. Lo tiene lo bastante cerca como para tocarlo. Adelanta la mano para cogerlo.

Es entonces cuando ve que una mano enguantada le clava un cuchillo en el pecho a Ragoravich.

La sangre va expandiéndose por su camisa blanca.

Maggie pega un grito. Sin embargo, la música —¡la puta música!— vuelve a tragárselo. Salido de la nada, alguien le pega un puñetazo que a punto está de tirarla al suelo. Maggie se esfuerza por recuperar el equilibrio, pero no lo consigue. Cuando las luces estroboscópicas los iluminan, Maggie se da cuenta de que todos los que les rodean llevan máscaras.

Ya no ve a Ragoravich.

—¡Socorro!

Nada.

—¡Han apuñalado a una persona!

Maggie apenas oye su propia voz.

«¿Dónde diablos está Ragoravich?».

Maggie se lanza hacia delante, presa del pánico, pero no consigue dar con él. De nuevo empieza a tirar puñetazos. Busca desesperadamente a Ragoravich o la sangre o la mano enguantada con el cuchillo —lo que sea—, pero el club está demasiado lleno y las vibrantes luces estroboscópicas no ayudan.

Maggie levanta la vista hacia el techo abierto, hacia la serenidad del cielo nocturno, y por el rabillo del ojo ve que están llevando por los aires a un hombre como si fuera una de las personas que se tiraban del trampolín.

Es Oleg Ragoravich.

Ya está a unos diez o veinte metros de Maggie, que empieza a nadar entre los cuerpos con intención de alcanzar a Ragoravich. Un hombre enorme con una máscara veneciana negra se interpone en su camino. Cuando Maggie le da un rodillazo en los testículos, el hombre se pliega como una silla de playa. Uno de los fiesteros la empuja con fuerza. Maggie le pega un codazo en el costillar. Otro se

lanza contra ella. Entonces, alguien le da una bofetada con fuerza en la sien.

Ella trastabilla mientras ve las estrellas.

La música sigue altísima. Los fiesteros la rodean, se la tragan. Maggie intenta echar mano a ciegas al hombre que le ha dado el manotazo. Con la punta de los dedos consigue alcanzar la máscara y tira de ella.

Es Bloque de Hormigón.

«Pero ¿qué...?».

El hombre le pega un empujón con todas sus fuerzas y se marcha a toda prisa. Maggie se golpea con alguien que tiene detrás, que la empuja para quitársela de encima y, ella, aprovechando la inercia, salta sobre la espalda de Bloque de Hormigón. Maggie no ha dejado de gritar pidiendo ayuda, pero nadie le presta atención. Ni siquiera ahora, que está subida a la espalda de una persona, llama la atención entre la multitud. A nadie le parece raro. La gente está en constante movimiento, saltando, bailando, levantando las manos y gritando al ritmo de la música.

Desde la espalda de Bloque de Hormigón, un punto ventajoso, Maggie mira la pista de baile. Ve a dos personas surfeando sobre la gente.

Ninguna de ellas es Ragoravich.

Ragoravich ha desaparecido.

Bloque de Hormigón intenta deshacerse de Maggie, pero esta le pasa las piernas alrededor de la cintura y las enlaza por los tobillos; luego, le pasa el brazo derecho por ese cuello prácticamente inexistente que tiene.

Acto seguido, Maggie aprieta con todas sus fuerzas con intención de estrangularlo.

Bloque de Hormigón echa las manos hacia atrás para cogerla. Maggie pega su cara contra la nuca de él para que no consiga arañarle los ojos, para que no pueda darle un cabezazo.

Maggie reposiciona el brazo derecho y aprieta con más fuerza con la idea de hundirle la tráquea.

Bloque de Hormigón empieza a mover las manos más desesperadamente con intención de agarrarla, para liberarse aunque sea un instante, el tiempo necesario para respirar.

Maggie, sin embargo, lo tiene bien cogido y no deja de apretar.

Al hombre se le doblan las rodillas. Ella cierra los ojos y se agarra con más fuerza. No va a soltarlo. No va a soltarlo hasta que...

¡Paf!

Un puñetazo alcanza a Maggie en la parte baja de la espalda, justo por debajo de las costillas. Los nudillos se le clavan en el riñón. El dolor es como una puñalada que hace que lo vea todo blanco por un instante. Maggie nota como un sabor a hierro en la boca. El golpe le entumece ciertos músculos, puede que incluso órganos, y la incapacita. Maggie intenta seguir apretando, intenta acabar lo que ha empezado...

Pero entonces recibe otro puñetazo en el mismo sitio.

Maggie siente que todo el cuerpo se apaga.

Alguien la coge por los hombros desde atrás y se la quita a Bloque de Hormigón de encima. Maggie cae con fuerza al suelo. La gente baila a su alrededor, algunas personas la pisan. Maggie intenta protegerse, ponerse de pie, pero hay demasiada gente. Sigue dando batalla, intentando levantarse, pero no dejan de tirarla al suelo.

Grita, y grita, y vuelve a gritar, pero nadie la oye. Nadie deja de bailar.

La multitud está de fiesta.

19

Sharon se desliza en el asiento del reservado de la esquina del Vipers.

Porkchop la espera allí. Él levanta la vista, ve la expresión de ella y espera. Sharon pone ambas manos sobre la mesa, justo delante de ella, y se queda mirándolas un momento. Luego se recuesta. Los ojos de Sharon lo miran todo menos a Porkchop. Mueve su pierna izquierda como si se tratara de un martillo neumático, aunque eso es bastante normal en ella.

Porkchop sabe que Sharon está en algo, así que deja que se tome su tiempo.

Pasan unos momentos más. Entonces Sharon le dice:

—¿Sabes qué es un bot de duelo?

Su pregunta es inesperada. También lo es la respuesta de él:

—Sí.

—¿Sabes lo que es?

Porkchop asiente.

—Siempre había pensado que eras el ludita por antonomasia.

—Pinky me habló de ellos cuando Marc murió. Creo que probó uno cuando lo de su madre.

—¿Qué te contó?

—Que es una especie de programa informático en el que los muertos, pero no me preguntes cómo, te mandan mensajes. Se

supone que te ayuda a lidiar con la pérdida de un ser querido. Es como una réplica digital de él o algo así.

Alguien pone la gramola. Los integrantes de Tears for Fears empiezan a decirle a todo el mundo que grite, que grite, que lo deje salir todo.

—¿Y lo probaste? —le pregunta Sharon.

—No. Yo no quiero réplicas digitales, yo quiero a mi hijo.

Sharon asiente despacio. Al rato, dice:

—Pero sabes que eso es imposible.

—Claro. La muerte es el final. —Porkchop ya sabe que a veces Sharon puede ser torpe con las palabras o excesivamente sincera—. ¿Adónde quieres llegar?

—Creé un bot de duelo de Marc para Maggie, pero no se parece en nada a ningún otro bot de duelo.

Sharon pasa los siguientes diez minutos explicándole a Porkchop la labor, los detalles, la inventiva que han formado parte del desarrollo de la IA necesaria para crear el bot de duelo de Marc. El hombre la escucha e intenta no reaccionar. Sharon habla rápido. Se va un poco por las ramas. Lo pierde cuando se pone muy técnica, pero Porkchop simplemente obvia esos momentos. Esto tampoco es atípico con Sharon. Su boca siempre está intentando mantener el paso de su cerebro, pero es una tarea imposible.

Ya hacia el final, Sharon se mete en la realidad económica de su programa.

—Por desgracia, he llegado a la conclusión de que, por ahora, mi bot de duelo no sería un producto viable en el mercado, al menos en lo monetario.

—¿Por qué no?

—Tardé dos meses trabajando día y noche en conseguir información sobre Marc y en codificar, programar, investigar y desarrollar el bot. Lo que tengo es una versión beta, un prototipo, pero no veo la manera de producir en masa el bot de forma que resulte rentable. Lleva demasiado tiempo extraer y organizar los datos.

—Ya, pero si tu bot de duelo funciona como dices que lo hace...

—Por supuesto que lo hace.

—Entonces yo creo que tiene que haber gente dispuesta a pagar lo que sea por él.

—Sí, puede ser, pero no tengo ningún interés en pasar dos meses buscando información sobre, no sé, el padre de un multimillonario, me paguen lo que me paguen. Yo lo que quiero es que todo el mundo tenga acceso a cualquier cosa que yo cree.

Porkchop se recuesta.

—¿Cuánto hace que Maggie tiene el bot de duelo?

—Dos semanas. No te lo contó, ¿verdad?

—No.

—Pensaba que te haría daño.

De nuevo esa manera tan torpe de hablar. Por detrás de ellos, los de Tears for Fears están cantando que, si fueran capaces de hacerte cambiar de opinión, les encantaría romperte el corazón.

—No te parece bien —dice Sharon.

—No soy quién para juzgar.

—Pero a ti no te interesa.

—Los muertos están muertos. No se supone que tengas que superarlo, tienes que vivir con ello.

—Puede que haya gente que piense diferente.

—No me cabe duda.

—¿Y si eso les ofrece consuelo?

—No sería real.

Sharon se encoge de hombros.

—Ningún consuelo es real, si te paras a pensarlo. Casi por definición.

—Yo no busco consuelo. Esto no tiene que ver conmigo, sino con mi hijo. No es lo que yo he perdido, sino lo que ha perdido él, lo que le han robado. Me da igual mi dolor, puedo vivir con él. Es lo menos que puedo hacer, de hecho. Con lo que no puedo vivir, lo que no puedo superar, y no quiero superar, es lo que le han arrebatado a mi chaval.

Sharon no dice nada.

—¿Crees que tu bot de duelo puede ayudarme con eso?

—No.

—No pretendo ser duro.

Sharon levanta una mano y dice:

—Lo sé.

—¿Por qué decidiste hacerlo?

—¿Un bot de duelo?

—Sí, un bot de Marc para Maggie.

—Puede que por egoísmo. Quería ver si era capaz.

—Pero también esperabas que ayudara a Maggie.

—Sí.

—¿Por qué?

—Mi hermana necesita respuestas. ¿Recuerdas cuando Maggie y tú volasteis a Túnez?

Porkchop lo recuerda, por supuesto.

—Maggie quería ver el lugar donde había sucedido.

—Eso os habría llevado un día, dos como mucho —comenta Sharon—, pero pasasteis allí tres semanas. Visitasteis pacientes en hospitales. Hablasteis con todos los supervivientes del campamento para ver qué descubríais. Maggie se sumergió en todo aquel horror. No quería perderse nada. Quería oír lo terrible que había sido aquel día. Puede que mi hermana pensara que oír todo aquello resultaría liberador, que la curaría o que la ayudaría a seguir adelante, pero sucedió todo lo contrario. Cuando volvisteis, mi hermana había cambiado. Lo veía en sus ojos. Ahí empezó a medicarse. Casi mata a un paciente durante una operación. Perdió la licencia médica. Estaba cayendo en picado.

Porkchop no dice nada y su expresión no cambia, pero las palabras de Sharon son esquirlas de cristal que se le clavan en el pecho.

—Y tú intentaste ayudarla con un bot de duelo.

—Así es.

—Siendo generoso, tu invento no es sino una muleta.

—A veces, con una muleta es suficiente.

—A corto plazo, pero no es suficiente una vez pasado un tiempo.

Sharon ladea la cabeza.

—¿Por qué no?

Porkchop no sabe qué responder.

—Todos utilizamos muletas —dice Sharon—. Todos nos valemos de algo que nos atonte, que nos distraiga o que nos ayude a llegar al final del día. Tú tienes el Vipers y a la pandilla. Tienes tus paseos en moto. Y... —Sharon señala el centro de la estancia—, ¿acaso crees que no sé qué es eso?

Lo que está señalando con el dedo es la zona de exposición del Vipers, más concretamente, la Honda Blackbird de 1996. Porkchop se la había regalado a Marc por su graduación. Cuando Marc murió, Maggie insistió en que Porkchop se la quedara, que fuera él quien la condujera o que se la diera a otro miembro de la banda. Sin embargo, Porkchop no había podido hacerlo. Lo había intentado, pero no podía soportar ver a otra persona sobre la motocicleta favorita de su hijo. Y por eso la había expuesto allí, en el Vipers for Bikers, y cada día se paraba delante de ella y la observaba.

Porque, claro, ¿quién necesita una muleta?

Porkchop se queda mirando la motocicleta.

—¿Y le ha ayudado? —pregunta él.

Sharon sabe que Porkchop se está refiriendo al bot de duelo.

—No lo sé.

—Pero ¿ha estado utilizándolo? —Porkchop se obliga a dejar de mirar la motocicleta de Marc—. ¿Está hablando con...?

—Sí.

Porkchop piensa en ello un momento. Duele. Lo de imaginarse a Maggie hablando con una versión de Marc generada por ordenador. Le duele más de lo que puede admitir, pero ¿hay algo que no duela? Parte de él lo comprende. A otra parte de él lo enfurece.

—No me extraña que Maggie piense que Marc podría seguir vivo —comenta Porkchop.

—¿Cómo dices?

—Maggie ha estado hablando con él... —dice Porkchop con más desagrado en la voz del que pretendía—, pero no es él. No es su esposo. No es mi hijo. No es sino el Frankenstein que tú has creado.

—Para nada es eso.

—Ya te he dicho que, como mucho, es una muleta. —El hombre lo intenta, pero no puede evitar que la amargura se cuele en sus palabras—. Aunque lo más probable es que tu bot de duelo no sea sino un delirio. Una completa mentira.

Sharon se recuesta. Porkchop se arrepiente de inmediato de lo que acaba de decir.

—Lo siento. No pretendía...

—No, no. —Sharon hace un gesto con la mano—. No hagas eso. Lo decías en serio y entiendo lo que quieres decir. Es justo. —De pronto, Sharon ladea la cabeza—. ¿Por qué has dicho que Maggie piensa que Marc está vivo?

—Bueno, en realidad, no es que lo piense.

—¿Alguien le está dando esperanzas?

—Sí.

Sharon niega con la cabeza y comenta:

—Eso es cruel.

«No hay nada más cruel», piensa Porkchop. Gira la cabeza y vuelve a mirar la motocicleta de su hijo. Recuerda la sonrisa que tenía Marc cuando la conducía. ¡Qué sonrisa! La sonrisa perfecta, alegre y llena de vida de su hijo. Desaparecida. No, desaparecida no, extinguida intencionadamente.

Con toda la intención.

Con premeditación. Una decisión consciente que alguien había tomado con la idea de borrar la existencia de su hijo.

Porkchop cierra las manos con fuerza. Una y otra vez. Esa rabia es insoportable. No puede aguantarla. Sabe que, como se pare a pensarlo el tiempo suficiente, se volverá loco. Se pondrá a gritar y no tiene claro que sea capaz de parar. Ni después de que haya

transcurrido tanto tiempo. Ni siquiera después de todo lo que ha hecho para acallar sus gritos.

Porque ha mentido a todo el mundo para acallar esos gritos.

Incluso a Maggie.

20

El vikingo lleva a Maggie de vuelta a la residencia.

Nadie la cree. O, al menos, eso es lo que dicen.

Unas pocas horas atrás, Maggie logró arrastrarse por entre la multitud que abarrotaba la pista de baile del Etoile Adiona. No había ni rastro de Oleg Ragoravich. No había ni rastro de Bloque de Hormigón ni de ningún otro de los enmascarados. O puede que siguieran allí, a su lado, disfrutando de la fiesta. Cabía la posibilidad de que, con esas máscaras, hubieran apuñalado a un hombre y, sencillamente, se hubieran mezclado entre la multitud y hubieran seguido bailando.

Maggie encontró a una camarera y le explicó que había visto cómo apuñalaban a un hombre. De repente, la camarera ya no hablaba tan bien su idioma y envió a Maggie a la otra punta del club, tras decirle que buscase a un hombre con traje azul. Cuando llegó, en la zona en cuestión había decenas de hombres con traje azul.

Nadie sabía nada. Nadie podía ayudarla. Nadie tenía claro con quién debería hablar. La música seguía sonando a todo volumen. La fiesta no paró.

Maggie encontró de nuevo la zona VIP con el cordón de terciopelo rojo. Había dos guardias de seguridad diferentes. Ninguno de ellos conocía a Nadia. Ninguno de ellos tenía intención de dejarla pasar. Maggie sacó el móvil y marcó el 999, el número de la policía de Dubái. La policía se mostró escéptica, pero Maggie no quiso soltar el

hueso e insistió en que enviaran a alguien. Con gran reticencia, accedieron a enviar a un detective, pero tendría que esperarlo fuera del club.

Bajo ningún concepto iban a molestar a los invitados del Etoile Adiona.

Maggie salió del club y se encontró con un detective de la policía con un bigotazo. Bob el vikingo también estaba allí.

—No lo haga —le advirtió—. No va a salir bien.

Tendría que haberle hecho caso.

Bigotones fue directo al grano:

—Entonces, dice usted que ha visto un apuñalamiento, ¿no es así? En una pista de baile abarrotada, ¿verdad? La cuestión es que nadie más lo ha visto, ¿es eso? Nadie más ha informado de ello, ¿verdad? Porque, ¿han informado de que haya habido algún herido? ¿No? ¿Cómo es posible? ¿Hay algún cadáver? ¿Han denunciado la desaparición de alguien? Dice usted que estaba muy oscuro, que solo había luces estroboscópicas, pero que lo ha visto todo claramente. Siendo así, ¿nadie más lo ha visto? ¿Está usted segura de lo que dice? ¿Seguro que no ha sido una alucinación? Por cierto, ¿cuánto ha bebido? ¿Ha consumido drogas? ¿Debería tomarle una muestra de sangre para asegurarme? Y ya que estamos, ¿podría decirme qué hace aquí? Sola. En Dubái. ¿Cuál es el propósito de su visita a Dubái? ¿Desde dónde ha venido? Ah, entiendo, ha volado usted en un avión privado desde Guelendzhik, desde Rusia. ¿Qué hacía una estadounidense en Guelendzhik? ¿Está sola en Dubái? ¿Ha venido a hacer turismo? ¿A hacer negocios? ¿A qué ha venido exactamente a Dubái?

Llegó un punto en el que Maggie se dio cuenta de la futilidad de todo aquello y de lo peligroso que podría resultar. Bigotones no dejó de preguntarle qué hacía en Dubái y, de hecho, la respuesta de verdad, que Maggie evitó darle a toda costa, podría tratarse de algo ilegal. No lo había comprobado, pero es cierto que la mayoría de los países exigen licencias y autorizaciones para llevar a cabo cirugías y Maggie no tenía razones para pensar que en Dubái fuera a ser diferente. Por lo tanto, dejó de hablar con Bigotones.

En el coche, el vikingo le dice:

—Lo que ha hecho no ha sido muy inteligente.

—¿Qué debería haber hecho, quedarme callada?

—¿Y qué pensaba que iba a suceder, Maggie, que iban a cerrar el club y que iban a encender las luces e investigar a todos los que estaban allí?

—He visto cómo apuñalaban a una persona.

El vikingo mueve la cabeza de un lado a otro.

—Lockwood dio la cara por usted, pero no debería haberle hecho caso.

—¿Conoce usted a Charles Lockwood?

—Por supuesto.

—Entonces, ¿sabe que...?

—Eso es lo único que voy a admitir, Maggie.

El coche ruge de nuevo antes de entrar en el ascensor de cristal.

—¿A qué hora son las cirugías mañana?

—Mañana no, hoy.

—¿Qué?

—Que no son mañana, que eran hoy. Son las cuatro de la mañana. Las operaciones iban a realizarse hoy a las dos de la tarde.

—Estaré preparada.

Bob niega con la cabeza.

—No, ni lo sueñe.

—¿Por qué no? He realizado cirugías muchísimo más complicadas sin haber dormido o mientras el enemigo nos bombardeaba. Puedo...

—Estoy convencido de que puede llevarlas a cabo mientras hace el pino, pero voy a aconsejar a la familia que no lo haga.

—¿Por qué?

El vikingo se vuelve hacia ella.

—Tendrá que entender usted que va a haber grandes repercusiones por lo que ha hecho esta noche.

—Tan solo he denunciado un crimen.

—Y al hacerlo, ahora está en el radar de la policía de Dubái. Hay razones por las que exigimos discreción, una de ellas es que la práctica de la medicina, sobre todo operar sin licencia de los Emiratos Árabes Unidos, está prohibida, por mucho que la cirujana en cuestión tenga las licencias necesarias en su país, cosa que, asumámoslo, usted tampoco tiene.

Maggie no puede replicar.

—Así que esta es la cuestión —continúa el vikingo—: mientras no lleve a cabo usted las cirugías, no se habrá quebrantado ninguna ley y usted no será sino una invitada de la familia. Y eso es lo que voy a recordarles, que ahora mismo no hay peligro. No obstante, en cuanto abra usted a un paciente...

—Lo entiendo.

El vikingo sonríe ligeramente mientras el coche llega al apartamento.

—Le agradezco su comprensión. —Y le abre la puerta—. Tengo que hacer unas llamadas, pero yo diría que podré subirla a un avión en una o dos horas.

—No.

Bob se vuelve para mirarla.

—No he acabado en Dubái.

—¿Tiene intención de quedarse?

—Puedo ir a un hotel...

—No, eso también llamaría la atención. —El vikingo niega con la cabeza—. ¿Cuál es su plan?

—Voy a reunirme con un doctor en el Apollo Longevity a las diez de la mañana.

Cuando Maggie entra en el dormitorio, llama a Charles Lockwood para informarle de lo que ha ocurrido. Lockwood la escucha y, cuando Maggie acaba, dice:

—Parece que Ivan Brovski le ha dado jaque mate a su jefe.

—No tiene sentido.

—¿Por qué lo dice?

—Si Ivan Brovski quería matar a Oleg Ragoravich, ¿por qué esperar hasta después de la cirugía? ¿Por qué no, no sé, traer su propio anestesista y envenenar a Ragoravich durante la intervención?

—Por Dios, sí que es usted maquiavélica.

—Tan solo intento pensar como esa gente.

—Puede que Brovski haya actuado debido a la cirugía.

—¿A qué se refiere?

—Estamos de acuerdo en que Oleg Ragoravich no se hizo esa cirugía cosmética para ser modelo, ¿no?

—Estamos de acuerdo.

—En ese caso, Ragoravich lo que quería era disfrazarse.

—Entonces, ¿por qué huyó cuando aún no se le había curado la cara?

—Hum. Sí, bien visto. No tiene sentido.

No se les ocurre ninguna otra teoría. Lockwood promete investigar e intentar dar con el paradero actual de Oleg Ragoravich.

—Ya me contará qué tal le va en el Apollo Longevity.

Cuando dejan de hablar, Maggie se da una ducha. Una vez fuera, se envuelve en una toalla, se sitúa delante del enorme espejo y empieza a realizarse una inspección médica. Le duele el riñón. Le duele mucho. En cualquier caso, no hay sangre en la orina. Tiene muchos moratones de los pisotones y demás, pero no tiene roto ningún hueso ni ha sufrido daños internos, al menos visibles. Todavía es pronto. Aparte del riñón, no siente mucho dolor, pero es probable que lo sienta en las próximas horas. En cualquier caso, nada que no se pueda remediar con un poco de medicación.

Maggie se mete en la cama, pero está demasiado tensa para quedarse dormida. Dentro de poco volverá al Apollo Longevity... Odia ese lugar. Juró que nunca volvería, pero no tiene alternativa.

¿O sí?

No tiene por qué hacerlo. Podría irse a casa. Aún recuerda la conversación que mantuvo con Porkchop:

«Tengo que hacerlo».

«No, no tienes que hacerlo».

Porkchop estaba en lo cierto.

Podría dejarlo en ese mismo instante. Hace tiempo que abandonó las cruzadas. Esta lucha no le corresponde, la han arrastrado a ella con mentiras, manipulándola.

De todo esto no puede salir nada bueno.

Al menos para ella.

Porque sabe que nada de lo que haga le va a devolver a Marc. Podría volver a casa y seguir con su vida (pero ¿qué vida?), olvidarse de todo esto.

No, ya no. Le guste o no, ya no puede dejarlo estar.

Tiene que hacerlo.

21

—¡Vaya! —exclama Steve Schipner—, qué buen trabajo, doctora McCabe.

Están en una sala de reconocimiento. Steve lleva una bata blanca. Su nombre está estarcido por debajo del logotipo del Apollo Longevity. Maggie ha de reconocer que Steve examina a Nadia con profesionalidad, discreción y respeto. Es como si aquí fuera una persona completamente distinta. Su voz cuando habla con Nadia es agradable y comprensiva. La escucha, le presta atención, responde de forma apropiada y hace las preguntas adecuadas. A pesar del espectacular atractivo de Nadia —y de que algunos podrían considerar que las razones médicas por las que están allí son lascivas—, Steve ni una sola vez la mira de manera inapropiada. Es como si estuviera inspeccionando dos sillas de playa. Maggie está sorprendida, pero no tanto. No es la primera ni la segunda vez que ve un comportamiento así en los médicos. Y no es que Steve esté actuando. Sencillamente, se ponen la bata y recuerdan su juramento, la importancia y la responsabilidad de lo que están haciendo. Un médico lo es todo para su paciente y los pacientes han de serlo todo para él.

Hasta Sleazy Steve lo entiende.

Cuando se encontraron abajo, en el vestíbulo, Maggie le contó a Nadia lo del... ¿apuñalamiento? de Ragoravich. Maggie no tiene claro

cómo referirse a ello. Nadia la escuchó con gran atención. Ella seguía en la zona VIP y no se enteró de nada de aquello.

—Ese al que apodas «Bloque de Hormigón» se llama Akim. Vino en el avión conmigo, igual que Ivan Brovski, pero ya no están en Dubái.

—¿Y cómo lo sabes?

—Cuando íbamos en el avión, cogí el móvil de Ivan mientras dormía y activé sus servicios de localización. Configuré su móvil para que me alertara de sus movimientos.

A Maggie le pareció sencillo, pero brillante.

—Entonces, ¿puedes rastrearlo?

—Sí. Anoche vi que se encontraba en el Etoile Adiona, pero... —Nadia desbloqueó su móvil y entró en la aplicación— no ha estado activo desde las cinco y seis minutos de esta mañana.

Maggie miró la pantalla.

—¿Eso es el Aeropuerto Internacional de Dubái?

—Sí.

—Así que Ivan se ha ido volando. Ningún rastreador lo seguirá en el aire.

Steve continúa el examen con paciencia y habilidad. Maggie recuerda la primera vez que Trace los trajo a Marc y a ella al Apollo Longevity. Maggie se había mofado de tanto exceso, de esa exageración, de las promesas de «fuentes de la juventud» ofrecidas constantemente junto con la fascinante contradicción del término «antiedad». Las personas más ricas del mundo vuelan hasta aquí para someterse a cualquier tratamiento que esté de moda en ese momento y —en opinión de Maggie— aunque las intenciones sean

buenas, la vasta mayoría de esos tratamientos modernos no son sino aceite de serpiente de uno u otro tipo.

—Ya puede vestirse —le dice Steve a Nadia—. En la consulta hablaremos más, pero ya le digo que la operación ha sido un completo éxito. No veo razón alguna para que esté preocupada.

—Gracias, doctor.

Nadia mira a Maggie, luego mira el monitor del ordenador que hay en la mesa y vuelve a mirar a Maggie. Ella asiente.

—La esperamos en la consulta mientras usted se viste —le dice Steve—. Doctora McCabe, ¿podemos hablar fuera?

«Perfecto».

—Por supuesto, doctor Schipner.

El plan de Nadia es sencillo, aunque es improbable que consiga nada de lo que pretende. En la sala de reconocimiento hay un ordenador. Nadia conoce el nombre de usuario y la contraseña de Trace. Mientras Maggie distrae a Steve, ella tiene la esperanza de poder acceder a ver qué es lo que descubre.

Evidentemente, hay mil y un detalles que pueden fallar en el plan. Puede que la contraseña de Trace Packer ya no funcione. También es probable que no haya nada interesante que ver —¿o es que piensa que va a encontrar un mensaje en el que ponga: «Hemos secuestrado a Trace Packer y aquí es donde lo tenemos recluido»?— e incluso puede que en algún sitio salte alguna alerta o algo así cuando Nadia intente acceder.

Pero, claro, ¿quién sabe? Porque ahora mismo Nadia y ella son «espías», ¿no? Y como todo el mundo sabe, estas son las cosas que hacen los espías.

Steve lleva a Maggie por el pasillo. Al fondo, Maggie ve el ascensor que baja a la planta en la que se encontraba WorldCures Alliance.

—No lo he dicho de broma —comenta Steve—, has hecho un gran trabajo.

—Gracias.

—Pero ambos sabemos que este examen podrías habérselo hecho tú, no era necesario que la trajeras aquí.

—Quería asegurarme.

—¿De qué?

—Quería que un verdadero especialista aprobase mi trabajo, ¿y quién mejor que «El rey de las tetas»?

Steve sonríe.

—Eso solo es marketing.

—Si tú lo dices. —Luego Maggie mueve la cabeza a uno y otro lado y dice—: El rey de las tetas.

—Intentas tomarme el pelo porque no quieres que te pregunte lo evidente.

—¿Que es...?

—Para empezar, ¿por qué hiciste esta cirugía?

—Podría hacerte la misma pregunta. Porque, ¿qué haces tú aquí?

—¿Disculpa?

—Esta es una clínica de longevidad, no un centro de cirugía estética.

—¿No ves que lo uno va asociado a lo otro? Porque si te paras a pensarlo, lo que yo hago aquí es una de las cosas que revierte el envejecimiento.

—¿Y lo de la terapia con ozono?

Se ríe.

—La terapia con ozono es del pleistoceno. Ahora tenemos doce salas en las que hacemos terapia OOES.

—¿Terapia OOES?

—Oxigenación y ozonización extracorpórea de la sangre. ¿A que suena bien?

—La verdad es que sí. —Tiene que ganar tiempo para Nadia, pero lo cierto es que también le interesa—. ¿Cómo funciona exactamente?

—Para empezar, te sientas en el sillón reclinable más cómodo que te puedas imaginar. Luego te sacan la sangre, que va a parar a un tubo, y la pasan por un filtro de diálisis en donde queda expuesta a oxígeno y ozono de tipo médico. A medida que la sangre circula por la máquina de OOES, retira los metales pesados, los patógenos, restos...

—Restos... Me encanta el término.

—Y a mí.

—Resulta tan amplio y carente de significado al mismo tiempo...

—Exacto. Bueno, y además el OOES también elimina de tu torrente sanguíneo otro de los términos amplios e insustanciales que más me gustan.

—¿Cuál?

Steve sonríe:

—Las toxinas.

—¡Por supuesto!

—Interesante y vago. Bueno, la cuestión es que, después de eso, tu propia sangre vuelve a tu cuerpo por una de tus venas. Completa un ciclo. Luego pones sobre la mesa unos cuantos conceptos

técnicos más, como apoyo inmunológico, detoxificación, reducción de la inflamación, enriquecimiento, regeneración, infusión...

—Suena perfecto para esos ricachones que lo tienen todo.

—Excepto la inmortalidad.

—Que es lo que se vende aquí.

—Y se vende muy bien, la verdad.

—Sí —admite Maggie—, pero lo que nosotros vendemos es real, no es charlatanería.

Steve sopesa las palabras de Maggie unos instantes.

—No tengo claro que sea justo llamarlo charlatanería. Hay una serie de médicos muy reputados que ponen la mano en el fuego por estos tratamientos, aunque, claro, todos se benefician de ellos. En cualquier caso, eso no quiere decir que sean charlatanes, aunque citen estudios inciertos y evidencias anecdóticas para respaldar sus palabras. Nadie piensa con claridad cuando el asunto atañe a su cartera.

—Somos los héroes de nuestra propia historia.

—¡Exacto! —Steve coge el pomo de la puerta de una consulta—. ¿Crees que ya me has entretenido el tiempo suficiente?

—Perdona, ¿cómo dices?

—Sigues sin tener licencia, ¿verdad?

—Así es.

—Y entonces, ¿cómo es que has operado a Nadia?

—Supongo que ya lo habrás imaginado.

—Te pagaron. Y mucho.

—Eso es.

—Algún ricachón pensaba que Nadia estaba demasiado delgada.

Maggie sonríe.

—Diría que ya te has topado con casos así.

—Pues sí.

—¿Y cómo los resuelves?

—Insisto en hablar con la paciente a solas. Si me lo impiden, me niego a operar. Si siento que la están coaccionando, intento ayudarle a encontrar una salida.

—¿Cómo?

—Primero, intento persuadir al ricachón de que no necesita que la mujer tenga las tetas más grandes.

—¿Y eso funciona?

—Casi nunca —admite Steve—. Es como intentar convencer a una persona de que en verdad desea una pantalla plana más pequeña.

—¿Y luego?

—Segundo, tomo muchísimas fotografías. Guardo muchos registros.

—¿Por qué?

—¿Quieres la verdad?

—Mejor la verdad que una mentira. Siempre.

—No sé, no lo tengo tan claro. Pero cojamos a tu Nadia como ejemplo. Nadia es la amante de un ricachón. El ricachón quiere que la chica tenga un pecho más grande. A mí no me parece bien. A ti no te parece bien. Sin embargo, poco se puede hacer en ese caso, así que opero. No obstante, en otros casos, lo que hacen es descartar a la amante.

Maggie traga saliva.

—¿Cómo que la descartan?

—El ricachón se cansa de ella. Si la chica tiene suerte, él la deja, puede que incluso le dé algún dinero. En otros casos, el ricachón

quiere que la chica le proporcione algún beneficio.

—No te sigo.

—El mundo consiste en ganar dinero, en eso estarás conmigo, ¿no?

—Por desgracia, sí.

—Así que, si el ricachón quiere deshacerse de su amante y sacarle provecho, ¿cuál es la mejor manera de hacerlo? Traficas con la chica. Venir aquí es como devolver un coche alquilado. La ponen a punto de nuevo y la envían de vuelta.

—¡Por Dios!

—Puede que haya sido una analogía un tanto torpe. Digamos que hacen lo que sea necesario para que su propiedad se vuelva más deseable. Y ambos sabemos que la venta de una mujer con el culo y las tetas más grandes...

—Será más provechosa.

—Pues eso.

Ambos se quedan callados un momento, con esa idea presente en el ambiente.

—¿Qué haces cuando ves algo así?

—Existe una organización benéfica a la que llamar. Vienen hasta la puerta de atrás e intento que la chica se escabulla. Por desgracia, la mayoría de las veces las pacientes no quieren ni oír hablar del tema. Piensan que todo va a ir bien. Piensan que se van a valer de su nuevo cuerpo para conseguir a otro ricachón. Y, por esa razón, hago muchas fotografías y conservo su ADN junto con su archivo. Por si llega a necesitarse más adelante.

Maggie mueve la cabeza de lado a lado.

—Qué mundo tan miserable.

—Absolutamente.

Silencio.

Entonces, Maggie dice:

—WorldCures tenía una consulta aquí.

—Sí, lo sé, en la planta baja.

—¿Podrías llevarme a verla?

Steve tiene ganas de preguntarle por qué, pero no lo hace. Van hasta el ascensor de antes y Steve usa el identificador que lleva al cuello para acceder a él. Bajan en silencio. Cuando la puerta se abre, Maggie se da cuenta de que sabe el camino. Steve deja que sea ella la que lo guíe. Parece que el sitio esté abandonado. Sus pasos producen eco.

—Ya no se hace gran cosa aquí abajo —dice Steve—. Los FCE faciales.

—¿FCE?

—Factor de crecimiento epidérmico.

—¿Y eso qué es?

—Una técnica en la que se usan prepucios.

—¿Cómo has dicho?

Steve asiente.

—Compran prepucios de circuncisiones neonatales.

—Por favor, dime que estás de coña.

—No, qué va. Los hospitales venden los prepucios a las empresas biomédicas.

Maggie niega con la cabeza.

—Pensaba que era ilegal vender tejido humano.

—Lo es en muchos lugares, pero, y no me pidas que te explique el porqué, es legal vender productos derivados del tejido humano. Los

FCE también se denominan «penis facial», pero, como imaginarás, el sobrenombre es problemático por muchas razones.

Maggie se detiene frente a la puerta del antiguo despacho de WorldCures Alliance. Está ligeramente abierta. La abre del todo poco a poco. La estancia está vacía. Entra. Han cambiado las baldosas del suelo por madera. En el centro había un desagüe, pero tampoco está ya.

Maggie piensa en aquel terrible día, el último que pasó en Dubái. Los tres habían intentado salvar una vida. O eso es lo que se habían dicho a sí mismos, porque, en realidad, la probabilidad de conseguirlo era muy remota. La vida que pretendían salvar era la de un hombre de sesenta y dos años que se llamaba Kabir Abargil. A Kabir lo habían traído de un campo de refugiados —le fallaba el corazón, le quedaban semanas de vida—. Kabir era pobre. Estaba en la lista de espera de los trasplantes de corazón.

El THUMPR7 entró en escena.

Maggie quería mostrarse más precavida —caminar antes de correr —, pero Trace y Marc insistían en que aquella era la oportunidad perfecta para poner en práctica su nueva tecnología. Hay dos grandes nuevas escuelas centradas en conseguir que los trasplantes de corazón no solo sean más seguros, sino más sencillos. Una de ellas busca mejorar los corazones artificiales de manera que no sean temporales, que no sean un parche. En el Centro Médico Baylor St. Luke consiguieron que cinco pacientes tuvieran una transición exitosa pasando por la implantación de un Bi VAC OR —un corazón artificial— hasta recibir un corazón de un donante, y en Australia un paciente consiguió vivir con un BiVACOR CTA más de cien días. Había habido avances fascinantes en robótica gracias a la IA,

muchos de los cuales se habían utilizado en la creación del THUMPR7.

La otra escuela se centra en el uso de terapias con células y en la medicina regenerativa. La idea es que algún día seremos capaces de reparar las células dañadas e incluso conseguir que crezcan nuevas. Esta tecnología reconstructiva se está utilizando, como es obvio, en todos los órganos. Hay muchos científicos que consideran que este es el camino hacia una posible fuente de la juventud. Piensa en ello, una vez perfeccionada, con esta técnica podrías crear corazones, pulmones o hígados nuevos y reemplazar así tus órganos una y otra vez, y, además, de forma segura. Usando una analogía con los coches, si le reemplazaras el motor, la transmisión, las ruedas, los frenos, la suspensión y la carrocería, un coche podría funcionar para siempre en teoría.

Marc y Trace —y hasta cierto punto la propia Maggie— creían que la respuesta era combinar estas dos escuelas: coger lo último en robótica con el THUMPR7-CTA e insertar células regeneradas sometidas a una adecuada secuenciación de ADN, de manera que no solo ayudaran a prevenir el rechazo, sino que hicieran que la transición dentro del cuerpo fuera perfecta.

Sí, es mucho.

En resumen, que los científicos podrían añadir tejido celular y cierta secuenciación de ADN para que los órganos artificiales se integraran en el cuerpo humano hasta el punto de que el sistema inmunitario del receptor no los reconociera como extraños y no se produjeran ataques.

El primer paso, que ellos no habían conseguido dar con Kabir Abargil, debería haber sido el uso de un corazón donado —es decir,

un corazón de verdad— para implantarlo en la estructura del THUMPR7. Habría sido mejor, incluso, si hubieran podido llevar a cabo el trasplante de un corazón palpitante —es decir, cuando el corazón del donante no deja de latir en ningún momento—, porque eso elimina el momento isquémico y reduce el daño celular. Si eso hubiera funcionado, en unos pocos años habrían podido pasar a realizar trasplantes únicamente con el THUMPR7 y con tejido regenerativo. Primero, no obstante, había que probar con un corazón donado.

Caminar antes de correr.

Pero eso no había sido posible en este caso.

Los límites éticos de operaciones así son, como poco, discutibles. Todos sabemos lo lentas —pero cruciales— que son las normativas de los ministerios de sanidad y lo peligroso que es apresurarse tanto en la experimentación como en la implementación. Sin embargo, si un paciente da un consentimiento informado, voluntario y competente y no hay más opciones, ¿acaso no es éticamente admisible intentar algo experimental, en especial si la alternativa es una muerte segura?

La respuesta no es fácil. Probablemente no. Sin embargo, Trace y Marc querían seguir adelante a toda costa, y Maggie sabía que, para que se diera el mejor de los casos —que seguía siendo un escenario terrible—, ella tendría que participar.

Así que lo hizo. En aquella misma sala.

—¿Maggie?

—«Toda gran causa empieza como un movimiento, se convierte en un negocio y, con el tiempo, degenera en un chanchullo».

—¿Perdona?

—Yo operé aquí.

Kabir Abargil, aquel hombre «pobre», no tenía alternativa y, aun así, sobrevivió veintiún días. Sin embargo, fueron unos días horribles. Y, después de aquello, Maggie no quiso seguir formando parte de WorldCures Alliance. Además, su madre se puso muy enferma. Se marchó a casa.

—Eso he oído.

Maggie lo mira.

—Empecé a trabajar aquí hace un año —sigue Steve—. WorldCures no era la única empresa que estaba aquí abajo.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que había otros que, ¿cómo decirlo?, se dedicaban a la investigación médica secreta. Todos ellos en diferentes despachos de este edificio.

—¿Dónde están?

—Se han desvanecido. De la noche a la mañana. Lo recogieron todo y se mudaron.

—¿Todos?

—Sí.

—¿Adónde?

A Steve le vibra el móvil. El hombre comprueba la pantalla y frunce el ceño.

—No tengo ni idea, pero, después de lo que sucedió, tenían la sensación de que este sitio ya no era seguro.

—¿De lo que sucedió?

Steve levanta la vista de la pantalla y mira a Maggie.

—¿De verdad que no lo sabes?

—¿Por qué iba a saberlo?

El móvil le vibra de nuevo.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

Steve la mira con mala cara y sale de la estancia.

—Joder, tendría que haberlo imaginado.

Maggie lo sigue a toda prisa.

—¿Steve?

—Ay, Dios mío. —El hombre se detiene y se vuelve hacia Maggie. Su gesto es el de una persona aterrada—. ¿Te ha enviado Trace Packer?

—¿Qué? ¡No! Oye, ¿tú no sabrás dónde está Trace?

Steve se vuelve y sigue por el pasillo, camino del ascensor.

—Joder, ¿cómo he sido tan imbécil?

Maggie oye la campanita del ascensor. Se abre la puerta. Del ascensor salen dos hombres grandes con americana azul. Nadia está entre ellos. Uno de los hombres la sujeta por el brazo izquierdo y el otro por el derecho. La joven lleva juntas las muñecas... porque se las han atado con una brida.

«Pero ¿qué...?».

Maggie ve enseguida que ambos hombres llevan una pistola en la cintura. Hay uno más grande que sujeta el pasaporte de Nadia y otra identificación en una mano. Sin dejar de sujetar a Nadia por el codo, le entrega lo uno y lo otro a Steve. Él estudia la identificación y abre el pasaporte y empieza a pasar páginas.

—Soltadla —les exige Maggie—, y cortad la brida ahora mismo.

Como no lo hacen, Maggie se acerca a Menos Grande y tira de su brazo, pero el brazo no se mueve. Menos Grande mira a Steve.

—Yo me encargo —les dice Steve a los guardias de seguridad.

Aunque de mala gana, los hombres sueltan a Nadia, pero no cortan la brida.

—Ha entrado en su ordenador, doctor —dice Más Grande.

Steve coge el móvil.

—Sí, lo sé. He recibido la alerta.

—Hemos avisado a Malik —dice Menos Grande—. Quiere encargarse de esto en persona.

Steve traga saliva.

—Yo las vigilo —dice.

—Creo que deberíamos quedarnos.

—Yo me encargo. Subid e id a por Malik.

A Más Grande no le gusta la idea. Mira a Menos Grande.

—Tú quédate aquí y que nadie entre ni salga del ascensor.

Menos Grande asiente.

—Yo voy a ir a por Malik.

Más Grande entra en el ascensor y la puerta se cierra. Menos Grande los mira a Maggie, a Nadia y a Steve con mala cara.

—Voy a llevarlas a la sala de EFG —le dice Steve a Menos Grande.

Menos Grande responde poniéndole aún peor cara. Maggie tiene ganas de poner los ojos en blanco, pero considera que es mejor no empeorar la situación.

Cuando llegan a la sala en cuestión, Steve cierra la puerta y les dice:

—Contádmelo todo, rápido.

—¿Quién es Malik? —le pregunta Maggie.

—El jefe de seguridad. Un exmilitar. Va a querer saber por qué Nadia ha entrado en mi ordenador, y no lo va a preguntar de buenas maneras. —Steve abre un cajón y rebusca en él—. ¿Cómo coño has

conseguido mi contraseña? —le pregunta a Nadia—. Bueno, da igual.

Steve saca unas tijeras grandes y se dirige hacia Nadia. La joven adelanta las muñecas. Se le están poniendo las manos azules; la brida está demasiado fuerte. Steve mete con cuidado la punta de las tijeras por el hueco de las muñecas y corta el plástico.

Nadia se frota las muñecas.

—Gracias.

—No lo entiendo —empieza a decir Maggie—, Nadia es una paciente que ha echado una ojeada en el ordenador de un médico. ¿Por qué lo están llevando tan lejos?

—¿Lo preguntas en serio? No solo ha echado una ojeada, ha intentado entrar como Trace Packer. ¡Trace Packer, por el amor de Dios! Pues sí, estoy bien jodido.

—¿Por qué?

—La última vez ya sospecharon que lo había ayudado.

—¿A Trace?

—Sí.

—Ayudarle, ¿a qué?

—Pero ¿para qué habéis venido?

—Steve, por favor, escúchame. Trace ha desaparecido.

—Lo sé. Han estado buscándolo.

—¿Quiénes?

—¡Todo dios! Cuando me contrataron, WorldCures aún tenía oficina aquí, pero, claro, teniendo en cuenta que Marc había muerto y que tú estabas fuera de escena, no es que la oficina pintara mucho. Sin embargo, Trace Packer seguía viniendo de vez en cuando. Eso lo sabéis, ¿no?

—Supongamos que sí.

—Trace y yo anduvimos juntos una temporada. No es que fuéramos amigos ni nada de eso, pero cuando pasó todo, la gente creyó que yo tenía algo que ver debido a mi conexión contigo.

—No te sigo. ¿Qué es lo que pasó?

—Una noche estoy en la cama, profundamente dormido y, de pronto, resulta que Malik está en mi dormitorio sentado en el borde de la cama. Había entrado en mi apartamento, ¡que estaba cerrado con llave! Así, sin más, empieza a preguntarme si sé dónde está Trace Packer. Le digo que no, pero no me cree, así que empieza a interrogarme. Preguntas como: «Fue usted a la Facultad de Medicina con Maggie McCabe, ¿no?», «¿Cuándo fue la última vez que habló con ella?», cosas así. Luego me enteré de que, horas antes, Trace había entrado aquí a escondidas y se había llevado, no sé, algo que tenía que ver con las investigaciones de WorldCures... y luego había cogido un vuelo a Washington.

A Washington. Nadia y Maggie se miran.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace cinco o seis meses. Un momento, tú vives a una o dos horas de Dulles, ¿no? ¿Fue a verte a ti, Maggie? —Steve chasquea los dedos—. Claaaro. Eso tendría mucho sentido. Ay, mierda, estoy jodido. Estoy verdaderamente jodido.

—No, no fue a verme a mí. Steve, escúchame: Trace ha desaparecido. Por eso estamos aquí Nadia y yo. Sí, por lo visto voló a Dulles hace cinco meses, pero conmigo no se reunió. De hecho, por lo que yo sé, nadie lo ha visto desde entonces.

—Si eso es verdad...

—Lo es.

—Cabe la posibilidad de que hayan dado con él.

—No —dice Nadia—. Trace es muy inteligente y tiene recursos. Habría encontrado la manera de evitarlo.

Las palabras de Nadia están llenas de falsa esperanza y suenan vacías. Maggie no deja de pensar. Recuerda el recibo por las cajas de seguridad de Wells Fargo que abrió en el apartamento de Trace.

«Un momento... Puede que se trate de eso».

Puede que lo que sea que Trace se llevó de este edificio antes de marcharse de Dubái esté en esas cajas.

Por eso Trace tenía que volver a Estados Unidos. No era para ver a Maggie, sino para asegurarse de que era él quien seguía teniendo el control de sus innovaciones. Trace entra en el Apollo Longevity por la noche, se lleva el THUMPR7 y la maquinaria asociada, vuela de Dubái a Estados Unidos y entonces...

Entonces, ¿qué?

El móvil de Steve vuelve a vibrar. Una llamada. Se lleva el móvil a la oreja y responde:

—Dime. —Se queda pálido—. Pero ¿aquí? —Una pausa—. Espera un momento. —Mira a Maggie y a Nadia—. ¿En qué me has metido, Maggie?

Maggie se encoge de hombros poco a poco y responde:

—Ni idea.

Steve se dirige a un monitor que hay en un escritorio. Se inclina hacia delante, de pie, y escribe algo. Mientras lo hace, no deja de mirar la puerta.

—Hay alguien en la recepción preguntando por ti, Maggie. —Steve acaba de hacer lo que estuviera haciendo en el ordenador y se vuelve hacia ella—. ¿Sabes de quién se trata?

Steve gira el monitor para que Maggie vea las imágenes de las cámaras de seguridad. Las imágenes muestran a un hombre con un gran...

Bigotones.

El detective de anoche. Va vestido de paisano, pero lo acompañan dos hombres con uniforme de color verde oliva y gorra a juego. La policía.

—¿Y bien? —le pregunta Steve.

—Anoche vi cómo apuñalaban a alguien en la pista de baile del Etoile Adiona. Ese es el policía que vino a investigar.

—¿Lo dices en serio?

—No, Steve, me lo estoy inventando.

—No es momento de sarcasmos, Maggie.

—El sarcasmo nunca está de más. En cualquier caso, no me creyó.

—Bueno, pues ahora te cree. Sé quién es. Es muy amigo de Malik.

—Maggie —Nadia le toca el hombro—, fíjate en esto.

Maggie se vuelve y Nadia le enseña la pantalla de su móvil. Es el titular de un periódico:

Encuentran muerto a Oleg Ragoravich, el oligarca ruso

—Tenemos que marcharnos de aquí —dice Nadia.

Steve toma la delantera. Maggie se queda a su izquierda y Nadia se pone justo detrás de él, de manera que Menos Grande no pueda ver que ya no está atada con la brida, aunque mantiene las manos

juntas para que parezca que sí. Menos Grande, que sigue al lado del ascensor, parece un tío duro. Steve le sonríe y le dice:

—Oye, necesito un favor.

Maggie no duda.

Esa es la clave. Lo aprendió en los entrenamientos militares. Hay muchos detalles que te convierten en un gran luchador: el tamaño, la habilidad, lo atlético que seas, la rapidez, la capacidad para adaptarte, la experiencia, el valor..., pero hay algo que puede superar a todo eso.

El factor sorpresa.

Maggie sonríe. Lo hace como si nada. No llama la atención. Ni ofrece una advertencia ni parece que tuviera que ofrecer ninguna. No se tensa, no se detiene, no recula, no hace nada de todo eso. Sencillamente, sigue caminando, moviendo los brazos adelante y atrás despreocupadamente.

Menos Grande no está preocupado. Es un tipo grande. Ella es pequeña.

No supone ninguna amenaza para él.

Todo termina en menos de cinco segundos.

Maggie acelera, se acerca a Menos Grande y convierte su sonrisa en un gesto que bien podría parecer flirteo. Eso despista a Menos Grande, lo distrae y, entonces, antes de que el hombre reaccione, Maggie ataca.

El «golpe de red» —también llamado «golpe Y»— se ejecuta usando la zona que va desde el dedo índice al pulgar. Llegando desde abajo, Maggie dobla las rodillas, se impulsa como un pistón con las piernas y lanza la Y con todas sus fuerzas contra la tráquea de Menos Grande.

Es un golpe peligroso, diseñado para incapacitar. Maggie no disfruta haciendo daño a nadie —la médica que lleva dentro no puede ver que otra persona sufra—, pero ahí está la sonrisa, aparece en sus labios, el innegable canturreo del torrente sanguíneo, el pico de adrenalina que jamás dejará de anhelar.

«Hola oscuridad, mi vieja amiga», como la canción.

El golpe alcanza a su oponente de lleno. Maggie nota cómo la tráquea de Menos Grande cede un poco. El hombre suelta un gorjeo y trastabilla hacia atrás y se lleva ambas manos a la garganta. Ahora es el turno de Nadia. Han planeado esto en los segundos anteriores a salir de la sala en la que estaban. No es un plan complicado. Un plan que se basa en la velocidad, la simplicidad y el factor sorpresa.

Nadia salta hacia Menos Grande como si fuera un gato salvaje. Como el hombre tiene las dos manos en la garganta, tiene vía libre. La joven echa mano a su cintura, le quita el seguro a la pistolera y desenfunda el arma; luego da un paso atrás y le apunta con ella.

Steve también levanta las manos.

—¡Por favor, no me disparéis!

Maggie hace un esfuerzo por no poner los ojos en blanco ante semejante sobreactuación. Vuelve a tocarle a ella. Maggie abre el bolsillo que hay en la pistolera de Menos Grande porque, según Nadia, es donde lleva las bridas. Las saca. Nadia le pone el cañón en la sien a Menos Grande. Lo mira de una forma que parece que esté loca.

—Pon las manos a la espalda —le ordena.

El hombre se queja. Maggie le pasa una brida alrededor de las muñecas y aprieta. Luego se vale de la rodilla para sentarlo en el suelo.

Nadia se acerca aún más.

—Grita, por favor. Grita, porque así tendré una razón para volarte la cabeza, tendré una razón para matarte, que es lo que estoy deseando. Así que venga, grita.

Parece que Menos Grande esté conteniendo el aliento.

Nadia le sonríe antes de apuntar a Steve, que levanta todavía más las manos.

—¡No dispares!

—Llama al ascensor —le ordena la joven.

Steve asiente y se adelanta para llamar al ascensor con su tarjeta identificativa. Por supuesto, Steve sabe que Nadia no va a dispararle. Eso de apuntarle es para hacer ver que él no ha cooperado con ellas y que a él también lo han sorprendido.

Puede que Nadia esté actuando, pero ese brillo que tiene en los ojos es suficiente como para que Steve mire a Maggie para asegurarse de que siguen todos en el mismo barco.

Llega el ascensor. Solo uno de los ascensores baja hasta este piso, así que, una vez lo hayan ocupado, aquel que quiera dar con ellas tardará un buen rato en bajar por las escaleras e intentar determinar dónde están.

—Muévete —le dice Nadia a Steve después de empujarlo por la espalda con el cañón de la pistola.

Los tres entran en el ascensor. Una vez dentro, Nadia apunta a Menos Grande hasta que la puerta se cierra.

Y en cuanto eso sucede, oyen cómo el hombre empieza a gritar pidiendo ayuda.

22

Dentro del ascensor, Nadia sigue apuntando a Steve a la cabeza.

—Átalo a él también con una brida y coge su móvil por si acaso —le dice a Maggie.

Maggie está a punto de preguntarle a Nadia que qué hace, que por qué sigue apuntando a Steve, pero la respuesta resulta terriblemente obvia.

El ascensor tiene una cámara.

Y es probable que la cámara no solo transmita la imagen, sino también el sonido. Nadia sigue actuando. Steve cumple con su parte:

—Por favor, no me dispares.

Maggie está a punto de atar a Steve con la brida cuando el ascensor se detiene.

Ya están en el garaje.

Cuando la puerta se abre, Maggie espera ver hombres con armas, coches de policía con sirenas o alguien esperándolos, pero allí no hay nadie. No hay nada. El garaje está en silencio. Maggie mira a Steve e intenta darle las gracias con los ojos. Él responde con un asentimiento prácticamente imperceptible. Maggie no sabe qué va a ser de él. ¿Creerán Malik y Bigotones la historia que va a contarles sobre su secuestro o se darán cuenta de que estaba implicado?

No hay tiempo para preocuparse por eso.

Nadia coge a Maggie por el brazo y tira de ella para sacarla del ascensor. Caminan apresuradas —pero no corren porque eso llamaría la atención— hacia la rampa vehicular. Nadie las detiene. De nuevo, el factor sorpresa. Cualquier cosa que Bigotones y Malik tuvieran preparada para ellas, no incluía establecer un perímetro alrededor del edificio ni situar a su gente en el garaje. El ascensor, como cualquier otro ascensor de Dubái, ha sido superrápido. No han podido pasar mucho más de diez segundos, veinte a lo sumo, desde que Menos Grande ha empezado a pedir ayuda. Aunque le hubieran oído de inmediato, habrían tenido que determinar de dónde provenían los gritos y, una vez lo hubieran situado, habrían tenido que llamar al ascensor. Pero, claro, el ascensor ya estaba ocupado, así que tardaría un tiempo en subir. Puede que alguno de ellos hubiera decidido bajar por las escaleras...

Pero todo eso lleva tiempo.

Maggie y Nadia bajan el ritmo cuando llegan a la rampa. La suben y salen a la calle. Así de sencillo. Nadie se para a mirarlas siquiera. El sol brilla con todas sus fuerzas, es cegador, debilitador, insoportable, pero Maggie es consciente de que, en ese momento, todo eso les favorece. Nadia habla en árabe por el móvil. Van ligeras por la calle y entran en un centro comercial palaciego que hay cerca de allí.

Mientras caminan, Nadia se aparta el móvil de la oreja y le dice a Maggie:

—Me comentaste que Lockwood te había dado un segundo pasaporte.

—Sí.

—Déjamelo.

Maggie se lo entrega. Sin bajar el paso, Nadia lo abre por la primera página, le saca una foto con el móvil y se lo devuelve.

—¿Qué haces? —le pregunta Maggie.

—He visto la noticia justo antes de que me hayan cogido. Han encontrado el cadáver de Ragoravich en el Canal de Dubái.

—Joder.

—Sí.

—No sé, quizá debería ir a hablar con la policía.

—No.

—¿Por qué? —dice Maggie—. Yo fui la que los llamó. No pueden pensar que esté involucrada.

—Qué inocente eres.

—¿Por qué?

—Vuelas a Dubái, no se sabe muy bien para qué. En la primera noche que pasas aquí, una estadounidense soltera de cuarenta y pocos, vas sola a un club nocturno. Dices que has presenciado el apuñalamiento de un oligarca ruso, un apuñalamiento que nadie más ha visto, una persona con la que te has encontrado de repente después de haber estado en su casa justo antes de llegar a Dubái. Y todo eso sucede justo después de que te reúnas con su amante en ese mismo club... ¿Tengo que seguir?

—No hace falta. Esto se te da bien.

—Tengo algo de práctica.

—¿Tienes práctica?

La joven esboza una sonrisita.

—Ya te lo contaré, pero ahora déjame tu móvil.

Maggie se lo deja. Nadia lo acerca al suyo para transferir datos del uno al otro.

—Te he enviado al móvil una tarjeta de embarque a nombre de Emily Sinclair. Es para el vuelo de la Emirates a Londres, que es la siguiente salida internacional de Dubái. Sale en una hora.

Se apresuran por el pasillo, bajan por la escalera mecánica y pasan por delante de una fuente ornamentada para llegar al aparcamiento. Ven un cartel con una flecha que indica dónde coger los Uber y los Bolt. Nadia se lo señala.

—Te he pedido un Uber al aeropuerto. Estará abajo en dos minutos. El trayecto no debería tardar más de quince minutos. Es imposible que a la policía le haya dado tiempo de advertir al aeropuerto, aunque puede que hayan introducido tu nombre en el sistema.

—Pero no el de Emily Sinclair.

—Exacto.

—¿Y qué pasa contigo?

—Yo seguro que estoy en el sistema. Por eso no voy a acompañarte. Ya encontraré la manera de salir de aquí y nos reuniremos cuando estemos a salvo.

Se dirigen a la zona de recogidas de los Uber y los Bolt. Allí hay tres vehículos. Nadia confirma la matrícula en la aplicación.

—El tuyo es ese —le dice Nadia a Maggie mientras señala uno de los coches—, el azul.

—Entendido.

Maggie entra en el Uber y Nadia cierra la puerta. El vehículo se marcha.

En cuanto el Uber llega a la autopista, Maggie saca el móvil y llama a Porkchop.

El hombre responde al primer tono.

—¿Dónde estás?

—Camino de Londres.

—¿Número de vuelo?

Se lo dice.

—En cuanto aterrices, te tendré cubierta.

—¿Cómo vas a hacerlo?

—Haré como que no me lo has preguntado. No vuelvas a contactar conmigo hasta que llegues. —Y cuelga.

Así es Porkchop.

Pero tiene razón. Todas y cada una de las palabras que Maggie está pronunciando las está escuchando Charles Lockwood. Aunque, ¿acaso importa? ¿Quién sabe? La cuestión es que Porkchop no quiere que Charles Lockwood les oiga. No va a explicarle por qué, al menos de momento, pero Maggie confía en él.

Tal y como le ha dicho Nadia, tardan quince minutos en llegar al aeropuerto. El Uber la deja en la Terminal 3. Maggie sube a lo que se denomina THA (transporte hectométrico automatizado). La mujer se pregunta qué diferencia habrá entre un THA y un tren normal de aeropuerto. Llega al Pasillo A en tres minutos. La fila en el puesto de seguridad es corta y avanza rápido. Maggie está muy alerta mientras cruza y siente que todos los guardias de seguridad la están mirando. Se siente expuesta. Ojalá tuviera un sombrero o unas gafas de sol o algo, aunque todo eso suele hacer que una persona destaque aún más.

Cuando llega a su puerta, su vuelo a Londres ya está embarcando. Se pone en la cola. Parte de ella quiere que alguien se acerque y la coja del brazo y la saque de la fila. Como es normal, hay un montón de guardias de seguridad patrullando la resplandeciente terminal.

Cuando a Maggie le toca escanear su tarjeta de embarque, el empleado de Emirates de la puerta le pide el pasaporte. Maggie lo lleva abierto por la página adecuada. Es la misma fotografía que hay en su pasaporte de verdad —Lockwood sencillamente lo duplicó para crear el de «Emily Sinclair»—, pero Maggie siente que el empleado está estudiándolo más detenidamente de lo normal. El hombre mira la foto primero y a Maggie después, y de nuevo la foto.

—Que tenga un buen vuelo, señora Sinclair —dice finalmente el agente mientras le devuelve el pasaporte.

Maggie llega a toda prisa a su asiento de ventanilla. Un hombre que va completamente vestido de gris —pantalones de chándal grises y sudadera gris— se sienta a su lado.

—Muy buenas —le dice a Maggie sin mucho entusiasmo.

Maggie no es de las que le gusta hablar con su compañero de asiento en los aviones —ni en ningún otro sitio—. De hecho, tener que entablar conversación con un compañero de asiento en un avión está entre una de sus mayores fobias, la mayor de las cuales es que te toque un asiento de pasillo en algún espectáculo de Broadway y que los actores bajen del escenario en busca de la participación del público.

Siente un escalofrío.

Aun así, mira al hombre y asiente educadamente. Luego se pone a mirar por la ventanilla y no se relaja hasta que el avión empieza a moverse camino de la pista. En ese momento, cierra los ojos y recuerda su primer vuelo con Marc. Sin que Maggie se lo esperase para nada, Marc la cogió con fuerza de la mano y le preguntó:

—¿Por qué se usa el término «taxeo» o «taxi» para referirse a cuando un avión rueda por la pista?

—Buena pregunta. Aunque, en realidad, es más bien una chorrada, ¿no?

—¿Acaso usamos ese mismo término como verbo para describir cualquier otro movimiento? ¿Por qué solo lo hacemos con los aviones? ¿A qué otros vehículos podría asignárseles lo de «taxeo» y por qué usamos ese término? Perdona, pero es que cuando estoy nervioso no puedo callarme.

—¿Estás nervioso?

—Puede que un poco.

—Pero si conduces una moto.

—Que, por si no lo habías notado, permanece pegada al suelo todo el viaje.

—Nunca habría dicho que te pone nervioso volar.

—Resulta atractivo, ¿verdad?

—Mono como mucho.

—Bien, me vale.

Maggie sacude la cabeza y esboza una sonrisa tristona, el único tipo de sonrisas que pone desde hace un año. La siguiente vez que voló con Marc:

—Lo he buscado, Mags. Lo de por qué se usa «taxeo» en aviación.

—Dios mío, sí que eres rarito.

—Pues resulta que, a principios del siglo xx, dos franceses pioneros de la aviación apellidados Blériot y Farman empezaron a usar el término «taxeo» para describir el movimiento lento de las aeronaves primitivas por el campo de aviación porque les recordaba a la manera en la que los taxis se movían por las calles de las ciudades. De ahí lo de «taxeo» o «taxi». ¿Qué te parece?

—Que ya no me pareces tan mono, pero sí un poco más atractivo.

Maggie siente una punzada en el pecho; esa punzada constantemente presente debido a la falta de Marc. Una punzada profunda. Así es como funciona la pena, ¿no? La pena no la ataca en el cumpleaños de Marc o en su aniversario, ni en ninguna fecha destacada. La pena sabe bien que en esos días esperas su llegada. Así que se toma su tiempo. Te arrulla, hace que pienses que ya no supone ninguna amenaza y, cuando has bajado la guardia, cuando un avión empieza a recorrer la pista, por ejemplo, ¡zas, te ataca!

Marc.

Cuando vuelven a tener wifi en el avión, Maggie intenta leer todo lo que puede sobre la muerte de Oleg Ragoravich. Aún no dicen que lo asesinaron. De momento, solo hablan del «cadáver». Ni siquiera sugieren que podría haberle sucedido algo turbio o cualquier cosa por el estilo. Como si Ragoravich hubiera estado nadando y se hubiera ahogado.

«Las cosas de Dubái», piensa Maggie.

No obstante, algunos de los detalles le preocupan. En los artículos se destaca, por ejemplo, que a Ragoravich lo identificaron «amigos cercanos». Parece un comentario un poco raro. No es que el cadáver lo hayan encontrado después de que haya pasado años bajo el agua. ¿Por qué dicen eso entonces? Uno de los artículos comenta que «cientos de invitados habían visto al huraño Oleg Ragoravich en un baile extravagante —¡sí, sí, se usa la palabra «baile»!— que el oligarca había ofrecido en su residencia de Rusia».

Una vez más: ¿por qué mencionan eso?

La manera de expresarlo resulta curiosa. Hay algo al respecto que no le gusta y por eso piensa en ello.

Maggie había hecho una búsqueda rápida sobre oligarcas durante el vuelo desde Teterboro, cuando aún no tenía claro adónde iba, y había descubierto muy pocas fotografías de ellos. En ese momento le había parecido normal, los ricos y su privacidad. Porque los ricos, en especial esos que han decidido permanecer en las sombras, a menudo pagan para que su presencia en la red desaparezca o para manipularla.

De repente, la idea lleva a Maggie a hacerse una multitud de preguntas: ¿por qué hay tan pocas fotografías de Oleg Ragoravich en la red?; ¿por qué se había hecho una cirugía plástica?; ¿por qué había decidido organizar un «baile» la noche antes de tener que operarse?; ¿por qué había permanecido en aquella sala oculta que había por encima del salón de baile?

¿Cómo había dicho Charles Lockwood? «Aún no lo he visto en persona. Ni siquiera en la locura de baile del otro día».

Algo no encaja.

A su móvil le queda poca batería. No sabe qué marca de móvil es este aparato que le ha dado Lockwood, pero no parece ni un Apple ni un Android. Supone que se tratará de la marca en la que más fácil sea introducir un micro. Aun así, entra en su correo electrónico y le envía un mensaje breve a Sharon. Da por hecho que Porkchop ha estado manteniendo al tanto a su hermana, por lo que no se explaya:

> Hay muy pocas fotografías de Oleg Ragoravich en la red. ¿Habrá pedido que las retiren? ¿Puedes usar archivos de internet o aparatos antiguos para localizar más?

Maggie nota que algo empieza a encajar.

Desconecta el wifi un rato con la intención de conservar la batería. ¿De verdad funcionará eso o será un mito? No tiene ni idea. Cada media hora entra a ver si Sharon le ha respondido. Su hermana acaba haciéndolo:

Tienes razón. Oleg Ragoravich hizo un barrido hace un año.
No quería que hubiera fotos suyas.
Hasta ahora solo he encontrado siete. Encontraré más.

Pero Maggie no necesita más fotografías. Lo descubre enseguida.

—¡Mierda! —exclama en alto.

El hombre de gris que se sienta a su lado se sobresalta.

Las fotografías que ha encontrado Sharon son antiguas. A primera vista, no tienen nada de interesante.

A primera vista.

Se da cuenta en la tercera fotografía, donde al oligarca se le ve mejor la cara.

Ya ha visto esa foto, solo que de una forma muy diferente.

Es un retrato oficial del Ejército en blanco y negro. Maggie supone que la foto debe de tener entre treinta y cuarenta años, puede que incluso más. Oleg Ragoravich viste de uniforme y mira directamente a la cámara, inexpresivo, con un rostro de piedra.

No, no puede ser.

Justo en ese momento, el móvil de Maggie vibra. Le han enviado un mensaje de texto. Es de Nadia:

Ivan Brovski acaba de aterrizar. Está en Francia.

Nadia le envía un pantallazo de un mapa. Maggie lo agranda con los dedos. Cuando ve dónde está Brovski exactamente, empieza a pensar a toda velocidad.

«Mierda. He estado equivocada todo este tiempo».

23

Maggie no puede creer lo que está viendo.

Por primera vez en mucho tiempo, su corazón está henchido de felicidad.

Una hora más tarde —una hora que pasa poniéndolo todo en claro —, aterriza en el aeropuerto de Heathrow. Si quieres hacer diez mil pasos diarios, te sugiero que viajes a Heathrow. En ese aeropuerto no dejas de ir todo el tiempo de un sitio a otro, tienes que subir, luego bajar, hay escaleras mecánicas y pasarelas móviles. Además, es una «caminata trampa», porque cada vez que piensas que ha terminado, descubres que queda algo más, una esquina más que doblar, otro tramo de escaleras, una escalera mecánica, otra pasarela...

Varios vuelos aterrizan al mismo tiempo y los pasajeros desembarcan y primero fluyen, para luego concentrarse en la arteria de la Terminal 3, que lleva al corazón del control de pasaportes y de inmigración.

Maggie se siente sola, a la deriva, pero por fin tiene la sensación de que sabe lo que tiene que hacer. Lo está poniendo todo en orden. Bueno, casi todo. Aún le faltan algunos detalles, pero considera que ahora goza de una gran ventaja. La fatiga irradia desde cada poro de su cuerpo a medida que cruza el control de pasaportes, rodea las cintas de equipajes y la aduana y sale por la puerta de Llegadas...

Maggie se queda de piedra en cuanto lo ve, preocupada porque no sea un espejismo.

Siente que le explota el corazón.

En el vestíbulo de Llegadas hay una multitud. Hay chóferes con carteles diseminados por todos lados —algunos de los nombres están escritos a mano, otros los muestran en una tableta—; hay seres queridos con globos de bienvenida y personas de puntillas, estirando el cuello para ver quién sale; hay representantes de agencias de viajes y empleados del aeropuerto. Puede que haya entre cien y doscientas personas, pero Maggie lo ve de inmediato.

«¡Porkchop!».

En cuanto Porkchop se da cuenta de que lo ha visto, se levanta las gafas de sol y sube y baja las cejas. Maggie grita a pleno pulmón:

—¡Porkchop! —Y luego echa a correr.

La mujer se pregunta si alguna vez se ha alegrado tanto de ver a alguien, pero no se le ocurre nadie. Porkchop abre sus fuertes brazos y Maggie salta hacia ellos. El hombre la sumerge en su abrazo de oso. Maggie agradece el olor a Marlboro y a cuero y, acto seguido, se deja llevar y se hunde en el abrazo. Su sonrisa desaparece y deja paso a las lágrimas. Pega la cara al cuero y, por unos momentos, llora y nada más. Porkchop se limita a sujetarla y le coge la nuca con una de sus grandes manos. Curiosamente, su voz suena ahogada cuando murmura:

—Todo va a ir bien, Mags. Todo va a ir bien.

Maggie consigue decir:

—¿Cómo has...?

—Estaba volando a Dubái y tenía que hacer trasbordo en Londres, así que...

—No sabes cuánto me alegro de verte. —Lo abraza con más fuerza. Luego le dice—: Creo que sé dónde tenemos que ir.

—¿Dónde?

—A Burdeos. A un viñedo llamado Château Haut-Bailly.

—He estado investigando en el avión —le cuenta Maggie a Porkchop mientras salen del vestíbulo de Llegadas—. No hay vuelos sin paradas desde Heathrow a Burdeos.

—Es mejor que no volemos —dice él mientras se dirigen a la escalera mecánica—. Demasiada vigilancia. Vamos. ¿Llevas algo que pueda ser rastreado?

Maggie lo piensa unos instantes.

—El móvil que me dio Charles Lockwood.

Porkchop le señala una papelera y Maggie tira el móvil allí y siguen adelante. Ven un cartel en el que pone «Heathrow Express». Siguen sus indicaciones, caminando el uno al lado del otro.

—¿Por qué a Burdeos?

Maggie le explica a toda prisa que Steve le ha contado que los investigadores médicos se habían marchado a toda prisa del Apollo Longevity y que habían ido a un sitio donde nadie diera con ellos. Cuando Maggie acaba de hablar, Porkchop dice:

—Y crees que ese sitio donde nadie pueda dar con ellos es un viñedo de Burdeos.

—Eso es.

—¿Por qué?

Maggie ha estado gran parte del vuelo dándole vueltas al asunto y está ansiosa por ver si su teoría se aguanta presentándosela a la

única persona que podría entenderla.

—¿Recuerdas la última vez que llamé a Trace?

—Por supuesto.

—Soy consciente de ello, en realidad, no era una pregunta.

Llega el Heathrow Express y se suben. Porkchop se sienta y espera. No es de los que te vienen con eso de «te lo dije», pero le había advertido a Maggie que era mejor no hacer aquella llamada y ella no le había hecho caso. Porkchop estaba en contra de ponerse en contacto con Trace.

«Es mejor que no lo pongas sobre aviso», le había dicho.

Y, cómo no, Porkchop estaba en lo cierto.

—Trace estaba en Dubái cuando lo llamé —dice Maggie.

—¿Cómo lo sabes?

—He conocido a su novia. Bueno, en realidad es su prometida.

—¿La Nadia que quería que fueras tú quien la operara?

—Exacto.

—¿Y le has contado que llamaste a Trace?

Maggie niega con la cabeza.

—Fue ella la que me sacó el tema.

—¿Qué le dijiste?

—Lo negué. —«"Lo negué"..., qué manera tan elegante de decir que le mentí a la cara»—. Le dije que no había llamado a Trace.

—¿Y te creyó?

—No lo tengo claro.

Porkchop asiente.

—Sigue.

—Así que sabemos que, después de mi llamada, Trace desapareció. Tú consideraste que tenía algo que esconder y que por

eso había huido.

—¿Solo yo?

—Vale, yo también lo pensé, pero no como tú.

Porkchop pone cara seria.

—Ya sabes lo que descubrimos en el campo de refugiados de TriPoint —dice el hombre.

Maggie asiente.

—Un testigo, solamente uno, afirma que vio marcharse del campo a Trace después de que hubieran matado a Marc. Eso es lo que descubrimos, sí, pero insisto en que el testigo podría estar equivocado con los tiempos o con cualquier otra cosa. La cuestión es que llamé a Trace porque quería escuchar su explicación, pero no por teléfono, sino cara a cara.

—Y lo que hizo fue huir. —Porkchop abre los brazos—. ¡Joder, si eso no resulta sospechoso!

—La cuestión es que pensamos que habría ido a Bangladés o a cualquier otro lugar remoto.

—Tenía sentido. Mucho más fácil para esconderse.

—Sea como fuere, has estado buscándolo desde entonces y a ti se te da muy bien encontrar a la gente.

—No tanto.

—Sí, sí que se te da bien. Además, hay que tener en cuenta que, ¿cómo decirlo?, estás muy motivado. Aun así, no has descubierto nada.

—¿Adónde quieres llegar?

—A que puede que estemos equivocados.

—¿En qué?

Maggie se sienta y se gira hacia Porkchop.

—A ver —empieza la mujer—, después de que llamara a Trace, él entró en el Apollo Longevity y robó el THUMPR7 y la máquina secuenciadora de ADN, todo. Al principio he pensado que su plan habría sido viajar a Estados Unidos y esconderlo todo en una serie de cajas de seguridad que tiene contratadas.

—Tiene sentido.

—Lo tenía, sí.

—¿Y ya no lo tiene?

—Voy a contarte mi teoría.

—Te escucho.

—Supón que Trace en ningún momento pensó en ir a Estados Unidos.

—¿Porque pensaba escapar?

—Pero no como nosotros creemos.

—No te sigo.

—Creo que ese día, cuando Trace cogió un avión en Dubái, no voló a Estados Unidos, sino a Burdeos. Creo que allí es donde Oleg Ragoravich ha construido en secreto el cuartel general de su «fuente de la juventud». A Trace le fascinaba aquel viñedo, el Château Haut-Bailly. En su apartamento tiene decenas de botellas de ese vino. Incluso nos envió allí de vacaciones a Marc y a mí.

Porkchop asiente ligeramente.

Maggie se revuelve en su asiento.

—Nadia dice que se despidió de Trace en la entrada de la Terminal 1, pero Emirates, que es la única aerolínea que vuela sin escalas de Dubái a Dulles, sale de la Terminal 3. Air France, en cambio, sale de la Terminal 1. Es decir, evidentemente podría haber hecho escala en algún sitio, pero...

El Heathrow Express se detiene en London Paddington. Maggie y Porkchop bajan del tren y siguen los carteles para llegar a la línea de metro Hammersmith & City. El metro está abarrotado, así que tienen que ir de pie las cinco paradas hasta King's Cross St. Pancras.

—Sharon ha hecho unas averiguaciones por mí —continúa Maggie —. Hace tres años, alguien que utilizaba un intermediario compró un viñedo abandonado adyacente a HautBailly. Sharon dice que hay fotografías vía satélite en las que parece que se vea lo que podría ser una especie de enorme construcción subterránea.

—Sospechoso.

—Pero ¿quieres saber lo mejor?

—Soy todo oídos.

—Nadia tiene una manera de rastrear el móvil de Ivan Brovski.

Porkchop cruza los brazos.

—Ese es el caballero que te llevó al avión.

—Sí, ese al que le soltaste que más le valía que no me pasara nada. Creo que lo que le dijiste exactamente fue: «No me obligues a tener que buscaros».

Porkchop sonríe.

—Eso demuestra el poder de mis amenazas. ¿Qué es lo que sabe Nadia por el móvil de Brovski?

—Que aterrizó en el aeropuerto de Bordeaux-Mérignac hace unas pocas horas.

Porkchop enarca una ceja.

—No me digas.

—Sí, te digo.

—Así que, después de todo, voy a tener la oportunidad de dar con él.

Porkchop hace unas cuantas llamadas desde el andén —es evidente que alguien ha tenido que «darle» el móvil— y, a continuación, Maggie y él suben al Eurostar para viajar a París. El tren alcanza los trescientos kilómetros por hora y el viaje incluye el paso por un túnel submarino de unos cuarenta y cinco kilómetros que cruza el Canal de la Mancha.

Mientras embarcan, Porkchop dice:

—Sabías que el término «*chunnel*», que es como se denomina al túnel submarino que vamos a cruzar, es una palabra compuesta a partir de «*channel*» y de «túnel»?

—Si tú lo dices.

—«Palabra compuesta». Es un término que me salió el mes pasado en mi calendario de una palabra nueva al día.

—Ya lo suponía.

—Significa que se trata de una palabra que mezcla el sonido de otras dos palabras y combina su significado.

—Genial.

—Otras palabras compuestas son, por ejemplo, «*brunch*», que viene de las palabras inglesas «*breakfast*» y «*lunch*», ya sabes, «desayuno» y «comida»; o «motel», que sale de «motor» y «hotel».

—Sí, lo pillo.

—Es la primera vez que he tenido la oportunidad de hablar del concepto.

—Debes de estar muy orgulloso.

Dan con sus asientos.

—Seguro que tienes más cosas que contarme —empieza a decir Porkchop.

—Pues sí.

—Pero ambos estamos exhaustos. El Eurostar tarda dos horas y media en llegar a París. Luego iremos desde la Gare du Nord hasta Montparnasse para coger un tren rápido a Burdeos. Eso nos llevará otras dos horas.

—¿Cómo es que sabes todo eso?

Porkchop levanta una ceja.

—Trace no es el único francófilo.

—Vamos a necesitar un sitio en el que alojarnos en Burdeos.

—Ya me he encargado de eso. —Porkchop levanta el móvil—. Nos quedaremos en la casa de invitados de los dueños del Château Smith Haut Lafitte. Les dije que podíamos quedarnos en su hotel Les Sources de Caudalie, un establecimiento de cinco estrellas, pero Florence insistió en que estaríamos más cómodos en la casa para invitados.

—¿Florence?

—La dueña de los viñedos.

—Ajá.

—Es una vieja amiga.

—Ya... —Maggie mueve la cabeza de lado a lado—. Contigo, nada debería sorprenderme.

—Sí, pero te sorprendes cada dos por tres.

—¿De qué conoces a la tal Florence?

—Pasé muchos años haciendo rutas por Europa. —Porkchop dobla su chaqueta como si fuera una almohada y la apoya contra la ventanilla—. ¿Algo más antes de que...?

Maggie niega con la cabeza y le dice:

—Descansa. Yo tengo que comprobar una cosa.

Porkchop cierra los ojos e intenta acomodarse lo mejor posible sobre la almohada de cuero. Maggie se tira todo el viaje pensando en una serie de pistas. Se pregunta qué es lo que debería contarle a Nadia, pero, por ahora, supone que es mejor no establecer contacto con ella.

Una vez el Eurostar llega a la Gare du Nord, cogen el metro de París hasta Montparnasse, donde suben a un tren de alta velocidad. Cuando llegan a Bordeaux Saint-Jean y salen de la estación, Maggie comprueba una vez más quién es Porkchop y lo que significa para las personas.

La calle está llena de motocicletas.

Maggie no es capaz de contarlas todas. ¿Cuántas habrá, cincuenta? ¿Puede que un centenar incluso? Un hombre y una mujer vestidos de moteros se acercan y saludan a Porkchop con el doble beso en la mejilla típico de los franceses. Porkchop tiene algo mágico; Maggie siempre lo ha sabido. Cuando los padres de Maggie se enteraron de cómo había crecido Marc, se habían mostrado —por decirlo educadamente— cautelosos. En cambio, cuando conocieron a Porkchop, esa cautela desapareció. El hombre se muestra tranquilo, confiado. Te gusta estar cerca de él, la gente se siente atraída por él. Pero no es porque él lo busque. No es algo que Porkchop active y desactive. No es nada que él necesite o que cultive. Sencillamente, hace que la gente se sienta cómoda, segura, puede que porque no lo fuerza, porque es natural. Aunque también hay cierta frialdad en su comportamiento. Porkchop quiere a muy poca gente, a su círculo íntimo, pero a aquellos a los que quiere, los ama con una ferocidad que asusta y, al mismo tiempo, entusiasma. Ya habrás oído esas historias de padres que son capaces de levantar un coche para

salvar a su hijo. Pues no te resultaría raro imaginar a Porkchop acometiendo una gesta así. Su familia es su mundo y el resto de los habitantes del planeta son el escenario.

Porkchop se acerca al grupo de recibimiento vestido de cuero y reparte abrazos y besos, estrecha manos, da palmadas en la espalda, todo el repertorio. Presenta a Maggie a los líderes. A ella también la abrazan. Una mujer con el pelo gris y de punta se presenta como Élodie e invita a Maggie a que se suba de paquete en su moto. Porkchop se sube con un tal Guillaume. Los demás moteros les siguen. Es impresionante verlos. Diez minutos después, los moteros se dispersan porque se está haciendo tarde y porque las motos hacen demasiado ruido. Muy considerados.

Guillaume y Élodie los llevan hasta el Château Smith Haut Lafitte, y luego siguen más allá del hotel. Se abren camino por el viñedo hasta la casa para invitados, que es rústica en el mejor de los sentidos: paredes de piedra, suelos de baldosa, muebles de cuero ajados, decoraciones sencillas de madera. Hay una mesita con un ajedrez. En la planta de arriba hay cuatro dormitorios. El equipaje de Porkchop ya está en la habitación doble, que ocupa una esquina. Maggie no sabe cómo es posible que sus cosas estén ya allí. A ella la alojan justo en la habitación de enfrente. En el baño encuentra artículos de aseo, pero de pronto se da cuenta de que, dado que ha tenido que dejar Dubái tan precipitadamente, no tiene más ropa que la puesta.

Diez minutos después de que hayan llegado, una pareja elegante, llamativa, llega con una botella de vino. La mujer es la tal Florence de la que le ha hablado Porkchop. La acompaña Daniel, su esposo. Ellos también saludan a Porkchop y a Maggie con besos en la mejilla

y con abrazos cálidos. Florence le tiende la botella a Porkchop, que la estudia.

—Un Rouge de 2015 —comenta Porkchop mientras asiente.

Daniel la abre con una sonrisa.

—También hemos traído un Blanc de 2022 por si alguno de los dos prefiere el vino blanco.

Porkchop mira a Maggie.

—Sí, a mí me vale el tinto.

Florence y Daniel son, como cabría esperar, unos anfitriones encantadores. Hace unas horas que han vuelto de un crucero de dos semanas desde Ámsterdam a Basilea por los canales holandeses y por el Rin. Les cuentan que era su viaje soñado, pero que están muy contentos de haber vuelto.

—Doy por hecho —empieza a decirle Florence a Porkchop— que estás disfrutando de la estancia.

—Por supuesto, pero tengo que pediros un favor.

Porkchop les cuenta que la aerolínea ha perdido la maleta de Maggie y se pregunta si tendrán algo en la mansión o en la sección de objetos perdidos del hotel que pueda servirle para uno o dos días. Florence y Daniel miran a Maggie de arriba abajo y Florence dice:

—Yo diría que debes de tener la misma talla que Alice, nuestra hija. Te enviaremos algo de ropa.

Una vez Florence y Daniel se han ido, Maggie y Porkchop se quedan un rato en el porche, disfrutando de la noche de Burdeos, bebiendo poco a poco un vino celestial. El viñedo huele a campo, a fruta, a tierra y a lavanda. La luna recorta con su luz la silueta de las cepas. El silencio, al igual que la oscuridad, los envuelve. En

cualquier otra circunstancia, aquel sitio sería perfecto, atemporal, profundo. Entonces Maggie recuerda el consejo que le dio su padre de que se dejara llevar por el momento incluso en mitad del caos. Esta noche, sin embargo, no lo está consiguiendo.

Maggie mira a Porkchop y le parece ver una lágrima en su mejilla.

—¿Estás bien? —le pregunta.

Porkchop asiente.

—Guillaume y Élodie me han dicho que no hay forma de entrar en ese viñedo abandonado, que es un lugar remoto y que está bien protegido. Al parecer, hay cámaras de seguridad, detectores de movimiento, alambre de espino y guardias de seguridad armados las veinticuatro horas del día.

Maggie le da un sorbo al vino y comenta:

—No me sorprende.

—Todo el mundo sabe que ese sitio no tiene nada de viñedo. El rumor que tiene más adeptos es que se trata de una base militar secreta. Algunos de los más conspiranoicos piensan que dentro están investigando armas biológicas o químicas.

—Mucho mejor para mantener alejada a la gente.

—¿Tenemos algún plan?

Maggie piensa en ello.

—Creo que sí. Sí.

Ambos permanecen recostados mirando el paisaje nocturno.

—Hay cosas que Marc no me contó —dice Maggie.

—Lo que me recuerda... —Porkchop echa mano a su bolsa de viaje, guarda el pasaporte en el bolsillo lateral y empieza a rebuscar en la bolsa—. Sharon me pidió que te diera esto. —Saca un móvil—. Es tu bot de duelo.

Se lo tiende. Maggie lo coge. Porkchop se gira y vuelve a quedarse mirando el paisaje.

—No me lo habías contado.

—No.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

Porkchop asiente y dice:

—Sí, porque hay cosas que no me cuentas.

—Imaginaba que ibas a ir por ahí, pero no es lo mismo.

—Yo creo que sí. Confías en mí, ¿verdad?

—Ciegamente.

—Y, aun así, hay cosas que no me cuentas. Y hay cosas que yo no te cuento a ti.

—¿Qué es lo que no me has contado tú?

—Esa no es la cuestión.

—Tampoco es que seas mi marido.

—Marc te contó lo que sabía. Lo que podía.

—No me contó lo de Oleg Ragoravich.

—¿Piensas que eso significa que te quería menos?

—Esa no es la cuestión...

—Parte de la naturaleza humana nos lleva a pensar que somos únicos y complejos, que nadie sabe en qué estamos pensando, que nadie sabe de qué somos capaces. Y, aun así, estamos convencidos de que somos capaces de llegar a conocer a otras personas. Creemos que sabemos por lo que están pasando los demás, lo que están sintiendo, experimentando, pensando, pero que ellos no podrían decir lo mismo de nosotros. Eso, evidentemente, es imposible. Marc y tú... —Porkchop se queda callado y niega con la

cabeza—. Vosotros hacíais la mejor pareja que he visto jamás. Sin embargo —junta las palmas—, no erais «uno». Eso son tonterías modernas. Y tampoco es algo a lo que se deba aspirar. Marc no te contó lo de Ragoravich porque quería protegerte. Como tú conmigo y el bot de duelo. Más o menos. Marc sabía que si te contaba toda la verdad, no volverías a casa a cuidar de tu madre, te quedarías a su lado y lucharías. Y puede que ahora también estuvieras muerta.

Maggie lo entiende, pero, al mismo tiempo, no lo entiende.

—¿Crees que Trace tuvo algo que ver con el asesinato de Marc? —le pregunta Maggie.

Porkchop sigue mirando el paisaje.

—¿Porkchop?

—Nadie sabe qué estamos pensando realmente ni de qué somos capaces.

—¿Te estás citando a ti mismo?

—¿Y a quién mejor? —El hombre respira hondo—. Es tarde. Me voy a la cama.

—Pero si has dormido todo el viaje en el Eurostar.

—Sí, pero tú no. Descansa, que mañana nos espera un día complicado.

—¿Crees que Trace estará allí?

Porkchop cierra los ojos.

—¿Qué haremos si está allí? —prosigue Maggie.

Porkchop abre los ojos, se inclina hacia Maggie y le da un beso en la cabeza.

—Ese puente ya lo cruzaremos cuando lo tengamos delante.

24

Cuando Porkchop la deja sola, Maggie enciende el móvil y entra en la aplicación del bot de duelo.

El Marc de la IA aparece en la pantalla con una sonrisa, pero Maggie la percibe diferente. Menos potente. No sabe por qué. Es como si ahora viera las grietas y los cables.

—Hola —le dice el Marc de la IA—. ¿Dónde estás?

—En un viñedo de Burdeos.

El bot de duelo sonríe.

—Ojalá pudiera estar yo también ahí.

—Bueno, ya has estado aquí.

—Contigo. Nunca lo olvidaré.

«Yo tampoco».

—¿Quién nos recomendó este sitio? —le pregunta Maggie.

—Trace.

—¿Ya sabías por aquel entonces que Oleg Ragoravich estaba construyendo un complejo aquí? —le pregunta ella.

La honestidad de su respuesta la sorprende:

—Sí.

—Pero no me lo dijiste.

—No.

—¿Por qué?

—¿Lo pasaste bien ese fin de semana?

Maggie asiente. Recuerda cómo entraba el sol de la mañana por su ventana y bañaba el bello rostro de Marc con un brillo dorado. Marc abrió los ojos y la miró, y se quedaron allí, en la cama, pegaditos uno junto al otro. Maggie recuerda la letra de una antigua canción de Joan Baez: «Desde luego, para mí, ambos podríamos haber muerto allí mismo y en aquel mismo instante».

—Pues eso es lo que quería para nosotros. Un fin de semana juntos.

Es una buena respuesta, una frase bonita, pero no hay forma de saber si es cierto o no. En ese aspecto, el Marc de la IA es igual que el Marc de verdad. La respuesta podría ser lo que él pensaba de verdad interpretado a través de los datos y de otras conversaciones mantenidas. Pero ¿qué acababa de decir Porkchop sobre la naturaleza humana? Que nunca sabrás qué está pensando realmente otra persona.

Ni tampoco un programa de inteligencia artificial.

—Marc, ¿está Trace en Burdeos?

—No lo sé.

—¿Te mató él?

La imagen de la pantalla se contrae apenas un instante por un fallo técnico. Maggie se lo esperaba. El bot de duelo no sabe que está muerto. No puede comprender su muerte, igual que no podría comprenderla un ser humano. Sharon le había advertido al respecto.

Como si estuviera hecho a propósito, justo después del pensamiento de Maggie, el Marc de la IA comenta:

—No te entiendo.

Maggie cambia el enfoque.

—Hablando hipotéticamente, digamos que no eres el Marc Adams de verdad, sino que eres una versión de inteligencia artificial. Que te creó mi hermana para reconfortarme porque al Marc Adams de verdad lo asesinaron. El volcado de tus datos acabó tres meses antes de tu muerte, así que no puedes estar seguro. Sin embargo, puedes buscar información en las historias colgadas en la red, información sobre tu muerte. Puedes estudiarlas, analizarlas y añadirlas a lo que ya sabes de la vida de Marc. E imaginemos también que luego me lo cuentas. Dime, ¿te mató Trace Packer?

La pantalla se congela.

Maggie suspira y aguarda. Entonces, desde el teléfono, oye a Marc decir:

—Lo más probable es que el doctor Marc Adams muriera tal y como se dice, durante la masacre terrorista en TriPoint.

—¿Cuál es la siguiente posibilidad más plausible?

—Que Trace Packer estuviera implicado.

—Y... —Maggie se queda callada, traga saliva y prueba de nuevo —. Basándonos en lo que ves, ¿hay alguna posibilidad de que estés vivo?

La pantalla se congela de nuevo. Maggie presiona al bot.

—¿De que fingieras tu muerte y, no sé, que sigas vivo en algún lado?

Maggie espera, pero la pantalla no recobra el movimiento.

Por la mañana, Guillaume y Élodie llevan a Maggie y a Porkchop al Château Haut-Bailly. Cuando llegan, Guillaume les dice:

—Si queréis, tenemos armas.

—¿Creéis que nos servirán?

—Solo si queréis que os maten. Os dejaremos una bici y esperaremos junto a la carretera con nuestra gente de confianza. Solo hace falta que nos lo pidas y estaremos ahí en cuestión de minutos.

Porkchop les da las gracias.

Maggie y él caminan en silencio. Ella va por delante. Su plan es muy sencillo. Cuando llegan a la valla, Maggie le hace una señal a Porkchop para que se detenga. Él obedece. No hay edificios a la vista, solo viñas crecidas y descuidadas hasta donde alcanza la vista. Maggie y Porkchop recorren la valla hasta que llegan a la verja.

Maggie se queda allí y mira fijamente a la cámara.

Ya basta de fingir.

Trace podría estar allí o no estar. Puede que obtengan respuestas o puede que no.

En cualquier caso, pase lo que pase, ya están allí. Este es el final del viaje.

Así que Maggie mira fijamente a la cámara y espera.

No tarda en suceder algo.

Maggie oye el crujido de unas pisadas antes de ver el enorme cuerpo de Ivan Brovski saliendo por detrás de la maleza, acercándose a la verja. Porkchop se acerca un poco más a Maggie, pero Brovski ni lo mira, porque tiene la mirada concentrada en los ojos de Maggie y en nada más.

—Acompáñeme —le dice Ivan Brovski a Maggie—. Ha estado esperándola.

Ivan Brovski por fin mira a Porkchop, y luego vuelve a mirar a Maggie.

—Solo usted —le dice a ella—. Nadie más.

De entre la maleza salen tres hombres armados. Mantienen las armas bajadas, pero su intención está clara. Maggie mira a Porkchop y asiente para comunicarle que está de acuerdo y que esté tranquilo. Porkchop no asiente.

La verja se abre deslizándose hacia un lado. Maggie la cruza. Porkchop permanece donde está.

Ivan Brovski la recibe con un apretón de manos y una sonrisa.

—Me alegro de volver a verla, doctora McCabe.

Maggie no dice nada. Brovski la guía a través de un viñedo sin cuidar y, poco a poco, van dejando atrás a Porkchop y la valla. Brovski empieza caminando al lado de Maggie, pero a medida que el sendero se estrecha entre las cepas crecidas, se ven obligados a seguir en fila india. Por delante, medio escondido por el denso follaje, hay un edificio que Maggie supone que era la antigua bodega. El exterior es de piedra caliza, una piedra con grietas y trozos caídos. El musgo se aferra a las paredes para subsistir. La piedra parece débil, húmeda, mullida, como si pudieras atravesarla con la mano.

La bodega cuenta con una gran puerta de madera ribeteada con hierro y con los goznes oxidados. Brovski la abre y entran. El interior huele a humedad y está sucio. De las vigas cuelgan unas luces amarillas que proporcionan una iluminación pobre. En el lado derecho hay apilados una serie de toneles de roble de dos tonos. Brovski se dirige al fondo y empuja un montón de barriles, lo que deja al descubierto una puerta azul. El hombre pone la mano en un

panel de control y la puerta azul se abre deslizándose con un efecto sonoro a lo Star Trek.

Bajan unas escaleras que dan a otra puerta del mismo color azul que la de arriba. Cuando Brovski la abre, los recibe una repentina ráfaga de aire frío, que tiene un regusto rancio, metálico. Brovski y Maggie entran en una especie de búnker o túnel, una arteria subterránea estéril de baldosas blancas y cromo pulido. El sitio está iluminado con luces LED que zumban y forman una hilera en la parte central del techo. Brovski va por delante. Sus pisadas hacen eco. Maggie mira el suelo reluciente y ve su reflejo distorsionado, que le devuelve la mirada.

A medida que recorren la arteria, Maggie empieza a ver personas sin rostro vestidas con bata blanca de laboratorio —sin rostro porque todas llevan una mascarilla quirúrgica extragrande, además de gorro y unas gafas opacas—. Maggie se pregunta si la vestimenta está pensada para proteger o para ocultar. Brovski y ella no dejan de caminar. Las paredes se convierten en ventanas que dan a laboratorios de diversos tipos. En ellos, varias personas sin rostro llevan a cabo diferentes experimentos. Al menos eso es lo que parece. Maggie, desde luego, no lo tiene claro, aunque tampoco es que le importe.

Ella lo que quiere es verlo a él.

Una y otra vez, el búnker se esfuerza al máximo por parecer —es el momento de volver a decirlo— de lo más innovador, que cuenta con los últimos avances, pero no es así. La «guarida oculta» tiene algo de falso, como de reproducción recargada, como si fuera una versión hollywoodiense de lo que debería ser un laboratorio médico secreto. Marc, Trace y ella eran —son— cardiólogos y, ahora mismo,

aunque el sitio está muy ordenado, limpio y estéril, brillante e incluso bonito, allí no late ningún corazón. Al menos, eso es lo que le parece a ella.

Las personas con bata blanca —¿médicos?, ¿científicos?— se sobresaltan cuando la ven. La miran por el rabillo del ojo, no quieren trabar contacto visual con ella a pesar de las gafas opacas.

Maggie se pregunta a qué se deberá.

Ivan Brovski se detiene frente a una puerta metálica. Esta no tiene ventana, ni tampoco pomo —en los pomos proliferan los gérmenes —. Otro individuo sin cara se acerca a ellos llevando una bata azul de aislamiento, guantes desechables y un protector facial.

—Póngaselo —le ordena Brovski.

—¿Y usted?

—Yo no voy a entrar. Póngaselo.

Maggie se pone la bata, los guantes y el protector. En cuanto ha acabado, Brovski sitúa la mano delante de una pantalla. En este recinto no se toca nada. La puerta se abre con un sonido similar al de un sumidero cuando traga el líquido. Maggie entra indecisa y la puerta se cierra una vez está dentro del todo.

Una voz profunda dice:

—Hola, doctora McCabe.

Un hombre grande está sentado en una especie de trono que hay sobre una tarima en mitad de la estancia. El hombre tiene una cánula nasal —como esas con una máscara que se ven en las series de televisión— que le suministra oxígeno. Tiene también una vía intravenosa en el brazo. A un lado hay un aparato de monitorización que muestra sus constantes vitales —el ritmo cardíaco, la presión sanguínea, la saturación de oxígeno—. Lleva puesto lo que parece

un batín o una bata de terciopelo —es difícil determinarlo—, como si estuvieran en un documental sobre la Mansión Playboy. El batín, desde luego, es de un apropiado rojo intenso.

Hay una *Mona Lisa* colgada en la pared del fondo.

Es Oleg Ragoravich.

El hombre sonríe y abre sus gordos y blandos brazos.

—¿Sorprendida?

Maggie avanza un paso hacia él.

—¿Heriría sus sentimientos si le dijera que no?

—Lo cierto es que sí. —A Ragoravich le cuesta respirar. Su pecho sube y baja con demasiado dramatismo—. Dígame, ¿cómo lo ha descubierto?

—Por varios detallitos, como que saliera pitando justo después de la operación, pero, sobre todo, porque he encontrado una vieja fotografía suya en internet.

—Se suponía que las habían borrado todas.

—Sí, pero ya sabe usted que siempre hay maneras de conseguir algo.

Ragoravich asiente.

—Sí, lo sé. ¿De qué fotografía se trata?

—De su retrato del Ejército.

—¡Esa foto tiene al menos cuarenta años!

—Antes de la operación, Brovski me enseñó dos fotografías para que las replicara, la Foto A y la Foto B. Ambas estaban granuladas y eran en blanco y negro. La Foto A era de una barbilla. La Foto B era de su prominente nariz. Ambas eran ampliaciones, ahora lo sé, de su retrato militar. Usted quería que yo creyera que la cirugía era para cambiar su identidad, pero, en realidad...

—Era todo lo contrario. Lo que estaba haciendo era conseguir que ese hombre se pareciera aún más a mí. Engordándolo para la matanza.

«Es una manera horrible de decirlo, pero es la verdad».

—El Oleg Ragoravich que yo conocí, ese al que operé, es a quien asesinaron en Dubái, ¿verdad? Una especie de impostor o doble, vamos.

—Un doble, sí, o más bien un señuelo, pero no un impostor. Por cierto, se llamaba Aleksander y era mi primo. Nos parecíamos mucho, ¿no le parece?

Maggie asiente.

—Lo suficiente, al menos, si no lo conocían bien.

—Aleksander llevaba veintitrés años siendo mi doble. ¿Se lo puede creer? Interpretaba muy bien el papel.

—Pues sí.

—Muchas personas poderosas tienen dobles: Stalin, Noriega, Saddam Hussein... Algunos dicen que Putin también, pero yo creo que ese hombre es demasiado paranoico como para permitir que haya tan cerca de él alguien que se le parezca demasiado. Tuve otros dos a lo largo de los años, pero Aleksander ha sido el mejor. Lo quería mucho, de verdad.

—Y aun así...

—Y aun así, tenía que morir, sí. Necesito que el mundo piense que he muerto. Me busca demasiada gente.

—Así que sacrificó a su primo.

Ragoravich sonríe y levanta las manos.

—Permítame que le pregunte una cosa, doctora McCabe. ¿De qué trata la vida, de cantidad o de calidad? Esa es una pregunta que

ustedes los médicos se hacen a diario, ¿no es así? ¿Medimos la vida por los años transcurridos o por la calidad de esos años? Aleksander nació siendo pobre. Sin mí, habría pasado la vida realizando un trabajo pesado y llegando a duras penas a fin de mes. Sin embargo, Aleksander llevó una vida de lujos que hasta los reyes desearían: grandes mansiones, aviones privados, coches magníficos, la mejor de las cocinas y, sobre todo, mujeres preciosas. Así que, dígame, ¿fui una maldición en su vida o una bendición?

—No sé, creo que eso tendríamos que preguntárselo a él.

—Nadie puede decidir cómo va a morir, doctora McCabe —Ragoravich separa las manos con las palmas hacia arriba—, ¿por qué iba a ser diferente en el caso de Aleksander?

Maggie asiente.

—Es una manera de pensar racional, pero fascinantemente sociopática. Porque doy por hecho que a su primo no le contó lo que le iba a suceder.

—No lo hice, no.

—Pero se lo figuró, aunque demasiado tarde. Después de la cirugía, cuando vio el trabajo que le había hecho, se dio cuenta de que usted, ¿cómo lo ha dicho tan poéticamente antes?, de que usted lo estaba engordando para la matanza. Por eso huyó.

—Sí, pero me temo que llegó a creer que Nadia realmente sentía algo por él. Por eso ordené a mi gente que vigilara el club, porque dábamos por hecho que aparecería.

Oleg Ragoravich —el de verdad— inclina la cabeza hacia un lado, cierra los ojos y traga saliva con dificultad. Maggie se da cuenta de que está sufriendo. Espera a que pueda continuar.

—Debido a que durante gran parte de mi vida he tenido mala salud, mi gran pasión siempre han sido las innovaciones médicas. La salud lo es todo, pero eso ya lo sabe usted, ¿verdad? Puede tener uno todas las riquezas del mundo, que si no tiene salud... Bueno, es un dicho muy antiguo, pero es porque es la pura verdad. Siempre he tenido un corazón débil por lo que respecta al aspecto físico, pero de león cuando he querido algo... y lo que más quería era dar con una cura para mi afección cardíaca y, de paso, ayudar a otros como yo a vivir más tiempo.

—Otros como usted...

—Eso es.

—¿Se refiere a los ricos y poderosos?

—No sea inocente. La vida no la he inventado yo. La investigación médica no avanza al ritmo que debería debido a unas reglas arcaicas... y yo no tengo tiempo para eso. Ni la humanidad tampoco. Y ustedes, los estadounidenses, se han vuelto vagos y estúpidos. Piensan que estarán más sanos si confían en su... —Ragoravich niega con la cabeza mientras dice como asqueado— en su «sistema inmunitario». ¡Por favor! ¡El sistema inmunitario! No me haga reír. —Su voz sube una octava en busca de un tono burlón—: «¡Oh, no necesitamos la medicina moderna, basta con meditar y con confiar en nuestro "sistema inmunitario", como antiguamente!». ¡Ya! ¿Sabe cuál era la esperanza de vida a principios del siglo xx? Treinta y siete años. ¡Treinta y siete! A eso es a lo que te lleva el sistema inmunitario. ¿Sabe cuál es la esperanza de vida hoy en día? Setenta y tres. Piense en ello. ¿Y sabe por qué? Claro que lo sabe. Usted es una doctora inteligente. Vivimos mucho más gracias a la medicina moderna: antibióticos, vacunas, control de enfermedades

infecciosas, nuevos tratamientos para el cáncer, para los derrames cerebrales y, sí, también para las enfermedades cardiovasculares. Vivimos más tiempo porque hemos dejado de confiar en nuestro «sistema inmunitario».

Para cuando acaba el monólogo, Ragoravich está resollando. Tarda un momento en volver a respirar con normalidad. Mira a Maggie.

—¿Qué opina?

—Opino que el otro Ragoravich no hablaba tanto.

El comentario le hace gracia a Ragoravich.

—Lo que usted diga, doctora McCabe, pero sabe que tengo razón. La ciencia y la medicina funcionan. Lo demás... Llámeme corrupto, pero estos «influencers del bienestar» se aprovechan de la credulidad de la gente, compran basura a granel y la empaquetan como «suplementos de salud» que venden carísimos. —Mueve una mano como para mostrar su rechazo—. Pero no ha venido usted aquí para escuchar a un viejo enfermo quejarse de la estupidez humana.

—No, no he venido para eso.

—Cuénteme lo que sabe, doctora McCabe, y yo le contaré el resto.

Maggie no duda y se sumerge de lleno:

—Al igual que muchos de sus competidores, usted blanqueaba su capital a través de organizaciones benéficas. Sin embargo, tenía otro propósito más. Se centraba en organizaciones benéficas que tuvieran algo que ver con las innovaciones médicas, en especial si se dedicaban a la cardiología o a los avances en regeneración celular, eso que llaman «medicina de la fuente de la juventud». Como bien acaba de explicar usted, nada que tuviera que ver con suplementos

placebo o con terapias fraudulentas, solo organizaciones benéficas que apostaran por verdaderas innovaciones médicas.

—Eso es.

—Por todos era conocido que WorldCures Alliance estaba trabajando en los trasplantes de corazón con el THUMPR7. Desde luego, seguro que usted lo sabía.

—WorldCures Alliance era mi prioridad.

—Así que nos hizo donaciones, además de a otras organizaciones benéficas similares, claro. En su caso, la corrupción empezó con el blanqueo de capital. Luego pasó a la venta de órganos en el mercado negro. Y, entonces, como odia usted, ¿cómo lo ha llamado?, las «reglas arcaicas», ¿no?, pasó a la experimentación en seres humanos. Supongo que eso es lo que están haciendo ustedes aquí abajo.

—Casi. ¿Sabe usted que le compramos un riñón a Nadia cuando era Salima?

—Sí.

—Ella piensa que lo vendimos en el mercado negro para hacer un trasplante.

—¿Y no fue así?

—No. Necesitábamos un riñón con las características de su ADN para realizar un experimento médico. A eso me refiero. Imagine hasta qué punto podrían acelerarse los procesos si se pudieran comprar órganos humanos en vez de tener que esperar años haciendo pruebas con cerdos en laboratorios.

Maggie no sabe qué decir.

—Hemos comprado decenas de órganos. Algunos, es verdad, los vendimos para trasplantes. Para obtener beneficios. Otros nos los

quedábamos para los experimentos importantes. Tenemos muestras de sangre de gente que está en campos de refugiados por todo el mundo. Usted, de hecho, nos ayudó con eso. Y ahora tenemos el ADN almacenado en nuestros bancos de datos. Así podemos obtener exactamente lo que necesitamos justo cuando lo requerimos... Y, claro, cuando vemos una coincidencia... A ver, todo el mundo tiene un precio.

—¿Quién le extirpó el riñón a Nadia?

—Normalmente lo desconocería. Hemos quitado tantos...

—Vale, normalmente, pero ¿en este caso?

—Se pregunta usted si fue su marido.

Maggie niega con la cabeza.

—No, sé que él no fue.

—¿Porque era un buen hombre?

—Porque hay líneas que nunca habría cruzado.

—A ver, vender su riñón no fue algo malo, fue una transacción, sin más. Salvó a...

—Sí, Nadia me lo explicó y no necesito volver a oírlo. ¿Quién le extirpó el riñón?

—Ya lo sabe usted.

Maggie asiente.

—Trace Packer.

—Sí, Packer hizo muchas extracciones. Él creía que la innovación en la donación de órganos era el futuro de la medicina y ansiaba ir más allá de los límites.

—De forma peligrosa. Yo estaba presente en el Apollo Longevity cuando intentamos implantarle el THUMPR7 a Kabir Abargil, un pobre hombre que...

—Un pobre hombre que dio su consentimiento —la interrumpe Ragoravich—. Un pobre hombre que sabía que iba a morir y conocía los riesgos que corría y tomó una decisión informada...

—Sí, vale, lo que usted diga.

—No, no, espere. —Ragoravich cierra una mano y agita el puño en dirección a Maggie—. Siempre hemos sacrificado a otros seres humanos por el bien común. Siempre. Con las guerras, resulta obvio, pero todos los avances que hemos hecho los seres humanos, como cuando inventamos los acueductos para transportar agua, cuando se hicieron los primeros viajes de exploración, cuando construimos puentes, cuando fuimos pioneros... Literalmente, todo lo que hemos hecho a lo largo de la historia ha sido para que nuestra civilización avanzara y...

Maggie levanta la mano para callar a Ragoravich y dice:

—Oleg...

—¿Sí?

—Lo pillo. Es usted extraordinariamente creativo con lo que elige para justificarse, pero eso me da lo mismo.

—Lo cierto es que a mí también. Yo lo que quiero es vivir. Al final, eso es lo único que me importa. Por eso me concentré en el corazón. Esa es mi necesidad inmediata. Aquí, no obstante, trabajamos en todos los órganos porque las investigaciones se solapan y porque, antes o después, lo necesitaré todo. Una vez seamos capaces de replicar órganos y tejido, un ser humano, en teoría, podrá vivir cientos de años. Y no, esto no es para la masa. No podemos permitir que todo el mundo viva tanto tiempo. Incluso el mero conocimiento de que la posibilidad existe acabaría con nuestro mundo porque, sí, la gente mataría por acceder a algo así. Y no es

una justificación, doctora McCabe, es un hecho. Dios, si es que es usted lo bastante supersticiosa como para creer en esa ilusión que dio forma el ser humano, creó un mundo en el que la única manera de sobrevivir es matando. Fíjese en cómo un león caza una gacela. El león intentará mantener viva a la criatura mientras la devora para que siga estando fresca y la gacela morirá agonizando. Ese es el mundo «perfecto» diseñado por una entidad «justa» y «buena». —Se ríe—. ¿Soy yo el que se justifica con engaños?

Maggie intenta pillarlo con la guardia baja:

—¿Mató usted a mi esposo?

—No. —Ni lo duda—. Lo necesitaba para que trabajara en ese corazón artificial. Para mí, su muerte fue un terrible revés.

Maggie prueba de nuevo:

—¿Lo mató Trace?

—Podría ser —responde Ragoravich de manera muy informal—. Marc descubrió que Trace se dedicaba a lo de los órganos y no le gustó. Trace podría haber matado a Marc para protegerse, sí, pero no lo sé. —La respiración de Ragoravich se vuelve más áspera—. Estoy empezando a cansarme, así que he de ir al grano. El último corazón que me han trasplantado está fallando. Me he quedado sin tiempo. Aquí, en estas instalaciones, tenemos el último THUMPR7. Tenemos la máquina secuenciadora de ADN y todo el equipo necesario. Ambos sabemos qué salió mal cuando operaron a aquel «pobre» hombre en Dubái: que no tenían ustedes un corazón. Nosotros, en cambio, tenemos uno sano, ideal, de un hombre que está en coma cerebral. Tampoco hay que esperar a que envíen el órgano, ya he pagado para que traigan aquí al hombre en cuestión. Su marido y Trace Packer escribieron mucho acerca de las ventajas

de trasplantar un «corazón palpitante» cuando desarrollaban el THUMPR7. Nosotros vamos a tenerlo todo. Un equipo extraerá el corazón apenas unos minutos antes de la inserción. En resumen, que por fin las condiciones son perfectas para realizar el trasplante que me salvará la vida.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

Oleg Ragoravich muestra una sonrisa de tiburón.

—¿Usted por qué cree?

Es entonces cuando Maggie se da cuenta.

—¿Quiere que yo me encargue del trasplante?

—Sí, por supuesto. Para eso está usted aquí.

Silencio.

—Su marido está muerto. Trace Packer, bueno, no sabemos dónde está. Y, claro, sin Marc y sin Trace, solo queda usted, doctora McCabe.

—Yo soy cirujana plástica...

—Oh, no, es usted mucho más que eso. No me venga con falsa modestia. En su día cometí el error de confiar en los hombres. Debido al sexismo que caracteriza a los de mi época, supongo. Debería haber confiado en usted. Es la mejor cirujana de los tres. A menudo, las mujeres son mejores concentrándose en lo que de verdad importa, en cuál es el objetivo. No dejan que su ego se interponga, como hacen los hombres. Cuando estaba usted con ellos, Marc y Trace eran mejores médicos, investigadores y seres humanos. Cuando usted se marchó, todo se fue al traste.

Y si no se hubiera ido, Marc seguiría con vida.

—¿De quién es el corazón?

—Ya se lo he dicho, de un hombre que está en coma.

—¿Alguien del campo de refugiados?

—¿Acaso importa eso?

—Depende. ¿Está en coma por su culpa, Oleg?

—Si hubiera sido necesario, lo habría hecho, pero no es el caso. Hace meses que está en coma cerebral. Si eso hace que se sienta usted mejor, he pagado a su cuidador una fortuna para que lo traiga.

—Necesito confirmación...

—No, doctora McCabe, no la necesita. Va a hacer usted el trasplante y voy a pagarle muy bien por ello. Y cuando haya acabado, tendrá usted la satisfacción de haber completado el trabajo de su marido y mi garantía de que podrá irse. He reunido al mejor equipo de cirugía cardiotorácica posible, con enfermeros quirúrgicos, técnicos de perfusión, un anestesista cardíaco y dos de los mejores cirujanos de trasplantes cardíacos que hay para que le ayuden. Y todo habrá acabado para usted en cuanto haga el trasplante mañana.

—No va a funcionar. El THUMPR7 no está listo.

—La decisión está tomada.

—¿Y si me niego?

—¿De verdad tenemos que jugar a esto, doctora McCabe? —Ragoravich suspira—. Ya le he enseñado la zanahoria, pero veo que voy a tener que enseñarle también el palo. —El hombre vuelve a levantar las manos y apoya los dedos índice en la barbilla—. Si se niega, los otros cirujanos me operarán igualmente, pero, en vez del corazón del hombre que está en coma, usarán el corazón de su suegro, que le arrancaremos del pecho sin anestesia y la obligaremos a mirar cómo lo hacen. —Sonríe—. ¿Me he explicado con claridad?

Porkchop no puede evitarlo, se echa a reír.

—¿Y lo ha dicho así, con esas palabras? ¿Que va a arrancarme el corazón?

—No es gracioso.

—Yo creo que sí. ¡Ah, y sin anestesia! ¿También ha dicho eso?

—Mientras me obliga a mirar.

—Buen detalle. Sí que es peliculero.

—O sádico. ¿Qué crees que deberíamos hacer?

Porkchop se lleva la mano al pecho.

—¡Joder, Mags, no quiero que me arranquen el corazón!

—Para, por favor.

Vuelven a estar en el porche de la casa para invitados de Smith Haut Lafitte con una botella de vino abierta, admirando cómo el sol se pone tan majestuosamente que parece que lo esté haciendo a propósito, pavoneándose.

—Vas a operarle. Tal y como te ha dicho, no tienes alternativa. Realizas el trasplante, nos vamos a casa y nos olvidamos de todo esto.

—¿Y Trace?

—¿Qué?

—Seguimos sin saber dónde está.

—Ese es un problema para otro día.

Maggie le da un sorbo al vino y comenta:

—Nada de esto tiene sentido.

Porkchop no dice nada.

—Es como si supieran que iba a venir. Como si me hubieran atraído hasta aquí —comenta Maggie.

Porkchop sigue en silencio.

—¿Crees que Nadia me ha tendido una trampa?

—¿Cómo?

—Fue ella la que me dijo que Brovski había aterrizado en Burdeos.

—¿Cómo dices que sabía que estaba aquí? ¡Ah, sí, perdona, que podía rastrearle el móvil!

—Eso suena un poco sospechoso, ¿verdad? Puede que se lo inventara. Puede que esté con ellos. No lo sé. Pero piénsalo, nos estaban esperando. Ragoravich tiene preparado un equipo quirúrgico. Tiene el THUMPR7 y todo nuestro material. Lo único que le faltaba era yo, y ¡tachán!, aquí estoy.

Porkchop le da un sorbo al vino.

—¿Le has preguntado al tal Ragoravich si mató a Marc?

—Sí.

—Y ha dicho que no.

—Eso es.

—¿Te lo crees?

—Me lo creo. A él lo único que le importa es el THUMPR7 y para eso necesitaba a Marc.

—¿Sí? ¿O te necesitaba a ti?

—No te entiendo.

—La verdad es que yo tampoco me entiendo muy bien. —Porkchop levanta la botella de vino vacía—. Puede que me haya pasado con el zumo de uva.

—¿Qué hacemos?

—Acabamos nuestra copa y vamos dando un paseo hasta La Grand'Vigne, el restaurante con dos estrellas Michelin del viñedo. Nos sentamos fuera, en una mesita de madera y no miramos el menú, le pedimos al chef Nicolas que nos sirva lo que él considere y

que su sumiller nos traiga un vino a juego con la comida. Acabamos de ver esta gloriosa puesta de sol y pensamos en Marc.

A Maggie se le vuelven a llenar los ojos de lágrimas.

—No debería haber vuelto a casa. Debería haberme quedado con él en Dubái.

—Entonces estaríais muertos los dos, porque habrías ido con mi hijo a aquel campo de refugiados, te habrías quedado con él durante el ataque y quienquiera que lo matara, habría hecho lo mismo contigo.

—Y quienquiera... —Y al rato—: Y tú piensas que ese quienquiera fue Trace.

—En efecto, Mags, eso es lo que pienso. En cualquier caso, tú estás viva y Marc no, y seguro que él habría querido que pasaras página.

—Tú no crees en la vida después de la muerte, ¿verdad?

Porkchop niega con la cabeza.

—Tenemos un viaje, nada más.

—Así que Marc se ha ido para siempre.

—Sí.

—Para siempre.

—Para siempre.

—Y eso, ¿cómo se acepta, Porkchop?

—No se acepta, porque no se puede.

25

Antes de que Maggie se ponga la bata, los guantes y las gafas, Ivan Brovski entra en la habitación y se deja caer en una silla.

—¿Está usted bien? —le pregunta Maggie.

—Tengo que darle un mensaje.

Maggie se queda a la espera.

—Oleg Ragoravich nos ha dado unas instrucciones muy claras: si no sale de la operación, usted tampoco.

El hombre la mira.

—Vaya, menudo incentivo —suelta Maggie, porque a veces el humor es el mejor mecanismo de defensa.

Brovski se pone de pie.

—Nos vemos en la sala de operaciones.

Y se marcha.

Media hora después, Maggie ya está en la sala de operaciones y está lista para el trasplante. Todavía no ha empezado, pero ya tiene la frente perlada de sudor.

—¿Doctora?

Es el enfermero que tiene a la derecha.

«Respira hondo».

—Bisturí —le dice.

Maggie empieza realizando una esternotomía media para acceder a la cavidad torácica. Con el bisturí, Maggie realiza un corte vertical por el esternón y, luego, con la sierra quirúrgica divide el esternón

para facilitarse el acceso. A continuación, abre el pericardio, que es la membrana que protege el corazón. A Ragoravich ya le han metido un tubo flexible por la garganta hasta el esófago, así que, usando las ondas del ecocardiograma transesofágico, Maggie es capaz de ver el corazón en el monitor.

Es un horror.

El corazón está gris y ensanchado. Maggie ve las cicatrices en la superficie.

Pues sí, están realizando la operación más que a tiempo.

Sin lugar a dudas, el quirófano está muy bien acondicionado. Hasta el momento, el equipo parece de primer nivel, a pesar de que Maggie no se ha reunido con ninguno de sus integrantes antes de la operación. Ellos, al igual que Maggie, llevan protectores faciales y gafas opacas. Ivan Brovski, que, tal y como le ha prometido —amenazado—, está en la sala de operaciones, le ha explicado de forma siniestra que la discreción lo es todo en esta guarida oculta que llaman El Viñedo:

—No han de saber quién es usted y usted tampoco debe conocer sus identidades.

Oleg Ragoravich yace por debajo de un paño quirúrgico del color azul del mar. Ahora mismo, su caja torácica está abierta de par en par y se mantiene así gracias a los retractores. Esto sería repugnante para la mayoría de las personas, pero Maggie lo encuentra curiosamente fascinante. Sí, ya sabe que eso es muy raro. En ese momento solo está con ella uno de los cirujanos que la están ayudando. Se trata de una mujer que es evidente que sabe bien lo que se hace. A Maggie le han dicho que el tercer cirujano está en una sala adyacente con el donante en coma. Ese cirujano le ha

abierto el pecho al donante y extraerá su corazón al tiempo que Maggie retira el de Ragoravich y coloca el THUMPR7 en su lugar.

Por debajo de las brillantes luces del quirófano, el corazón de Ragoravich late despacio y con un ritmo espástico. Los tubos de la derivación cardiopulmonar se alejan de la vena cava y de la aorta. Maggie asiente al perfusionista y este pone en funcionamiento la derivación.

El corazón de Ragoravich vibra, late más despacio y se detiene.

Es hora de darse prisa y desconectar los vasos sanguíneos.

Maggie usa las tijeras para cortar la aorta y la arteria pulmonar. Sus puntas están estropeadas por la enfermedad. Corta el ventrículo derecho a lo largo del surco del atrio ventricular, preservando la válvula tricúspide. Hace lo mismo en el lado izquierdo.

—Preparen el corazón donante y el THUMPR7 —ordena Maggie.

En El Viñedo tienen los guantes de retracción y los cabestrillos más modernos que hay, diseñados para sacar el corazón del pecho sin dañar el tejido circundante. Es lo que Maggie hace a continuación, con cuidado, pero rápidamente. El corazón está seriamente dañado: es más fino y se ha estirado, está débil y muy frágil; a Maggie le preocupa que se pueda rasgar o romper, incluso desintegrar, durante la extracción.

—¿Necesita otro par de manos? —le pregunta la cirujana.

La mujer tiene un tono agudo, con un exagerado acento sureño, y Maggie se pregunta si esa será su voz o si será parte del disfraz.

Maggie está muy concentrada.

—No, gracias, lo tengo.

Cuando el corazón ha salido por completo del pecho, Maggie se vuelve y lo deja en un cuenco metálico que hay en la camilla

quirúrgica. Por lo normal, un corazón así se envía a patología para que lo examinen o se deshagan de él. ¿Qué pretenderán hacer con él en El Viñedo? Es probable que lo estudien. O que experimenten con él. O igual se lo comen. ¡Vete tú a saber!

Maggie sonríe.

De hecho, de pronto se da cuenta de que, aunque no sea perceptible por la máscara, ha estado sonriendo todo el rato.

Porque, aunque tiene un miedo atroz porque es como si tuviera una pistola apuntándole por si sale algo mal, a Maggie le encanta lo que está haciendo.

Le encanta ser cirujana. Le encanta operar.

—CTA —pide.

Uno de los enfermeros quirúrgicos le pasa el corazón artificial THUMPR7.

—¿Está listo el corazón del donante? —pregunta Maggie.

—Para entrar en cuanto lo necesite.

—Pues que lo traigan.

Maggie coge el THUMPR7. Mira la cavidad torácica vacía de Ragoravich. Donde debería haber un corazón, ahora mismo no hay sino un vacío abierto y sin sangre. Es una vista espectacular, un umbral entre la vida y la muerte, entre el final y el comienzo, entre el vacío y la esperanza. Ese pecho es el recipiente más vacío que hay y, al mismo tiempo, una promesa a punto de cumplirse.

Por un brevísimo instante, Maggie se plantea acabar con la esperanza.

Su paciente es una persona sin corazón, tanto figurada como, ahora mismo, literalmente. También está, puede que tanto figurada como literalmente, muerto.

Solo ella puede traerlo de vuelta a la vida.

¿Qué pasaría si no lo hiciera? ¿Qué pasaría si dejara morir a Ragoravich en esa camilla?

Maggie mira a la derecha, a Ivan Brovski. El hombre lleva la protección facial y las gafas opacas, de forma que nadie puede ver su rostro, pero a Maggie le parece que niega ligeramente con la cabeza, como diciendo:

«Ni se le ocurra. Como él muera, usted también morirá».

Se abre la puerta. El otro cirujano, que tiene los guantes cubiertos de sangre, entra en la sala de operaciones empujando un Sistema de Cuidado de Órganos, un SCO, en el que lleva el corazón del donante. El SCO bombea una solución de sangre oxigenada a través del órgano para mantenerlo viable.

El cirujano se pone al otro lado de la camilla.

Maggie lo mira. Él la mira a ella. Evidentemente, Maggie no puede verlo realmente. No le ve los ojos ni la expresión facial. La forma de su cuerpo también resulta bastante vaga por debajo de la bata y el hombre tiene las manos cubiertas con guantes.

El cirujano asiente. Por un momento, Maggie no se mueve.

—¿Doctora? —dice Ivan Brovski.

Maggie sale del ensueño. Poco a poco hace descender el corazón artificial THUMPR7 —el que desarrolló WorldCures Alliance, aunque más bien lo creó Marc con su ocurrencia, su trabajo y su interés por salvar vidas a gran escala— al pozo sin fondo en el que antes residía el corazón de Oleg Ragoravich.

—Sutura —ladra el cirujano.

La voz es ronca y suena apagada, pero Maggie vuelve a preguntarse si así será como esa voz suena normalmente o si el

hombre está intentando enmascarar su identidad. Mientras Maggie sujeta el THUMPR7 en su sitio, su compañero empieza con la delicada labor de suturar los conectores del aparato a los puños auriculares de Ragoravich.

Maggie se le une. Su adrenalina empieza a inundar su cuerpo desbocadamente. Está nerviosa. Nunca ha hecho algo así.

Voz Ronca se detiene un momento. Maggie levanta la vista y lo mira a las gafas.

—Muy bien —le dice él—. Ya lo tiene.

Maggie se siente agradecida por los ánimos. Traga saliva y asiente.

Ambos cirujanos —Maggie y Voz Ronca— trabajan ahora en perfecta sintonía, cosiendo los conectores de salida a la artería pulmonar y a la aorta con la precisión de cirujanos cardiotorácicos. Si dan puntos muy largos, las líneas se enredarán, pero si son demasiado cortos, la sangre no correrá.

—Primero el ventrículo izquierdo —dice Maggie, pero Voz Ronca va un paso por delante de ella.

El hombre conecta rápidamente el corazón a las tres «aes»: arteria, aorta y aurícula. Maggie hace lo mismo con el lado derecho. El THUMPR7 tiene cuatro tapas. Están todas abiertas.

—Ahora —dice Maggie.

Voz Ronca abre el SCO, que es como una «caja del corazón», y extrae un corazón rojo y palpitante. El cirujano se mueve a toda prisa y guía el corazón del donante por el THUMPR7. Maggie se da cuenta de que esto no se había hecho nunca. Se percata de que este es el momento con el que soñaban Marc y Trace: el THUMPR7 en tándem con el corazón palpitante y sano de un donante. Maggie

asiente y sigue con la operación. Usa los fórceps para conseguir encajar el corazón en su lugar. Sujeta la arteria pulmonar del corazón a la válvula de plástico del THUMPR7, pero solo por un punto. Si la cosa funciona, será lo único que van a tener que sujetar. Por lo general, la secuenciadora de ADN se usa después de la operación para detectar el rechazo del injerto. Maggie usa una diseñada especialmente, una que ofrece información inmediata. Comprueba las lecturas.

De momento, todo va bien.

Eso es lo que intenta conseguir la tecnología del THUMPR7: mezclar las maravillas robóticas de un corazón artificial con la idea de la regeneración celular y la compatibilidad de tejido. La mejor manera de hacerlo es contar con un órgano completo —como en el caso de este trasplante con un corazón palpitante—, pero a lo que se aspira es a que, en un futuro, en vez de órganos completos, sea suficiente con células madre.

Voz Ronca dice:

—No hay fugas. El flujo de sangre es potente.

Maggie y él vuelven a mirarse a las gafas. Ambos saben que este es el momento de la verdad. Él asiente como para animarla. Maggie respira hondo una vez más y se dirige al perfusionista.

—Apáguelo.

—¿No deberíamos ir poco a poco?

—Con el THUMPR7 no es necesario. Debería ponerse en marcha.

El perfusionista duda.

—Hágalo —le ordena Maggie.

Aunque a regañadientes, el perfusionista apaga la máquina de derivación.

Por un momento, no sucede nada. Línea plana.

Pasan cinco segundos. Diez.

—¿Doctora? —El perfusionista está nervioso.

—Esperen.

—No funciona.

—Si ese es el caso, está muerto de todas maneras —comenta Maggie, tras lo que su sarcástica voz interior añade: «Y no es el único».

Pasan diez segundos más. Quince. Veinte.

Ivan Brovski le pone sus enormes manos en los hombros a Maggie como si pretendiera apartarla.

—Doctora McCabe, ¿qué está suce...?

Y entonces, con un gruñido audible, el THUMPR7 empieza a latir.

Pum-pum... Pum-pum... Pum-pum...

Más regularmente ahora.

Pum-pum... Pum-pum... Pum-pum...

Funciona.

Pum-pum... Pum-pum... Pum-pum...

Hay vítores en la sala.

Pum-pum... Pum-pum... Pum-pum...

Por debajo del protector facial, Maggie sonríe abiertamente. Levanta la vista para mirar a Voz Ronca a las gafas y celebrarlo con él.

Pero el cirujano ya no está.

Maggie se quita los guantes, se quita la bata y entra en la ducha.

La presión del agua es muy potente. A Marc era algo que le fascinaba en una ducha, muy probablemente porque las duchas de todas las misiones humanitarias en las que habían participado las consideraba como una «meada débil». Cuando Marc y ella reformaron el cuarto de baño del apartamento, Marc no opinó sobre las baldosas, los grifos, los colores, el inodoro o el diseño, pero dejó clara una cosa: «Quiero que la presión del agua sea tan potente que me haga sangrar».

Otra vez la punzada.

Es curioso cuando vuelve. Maggie apenas ha pensado en Marc durante el procedimiento. Ahora, en cambio, en la ducha, con la gran potencia de agua llevándose la sangre y el tejido de una persona malvada, la pena vuelve a atacarla por sorpresa.

Maggie se seca y se pone ropa cómoda. También hay un protector facial y unas gafas para que se las ponga antes de irse. No va a ponérselos. Que la reconozcan, ¿qué más da? Maggie vuelve al túnel principal y se dirige a la UCI improvisada. Mira por la ventana. Ragoravich sigue inconsciente. Maggie ve monitores y seis personas con máscaras faciales. Se pregunta si alguna de ellas habrá estado en su equipo.

Aun a través del cristal, vuelve a oírlo.

Pum-pum... Pum-pum... Pum-pum...

De pronto, oye la voz de Ivan Brovski por detrás de ella.

—Todo un éxito.

Maggie frunce el ceño. Él lo ve en el reflejo del cristal.

—¿No se lo parece?

Pum-pum... Pum-pum... Pum-pum...

—Se lo advertí a Ragoravich y se lo advertí a usted también: creo que el THUMPR7 no está preparado para ser usado con seres humanos. —Maggie se da la vuelta—. ¿Quiénes eran los cirujanos que estaban conmigo?

—No se lo voy a decir.

—¿Para preservar la confidencialidad?

—Sí. Ya sabe cómo contratamos a la gente. Sabe cómo pagamos. Como con usted, en Rusia.

—Hablando de Rusia. Casi me mata usted.

—No, la verdad es que no. Fue usted la que salió por el tejado. Mis hombres solo reaccionaron. Aleksander también estaba huyendo en ese momento. La situación hizo que cundiera el pánico. Queríamos cerrar el asunto y, para eso, la necesitábamos a usted con vida. El problema es que mi gente no conocía la misión y, además, estaba lo de Nadia.

Pum-pum... Pum-pum... Pum-pum...

—¿Qué pasa con Nadia?

Brovski se encoge de hombros.

—En muchos aspectos, era la mujer de la casa.

—¿Está diciendo usted que quería...?

—No lo sé, pero tampoco importa ya, ¿no le parece?

Pum-pum... Pum-pum... Pum-pum...

—Nadia es la causa por la que estoy aquí.

—¿A qué se refiere?

—¿Me deja su móvil?

—¿Cómo dice?

Maggie levanta la mano y le hace un gesto para que se lo entregue. Parece que el hombre va a protestar, pero lo piensa mejor,

lo saca, lo desbloquea y se lo entrega. Maggie lo coge y empieza a buscar en ajustes. Brovski la observa. A Maggie le da igual. Cuando entra, se desplaza hacia abajo.

—Qué conveniente, ¿no? Que yo llegara justo ayer.

Hum. La configuración está tal y como dijo Nadia.

—¿Qué es lo que busca? —le pregunta Brovski.

—No, nada.

Maggie le devuelve el móvil.

—Supongo que sí, que fue toda una casualidad que llegara ayer a Francia, justo cuando me necesitaban para que realizara la cirugía.

Brovski se encoge de hombros.

—Podríamos haberla localizado y haberla traído aquí en cualquier momento.

—¿Por qué no lo hicieron?

Brovski se encoge de hombros de nuevo.

—No fue necesario, usted misma vino.

Pum-pum... Pum-pum... Pum-pum...

—La verdad, Ivan, es que no me lo trago.

—Tampoco pretendo convencerla de nada.

—¿Sabe usted quién mató a mi marido?

Así, a bote pronto. Maggie le sostiene la mirada.

—Puedo contarle lo que Ragoravich y yo creemos que pasó.

Maggie aguarda.

—Ustedes son yonquis de la adrenalina. Siempre corrían demasiados riesgos en sus misiones humanitarias, y aunque sus cuidados médicos beneficiaban a algunos, no salían a cuenta. Muchas de las personas a las que ustedes salvaban acababan viviendo poco tiempo y de forma miserable, en la más absoluta

pobreza, o los mataban en la siguiente batalla. No tenían por qué correr esos riesgos. Podrían haber jugado sobre seguro. Sin embargo, decidieron seguir tirando los dados y, al final, les salió la jugada equivocada.

Pum-pum... Pum-pum... Pum-pum...

—Vaya, así que sencillamente lo que pasó era cuestión de tiempo —comenta Maggie.

—Sé que le gustaría que fuera por alguna otra razón y puede que, en efecto, así sea. Su esposo murió siendo un héroe, pero también siendo un idiota.

Ivan Brovski se gira para marcharse.

—¿Y Trace Packer?

Brovski no dice nada.

—¿Sabe usted dónde está?

Pum-pum... Pum-pum... Pum-pum...

—Tiene que estar usted agotada, doctora McCabe.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que le voy a dar. —El hombre señala la salida con la cabeza—. Ya sabe dónde está la salida.

Maggie se dirige hacia él, pero el hombre entra en una estancia y cierra la puerta con pestillo. Puede que eso sea lo mejor. Lo cierto es que ahora mismo está muy cansada como para pensar una nueva estrategia con la que sonsacarle la verdad. Maggie gira a la izquierda y empieza a recorrer la gran arteria blanca que lleva hasta las escaleras. Cuando cruza la puerta azul de arriba, empuja los barriles y vuelve a encontrarse en la vieja bodega con olor a humedad. Maggie mira hacia la derecha, a la puerta, y ve a un hombre con una gorra de béisbol que está saliendo en ese mismo momento.

—¡Espere! —le grita.

Pero el hombre no se detiene. La puerta se cierra detrás de él. Maggie se apresura para alcanzarlo.

Evidentemente, podría tratarse de cualquier persona, no tiene por qué ser el cirujano que ha tenido enfrente durante el procedimiento, pero lleva una gorra de béisbol. Eso tampoco tendría por qué decir nada, pero en Francia no se ve a muchos hombres con gorras de béisbol. En Estados Unidos, en cambio, es una prenda básica, en especial cuando no quieres que te reconozcan.

No, en Francia no.

Maggie abre la puerta de golpe y sale al viñedo salvaje. Se alegra de salir del búnker, con ese aire como viciado. Fuera, el aire es dulce y acre al mismo tiempo, terroso y etéreo.

Maggie mira a la izquierda. Nada. Mira a la derecha. Nada. Por lo que ella sabe, la salida está por la derecha, por el sendero que lleva a la verja por la que ha entrado y salido cada vez que ha tenido que venir aquí. Echa a correr. Para cuando alcanza a ver la verja, el hombre de la gorra de béisbol está subiendo al asiento trasero de un coche.

—¡Pare!

Pero no lo hace. El tipo acaba de entrar y cierra la puerta. Maggie corre hacia él, pero es demasiado tarde. El coche arranca. La verja empieza a cerrarse. Maggie agarra la verja de alambre mientras el vehículo se pierde por el bosque.

Se ha ido.

26

Cuando por fin vuelve a abrirse la verja, Maggie empieza a recorrer el camino. Encuentra a Porkchop y su motocicleta en el claro.

—¿Cuánto tiempo llevas esperando?

Porkchop consulta su reloj de pulsera de manera teatral porque no lleva reloj.

—Desde que te he dejado.

—Eso fue doce horas atrás.

El hombre se encoge de hombros.

—¿Te apetece hablar de la operación?

—Ahora mismo no.

—Pues sube.

Porkchop le tiende un casco. Hacen el viaje en silencio —es agotador hablar, o más bien gritar, en la moto incluso cuando hay algo que decir—. Maggie agradece el viento en la cara. Cierra los ojos y deja que la refresque. Porkchop no pone música. Como siempre, son solamente la moto y la carretera. Olvídate de los masajes. Olvídate de la aromaterapia o de la hidroterapia o de las saunas o de envolturas corporales o de baños calientes. Esto sí que es paz, aislamiento y libertad. El único sitio que le gusta más que... Bueno, ahora que Marc no está, ya solo hay uno.

La sala de operaciones.

Ese es su templo. Su santuario.

¡Dios, cómo lo echaba de menos!

Cuando llegan, Guillaume y Élodie los saludan con la mano desde una gran mesa de madera cubierta de vinos y quesos.

—¿Te apetece comer algo? —le pregunta Porkchop.

Maggie niega con la cabeza.

—Ahora mismo, mis habilidades sociales están bajo mínimos.

—Entendido.

—Pero ve tú, yo puedo ir andando a la casa de invitados.

—¿Estás segura?

—Sí. Necesito relajarme.

Porkchop asiente, apaga la moto y se encamina a la mesa. Maggie coge el sendero que discurre entre los viñedos hacia la casa de invitados. Una vez allí, entra en el dormitorio de Porkchop y busca en el bolsillo lateral de su bolsa de viaje. Cuando acaba, sale de la casa. Ha vuelto la luz dorada. Lo envuelve todo. Los colores son simplemente eso, colores, pero en un viñedo tocado por una luz como esa, los colores no permanecen inalterados, sino que se convierten en algo vivo, algo que respira.

Maggie se apoya en un árbol que hay cerca de la casa de invitados. Mira a su alrededor y se empapa de la quietud. Todo ha acabado. Es consciente de ello. Aunque no haya obtenido todas las respuestas. Pero eso es parte de la vida. Pronto volverá a casa y...

¿Y qué?

No tiene a Marc. Tampoco la cirugía.

Entonces siente un acero frío presionándole en la nuca.

—Tú lo mataste —dice una voz.

Maggie cierra los ojos.

Es Nadia.

—Volví a comprobar los registros de llamadas de Trace —dice Nadia entre dientes.

La joven no aparta el cañón del arma de la nuca de Maggie, que no se atreve a moverse. Abre los ojos y vuelve a deleitarse con el color dorado del atardecer y con el cielo, que luce de un color azul claro.

—Lo llamaste desde tu móvil el día que se marchó. Lo llamaste y le dijiste algo que lo llevó a hacer el petate a toda prisa y a coger un avión para ir a verte.

Nadia va dando la vuelta hasta que está delante de Maggie. Tiene los ojos abiertos como platos.

—Como me mientas, aprieto el gatillo.

Maggie no dice nada.

—¿Llamaste a Trace? ¿Sí o no?

—Sí.

Ahora las mujeres están cara a cara. Nadia le apunta a Maggie al corazón.

—¿Qué le dijiste?

A Maggie se le escapa una lágrima.

—¿Que qué le dijiste? —gruñe Nadia.

—Le dije que había visitado el campo de refugiados de TriPoint. —La voz de Maggie suena débil, incluso para sí misma, como si estuviera hablando desde lejos—. O lo que quedaba de él, vamos. A la mayoría de los refugiados los habían trasladado. Los seguí. Di con todos los supervivientes que pude. Todos me dijeron que los milicianos que les habían atacado ni siquiera tocaron a los miembros del equipo médico. Una mujer llamada Aisha perdió un brazo y una pierna. Se los cortaron a machetazos. La habían dejado tirada en la

arena para que muriera desangrada, pero no murió. Con el brazo que le quedaba y con los dientes rasgó su ropa y se hizo torniquetes. Aisha me contó que vio a Trace volver al campo. Marc todavía estaba vivo. Ella estaba totalmente segura de ello.

Maggie mira a Nadia a los ojos y espera.

—Así que pensaste... —empieza a decir Nadia.

—No pensé nada. Le dije a Trace que tenía que verlo. Que había detalles que no encajaban con lo que él me había contado sobre la muerte de Marc. Le dije que teníamos que hablar. En persona. Cara a cara. Como ahora.

—Y cuando llegó...

Maggie niega con la cabeza.

—Lo mataste.

—No.

—¿Entonces?

—Trace no apareció. Huyó.

Nadia levanta el arma.

—No me mientas.

—No te estoy mintiendo. Trace tenía que venir y lo estuve esperando, pero, en vez de eso, no sé, robó lo que guardaba en el Apollo Longevity y huyó.

Nadia niega con la cabeza.

—Él jamás haría algo así.

—Nadia, las dos sabemos que eso es exactamente lo que hizo. Ya oíste a Steve.

—Y luego ¿qué? ¿Dónde está ahora?

Maggie se encoge de hombros.

—No lo sé.

—Estás mintiendo. —Nadia le acerca la pistola a la cara—. Tú lo mataste.

Y entonces, Maggie oye otra voz, una voz familiar, detrás de ella:

—No está mintiendo. No fue ella quien mató a Trace.

Se gira y ve a Porkchop.

—Fui yo.

Porkchop también tiene una pistola y le dice a Nadia que tire la suya. La joven la tira. Él le dice que la aleje de una patada. La joven obedece. Luego, Porkchop mira a Maggie. El hombre no vuelve a mirar a Nadia. Es como si la joven ya ni siquiera estuviera allí.

Es como si solo estuvieran Maggie y él.

El resto del mundo se desvanece.

Maggie nota que sus brazos y sus piernas están ahora fríos. No sabe qué hacer. No puede dejar de negar con la cabeza.

—No teníamos claro que Trace... —le dice Maggie a Porkchop.

—Claro que sí.

—No estábamos seguros —insiste ella—. Había ciertas discrepancias, pero...

—No, no las había, eras tú la que no querías creer la verdad.

—Así que... —Maggie vuelve a negar con la cabeza.

—Trace voló a Dulles, tal y como te ha contado Nadia. Cuando llegó, Pinky lo esperaba en el aeropuerto. Lo siguió. Trace compró un arma en la calle. Seguro que imaginas para qué.

Maggie no se lo puede creer.

—Cuando Pinky lo detuvo, Trace llevaba pentobarbital y clonazepam, además de la pistola. Lo..., bueno, podría decirse que lo

interrogamos. Su plan era drogarte. Pretendía descubrir todo lo que sabías y después matarte. Iba a montar un escenario para hacer ver que te habías suicidado. Al fin y al cabo, estabas deprimida por lo de Marc, eso lo sabía todo el mundo. Iba a contarles a las autoridades que lo habías llamado y los registros de vuestros móviles lo respaldarían. Iba a decir que le había parecido que estabas muy deprimida y que mostrabas tendencias suicidas, que cogió el primer vuelo, que llegó a tu casa y que... —Porkchop se encoge de hombros, como diciendo que el resto es evidente.

Maggie no puede hablar.

Es Nadia la que dice:

—Así que lo mataste.

—Sí. —La voz de Porkchop suena firme, clara. El hombre no duda, no vacila. Como si fuera lo más obvio del mundo. Se vuelve hacia Nadia—. Tú sabías que había matado a mi hijo. Cuando Maggie llamó a Trace y luego desapareció, nadie habría llegado a la conclusión de que Maggie le había hecho algo, pero tú sí. Porque tú sabías que Maggie tenía un motivo. Tú sabías lo que Trace le había hecho a su marido.

Nadia no dice nada.

Porkchop levanta la pistola y apunta a la joven.

—Porkchop... —dice Maggie.

El hombre la ignora.

—¿Ayudaste a Trace a matar a mi hijo?

—No. De hecho, pensaba que lo había salvado.

Eso sorprende a Porkshop, pero no baja el arma.

—Explícate.

—Cuando íbamos camino de TriPoint, aquellos milicianos, el Ejército de Niños... Trace los había contratado para matar a Marc. Yo no lo supe hasta que nos detuvieron. Fui yo quien los convenció para que no lo hicieran. Trace y yo hablamos después de eso. Me prometió que buscaría otra manera.

—Si eso es verdad...

—Lo es.

—Entonces, Trace te mintió.

Nadia se queda callada un momento, y entonces dice:

—Al final, Trace entendió la situación.

—¿Cuál era esa situación?

—Que o moría Marc o moría él. Marc iba a contar lo que estaba pasando. Eso habría sido malo para Maggie y para él, pero para Trace habría sido el final, porque él era el que conseguía los órganos. Pasaría el resto de la vida en la cárcel. Intentó que Marc lo entendiera. Intentó hacerle ver que lo que estaba haciendo, en realidad, era bueno, que aquello podía cambiar el mundo. El trabajo que llevaban a cabo salvaba vidas. Estaban cerca de lograr que la donación de órganos fuera más sencilla y segura, y que hubiera más gente que se beneficiara de ella. Trace no dejaba de preguntarse cómo era posible que Marc no lo entendiera. Y aun así... Aun así creo que Trace habría hecho lo que estaba bien. Por desgracia, entonces pasó lo de la masacre de TriPoint y Trace volvió. Me dijo que quería salvar a su amigo. Dijo que una experiencia como aquella podría hacer que Marc viera la luz. Así que no, no lo sabía. No estaba segura, al menos. No fue premeditado. Fue, no sé, un homicidio.

Nadia mira a Maggie.

—Ya, pero mi marido sigue muerto.

Nadia no puede decir nada al respecto. Nadie puede decir nada al respecto. Durante un rato, sencillamente, se quedan allí. Los tres. Ninguno de ellos habla. Ninguno de ellos se mueve. Maggie se aparta de ellos y se queda mirando el viñedo. El sol cada vez está más bajo, dibujando en el cielo unas espirales de color púrpura y naranja. Por fin tiene las respuestas. Dicen que la verdad es liberadora, pero ahora mismo Maggie siente que va a permanecer cautiva el resto de su vida. Oye cómo Porkchop la llama por su nombre, pero es como si el hombre estuviera muy lejos, como si jamás fuera a ser capaz de alcanzarla. Maggie no quiere escucharlo. No quiere responder. No quiere pensar o procesar o evaluar o considerar las repercusiones.

No en ese momento.

En ese momento, lo único que Maggie quiere es mirar esas espirales de color púrpura y naranja con la esperanza de que el mundo desaparezca.

EPÍLOGO

Tres días después de que Maggie regresó a Baltimore, llama al Vipers y pide hablar con Porkchop. No lo ha visto desde aquel día en el viñedo.

La mujer que contesta al teléfono le dice que no sabe dónde está.

—Dile que soy Maggie.

—Porkchop está ilocalizable.

—Entonces, ¿no sabes dónde está?

—Nadie lo sabe.

—Supón que fuera importante que diera con él.

—Ya te he dicho que está ilocalizable, pero podemos intentarlo si es cuestión de vida o muerte. —Luego, con un tono de voz más agradable, la mujer le dice—: Dale tiempo, Maggie.

Pasa una semana. Maggie vuelve a llamar al Vipers. La misma mujer le dice exactamente lo mismo.

Maggie vuelve a llamar otra semana después. Lo mismo.

No hay ni rastro de Porkchop.

Tres semanas después del último día que pasaron en Francia, es Pinky quien responde al teléfono.

—Porkchop sigue ilocalizable.

—Dile que lo sé. Que lo sé y que no me importa.

Hay una larga pausa al otro lado de la línea. Entonces, Pinky añade:

—Crees que lo sabes, pero no lo sabes.

Y cuelga.

Dos días después, Charles Lockwood llama a Maggie:

—Ragoravich está en coma, pero el corazón no ha dejado de latir.

Pum-pum... Pum-pum... Pum-pum...

—Gracias por avisarme.

—Y lo de El Viñedo, todo el tinglado que tenían allí, las autoridades lo han clausurado.

—Bien.

—No se ha perdido gran cosa —comenta Lockwood—. Resulta que los científicos e investigadores que Ragoravich había contratado tampoco eran de lo mejorcito. Los buenos científicos e investigadores se quejarán, pero comprenden que las reglas y los protocolos cumplen su función. Ellos quieren trabajar a la luz del sol, no tomar atajos a oscuras. Eso es lo que Ragoravich nunca entendió.

—Gracias por ponerme al día. Cuídese, Charles.

—Mantengámonos en contacto.

—No, mejor que no —responde Maggie, pero Lockwood ya ha colgado.

El móvil de Maggie suena de nuevo. La identificación de llamada le dice que se trata del teléfono del Vipers.

—Porkchop ha vuelto —le dice Pinky.

—Mañana mismo me paso.

Maggie cuelga y sale a la noche a tomar el fresco.

Respira hondo. En esta época del año, el vecindario siempre huele a hierba recién cortada y a barbacoas en los jardines traseros. Los Burrough —madre, padre, hijo e hija— están sentados en el jardín delantero. Todos saludan a Maggie. Ella se obliga a sonreír y les devuelve el saludo. Hay alguien al otro lado de la calle que está

poniendo una balada de Nick Cave increíblemente conmovedora a todo volumen. La voz que suena es cruda y vulnerable a medida que le recuerda una y otra vez a un ser querido que no deja de esperarlo.

Maggie parpadea, traga saliva y levanta el móvil para mirarlo. Con un dedo tembloroso, pincha el icono del bot de duelo. La aplicación cobra vida.

Aparece la cara de Marc. Le sonríe.

—¡Joder, Mags, cuánto me alegro de verte!

Maggie se queda mirando la pantalla. Nick Cave le está cantando a ese mismo ser querido que duerma, que duerma, que se tome todo el tiempo que considere necesario. Maggie cierra los ojos y escucha el resto de lo que dice la canción. Cuando la canción acaba, respira hondo y vuelve adentro. Cuando entra en la cocina, Sharon la mira.

—Hay que borrar esto —le dice Maggie señalando la aplicación—. Para siempre.

El tren llega a Penn Station.

Pinky la espera en la calle Treinta y tres. Van en silencio hasta el Vipers for Bikers. Está cerrado. Pinky abre la puerta y Maggie entra junto con él. Allí, caminando de un lado a otro, está Porkchop. Nada de paciencia zen. Hoy no lleva las gafas de sol. Se vuelve y la mira con los ojos destrozados.

—Le dijiste a Pinky que lo sabías —le dice Porkchop.

—¿Cómo te enteraste?

—Vi tu pasaporte.

Porkchop respira hondo.

—¿Cuándo?

—Justo antes de que apareciera Nadia.

Ambos se quedan callados.

Nadia.

—Tuve que dejar que se marchara —le dice Porkchop.

—Lo sé.

—Aunque ya nunca vaya a poder dejar de mirar por encima del hombro.

—Hiciste lo correcto.

—¿Qué otra cosa podía hacer?

No es necesario responder a eso. Porkchop, atormentado, había encañonado a Nadia y su dedo estuvo a punto de apretar el gatillo, pero no disparó, sino que le dijo en voz baja: «Te acompañará siempre». A continuación, le pidió que se fuera.

—¿Qué te llevó a mirar mi pasaporte?

—Que tus cosas ya estaban en la habitación y que Florence te preguntó si estabas disfrutando de la estancia, aunque acabáramos de llegar. ¿Por qué iba a preguntarte eso si no llevabas tiempo allí? Luego miré los horarios de los vuelos. Ese día no había nada del JFK a Dubái con escala en Londres hasta más tarde, así que empecé a darle vueltas. Después de que llamara a Trace para que nos viéramos, él entró a escondidas en el Apollo Longevity. No necesitaba ir allí para conseguir pentobarbital y clonazepam. Lo que hizo fue robar el THUMPR7 y el equipo necesario para trabajar con él. Eso sería su tarjeta para quedar libre de la cárcel. Yo creo que su intención era guardarlo todo en las cajas de seguridad del Wells Fargo. Sin embargo, no tuvo oportunidad de hacerlo porque, bueno,

tú te lo cargaste. Lo que significa que el THUMPR7 lo tenías tú. ¿Qué tal voy de momento?

—Bastante bien.

—Dime, ¿qué trato tenías con Ragoravich?

—Me puse en contacto con Ivan Brovski vía Barlow. Le expliqué que tenía el corazón artificial que andaba buscando. Le dije que se lo llevaría. Le dije que te llevaría a ti a Francia y que te convencería para que operaras a Ragoravich. A cambio, nos pagarían una cantidad de dinero exagerada y nos dejarían en paz. Eso era lo importante, que tú y yo quedáramos libres. Ya sabía quién había matado a Marc. Ya sabía lo que le había pasado a Trace...

—Pero yo no.

—Sabías lo suficiente.

—No, lo siento, pero no tenías derecho a tomar esa decisión por mí.

—Intentaba protegerte.

—Sí, pues mira qué bien le fue a Marc.

Porkchop frunce el ceño.

—Lo sé. Me equivoqué y lo siento.

—No más secretos.

—No más secretos.

Aunque hay algo preocupante en el tono de voz de él.

—¿Acaso hay algo más? —le pregunta Maggie.

Porkchop señala a Maggie con la barbilla.

—Empieza tú.

Maggie no dice nada.

—¿No quieres hablarme de la pistola de tu padre, Maggie?

De pronto, se hace un silencio profundo, como si el propio bar estuviera conteniendo el aliento.

Porkchop da un paso hacia ella.

—Bajaste a vuestro sótano. Allí era donde escondía tu padre su vieja treinta y ocho. Sharon te vio. Estaba preocupada y me llamó. —Él inclina la cabeza—. ¿Qué pretendías hacer con la pistola?

Maggie no dice nada.

—Trace llegaba al día siguiente. Había matado a Marc e iba a librarse. Iba a conseguir no pagar por ello, y tú lo sabías. Así que dime, Maggie, ¿qué pensabas hacer con la treinta y ocho de tu padre?

A Maggie le corren las lágrimas por las mejillas.

—Cuando matas a una persona —le dice Porkchop—, eso te acompaña para siempre.

«Eso te acompaña para siempre».

—Y... —empieza a decir Maggie—, no querías eso para mí.

—No, no quería eso para ti.

—Y por eso...

—No mentí. Seguimos a Trace. Planeaba matarte.

—¿Y si no hubiera sido así?

—Las hipótesis no tienen cabida en este asunto.

—Te quiero.

Porkchop asiente. Se le han llenado los ojos de lágrimas.

—Y yo a ti.

Maggie echa a correr hacia él, lo abraza y lo sujeta con fuerza. Le pone la cabeza en el hombro. Maggie está mirando hacia la izquierda, hacia el centro del bar, busca la motocicleta y la encuentra, y, por un momento, está convencida de que Marc está allí

mismo, conduciéndola, sonriéndole de esa manera cálida que siempre la confortaba y le envolvía suavemente el corazón.

Se ha acabado.

—No más secretos —susurra ella de nuevo.

Pero Maggie nota que él se pone tenso.

—¿Porkchop?

Él se aparta.

—¿Qué sucede?

—El trato que hice con Ragoravich.

—¿Qué pasa?

—No solo le llevé el equipo médico que necesitaba...

Maggie se mantiene a la espera.

Porkchop la mira, parpadea y vuelve la cara. Él también mira la motocicleta clásica que le regaló a Marc.

—Es que asesinó a mi hijo, Maggie —dice.

—Lo sé.

—Había asesinado a mi chico y ahí estaba él, hablando por los codos, soltándome las mismas chorradas que le había contado a Nadia, eso de que lo único que pretendía es que hubiera más trasplantes de órganos.

La temperatura de la sala baja bruscamente.

—Porkchop, ¿qué hiciste?

—No lo maté.

—Entonces...

—Le concedí su último deseo.

—¿Qué deseo?

Porkchop la mira.

—Que hubiera más trasplantes de órganos.

La mirada de él se vuelve fría, distante.

Es entonces cuando Maggie comprende.

—Porkchop.

—Primero donó las córneas. Restauró la visión de alguien.

Maggie empieza a negar con la cabeza.

—Luego donó un riñón. Es probable que salvara una vida. En eso era en lo que creía, ¿no? Por eso mató a mi chico. Luego donó parte de un pulmón, pero no demasiado o moriría, y no era eso lo que yo quería, al menos de momento. Y lo mismo con el hígado. Y luego el páncreas. No recuerdo qué más. —Porkchop traga saliva, pero no le tiembla la voz—. Y entonces, al final, cuando me di cuenta de que Oleg Ragoravich haría lo que fuera por conseguir un corazón palpitante...

No acaba la frase. No es necesario.

Permanecen allí. Juntos. Maggie no tiene ni idea de durante cuánto tiempo. En un momento dado, alguien abre la puerta y entra en el bar. Y luego alguien más. Los saludan. Empieza a entrar más gente. Maggie y Porkchop se separan, saludan a las personas, aceptan abrazos, pero lo único que oye Maggie es el mismo sonido que lleva oyendo desde que salió de aquella sala de operaciones.

Pum-pum... Pum-pum... Pum-pum...

AGRADECIMIENTOS

Ante todo, me gustaría darles las gracias a mi madre y a mi padre, Betty y John Witherspoon, que sirvieron en la Guardia Nacional Aérea de Tennessee y en la Fuerza Aérea de Estados Unidos, respectivamente. Sus cuarenta años de servicio en hospitales militares y después en la sanidad privada son el trasfondo de esta novela. Al vivir en bases militares cuando era niña, rodeada de familias de militares sanitarios, aprendí mucho sobre la conexión que hay en las comunidades dedicadas a arriesgar la vida para ayudar a los demás. Las conversaciones que mantenían alrededor de la mesa acerca de operaciones y del cuidado de los pacientes muchas veces giraban en torno a historias emocionantes y experiencias desgarradoras que me influenciaron para escribir acerca de la pasión de Maggie y de Marc por la medicina. Con las visitas que hice en mi infancia a hospitales y bases militares, aprendí la importantísima lección de que una vida de servicio a los demás es la más noble que se puede tener. Mamá, papá, os quiero.

Gracias a Reza, a Kevin, a Steven, a Dasha, a Nadar y a muchos otros que me ayudaron con los detalles de localizaciones y mundos que ojalá pueda visitar algún día. Vosotros le añadisteis veracidad y humor a la novela con cada historia que compartisteis conmigo. Gracias.

Gracias a Ben Sevier, a Lyssa Keusch y a todo el equipo de Grand Central Publishing por haber creído en esta idea desde el primer día.

Vuestro entusiasmo ha sido el viento que me ha empujado a lo largo de toda esta experiencia.

Gracias también a Cait Hoyt, mi agente literaria, que siempre es una campeona, en especial cuando me retraso en las entregas y me siento tan nerviosa que podría desmoronarme. Tú siempre me ayudas a encontrar de nuevo el camino y me convences de que estoy escribiendo algo verdaderamente original. ¡Ese es el mejor cumplido que podría haber recibido!

Gracias a Kate Childs-Jones, a Meredith O'Sullivan, a Chelsea Thomas, a Maha Dakhil, a Gretchen Rush, a Rick Yorn, a Josh Dembling y a todo mi equipo, que se asegura de que me siento apoyada en todo momento y en cualquier proyecto creativo que acometo. Vuestro trabajo duro y vuestros ánimos han hecho que escribir mi primera novela no fuese una tarea tan abrumadora —nótese que he dicho «tan».

Gracias a Hillary, a Beatrice, a Jenna y a Jeff, que mantienen mi vida en orden ¡y hacen que parezca mucho más calmada de lo que soy! Vuestra organización, atención al detalle y lealtad son de una importancia mayúscula para mí.

Gracias a Rachel Bati, que ha conseguido que todos los trenes de mi vida llegaran a la hora a lo largo de —¡puf!— más de treinta años. Los trescientos correos electrónicos, quinientas llamadas y al menos siete charlas motivacionales diarias de los que se encarga hacen que yo tenga tiempo para que mi creatividad florezca y crezca de mil maneras. Te estaré eternamente agradecida por cómo encuentras formas de motivarme, incluidas tus graciosas historias acerca de tu pelo y esas galletas tan maravillosas que me traes y

que se han convertido en mis favoritas durante los largos días de trabajo. ¡Te quiero!

Me gustaría darle las gracias a Harlan Coben por acceder a entrar en este proyecto y por convertirse en mi compañero en este viaje fascinante. No tengo ni idea de cómo llegué a convencer a un novelista de tu talla para que escribiera una novela a medias conmigo, pero te estaré agradecida por siempre por coger la semilla de mi idea y construir un mundo fascinante con ella. Dar forma a una novela llena de intrigas médicas y corrupción a gran escala, todo ello centrado alrededor de una mujer cuyo superpoder es su gran habilidad quirúrgica, me parecía un sueño prácticamente inalcanzable. Tú diste vida a Maggie McCabe con tu enorme habilidad para moldear las ideas y convertirlas en historias de suspense que no puedes dejar de leer. Y, por si fuera poco, ¡conseguiste que todo el proceso resultara de lo más divertido! Estoy muy agradecida por haber colaborado contigo y por lo humano que eres. Gracias por ser el mejor compañero del mundo.

Gracias también a todos mis escritores preferidos, incluidos los autores, lectores y libreros del Reese's Book Club, que me inspiraron para explorar los límites de mi imaginación y soñar con seguir contando historias.

Y, para acabar, gracias a mis maravillosos hijos y a mi familia, porque no hay en esta novela páginas suficientes para deciros lo que vuestro amor significa para mí. No sabéis lo afortunada que me siento de tener la familia más alentadora del mundo.

REESE WITHERSPOON

Amén a lo que ha dicho Reese.

Además, quiero mencionar a una serie de personas que han contribuido a que se publique esta novela —y que conste que no lo hago en ningún orden en particular—: Ben Sevier, David Shelley, Lyssa Keusch, Danielle Thomas, Beth de Guzman, Karen Kosztolnyik, Colin Dickerman, Jonathan Valuckas, Matthew Ballast, Quinne Rogers, Lauren Sum, Staci Burt, Tiffany Porcelli, Andrew Duncan, Taylor Parker-Means, Alexis Gilbert, Joseph Benincase, Albert Tang, Liz Connor, Rena Kornbluh, Rebecca Holland, Mari C. Okuda, Jennifer Tordy, Ana Maria Allessi, Nita Basu, Laura Essex, Melanie Schmidt, Venetia Butterfield, Selina Walker, Charlotte Bush, Olivia Thomas, Rebecca Ikin, Lucy Hall, Alice Gomer, Anna Curvis, Meredith Benson, Mary Karayel, Diane Discepolo, Jamie Megargee, Lisa Erbach Vance, Samantha Reiter y Anne Armstrong-Coben (doctora en medicina).

Muchas gracias también al genial Robert Silich (doctor en medicina y cirujano plástico). Reese y yo recibimos mucha ayuda de varios médicos y científicos, pero Rob fue un paso más allá y llevó a cabo una serie de investigaciones muy divertidas, inteligentes y retorcidas para nosotros. Gracias, amigo.

Y, por supuesto, ¿qué puedo decir de mi compañera y amiga Reese Witherspoon? Todo el mundo me pregunta si Reese es tan molona, amable e inteligente como parece y la verdad es que no, ¡es aún más molona, amable e inteligente de lo que te imaginas! Hacer este viaje contigo ha sido un honor y toda una fiesta. Eres una compañera generosa, compasiva y perspicaz.

HARLAN COBEN

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com